
OLIVIA DARCY
INESPERADA NAVIDAD
BAJO CONTRATO

INESPERADA NAVIDAD (BAJO CONTRATO)

NAVIDADES BAJO CONTRATO
LIBRO 3

OLIVIA DARCY

Copyright © 2025 por Olivia Darcy
Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

ÍNDICE

¡**REGALO**!
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
EPÍLOGO

¡REGALO!



La historia de Audrey y Blake

¡Únete a mis lectoras VIP y consíguela **GRATIS** y en **EXCLUSIVA**!

Escanea el código QR



O pulsa AQUÍ

PRÓLOGO

SOFÍA

El aroma a caramelo flota en el aire mientras doy el último toque a mi obra maestra: un delicado suflé de chocolate que corona el menú navideño más ambicioso que he creado en mis dos años como chef ejecutiva del Lumière.

—Perfecto —murmuro, observando cómo la superficie dorada se eleva uniformemente sobre los moldes de porcelana blanca.

Mis dedos, pequeños pero fuertes después de años cortando, amasando y levantando ollas pesadas, ajustan la última ramita de menta sobre la crema de vainilla con bourbon que acompaña el postre. Una gota de sudor resbala entre mis omóplatos bajo el inmaculado uniforme blanco. La cocina es un infierno de calor organizado, pero apenas lo noto. Estoy en mi elemento.

—Faltan dos minutos para la presentación, chef —anuncia mi sous-chef, con una mezcla de nerviosismo y admiración.

Asiento mientras me paso el dorso de la mano por la frente. El reloj de la pared marca las ocho y cuarenta y ocho minutos. En la sala principal del Lumière esperan doce de los comensales más exigentes de Nueva York: críticos gastronómicos, influencers culinarios y el señor Fontaine, dueño del restaurante, con sus invitados personales. Entre ellos, mis primas Valeria y Elena, que han venido a apoyarme. «Y a presumir de sus perfectas vidas familiares», añade una vocecilla maliciosa en mi cabeza que aplasto inmediatamente.

Me miro en el reflejo de una de las campanas extractoras. Mi moño está impecable, sin un solo mechón rebelde escapando del gorro de chef. Me he maquillado ligeramente —algo que

normalmente no hago para trabajar— pero esta noche es especial. Esta noche me juego mi futuro en el restaurante.

—Venga, vamos allá —digo, más para darme ánimos a mí misma que a mi equipo.

Al empujar las puertas batientes que separan la cocina del comedor, el contraste de temperatura me provoca un escalofrío. El aire acondicionado mantiene la sala a una temperatura perfecta que resalta el calor acogedor de las decoraciones navideñas. Guirnaldas de luces doradas serpentean entre centros de mesa de pino y bayas rojas. El tintineo de copas de cristal y conversaciones educadas crea una atmósfera de exclusividad.

Me detengo un momento en el umbral, buscando con la mirada a mis primas. Allí están, en la mesa central, junto al señor Fontaine. Valeria, impecable como siempre en un vestido azul noche que resalta su segundo embarazo, me sonríe con ese gesto de hermana mayor que nunca ha perdido a pesar de ser solo mi prima. A su lado, Elena, con ese aire despreocupado que la caracteriza, me guiña un ojo mientras intenta que su pequeño Edward, de apenas un año, no tire la cubertería de plata.

Inspiro hondo y camino hacia el centro de la sala, donde han dispuesto una pequeña tarima para mi presentación. El taconeo de mis zapatos profesionales —negros, cómodos, nada glamurosos— resuena en el suelo de mármol. Algunos comensales ya me miran expectantes, copas en mano.

—Buenas noches a todos —comienzo, notando cómo mi voz suena más firme de lo que me siento por dentro—. Es un placer darles la bienvenida a esta degustación exclusiva y anticipada del menú navideño del Lumière de este año.

Mientras hablo sobre la inspiración detrás de los platos —tradiciones españolas fusionadas con técnicas francesas y productos locales— noto algo extraño. Algunos invitados parecen distraídos, mirando sus teléfonos bajo la mesa. Una mujer de mediana edad con un collar de perlas carísimo se inclina para susurrarle algo a su compañero, ambos lanzándome miradas que no logro descifrar.

Continúo explicando el primer plato, una reinterpretación de la sopa de almendras castellana, cuando veo que Elena frunce el ceño

mirando su teléfono. Valeria se inclina hacia ella y sus ojos se abren como platos al ver la pantalla. Ambas me miran con expresiones que hacen que mi estómago dé un vuelco.

Algo va mal. Muy mal.

Pero me mantengo profesional. Sonrío, bromeo sobre el reto de reinventar platos tradicionales y sigo con mi presentación mientras los camareros comienzan a servir la comida. Noto cómo mi corazón acelera su ritmo, una gota de sudor frío recorre mi espalda, y mi boca se seca progresivamente. El rumor de conversaciones en voz baja aumenta.

Es cuando describo los matices del postre cuando lo noto: una risa ahogada desde una de las mesas laterales. Y luego otra. Y los teléfonos, cada vez más teléfonos brillando en la penumbra elegante del restaurante.

Valeria se levanta discretamente y se acerca a la tarima.

—Sofía, cariño —susurra con ese tono dulce que usa cuando está a punto de dar malas noticias—. Necesito que respires hondo.

—¿Qué pasa? —pregunto entre dientes, manteniendo mi sonrisa profesional mientras los camareros siguen sirviendo.

—Es Mateo —dice, refiriéndose a mi novio—. Hay... hay un vídeo.

Me tiende su teléfono y el mundo se detiene. Ahí está Mateo, en lo que reconozco como la cocina del Saveur, el restaurante rival donde trabaja como sous-chef. Pero no está cocinando. Está apoyado sobre la encimera principal, con los pantalones por los tobillos, mientras la nueva chef pastelera del local está arrodillada frente a él, definitivamente no preparando un postre.

Lo peor no es la infidelidad, si soy sincera conmigo misma, nuestra relación llevaba haciendo aguas desde el principio. Nunca hemos tenido... pasión, como muchas veces se ha encargado Mateo de recordarme. Lo peor es que alguien del personal grabó la escena y la subió a internet con el título: «Cocinando algo caliente en el Saveur: ¿La chef Sofía Acosta sabe que su novio prepara platos *especiales* fuera del menú?»

Y los comentarios. Cientos, quizás miles de comentarios.

—Está en todas partes —susurra Valeria, quitándome el teléfono con delicadeza—. Twitter, Instagram, TikTok...

Mi primer instinto es salir corriendo, pero estoy en mitad de la presentación.

—Continúa —me dice Valeria, apretando mi mano—. Termina esto. Ya lidiaremos con lo demás después.

La miro agradecida, aunque siento que mis piernas se han convertido en gelatina. Algo en mi expresión debe alertar a Elena, porque de repente está de pie junto a su marido, Alexander, y le susurra algo al oído. El imponente CEO de Sterling Enterprises asiente, se levanta y con dos palabras parece captar la atención de toda la sala.

—La chef Acosta nos está presentando una experiencia culinaria excepcional —dice con esa voz autoritaria que hace que todos, incluso los que estaban mirando sus teléfonos, levanten la vista—. Sugiero que le demos la atención que merece. Los teléfonos pueden esperar.

La autoridad natural de Alexander funciona como por arte de magia. Los comensales guardan sus dispositivos, aunque puedo sentir las miradas curiosas y compasivas sobre mí.

Respiro hondo. Huelo la mezcla de especias de mi sopa de almendras. Me centro en eso. En lo que sé hacer. En lo que me apasiona.

—Como iba diciendo —continúo con voz que intenta no temblar—, diciembre está representado por este suflé de chocolate negro con notas de naranja y canela, inspirado en las tradicionales catalanas...

Mientras hablo de los sabores y texturas, una parte de mi cerebro procesa lo que acabo de ver. Mateo. El vídeo. Viral. Mis manos tiemblan ligeramente al servir el vino que acompaña el segundo plato, pero nadie parece notarlo. O quizás están siendo amables. Lo cual es peor.

La compasión siempre es peor.

La presentación dura una eternidad y termina en un parpadeo. Los invitados aplauden, algunos incluso parecen genuinamente impresionados por la comida. El señor Fontaine se acerca a felicitarme, su expresión una mezcla de admiración profesional y preocupación personal.

—Magnífico trabajo, Sofía —dice, apretando mi mano entre las suyas—. Mañana hablamos del futuro del menú. Ahora... —mira de reojo a Valeria y Elena que esperan para rescatarme— creo que tus primas te necesitan.

En cuanto los últimos comensales se despiden, mis piernas finalmente ceden. Me derrumbo en una de las sillas de terciopelo rojo del restaurante vacío, mientras Valeria aparta los platos a medio comer para sentarse frente a mí.

—¿Desde cuándo está circulando ese vídeo? —logro preguntar, sorprendida de lo hueca que suena mi propia voz.

—Desde hace unas horas —responde Elena, colocando a un dormido Edward en su carro—. Se ha vuelto viral en minutos. Lo siento mucho, Sofía.

—¿Cuánta gente lo ha visto? —pregunto, aunque realmente no quiero saberlo.

Valeria y Elena intercambian una mirada que lo dice todo.

—Medio Manhattan, como mínimo —admite Valeria—. Y subiendo.

Apoyo los codos en la mesa y hundo la cara entre mis manos. No voy a llorar. No por él. No ahora.

—Si sirve de consuelo —añade Elena con ese tono optimista que siempre encuentra en las peores situaciones—, a mí también me pusieron los cuernos de manera espectacular y mírame ahora.

Levanto la vista para ver a mi prima pequeña, felizmente casada con un multimillonario que la adora, con dos gemelas preciosas y un bebé. Sí, la vida le ha ido bien después de su humillación pública. Pero yo no soy Elena.

Mi vida se acaba de ir a la mierda.

Solo espero que se olviden del vídeo muy pronto.

CAPÍTULO 1

NICHOLAS

La sonrisa perfecta que mantengo en mis labios está tan ensayada que apenas me requiere esfuerzo. Veintinueve años de entrenamiento tienen ese efecto. Inclino levemente la cabeza hacia la mujer que me habla —una embajadora cuyo nombre he olvidado casi cuando me lo ha dicho— mientras siento cómo la rigidez del cuello almidonado de mi camisa me recuerda que soy un prisionero de lujo en mi propia vida.

—Su Alteza, es un verdadero honor contar con su presencia en esta gala de cooperación internacional —dice la mujer, sus ojos desviándose constantemente hacia mi pecho, donde las condecoraciones y medallas dinásticas brillan bajo las luces del salón —. Mi hija es una gran admiradora suya. Estudia en Oxford, ¿sabe? Brillante muchacha...

Asiento y sonrío mientras mi mente completa automáticamente el resto de la conversación que he tenido cientos de veces. *Brillante muchacha. Habla tres idiomas. Apasionada por las causas sociales. Sería maravilloso si pudiera conocerle en algún momento...*

—Sería un placer —respondo con la cadencia perfecta de interés educado que no compromete a nada.

El champán en mi copa está tibio. Lo he estado sosteniendo durante cuarenta minutos, el tiempo que llevo circulando por este salón de mármol y oro del Plaza Hotel de Manhattan. No he dado más que un sorbo, el estrictamente necesario para brindar por la paz mundial, o la cooperación internacional, o lo que sea que estemos celebrando esta noche.

Ni siquiera me acuerdo. Los recuerdos de todas las galas a aburridas a las que he asistido se entremezclan unas con otras.

A mi alrededor, el murmullo constante de conversaciones superficiales se mezcla con el tintineo de cristal fino y las notas suaves de un cuarteto de cuerdas que interpreta Vivaldi con precisión técnica y absoluta falta de pasión. Justo como yo.

La embajadora se excusa cuando su asistente le susurra algo al oído, no sin antes tocar mi brazo con familiaridad calculada y lanzarme una mirada que pretende ser significativa. Contengo el impulso de pasar la mano por donde me ha tocado. No porque me moleste el contacto humano, sino porque me molesta su intención.

Aprovecho el momento de libertad para observar el salón. Desde mi posición, ligeramente elevada gracias a los tres escalones que conducen a una de las terrazas interiores, puedo ver la coreografía perfecta de poder y dinero que se desarrolla ante mí. Hombres con trajes hechos a medida y mujeres con vestidos que cuestan lo que un coche de lujo, todos ejecutando la danza de las influencias con la precisión de bailarines profesionales.

Hace cinco años, podía caminar por las calles de Manhattan con apenas una mirada de reconocimiento. Northbridge, mi pequeño reino entre Inglaterra y Escocia, era suficientemente relevante para garantizarme respeto diplomático pero lo bastante discreto para permitirme cierto anonimato. Ya no. Las redes sociales, un documental de la BBC sobre las «Jóvenes Coronas de Europa» y mi constante aparición en las listas de «solteros más codiciados» han convertido cada salida pública en un ejercicio de contención.

—¿Otra conversación estimulante, señor? —pregunta James, mi asistente personal y probablemente la única persona en la sala que me conoce realmente, apareciendo a mi lado con la discreción que lo caracteriza.

—Fascinante —respondo, dejando que un poco de mi verdadera voz se filtre cuando nadie más puede oírnos—. He aprendido que la hija de la embajadora habla tres idiomas y casualmente estará en Londres la semana que viene.

James mantiene su expresión neutra, pero detecto el ligero temblor en la comisura de sus labios que equivale, en su comedido repertorio emocional, a una carcajada.

—La tercera esta noche, si no me equivoco.

—La cuarta. Te olvidaste de la sobrina del ministro francés que «casualmente» practica polo.

La colonia de James —discreta, con notas de sándalo y bergamota— es un alivio frente al asalto olfativo de perfumes excesivos que he estado soportando toda la noche. Su presencia siempre me devuelve una pizca de realidad, como un ancla discreta que me mantiene conectado a algo auténtico en medio de este mar de falsedad.

—Su Alteza —dice, volviendo al tono formal cuando nota que alguien se acerca—, el secretario general solicita su presencia para la fotografía oficial. Si me permite...

Asiento y le entrego la copa que no quiero. El sabor del champán, que en teoría es excelente, me resulta insípido. Como todo lo demás.

Mientras sigo a James entre la multitud, siento cómo las miradas se posan sobre mí. Algunas abiertas, otras disimuladas. Todas evaluando, calculando, midiendo. El peso de esas miradas es casi físico, como si cada una añadiera una capa invisible a mi traje ya de por sí pesado.

La fotografía oficial es un ejercicio de geometría humana. Personas de diferentes alturas, importancias y egos ordenadas con la precisión de un tablero de ajedrez. Mi lugar está predeterminado: segunda fila, extremo derecho. Sonrío cuando me lo indican. El flash es cegador por un instante.

—Excelente, Su Alteza —dice el fotógrafo, y por su tono casi podría creer que he hecho algo extraordinario en lugar de simplemente estar de pie y mostrar mis dientes.

Tras la fotografía llega lo inevitable: más conversaciones. Un ministro de economía que quiere hablarme de posibles colaboraciones comerciales. Una socialité de Manhattan que insiste en que conozca su galería de arte. Un diplomático que me recuerda que nuestros países firmaron un acuerdo de pesca en 1843. Sonrío, asiento, respondo con la precisa mezcla de interés y distancia que mi madre, la Reina, me enseñó desde que tengo uso de razón.

«Sé accesible pero no familiar. Interesado, pero no comprometido. Amable pero nunca, nunca vulnerable.»

Los consejos de mi madre resuenan en mi cabeza mientras intercambio cortesías con gente cuyos rostros se difuminan unos con otros en una masa indistinguible de expectativas ajenas.

La presión en mi pecho aumenta gradualmente, como siempre ocurre en estos eventos. No es ansiedad —un príncipe no puede permitirse ese lujo— sino una especie de asfixia lenta, como si el aire de la sala contuviera cada vez menos oxígeno. Necesito un momento. Solo uno.

—James —murmuro cuando vuelve a mi lado—, necesito cinco minutos.

Mi asistente asiente casi imperceptiblemente. Comprende lo que necesito sin necesidad de explicaciones. Es su trabajo, por supuesto, pero a veces me pregunto si también hay algo de compasión en su eficiencia.

—La terraza oeste está despejada, señor. Diré que está atendiendo una llamada importante de Northbridge si alguien pregunta.

—Gracias.

Me escabullo con la discreción que años de querer desaparecer me han enseñado. Nadie me detiene. Quizás porque James ya está desviando preguntas, o quizás porque incluso los más persistentes cazadores de conexiones reales entienden que hay límites que no deben cruzarse.

La terraza oeste del Plaza da a Central Park. El aire frío de diciembre me golpea como una bofetada bienvenida. Inspiro profundamente, sintiendo cómo el aire helado despeja mis pulmones y mi mente. Las luces de la ciudad parpadean frente a mí, infinitas, anónimas. Por un momento, las envidio.

Me aflojo ligeramente la corbata de seda —un pequeño acto de rebeldía que me permito cuando nadie mira— y apoyo las manos en la barandilla de piedra. Está fría, áspera bajo mis palmas. Real. No como las manos suaves y calculadoras que he estrechado toda la noche.

Desde aquí arriba, las personas en la calle parecen diminutas, libres en su anonimato. Caminan rápido, envueltas en abrigos y

bufandas, cada una absorta en su propio mundo, en sus propias preocupaciones, en sus propias vidas. Vidas reales.

La última vez que hice algo real, algo que realmente quería hacer, fue... No puedo recordarlo. ¿Montar a caballo la semana pasada? No, incluso eso fue parte de la sesión fotográfica para la revista Vanity Fair. ¿La cena con mi madre? Protocolaria, como siempre. ¿La última mujer con la que estuve? Lady Caroline, hija del Duque de Westmoreland. Una relación de seis meses tan cuidadosamente orquestada que incluso nuestra ruptura fue planificada para coincidir con el final de la temporada social.

Me froto los ojos, sintiendo por primera vez en la noche el cansancio que llevo arrastrando desde hace... ¿meses? ¿años? El frío me despeja, pero también me hace más consciente del vacío. Ese vacío persistente que ni el deber, ni los privilegios, ni el respeto reverencial pueden llenar.

Saco el reloj de bolsillo que perteneció a mi padre. El único objeto personal que me permito llevar en estos eventos. Su peso en mi mano es reconfortante, familiar. Lo abro y miro la inscripción en el interior: *«El tiempo es lo único que no puedes recuperar. Úsalo con sabiduría.»* Palabras que me dijo mil veces antes de morir cuando yo tenía diecisiete años.

¿Estoy usando mi tiempo con sabiduría? La pregunta me golpea con dureza. ¿Qué estoy haciendo realmente con mi vida?

Sé perfectamente cuál es mi papel. Lo que se espera de mí. Representar a Northbridge. Mantener las tradiciones. Eventualmente, encontrar una esposa adecuada. Tener herederos. Convertirme en Rey cuando mi madre decida que es hora de abdicar, si es que alguna vez lo hace. Una vida trazada desde antes de mi nacimiento.

Pero ¿quién soy yo realmente? ¿El hombre detrás de la corona, detrás de los títulos, detrás de las expectativas? A veces me miro al espejo y no reconozco a la persona que me devuelve la mirada. Veo el cabello negro perfectamente peinado, los ojos azules que tantas revistas han descrito como «hipnóticos», la mandíbula fuerte heredada de generaciones de Northbridge. Pero no veo a Nicholas. No sé quién es Nicholas.

El sonido de la puerta abriéndose me devuelve a la realidad. Me yergo automáticamente, volviendo a colocar la máscara de perfección principesca junto con mi corbata.

—Lo siento, señor —dice James desde el umbral—. El secretario general está a punto de dar su discurso y ha preguntado específicamente por usted.

Asiento, guardando el reloj en el bolsillo de mi chaleco.

—Por supuesto. Voy enseguida.

James duda un momento, algo inusual en él.

—¿Puedo preguntar si se encuentra bien, señor?

La pregunta me sorprende. No porque James no se preocupe por mí, sino porque rara vez lo expresa directamente. Me giro para mirarlo y veo algo en sus ojos —preocupación genuina, quizás incluso compasión— que me hace bajar la guardia por un instante.

—No lo sé, James —respondo con una honestidad que me sorprende a mí mismo—. Realmente no lo sé.

James asiente, como si mi respuesta confirmara algo que ya sospechaba.

—Si me permite el atrevimiento, señor... —se aclara la garganta, incómodo con lo que está a punto de decir— a veces pienso que usted necesita algo más que responsabilidades y expectativas. Algo que sea suyo.

Sus palabras me impactan. No por su contenido, sino porque alguien más ha visto lo que yo mismo apenas estoy empezando a reconocer.

—¿Y dónde encontraría eso, James? —pregunto, con una sonrisa que no llega a mis ojos.

—No lo sé, señor —responde con sinceridad—. Pero quizás no se trata de dónde, sino de permitirse buscarlo.

El silencio entre nosotros es diferente ahora. Más denso, más significativo. Finalmente, asiento y me ajusto la corbata, volviendo a ser el Príncipe Nicholas que todos esperan ver.

—No hagamos esperar a la diplomacia internacional.

Mientras regreso al salón, donde las mismas sonrisas falsas y las mismas conversaciones vacías me esperan, siento una inquietud

nueva en mi interior. Un reconocimiento de que esta vida que llevo, por muy privilegiada que sea, no es suficiente. Nunca lo será.

Y tal vez, solo tal vez, ha llegado el momento de hacer algo al respecto.

CAPÍTULO 2

SOFÍA

El problema de los vídeos virales es que no caducan tan rápido como uno desearía. Especialmente cuando el protagonista es tu novio con los pantalones bajados por los tobillos.

Lo descubro mientras intento tomar un café en paz en mi cafetería favorita de la Quinta Avenida, a solo tres manzanas de mi apartamento. Una rutina que antes era un placer ahora se ha convertido en un ejercicio de autocontrol. Noto las miradas desde el momento en que empujo la puerta y la campanilla anuncia mi entrada. El murmullo de las conversaciones se detiene por un microsegundo, ese silencio revelador que me confirma que sí, me han reconocido.

—¿Lo de siempre, Sofía? —pregunta Sam, el barista, con una sonrisa compasiva que me revuelve el estómago. Hasta él, que solo me conoce por mi pedido diario, sabe de mi humillación.

—Sí, gracias. Un flat white con leche de avena —respondo, manteniendo la barbilla alta.

Mientras espero, finjo estar absorta en mi móvil, aunque en realidad estoy contando los segundos que faltan para poder salir de aquí. A mi derecha, dos mujeres me miran sin disimulo y susurran. Seguro que comentan cómo la chef española que presumía de su innovador menú navideño no fue capaz de satisfacer a su novio sous-chef, que tuvo que buscar «postre» en otra cocina.

Odio esta situación.

Cuando Sam me entrega mi café le doy un sorbo y me largo. El café quema mis labios, pero lo agradezco. Al menos este dolor es real, no como la falsa compasión que me rodea.

Salgo a la calle y el aire helado de diciembre me azota la cara.

Mi móvil vibra en el bolsillo de mi abrigo. Es un mensaje de Elena: «Estamos en el Bloom. Ven AHORA. Necesitas un cóctel y nosotras necesitamos una prima con quien cotillear.»

Sonrío a pesar de todo. Mis primas. La única familia que tengo en esta ciudad enorme. Las adoro.

El Bloom está a solo dos manzanas. Es uno de esos locales exclusivos que ni siquiera tienen letrero en la puerta, solo una pequeña flor tallada en la madera. El tipo de sitio donde la alta sociedad de Manhattan se reúne para beber cócteles con nombres pretenciosos a precios obscenos.

—¡Por fin! —exclama Elena cuando me ve entrar. Está en un rincón acogedor junto a Valeria, ambas con cócteles de colores imposibles en copas de cristal tallado—. Pensábamos que tendríamos que salir a buscarte.

—Estoy aquí, no hace falta montar un drama —respondo, quitándome el abrigo y dejándome caer en el sofá de terciopelo azul entre ellas—. No sé por qué salgo de casa si quiera. La gente no deja de mirarme como si llevara un cartel que dice «cornuda viral» en la frente.

Valeria pone los ojos en blanco mientras me entrega una carta de cócteles encuadernada en piel.

—La gente siempre va a hablar. La diferencia está en si les das el poder de afectarte o no.

—Dice la mujer que nunca ha sido humillada —murmuro.

—Te equivocas —interviene Elena con una sonrisa—. ¿O ya te has olvidado de que mi ex me puso los cuernos en el sofá de mi casa?

—Vale, tú ganas el premio a la ruptura más dramática. Eso de que se acuesten con otra en tu propia casa es terrible —concedo—. Pero al menos no había un vídeo circulando de tu ex manteniendo relaciones con otra en su lugar de trabajo.

—En eso te doy la razón —asiente Elena mientras le hace una seña al camarero—. Por eso necesitas un cóctel. O tres.

El camarero se acerca con una discreción practicada.

—La señorita tomará un Manhattan Twist —dice Valeria antes de que yo pueda abrir la boca.

—¿Un Manhattan? ¿En serio? —pregunto cuando el camarero se retira—. ¿No es un poco obvio?

—Es irónico —responde Valeria con una sonrisa—. Y contiene suficiente whisky para ayudarte a olvidar, aunque sea por una tarde, que eres la chef más comentada de las redes sociales.

—Gracias por recordármelo —murmuro, pero sin verdadera molestia. Si hay algo que agradezco de mis primas es que no me tratan como a una víctima. Me tratan como a la Sofía de siempre, la que puede encajar golpes y seguir adelante.

El cóctel llega, oscuro y brillante en un vaso bajo, con una cereza confitada y una espiral de naranja. Huele a whisky caro y especias. Doy un sorbo y siento cómo el calor del alcohol se extiende por mi garganta, relajando músculos que no sabía que tenía tensos.

—Entonces, ¿has vuelto al restaurante? —pregunta Elena, inclinándose hacia mí.

Niego con la cabeza.

—He pedido unos días. El señor Fontaine ha sido muy comprensivo.

—Comprensivo no es la palabra —interviene Valeria—. Está encantado con toda la publicidad gratuita. Las reservas han aumentado un 40% desde... bueno, ya sabes.

—Genial —respondo con sarcasmo—. Mi humillación pública está siendo buena para el negocio. Quizás debería incluirlo en mi currículum: «Capaz de aumentar las reservas gracias a escándalos personales».

Las tres nos reímos, y por un momento, por primera vez en días, me siento casi normal. El cóctel está haciendo su trabajo, suavizando los bordes afilados de mi realidad.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunta Valeria, siempre directa—. No puedes esconderte para siempre.

—¿Por qué no? —replico—. Estaba pensando en comprar un juego de túnicas negras y convertirme en una figura misteriosa que solo sale de noche.

Elena suelta una carcajada.

—¡Serías una vampira pésima! No puedes estar sin el sol, te vuelves insoportable.

Tiene razón. Soy española hasta la médula. Necesito sol, necesito vida, necesito... algo que no sea esto. Esta sensación de estar atrapada en una pesadilla que todo el mundo comenta mientras yo intento fingir que no me afecta.

—Podría volver a España —digo, más para mí misma que para ellas.

—¿A tu pueblo? —pregunta Valeria, alzando una ceja perfectamente depilada—. ¿Donde todo el mundo se conoce y el chisme más jugoso antes de ti era que la hija del panadero se casó embarazada? Serías la atracción principal durante décadas.

Tiene razón, otra vez. En mi pequeño pueblo en las montañas de Valencia, las noticias viajan más rápido que la luz y permanecen durante generaciones. Allí no sería «la chef Sofía Acosta», sino «la nieta de Carmela, la que se fue a América y volvió después de que su novio le pusiera los cuernos en Internet».

—Podría cambiarme el nombre —sugiero—. Teñirme el pelo. Convertirme en otra persona.

—O... —dice Elena con ese tono que usa cuando tiene una idea que considera brillante— podrías simplemente irte temporalmente a un lugar donde nadie te conozca, hacer algo diferente, y dejar que todo esto se enfríe.

—¿Como qué? ¿Un retiro espiritual? —pregunto escépticamente mientras le hago una seña al camarero para un segundo cóctel. Si vamos a hablar de mi futuro inexistente, necesito más alcohol.

—No exactamente —responde Elena, sacando su iPad de su bolso de diseñador—. Estaba hablando con Alexander sobre tu situación, y mencionó algo interesante.

—Genial, hasta mi familia habla de mi desgracia —murmuro.

—Todo el mundo lo hace, supéralo —dice Valeria con ese tono práctico suyo—. El punto es que Alexander tiene contactos en todas partes, y resulta que hay una oferta de trabajo que podría interesarte.

Elena gira la pantalla del iPad hacia mí. Veo lo que parece ser un anuncio para un puesto de chef en un... ¿palacio?

—¿Es una broma? —pregunto, entrecerrando los ojos para leer mejor.

—En absoluto —responde Elena—. El Reino de Northbridge está buscando un chef de alta cocina para la temporada navideña. Alguien que pueda manejar cenas de estado, eventos reales y darle un toque innovador a la cocina tradicional.

—Northbridge —repito—. Ni siquiera sé dónde está eso.

—Es un pequeño reino cerca de Escocia —explica Valeria—. Tiene su propia monarquía, tradiciones milenarias, y por lo que parece, necesitan urgentemente a alguien con tu talento para las fiestas de Navidad.

Miro la pantalla con más atención mientras el camarero deja mi segundo cóctel sobre la mesa. La oferta parece legítima. Habla de un contrato temporal de cuatro semanas, alojamiento incluido en el palacio real, y un salario que me hace alzar las cejas. La foto que acompaña el anuncio muestra un castillo de piedra gris rodeado de nieve, como salido de un cuento de hadas.

—¿Y qué se supone que voy a hacer yo en un palacio? —pregunto, aunque una parte de mí ya está imaginándose lejos de Manhattan, en un lugar donde nadie haya visto ese maldito vídeo—. No sé nada de protocolo real. Probablemente ofendería a algún duque en mi primer día.

—Eso es parte del encanto —dice Elena con una sonrisa traviesa —. Imagínate, tú, con tu carácter, en medio de toda esa formalidad británica. Sería hilarante.

—Además —añade Valeria, más seria—, es solo temporal. Cuatro semanas. Pasas la Navidad lejos de todo este circo, ganas un buen dinero, y cuando vuelvas, todo el mundo ya estará obsesionado con otro escándalo.

Doy un largo trago a mi cóctel, sintiendo cómo el alcohol disuelve mis inhibiciones. La idea es absurda. Completamente loca. Y sin embargo...

—¿Sabéis qué? —digo finalmente—. Voy a rellenar la solicitud. Total, ¿qué puede pasar? Seguro que tienen cientos de candidatos mejores que yo.

—Esa es mi chica —aplaude Elena, pasándome el iPad—. La peor respuesta es un no.

Tres cócteles después, hemos rellenado la solicitud entre risas y brindis cada vez más disparatados. A estas alturas, estoy convencida de que es solo un ejercicio de fantasía, una manera de soñar con un escape que nunca sucederá. La aplicación incluye preguntas sobre mi experiencia, especialidades culinarias y logros profesionales. Elena insiste en que mencionemos mi plato estrella, una reinterpretación de la paella valenciana que ganó el premio a la innovación gastronómica el año pasado.

—Enviar —digo con dramatismo exagerado, presionando el botón mientras Valeria y Elena aplauden como si hubiera realizado alguna proeza.

—Por Sofía Acosta —brinda Valeria, levantando su copa—, futura chef real de Northbridge, que está a punto de enseñarles a esos estirados británicos lo que es la verdadera pasión española en la cocina.

Chocamos nuestras copas, riendo como adolescentes, y por un momento me permito imaginar esa vida: yo, lejos de todo, en un castillo de cuento, cocinando para reyes y príncipes que nunca han oído hablar de mi humillación. Suena a locura. A fantasía.

Suena perfecto.

Dos días después, estoy pelando patatas en mi diminuta cocina cuando el teléfono suena. No reconozco el número, tiene prefijo internacional. Probablemente es otro periodista queriendo un comentario sobre «el incidente». He recibido llamadas de medios de comunicación de países donde ni siquiera sabía que se hablaba de mí.

—¿Diga? —contesto con recelo, equilibrando el teléfono entre mi hombro y mi oreja mientras sigo pelando.

—¿Señorita Acosta? —pregunta una voz femenina con un marcado acento británico—. Le llamo desde la Casa Real de Northbridge.

El cuchillo resbala de mis manos y cae al suelo con un estrépito metálico. Por suerte, no me corto.

—¿Northbridge? —repito como una idiota, intentando recordar de qué me suena ese nombre. Y entonces me acuerdo. El palacio. La solicitud de empleo que rellené borracha hace dos noches—. Ah, sí, por supuesto.

—Estamos encantados con su solicitud —continúa la voz—. Su experiencia es precisamente lo que buscamos para nuestra temporada navideña. ¿Tiene unos minutos ahora para que hagamos la entrevista por teléfono?

Miro a mi alrededor, a mi apartamento desordenado, a las patatas a medio pelar, a la taza de café frío junto al fregadero. ¿Realmente están considerando mi solicitud? ¿La que rellené entre cócteles y risas histéricas?

—Por supuesto —respondo con una voz que no reconozco como mía.

La entrevista transcurre sorprendentemente bien. Lady Margaret parece genuinamente impresionada por mi experiencia y mi enfoque de la cocina tradicional con toques modernos. Me pregunta sobre mis platos emblemáticos, mi capacidad para manejar la presión, y mi experiencia con eventos formales.

—Una última pregunta, señorita Acosta —dice Lady Margaret después de casi cuarenta minutos—. ¿Por qué desea trabajar en el Palacio de Northbridge durante estas fechas?

La pregunta me pilla desprevenida. No puedo decirle la verdad: «Porque soy la protagonista de un vídeo viral sobre infidelidad y quiero escapar lo más lejos posible». En su lugar, recurro a una verdad parcial.

—Siempre me ha fascinado la tradición culinaria británica —respondo—. Y la oportunidad de trabajar en un entorno con tanta historia, adaptando recetas centenarias para el paladar contemporáneo, es algo que no podría rechazar.

Lady Margaret hace un ruido encantado, aparentemente satisfecha con mi respuesta.

—Muy bien, señorita Acosta. Debo decir que su candidatura es exactamente lo que estábamos buscando. Si está disponible para viajar este viernes, el puesto es suyo.

¿Este viernes? La cabeza me da vueltas. Es demasiado rápido, demasiado real. Pero entonces pienso en salir a la calle mañana y enfrentar más miradas, más susurros, más mensajes de Mateo, al que todavía no he bloqueado, porque una parte masoquista de mí quiere saber qué excusa patética se le ocurrirá a continuación.

—Estaré allí —respondo con una seguridad que no siento.

Cuando la llamada termina, me quedo mirando la pantalla en blanco, procesando lo que acaba de suceder. Voy a trabajar en un palacio real. En Northbridge, un lugar del que nunca había oído hablar hace tres días. Lejos de Manhattan, de Mateo, del vídeo, de todo.

Mientras me dejo caer en el sofá, entre la exaltación y el pánico, no puedo evitar preguntarme si acabo de tomar la decisión más inteligente de mi vida o la más descabellada.

Supongo que muy pronto lo sabré.

Ahora se lo tengo que contar a mis primas.

CAPÍTULO 3

NICHOLAS

El salón VIP del aeropuerto JFK es una oda a la ostentación: sillones de cuero que cuestan más que el salario anual de la mayoría, bebidas servidas en cristal tallado, y un silencio casi religioso que solo interrumpe el ocasional tintineo de hielo contra cristal o el susurro discreto de conversaciones financieras. Es mi último momento de tranquilidad antes de volver a Northbridge, y lo estoy aprovechando para revisar los informes que James ha preparado para mí.

El whisky que reposa a mi derecha —un Macallan de 25 años, no he podido resistirme— desprende un aroma a madera y especias que me recuerda a la biblioteca del palacio. Un anticipo del hogar que, por más que quiera negarlo, sigue siendo mi ancla. Por mucho que disfrute de mis escapes a Manhattan, Northbridge es mi destino inescapable. El peso de mil años de historia familiar sobre mis hombros.

Mi móvil vibra sobre la mesa de nogal. La pantalla se ilumina con un nombre que hace que mi estómago se contraiga automáticamente: «Su Majestad». Ni siquiera en mis contactos personales puedo permitirme llamarla «Madre».

Tomo aire profundamente, preparándome como un boxeador antes de entrar al ring. Mis hombros se tensan bajo el traje hecho a medida. Con el gesto practicado de quien ha estado en el ojo público desde que nació, aliso cualquier emoción de mi rostro antes de contestar.

—Madre —digo con voz controlada, levantándome para buscar un rincón más privado en el salón. Un príncipe no discute asuntos familiares donde otros puedan escucharlo.

—Nicholas —su voz resuena con esa mezcla única de afecto y autoridad que ha perfeccionado durante sus treinta años de reinado —. Confío en que tu viaje haya sido productivo.

No pregunta si ha sido agradable. La productividad siempre ha sido el baremo con el que mi madre mide el valor de cualquier actividad.

—Muy productivo —respondo, sabiendo que es exactamente lo que quiere oír—. Los acuerdos comerciales con Estados Unidos parecen prometedores…

—Excelente —me interrumpe, y puedo imaginarla perfectamente: sentada en su escritorio de caoba en el estudio real, con la espalda recta como una vara, ni un solo cabello plateado fuera de lugar—. Estoy deseando que regreses. Tenemos un diciembre extraordinariamente ocupado este año.

Algo en su tono me pone en alerta. Conozco demasiado bien ese matiz de falsa casualidad.

—¿Ocupado? —pregunto, aunque ya intuyo lo que viene.

—Naturalmente. Las celebraciones habituales de Navidad, por supuesto. El baile de Adviento, la cena para los dignatarios escandinavos... —hace una pausa teatral—. Y he organizado varias reuniones que creo encontrarás... interesantes.

Mi mandíbula se tensa involuntariamente. Aprieto el puño libre, sintiendo cómo mis uñas se clavan en la palma de mi mano.

—¿Qué tipo de reuniones, madre? —pregunto, aunque ambos sabemos que es una pregunta retórica.

—Lady Catherine Devonshire estará pasando las fiestas con nosotros. Sus padres son viejos amigos, como sabes. Y Lady Amelia Blackwood. Y la Princesa Eleonora de Sajonia. Todas mujeres excepcionales, de linaje impecable.

El calor me sube por el cuello. No es vergüenza, es frustración pura. El tipo de rabia sorda que solo mi madre consigue despertar en mí.

—Suena a una cacería, no a celebraciones navideñas —respondo con un tono más cortante de lo que me permitiría normalmente—. ¿Has colocado también dianas en nuestras espaldas o debo llevar la mía propia?

El silencio al otro lado de la línea es gélido. Casi puedo ver cómo se endurece su expresión, cómo sus labios se tensan en esa fina línea.

—La ironía no te sienta bien, Nicholas. No es elegante —dice finalmente, su voz varios grados más fría—. Tienes treinta y dos años. Es hora de que asumas tus responsabilidades hacia la corona. Y eso incluye asegurar la sucesión.

Me paso la mano por el pelo, un gesto que mi madre detesta por considerarlo «común», y que precisamente por eso me resulta tan liberador.

—No estoy negándome a «asegurar la sucesión» —respondo, bajando la voz cuando noto que una pareja al otro lado del salón me mira con curiosidad—. Solo cuestiono el método. Presentarme a mujeres como si fueran yeguas de pura sangre en una subasta no me parece la forma más... inspiradora de encontrar a la futura reina.

Mi madre suelta una risa breve y sin humor que resuena metálica a través del teléfono.

—¿Inspiradora? ¿Es que esperas enamorarte como en esas ridículas comedias románticas? —El desdén en su voz podría cortar diamantes—. Creía que eras más inteligente, Nicholas. Los hombres en tu posición no tienen el lujo de casarse por amor. Se casan por deber, por alianzas, por el bien del reino.

Una punzada de algo parecido a la tristeza me atraviesa. No porque quiera un gran romance —nunca he sido dado a fantasías sentimentales— sino porque, una vez más, me recuerdan que incluso en la decisión más personal de mi vida, no soy libre.

—No busco un cuento de hadas, madre —digo, intentando que mi voz suene razonable—. Pero al menos querría respetar a la mujer con la que comparta mi vida y mi trono. Quizás incluso que ella me respete a mí, no solo a mi título.

—El respeto viene con el tiempo —responde ella, su tono ahora es pragmático, como quien explica aritmética básica a un niño—. Lo importante es encontrar a alguien adecuada. De buena familia, educada, que entienda su papel. El afecto puede desarrollarse después. Así ha sido siempre.

«Así fue para ti», pienso pero no digo. El matrimonio de mis padres fue arreglado, y aunque desarrollaron una relación cordial, nunca vi entre ellos la clase de conexión que me hiciera envidiar su unión. Solo eficiencia dinástica, disfrazada de matrimonio.

Cierro los ojos un momento. A mi alrededor, el aire perfumado del salón VIP parece repentinamente asfixiante.

—Entiendo tu punto de vista —digo finalmente, porque es la única forma de terminar esta conversación sin una guerra abierta—. Lo consideraré mientras esté en casa.

—Harás más que considerarlo —replica ella, su voz ahora cargada de esa autoridad que no admite réplica—. Participarás activamente en las actividades que he organizado, conocerás a estas damas, y para la primavera, harás un anuncio. El reino necesita estabilidad, Nicholas. Y tú necesitas una reina.

Siento cómo mi presión arterial se dispara. El sabor metálico de la rabia inunda mi boca. Estoy a punto de decir algo que lamentaré cuando escucho por megafonía el anuncio de mi vuelo.

Es mi salvación.

—Lo siento, madre —digo, inyectando alivio artificial en mi voz—. Están llamando a mi vuelo. La cobertura empezará a fallar en cualquier momento.

—Nicholas, no hemos terminado de…

Hago un ruido de interferencia con la boca, algo completamente impropio de un príncipe heredero, pero sorprendentemente satisfactorio.

—¿Madre? ¿Me escuchas? Creo que estamos per... —Cuelgo la llamada.

Permanezco un momento inmóvil, con el teléfono en la mano, y una mezcla de culpabilidad infantil y satisfacción rebelde recorriéndome. Sé que pagaré por esto. Cada pequeño acto de rebeldía tiene su precio en mi mundo. Pero por ahora, me permito disfrutar de esta mínima victoria.

James aparece a mi lado, discreto como siempre, con mi abrigo de cachemira negro y mi maletín de cuero.

—¿Todo bien, señor? —pregunta, aunque su expresión me dice que ha deducido perfectamente lo que ha ocurrido.

—Mi madre está organizando un mercado matrimonial para mí —respondo, tomando el abrigo—. Aparentemente, debo elegir a mi futura reina entre un catálogo de nobles europeas antes de que termine el invierno.

James mantiene su expresión profesionalmente neutra, pero veo un destello de compasión en sus ojos.

—Suena... eficiente —dice finalmente, y no puedo evitar soltar una carcajada breve.

—Eficiente —repito, poniéndome el abrigo—. Sí, mi madre siempre lo es.

Mientras nos dirigimos hacia el área común de embarque, siento el peso de lo que me espera en casa presionando sobre mis hombros. Un desfile de mujeres perfectamente adecuadas, perfectamente educadas, perfectamente aburridas. Cenas formales donde mediré cada palabra. Bailes donde cada paso de vals será observado para detectar preferencias. Y mi madre, vigilante, esperando que cumpla con mi deber como lo han hecho todos los hombres de mi familia durante siglos.

Una Navidad de apariencias y obligaciones. Como todas las anteriores, supongo, pero con el añadido de ser tratado como un semental de pura sangre al que hay que aparear cuidadosamente.

Mientras camino, me pregunto fugazmente cómo sería tener una Navidad real. No de la realeza, sino real. Auténtica. Con risas genuinas, conversaciones honestas, y quizás —aunque me cueste admitirlo— alguien que me mirara y viera a Nicholas, no a Su Alteza Real el Príncipe Heredero de Northbridge.

Pero ese tipo de pensamientos no llevan a ninguna parte. Mi destino fue trazado el día que nací, y ninguna cantidad de anhelo cambiará eso.

CAPÍTULO 4

SOFÍA

Odio los aeropuertos.

Antes me encantaban. Me gustaba esa sensación de estar en un no-lugar, un espacio suspendido entre el aquí y el allá, lleno de posibilidades. Pero ahora, mientras arrastro mi maleta por el interminable suelo pulido de la Terminal 4 de JFK, solo puedo sentir el peso de todas las miradas sobre mí.

¿O me lo estoy imaginando? Esa es la peor parte de hacerse viral: nunca sabes si la gente te reconoce de verdad o si es solo tu paranoia creciendo como la espuma de un cappuccino mal hecho.

Me detengo frente a la pantalla de salidas para confirmar mi puerta de embarque. Mi estómago da un vuelco al ver que todavía faltan dos horas para el embarque. Genial. Dos horas intentando pasar desapercibida en un aeropuerto abarrotado.

El aroma a café recién hecho me llama como un canto de sirenas. Necesito cafeína. Y quizás algo dulce, porque Dios sabe que merezco un pequeño capricho antes de embarcarme en esta locura. Me dirijo hacia una cafetería cercana a mi puerta, arrastrando mi maleta junto a mí como si contuviera todos mis pecados en lugar de ropa para cuatro semanas en un país frío.

—Un latte grande y un croissant de chocolate, por favor —pido, concentrándome en mi móvil para evitar mirar a nadie a los ojos.

Recojo mi café y mi croissant y busco una mesa lo más alejada posible.

Al principio todo va bien. De hecho, creo que voy a lograrlo. Que voy a montarme a ese avión sin tener ninguna situación vergonzosa.

Pero me equivoco.

Mientras termino mi croissant a toda prisa, ya que han hecho la primera llamada de embarque a mi vuelo, siento que alguien me observa. Levanto la vista rápidamente y veo a tres mujeres sentadas en una mesa cercana, mirándome sin disimulo. Algo en sus expresiones me resulta familiar, ese tipo de mirada que dice «te conozco de algo, pero no recuerdo de qué». Y entonces, como si un interruptor se encendiera, veo el reconocimiento en sus rostros.

Mierda.

Intento largarme, pero es demasiado tarde. Las tres se levantan y, como un escuadrón perfectamente sincronizado, se dirigen hacia mí. Son el tipo de mujeres que parecen salidas de un catálogo de ropa cara: perfectamente peinadas a pesar de estar de viaje, maquillaje impecable, y ese aire de suficiencia que solo da el dinero.

—Disculpa, ¿eres Sofía Acosta? —pregunta la más alta, una rubia con un acento que delata más dinero que estudios—. ¿La chef del vídeo?

Mi estómago se contrae como si acabara de tragar un cubito de hielo. Noto el calor subiendo por mi cuello hasta mis mejillas. Podría mentir, decir que se confunden, pero estoy demasiado cansada para fingir.

—Sí, soy yo —respondo con toda la dignidad que consigo reunir, que no es mucha considerando que acabo de darme cuenta de que tengo una mancha de café en la camisa.

Las tres intercambian miradas y risitas mal disimuladas.

—Pensábamos que te habrías vuelto a España —dice una de ellas, pelirroja, con fingida sorpresa—. Ya sabes, después de lo que pasó...

—Resulta que soy más resistente de lo que parece —respondo, forzando una sonrisa mientras imagino que estoy rebanando setas en lugar de sus cuellos.

—Debe ser difícil —añade la tercera, morena con mechas rubias y uñas acrílicas perfectas—. Quiero decir, ya era bastante malo cuando solo era un vídeo de tu novio engañándote, pero ahora que todo el mundo sabe que... bueno... que no eras suficiente para satisfacerlo...

Me quedo callada intentando ganar tiempo para no responder algo que me mande directamente a prisión. ¿En serio acaba de

sugerir que los cuernos son mi culpa?

—Lo superaré —digo, manteniendo la voz firme a pesar del nudo en mi garganta—. De hecho, ya lo he superado.

La rubia alta suelta una risa nasal que suena como un cerdo con alergia.

—¿En serio? ¿Tan rápido? —Se inclina hacia mí, invadiendo mi espacio personal con su perfume excesivamente dulce—. Debe ser difícil conseguir citas ahora. Ya sabes, con todo el mundo sabiendo...

—En realidad —las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas—, ya estoy con alguien.

¿Por qué he dicho eso? Noto cómo el pánico comienza a subir por mi espalda como una araña venenosa. Las tres me miran con expresiones que van desde la incredulidad hasta la burla abierta.

—¿De verdad? —La pelirroja arquea una ceja perfectamente depilada—. ¿Y dónde está ese novio misterioso?

Mi mente trabaja a toda velocidad. Podría decir que está esperándome en Londres. O que es piloto y está volando en este momento. O...

—Está aquí —respondo, y juro que mi cerebro y mi boca ya no están conectados—. En el aeropuerto. Vamos a viajar juntos.

Las tres se miran entre sí y luego estallan en carcajadas tan poco disimuladas que varias personas se giran a mirarnos. El calor en mis mejillas ahora es un incendio forestal.

—Claro que sí —dice la morena, sin molestarse en ocultar su escepticismo—. ¿Y por qué no lo vemos?

—Está... —mis ojos recorren desesperadamente el área de espera — está comprando algo.

—Entonces no te importará presentárnoslo cuando vuelva, ¿verdad? —insiste la rubia, cruzando los brazos sobre su pecho—. Nos encantaría conocer al valiente que ha decidido salir con la chica más famosa de Internet.

Trago saliva. Estoy acorralada, y todo por una mentira estúpida que podría haber evitado si hubiera tenido la dignidad de admitir que estoy soltera y que no pasa nada por ello. Pero no, mi orgullo herido tenía que abrir la boca.

—Por supuesto —respondo, irguiéndome en mi asiento—. Os lo presentaré ahora mismo.

Me levanto con una confianza que no siento, recogiendo mi bolso y dejando mi café a medio terminar. Mi mente repasa desesperadamente las opciones mientras escaneo la sala. Necesito un hombre, cualquier hombre que parezca remotamente presentable y que, con suerte, no me denuncie por acoso cuando le pida este favor.

Y entonces lo veo.

Al hombre perfecto.

Está de pie junto a uno de los ventanales, mirando distraídamente hacia las pistas de aterrizaje. Es alto, muy alto, y lleva un traje oscuro que grita «hecho a medida» incluso desde esta distancia. Su postura es tan perfecta que parece sacado de una revista de modelos. Pero lo que me decide es que está solo, sin compañía, absorto en sus pensamientos.

Perfecto.

Camino hacia él con determinación, sintiendo las miradas de las tres arpías clavadas en mi espalda. A medida que me acerco, noto más detalles: su cabello negro perfectamente peinado, la línea fuerte de su mandíbula, y cuando se gira ligeramente, un perfil que podría estar en una pasarela de moda.

Dios mío, he elegido al hombre más guapo de todo el aeropuerto. ¿En qué estaba pensando?

Pero es demasiado tarde para cambiar de opinión. Ya estoy a menos de un metro de él y, aunque mi instinto de supervivencia me grita que dé media vuelta, sé que no tengo opción. Respiro hondo y me planto frente a él.

Cuando levanto la vista —y vaya si tengo que levantarla, porque este hombre debe medir casi dos metros— me encuentro con los ojos azules más intensos que he visto en mi vida. Son del tipo de azul que hace que te preguntes si el color existe realmente en la naturaleza o si alguien lo ha inventado solo para dejar sin aliento a la gente. Por un segundo, me quedo literalmente sin palabras.

Él me mira, sorprendido por mi repentina aparición en su espacio personal. Hay algo en su expresión, una mezcla de curiosidad y

cautela, que me hace sentir como si hubiera interrumpido a alguien muy importante. Lleva un reloj que probablemente cuesta más que todos mis bienes combinados.

—Disculpa —consigo decir finalmente, y mi voz suena extrañamente entrecortada—. Necesito tu ayuda.

Sus cejas se arquean ligeramente, pero no dice nada. Solo me mira con esos ojos imposibles, esperando una explicación.

—Por favor, sígueme el juego —susurro, agarrando la solapa de su perfecto traje para tirar de él hacia abajo hasta mi altura. La tela es suave bajo mis dedos, probablemente alguna mezcla de lana y cachemir que nunca podré permitirme.

—¿Qué? —pregunta, su voz profunda y con un acento británico que no esperaba. Suena genuinamente desconcertado, y no lo culpo.

Miro por encima de mi hombro y veo a las tres mujeres observándonos, expectantes, con sonrisas burlonas que dicen claramente que no creen ni por un segundo en mi supuesto novio.

—Lo siento —murmuro, y antes de que pueda pensarlo dos veces, me pongo de puntillas, cierro los ojos, y presiono mis labios contra los suyos.

Sus labios son sorprendentemente suaves para alguien con una apariencia tan cincelada. Cálidos, firmes, y completamente inmóviles por la sorpresa. Siento su respiración detenerse, igual que la mía, en ese instante suspendido entre la locura y lo que sea que venga después.

El mundo se detiene por un segundo. O tal vez soy yo quien se detiene, porque de repente no hay aeropuerto, ni mujeres burlonas, ni vídeos virales. Solo la sensación de sus labios bajo los míos y el leve aroma a sándalo y menta que emana de su piel.

¿Qué demonios estoy haciendo?

CAPÍTULO 5

NICHOLAS

El bullicio del aeropuerto es apenas un murmullo distante mientras contemplo las pistas de aterrizaje a través del ventanal. Mi mente sigue atrapada en la conversación con mi madre y en la temporada de caza de esposas que me espera en Northbridge. En menos de doce horas estaré en un palacio con tres candidatas preseleccionadas para compartir mi trono, sonriendo cortésmente mientras evalúo su capacidad para producir herederos y no avergonzar a la corona.

El cristal frío bajo mis dedos es lo único que me ancla al presente. No suelo permitirme estos momentos de abstracción en público, pero el rincón apartado que James ha encontrado para mí ofrece un resquicio de privacidad. A veces, incluso un príncipe necesita perderse en sus pensamientos.

Además, solo quedan unos minutos para que abran la puerta de embarque.

Una sensación extraña me recorre la espalda. Esa percepción instintiva que te advierte cuando alguien te observa fijamente. Años de entrenamiento en seguridad personal me hacen tensarme imperceptiblemente, pero mantengo mi postura relajada. Probablemente sea otro pasajero que me ha reconocido, preparándose para acercarse a pedirme un selfie o recordarme que su tía segunda veranea cerca de Northbridge.

Sin embargo, lo que sucede a continuación rompe todos mis esquemas.

Siento una presencia a mi espalda, pequeña, pero con una energía casi palpable. Me giro ligeramente y me encuentro frente a una mujer que me mira directamente a los ojos con una intensidad

desconcertante. Es bajita —su cabeza apenas llega a la altura de mi pecho—, pero la determinación en su postura compensa su estatura. Lleva el pelo castaño oscuro recogido en una coleta desordenada que parece hecha con prisa, y viste unos vaqueros ajustados y una camisa blanca con una pequeña mancha de café en el cuello. No es el tipo de persona que suele acercarse a mí en estos contextos.

Lo primero que noto, sin embargo, son sus ojos. Grandes, expresivos, del color del whisky bajo la luz del sol. Y completamente carentes del reconocimiento habitual que veo en la mirada de quienes se acercan a mí.

—Disculpa —dice, con un acento español marcado que encuentra cada sílaba inglesa y la transforma en algo más vibrante, más vivo—. Necesito tu ayuda.

Su voz tiene un temblor apenas perceptible, pero hay determinación bajo el nerviosismo. Antes de que pueda responder, hace algo que nadie se ha atrevido a hacer en más de una década: agarra la solapa de mi traje (un Tom Ford hecho a medida que James seleccionó cuidadosamente esta mañana) y tira de mí hacia abajo, obligándome a inclinarme hasta su altura.

El aroma a vainilla y café recién hecho invade mis sentidos. De cerca, sus ojos son aún más impresionantes, con pequeñas motas verdes alrededor de las pupilas dilatadas.

—Por favor, sígueme el juego —susurra, tan cerca que su aliento cálido acaricia mi mejilla.

—¿Qué? —Es todo lo que consigo articular, completamente descolocado por esta invasión en mi espacio personal.

Algo en sus ojos cambia. Una chispa de desesperación, quizás. Mira por encima de su hombro brevemente y luego vuelve a fijar sus ojos en los míos.

—Lo siento —murmura.

Y entonces, sin más preámbulo, se pone de puntillas y presiona sus labios contra los míos.

Me quedo en shock.

Mi cerebro, entrenado para analizar cada situación, para mantener el control en cualquier circunstancia, se queda completamente en blanco. Lo único que registro es la suavidad de

sus labios, cálidos y ligeramente dulces, con un toque de café amargo. Permanezco inmóvil durante una fracción de segundo, paralizado por la sorpresa más que por la indignación.

Y entonces algo extraño sucede. Una corriente eléctrica recorre mi espina dorsal, despertando sensaciones que creía dormidas o quizás nunca experimentadas. Mi cuerpo reacciona antes que mi mente, como si hubiera estado esperando este momento sin yo saberlo.

Mis manos, que siempre sé dónde colocar en cualquier situación social, se mueven por voluntad propia. Una encuentra el camino hacia su cintura, pequeña y firme bajo la tela de su camisa, y la otra se desliza hasta su nuca, enredándose en los mechones sueltos de su coleta. La atraigo hacia mí con una urgencia impropia, rompiendo la distancia prudente que siempre mantengo con el mundo.

El beso cambia. Deja de ser un simple contacto de labios para convertirse en algo más profundo, más hambriento. Mi lengua roza tentativamente la línea de sus labios, y para mi sorpresa y deleite, ella los separa, permitiéndome profundizar el beso. Un gemido suave vibra en su garganta, enviando ondas de calor hacia mi bajo vientre.

Cristo. Este no soy yo. Yo no beso a desconocidas en aeropuertos. Yo no pierdo el control. Yo no...

Pero es imposible pensar coherentemente cuando su lengua encuentra la mía, cuando sus pequeñas manos se aferran a mi camisa como si temiera caerse, cuando todo su cuerpo se amolda contra el mío con una perfección absurda.

El sabor, el olor, la textura... todo en ella es embriagador. Mi corazón, habitualmente tan disciplinado como el resto de mí, golpea contra mis costillas con fuerza desmedida. Siento calor extendiéndose por mi cuerpo, concentrándose en lugares que definitivamente no deberían estar reaccionando así en un espacio público.

Por primera vez en años —quizás en toda mi vida adulta— actúo sin pensar en las consecuencias, sin calcular cada movimiento. Solo siento. Y lo que siento es electricidad pura recorriendo cada terminación nerviosa de mi cuerpo.

Tan abruptamente como empezó, ella se separa. Sus labios, ahora ligeramente hinchados y brillantes, me dejan con una sensación de pérdida que me desconcierta. Sus mejillas están teñidas de un rosa intenso, y su respiración es tan irregular como la mía. Por un momento, simplemente nos miramos, ambos igualmente sorprendidos por lo que acaba de suceder.

Ella se gira entonces hacia un punto detrás de mí. Sigo su mirada y veo a tres mujeres observándonos con expresiones que van desde la incredulidad hasta la envidia mal disimulada.

—Gracias por esperarme, cariño —dice ella, con una naturalidad que me deja boquiabierto—. Siento haber tardado tanto.

Las mujeres intercambian miradas y luego se alejan, murmurando entre ellas. Una actuación. Todo ha sido una actuación. Debería sentirme utilizado, pero lo único que siento es una curiosidad abrasadora hacia esta mujer que ha convertido mi ordenado mundo en un caos en cuestión de segundos.

Ella se vuelve hacia mí, y su sonrisa es tan genuina, tan carente de artificio, que me deja momentáneamente sin aliento.

—Gracias —dice, pasándose una mano por el pelo con gesto nervioso—. Me has salvado de una situación muy incómoda.

—Yo no he hecho nada —consigo responder, mi voz más ronca de lo habitual—. Has sido tú quien me ha asaltado.

Una risa cristalina escapa de sus labios, y es como si alguien hubiera dejado entrar la luz del sol en este rincón gris del aeropuerto.

—Tienes razón —admite, mordiéndose el labio inferior de una forma que me hace desear besarla de nuevo—. Te debo una disculpa y una explicación. Soy Sofía Acosta, por cierto.

Espera, expectante. Y entonces caigo en la cuenta: no tiene ni idea de quién soy. No ha reconocido mi cara, que aparece regularmente en revistas y tabloides. No ha identificado mi nombre, anunciado en eventos internacionales. Para ella, soy simplemente un hombre al que ha besado impulsivamente en un aeropuerto.

La sensación es tan nueva, tan liberadora, que no puedo evitar sonreír.

—Soy Nicholas —respondo, omitiendo deliberadamente mi título —. Pero puedes llamarme Nik.

Nadie me ha llamado así jamás. Ni siquiera mi madre en sus raros momentos de afecto. Pero de alguna manera, en los labios de esta desconocida que no sabe quién soy, quiero ser Nik. No Su Alteza Real. No el Príncipe Heredero. Solo Nik.

—Gracias, Nik —dice, y mi nombre en su boca suena diferente, como si lo estuviera reinventando—. No suelo ir besando a desconocidos, te lo prometo. Es solo que esas mujeres... bueno, es una larga historia.

Quiero escuchar esa historia. Quiero saber todo sobre esta mujer que ha irrumpido en mi vida como un huracán. Pero antes de que pueda decir nada, sus ojos se abren con alarma y mira su reloj.

—¡Mierda! —exclama, y luego se cubre la boca, como si hubiera dicho una blasfemia frente a un sacerdote—. Lo siento. Es que... acaban de hacer la última llamada para mi vuelo.

—¿A dónde vas? —pregunto, sintiendo una urgencia inexplicable de no dejarla marchar así, sin más.

—A Northbridge —responde, recogiendo apresuradamente su bolso del suelo. No recuerdo en qué momento lo dejó caer.

Northbridge. ¿El destino se está burlando de mí?

Quiero decirle que yo también voy allí. Que nos volveremos a ver. Pero las palabras se atascan en mi garganta, paralizadas por años de cautela entrenada.

—Tengo que irme —dice, ya retrocediendo—. Gracias otra vez por el rescate.

Y así, sin más ceremonias, se da la vuelta y se aleja corriendo, su coleta balanceándose con cada paso apresurado. Me quedo inmóvil, observándola desaparecer entre la multitud, con el sabor de sus labios todavía en los míos y una sensación de vértigo en el estómago.

James aparece a mi lado, con su discreción habitual. No dice nada sobre lo que acaba de presenciar, pero noto la curiosidad en sus ojos.

—Señor, nuestro vuelo está listo para abordar cuando usted lo indique —dice, su tono tan profesional como siempre.

Asiento, incapaz todavía de articular pensamientos coherentes. Mi mente está llena de ojos color whisky, labios suaves y el aroma a vainilla y café.

Mientras camino hacia la puerta de embarque, un pensamiento se abre paso entre la confusión: vamos al mismo destino. Y por primera vez en años, siento algo parecido a la anticipación. A la emoción.

A estar vivo.

CAPÍTULO 6

NICHOLAS

—De ninguna manera, señor —dice James con ese tono que reserva para cuando considera que estoy a punto de cometer un error colosal—. El protocolo de seguridad exige que permanezca en su asiento asignado. En primera clase. Donde podemos garantizar su protección.

Sigo con la mirada el pasillo de embarque, donde acabo de ver desaparecer a Sofía. Su coleta castaña balanceándose como un péndulo hipnótico entre la multitud de pasajeros. No puedo explicarlo, pero siento una urgencia casi visceral de no perderla de vista. De saber más sobre esta mujer que ha tenido la audacia de besarme sin saber quién soy.

—Va a Northbridge —le digo a James, mi voz más baja de lo habitual, como si estuviera confesando un secreto—. Estará allí durante las fiestas.

—Muchas personas van a Northbridge durante las fiestas, señor —responde James, cada palabra cuidadosamente medida—. Es una temporada turística importante para el reino.

Ignoro su comentario y me acerco al mostrador donde la supervisora de embarque revisa los últimos detalles antes de cerrar el vuelo. En cuanto me ve, su expresión cambia instantáneamente, pasando de eficiencia profesional a reconocimiento y nerviosismo.

—Su Alteza —susurra, inclinando ligeramente la cabeza—. Es un honor inesperado. Su asiento en primera clase está preparado con todas las especificaciones que solicitó...

—Quiero cambiar mi asiento —la interrumpo, manteniendo mi voz baja pero firme—. Necesito que me asignes uno específico.

Sus ojos se abren como platos, claramente confundida por mi petición.

—Pero, Su Alteza, el protocolo...

—Por favor —insisto, y rara vez uso ese tono que no admite réplica para asuntos personales—. Es importante.

Cinco minutos después, con James todavía protestando silenciosamente a mi lado, me dirijo hacia la puerta de embarque. He utilizado mi influencia para conseguir lo que quiero, algo que me produce una mezcla incómoda de culpa y excitación. Si voy a pasar un mes soportando la agenda matrimonial de mi madre, merezco al menos esta pequeña desviación.

—Al menos permítame sentarme cerca, señor —insiste James, su rostro una máscara de preocupación profesional—. Si alguien lo reconoce...

—Cuando eso ocurra, les pediré discreción —respondo con seguridad.

James suspira, ese suspiro particular que indica que está contando mentalmente hasta diez.

—Esto va directamente contra todos los protocolos, señor.

—Lo sé —respondo, sintiendo una chispa de emoción ante mi pequeña rebelión—. Y por eso es necesario. Confía en mí, James.

En el pasillo del avión, noto inmediatamente las miradas. Algunas discretas, otras descaradamente curiosas. Es inevitable: un hombre de mi altura y aspecto, con un traje que claramente no pertenece a clase turista, moviéndose en la dirección equivocada del avión. A una pareja mayor que me reconoce abiertamente les sonrío y llevo un dedo a mis labios en señal de complicidad. Asienten, sorprendidos pero complacidos de compartir este pequeño secreto real.

Localizo rápidamente al pasajero cuyo asiento he usurpado. Es un hombre de negocios de mediana edad, que revisa su tarjeta de embarque con el ceño fruncido, confundido por el cambio repentino.

—Disculpe —le digo, acercándome discretamente—. Soy responsable del cambio en su asiento. Le han asignado uno en primera clase.

El hombre me mira con sospecha. No me reconoce inmediatamente, lo cual es perfecto.

—¿Por qué haría alguien eso?

—Asuntos personales —respondo con el tono que uso para cerrar conversaciones—. El cambio incluye todos los servicios premium y una compensación por las molestias.

Miro significativamente hacia James, quien entrega al hombre un sobre con suficiente dinero en efectivo para comprar varios pasajes de primera clase. Sus ojos se abren al comprender la cantidad, y entonces, al mirarme de nuevo, el reconocimiento ilumina su rostro.

—Usted es...

—Agradecería su absoluta discreción sobre este asunto —le interrumpo, bajando la voz—. Como si nunca hubiera ocurrido.

El hombre asiente, ahora claramente impresionado y se aleja mirándome por encima del hombro varias veces, como si no pudiera creer su suerte. James lo escolta hacia la primera clase, no sin antes lanzarme una última mirada que claramente dice «esto es un error».

Puede que lo sea. Pero mientras avanzo por el pasillo hacia mi nuevo asiento, siento algo que hace años no experimentaba: el pulso acelerado de la anticipación, la electricidad de lo prohibido.

Y ahí está ella. Fila 27, asiento F, junto a la ventana. Ya se ha puesto cómoda. Tiene unos auriculares puestos y la mirada perdida en la pista de aterrizaje. No me ha visto todavía. Me permito observarla un momento: el perfil definido, la forma en que se muerde distraídamente el labio inferior, el mechón rebelde que ha escapado de su coleta y que ella enrolla continuamente alrededor de su dedo.

Mi cuerpo responde a la visión con una intensidad que me sorprende. No es solo deseo —aunque definitivamente está presente —, es algo más primitivo: la necesidad de volver a sentir esa chispa que experimenté durante nuestro beso robado, esa sensación de estar completamente vivo.

Respiro hondo, ajusto mi expresión a una de casual sorpresa, y me deslizo en el asiento junto a ella.

SOFÍA

Estoy tan absorta en mis pensamientos —principalmente reviviendo el beso más impulsivo y posiblemente más maravilloso de mi vida— que no noto a la persona que se sienta a mi lado hasta que siento el asiento hundirse bajo su peso. Giro la cabeza automáticamente, preparada para sonreír educadamente a mi compañero de viaje antes de volver a ignorarlo durante las próximas seis horas.

Y entonces mi corazón literalmente se salta un latido.

Es él. El hombre del aeropuerto. El desconocido al que prácticamente asalté con mis labios. Nik.

Los auriculares se me resbalan de las manos y caen sobre mi regazo mientras intento procesar lo que está sucediendo. Las probabilidades de que esté sentado junto a mí deben ser astronómicamente bajas. A menos que...

—¿Me estás siguiendo? —pregunto antes de poder filtrar mis pensamientos, y luego siento el calor abrasador del bochorno subiendo por mi cuello—. Lo siento, eso ha sonado horriblemente egocéntrico.

Una sonrisa lenta se dibuja en su rostro, transformando sus facciones serias en algo más cálido, más accesible. Y, Dios mío, más devastadoramente atractivo. Mi estómago da un vuelco traicionero.

—Técnicamente, vamos en la misma dirección —responde, su voz profunda enviando un escalofrío involuntario por mi espalda—. Aunque debo admitir que la coincidencia de asientos no ha sido... completamente accidental.

Parpadeo, procesando sus palabras. ¿Ha cambiado su asiento para sentarse junto a mí? La idea me parece tan improbable que me río.

—¿Por qué harías eso? —pregunto, genuinamente confundida—. Después de que te haya asaltado...

—Precisamente por eso —responde, poniéndose cómodo en el asiento que claramente es demasiado pequeño para su estructura imponente. Su hombro presiona contra el mío, y el calor de su cuerpo resulta sorprendentemente intenso—. No todos los días una desconocida me besa y luego huye sin explicación. Has despertado mi curiosidad.

Su franqueza me deja sin palabras por un momento. Hay algo en la intensidad de su mirada, en la forma en que sus ojos azules parecen estudiar cada detalle de mi rostro, que hace que mi pulso se acelere de forma alarmante.

La azafata pasa junto a nosotros, haciendo una pausa abrupta cuando ve a Nicholas. Sus ojos se abren con sorpresa y está a punto de decir algo cuando él le dirige una mirada significativa y un gesto sutil. Ella asiente, claramente desconcertada, y continúa su camino, no sin antes mirarlo varias veces por encima del hombro.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto, intrigada—. ¿Eres algún tipo de famoso que no reconozco?

Una sombra cruza brevemente su rostro, tan rápida que casi me la pierdo.

—¿No deberías estar en primera clase? —añado, observando su traje perfectamente cortado y su reloj que probablemente cuesta más que todos mis bienes terrenales combinados—. Porque claramente no eres un viajero de clase turista.

Él se recuesta ligeramente, estudiándome con una intensidad que hace que mi piel se erice.

—¿Te incomoda que esté aquí? —pregunta, ignorando mi pregunta, y hay algo vulnerable en su tono que contrasta con su apariencia imponente.

—No —respondo con más rapidez de la que pretendía—. Es solo que... no tiene sentido. Personas como tú no se sientan en clase turista junto a personas como yo.

—¿Personas como yo? —repite, con genuina curiosidad.

—Ya sabes —hago un gesto vago con la mano—. El tipo de hombre que lleva gemelos de platino y zapatos italianos hechos a mano. El tipo de hombre que ocupa el espacio como si le perteneciera por derecho propio.

Sus ojos se oscurecen ligeramente, y por un momento temo haberlo ofendido. Pero entonces asiente, y hay algo en su mirada que parece apreciar mi franqueza.

—Quizás quería saber cómo es ser una persona como tú, por una vez —dice en voz baja, casi para sí mismo.

Hay algo tan intensamente íntimo en ese comentario que siento un nudo en la garganta. ¿Quién es este hombre?

—¿Y qué hay de ti? —pregunta, reclinándose ligeramente para poder mirarme mejor—. ¿Tienes por costumbre besar a extraños en aeropuertos, o soy un caso especial?

Cambia descaradamente de tema y yo se lo permito.

El calor vuelve a mis mejillas con fuerza. El avión comienza a moverse, alejándose lentamente de la terminal, y yo aprovecho para mirar por la ventana, evitando momentáneamente esos ojos que me ponen nerviosa.

—Te debo una disculpa por eso —digo finalmente, obligándome a enfrentar su mirada—. Fue completamente inapropiado, y juro que no es algo que haga... nunca. Literalmente nunca.

—¿Qué te llevó a hacerlo, entonces? —pregunta, y hay algo en su tono, una mezcla de curiosidad y algo más profundo, que me hace querer ser completamente honesta.

Suspiro profundamente. Si vamos a compartir seis horas de vuelo, supongo que le debo al menos una explicación. Y hay algo en él que me hace sentir que puedo bajar la guardia, aunque mi instinto normalmente me advierte contra eso con hombres tan atractivos.

—Mi novio me puso los cuernos —digo directamente—. Y no de manera discreta. Lo pillaron con la chef pastelera en la cocina del restaurante donde trabaja. Alguien lo grabó y el vídeo se hizo viral.

Nicholas parpadea, claramente no esperaba esa respuesta. Veo cómo su mandíbula se tensa ligeramente.

—Lo siento —dice, y su tono sugiere que realmente lo siente.

—No lo hagas —respondo, sorprendiéndome a mí misma con la falta de amargura en mi voz—. No lo amaba. Al menos, no de la manera en que se supone que debes amar a alguien con quien llevas tres años. Pero la humillación pública...

—Es una cosa completamente distinta —completa él, con una comprensión que me sorprende—. Sentir que todo el mundo te observa, que hablan de ti, que tienen opiniones sobre tu vida cuando en realidad no saben nada.

Hay algo en la forma en que lo dice que me hace sospechar que habla desde la experiencia personal.

—Exacto. De repente todo el mundo sabía quién era yo, pero no por mi trabajo como chef, que es lo único que realmente me importa, sino como «la cornuda del vídeo». —Hago comillas con los dedos—. Unas mujeres en el aeropuerto me reconocieron y comenzaron a burlarse, y yo, brillantemente, les dije que ya estaba con alguien más. Y pues... tú estabas ahí.

El avión ruge mientras acelera por la pista de despegue, y siento cómo mi cuerpo se presiona contra el asiento. Nicholas está tan cerca que puedo oler su colonia, algo caro y masculino que hace que mi estómago dé un vuelco inexplicable.

—Así que ahora estoy huyendo —añado mientras nos elevamos—. Me hablaron sobre un trabajo temporal como chef en un palacio en un reino llamado Northbridge, del que no conozco los más mínimo, y lo acepté sin pensarlo dos veces. Solo quiero estar en un lugar donde nadie haya visto ese maldito vídeo.

Nicholas me mira con una expresión indescifrable durante varios segundos, y luego, para mi sorpresa, empieza a reír. No es una risa burlona, sino genuinamente divertida, y el sonido hace que algo se agite en mi interior. Tiene una risa preciosa, profunda y natural, como si no la usara muy a menudo.

—¿Qué? —pregunto, ligeramente ofendida—. ¿Mi tragedia personal te parece graciosa?

—No, no —dice, su mano rozando brevemente la mía en un gesto que parece instintivo—. Es solo... ¿aceptaste un trabajo en un reino del que no sabes absolutamente nada?

Me encojo de hombros, muy consciente del hormigueo que ha dejado su contacto fugaz en mi piel.

—Sabía lo suficiente. Palacio real, buena paga, lejos de Manhattan. Los tres requisitos básicos que necesitaba en este momento.

—¿Sabes al menos quién reina en Northbridge? —pregunta, con una sonrisa enigmática que hace que se le forme un hoyuelo en su mejilla izquierda. Dios, ¿cómo puede ser tan atractivo?

—Ni idea —confieso sin vergüenza—. Supongo que alguna versión de la realeza británica. Todos son parientes de alguna manera, ¿no?

Eso le provoca otra risa, esta vez más contenida pero igualmente atractiva.

—¿Y cómo sabes que el palacio es un buen lugar para trabajar? —pregunta, con un brillo travieso en los ojos—. Podría ser frío, austero, lleno de nobles estirados...

—¿No son todos los palacios bonitos? —respondo con otra pregunta—. Quiero decir, son palacios. La gente no construye palacios feos, ¿verdad?

Nicholas me mira como si acabara de descubrir una nueva especie fascinante. Hay algo en su expresión, una mezcla de asombro y algo más profundo que hace que mi corazón se acelere.

—Es curioso —dice después de un momento—. Yo también voy a trabajar en el palacio.

Mi corazón da un vuelco.

—¿En serio? —pregunto, incapaz de ocultar mi sorpresa—. ¿Qué harás allí? ¿Eres algún tipo de asesor financiero? ¿Abogado real?

Hay un destello de diversión en sus ojos, como si compartiera un chiste privado consigo mismo.

—Algo así —responde enigmáticamente—. Estaré bastante ocupado durante las fiestas.

NICHOLAS

No puedo recordar la última vez que me sentí así: completamente presente, con cada nervio de mi cuerpo vibrando de anticipación. Hay algo en la naturalidad de Sofía que desarma todas mis defensas habituales. Su completa ignorancia sobre quién soy es más embriagadora que cualquier vino que haya probado jamás.

—Tendremos que vernos en el palacio —digo, y me sorprendo a mí mismo por la audacia de la sugerencia—. Si ambos vamos a estar allí.

Ella sonríe, y es como si el sol hubiera decidido salir en mitad de la noche.

—¿Un ejecutivo de alto nivel socializa con el personal de cocina? —pregunta con una ceja levantada—. Eso no suena muy protocolar.

—No soy muy aficionado a los protocolos —respondo, y la ironía de mi afirmación casi me hace reír. Toda mi vida ha sido dictada por

protocolos—. Además, me gustaría probar tu comida. Si te han contratado para el palacio, debes ser excepcional.

Sus mejillas se tiñen de ese rosa que ya estoy empezando a adorar. Hay algo increíblemente atractivo en la forma en que responde a mis cumplidos, sin artificios, sin el cálculo que veo en las mujeres que normalmente me rodean.

El avión ha alcanzado su altitud de crucero, y la señal de cinturones se apaga con un suave timbre. Sofía se estira en su asiento, intentando encontrar una posición cómoda en el espacio reducido, y su muslo presiona brevemente contra el mío. Un contacto inocente que, sin embargo, envía una corriente eléctrica por todo mi cuerpo.

—¿Y tú? —pregunta, girándose para mirarme directamente—. ¿Siempre eres tan misterioso, o es solo conmigo?

Su pregunta me pilla desprevenido. Nadie me acusa nunca de ser misterioso; normalmente, las personas creen saberlo todo sobre mí basándose en lo que han leído o visto.

—Solo estoy siendo prudente —respondo, consciente de que estoy caminando por una fina línea entre la verdad y el engaño—. Apenas nos conocemos.

—Nos conocemos lo suficiente como para habernos besado apasionadamente en medio de un aeropuerto —replica ella con una sonrisa juguetona que hace que mi pulso se acelere—. Creo que eso nos da ciertos derechos a la curiosidad mutua.

Dios, esa boca. Esos labios que ahora puedo recordar con una claridad dolorosa cómo se sentían contra los míos. Tengo que hacer un esfuerzo consciente para no mirarlos fijamente.

Y para no excitarme de forma evidente.

—Tienes razón —concedo, inclinándome ligeramente hacia ella—. Pregunta lo que quieras.

Es una oferta peligrosa, pero en este momento, suspendido a miles de metros sobre el Atlántico, me siento capaz de correr riesgos que normalmente evitaría.

La azafata se acerca con el carrito de bebidas, interrumpiendo el momento. Cuando nos pregunta qué queremos beber, Sofía pide un

vino tinto. Pido lo mismo, a pesar de que normalmente evito el alcohol en vuelos comerciales.

Cuando la azafata me entrega mi bebida, noto cómo sus manos tiemblan ligeramente. Me reconoce, claramente, pero mantiene una discreción profesional que agradezco con una sonrisa.

—Por los nuevos comienzos —dice Sofía, chocando suavemente su vaso de plástico contra el mío—. Y por los extraños que se convierten en... bueno, lo que sea que seamos ahora. ¿Conocidos?

—Por los nuevos comienzos —repito, sintiendo el peso de esas palabras, deseando por primera vez en mi vida que pudiera tener uno verdadero.

El vino es mediocre, pero el momento tiene un sabor a libertad que ninguna añada de lujo podría igualar. Mientras el avión surca el cielo, me encuentro hablando con Sofía sobre todo y nada. Sobre comida (su pasión hace que sus ojos brillen cuando describe un plato), sobre viajes (me fascina su forma de ver el mundo, tan diferente a la mía), sobre libros, películas, y mil cosas más.

No le hablo de Northbridge, ni de mi título, ni de mis responsabilidades. No menciono a mi madre o las candidatas matrimoniales que me esperan. Por unas horas, soy simplemente Nik, un hombre en un avión, completamente cautivado por una mujer que parece encontrarme igualmente interesante por quién soy, no por lo que represento.

En un momento, cuando el avión atraviesa una zona de turbulencia, Sofía se agarra instintivamente a mi brazo. Sus dedos se cierran sobre mi antebrazo, y el contacto, incluso a través de la tela de mi camisa, envía una oleada de calor por todo mi cuerpo. No se aparta inmediatamente cuando la turbulencia pasa, y yo no hago nada para romper el contacto.

—Lo siento —dice finalmente, retirando su mano—. No soy una gran fan de los aviones.

—No te disculpes —respondo, y mi voz suena más ronca de lo que pretendía—. En absoluto.

Hay un momento de tensión entre nosotros, tan palpable que casi puedo saborearlo. Sus ojos se encuentran con los míos, y por un

instante, me pregunto qué pasaría si me inclinara y la besara de nuevo. Un beso real esta vez, no una actuación para terceros.

Pero entonces ella rompe el contacto visual, volviendo a la realidad, y el momento pasa.

—Entonces —dice, cambiando de tema con una ligereza que no engaña a ninguno de los dos—, ¿crees que podríamos vernos en Northbridge? ¿De verdad?

—Me aseguraré de ello —respondo, y hay una promesa en mis palabras que ni siquiera sabía que quería hacer—. Quizás puedas mostrarme tus habilidades culinarias en directo. Y yo podría mostrarte algunas partes del palacio que el personal no suele frecuentar.

Sus ojos se iluminan con interés.

—¿Conoces bien el palacio?

—Bastante bien —respondo, navegando cuidadosamente alrededor de la verdad—. Conozco cada rincón, cada pasadizo secreto.

—Ahora sí que has captado mi atención —dice ella, inclinándose ligeramente hacia mí—. ¿Pasadizos secretos? ¿En serio?

La proximidad de su rostro al mío hace que sea difícil concentrarme. Puedo contar cada una de sus pestañas, ver las motas doradas en sus ojos castaños, sentir su aliento cálido contra mi mejilla.

—En serio —confirmo, luchando contra el impulso de cerrar la distancia entre nosotros—. Palacios con siglos de historia tienden a acumular muchos secretos.

—Ahora definitivamente tenemos que vernos allí —declara con una sonrisa que hace que mi corazón se acelere—. No puedo perderme la oportunidad de explorar pasadizos secretos con mi misterioso compañero de vuelo.

Es la primera vez en mi vida adulta que alguien me ve como realmente quiero ser visto. Y aunque sé que esta burbuja estallará inevitablemente cuando toquemos tierra y la realidad de quién soy nos alcance, no puedo evitar desear que este vuelo, esta conexión inesperada, este destello de posibilidades, dure para siempre.

CAPÍTULO 7

SOFÍA

—Bienvenida a Northbridge —dice Nicholas mientras el avión reduce velocidad en la pista de aterrizaje.

Pegada a la ventanilla como una niña en su primer vuelo, observo el paisaje que se extiende bajo nosotros: colinas ondulantes cubiertas por un manto de escarcha, bosques oscuros de pinos que parecen centinelas silenciosos.

—Es precioso —murmuro, sintiendo una mezcla de nervios y emoción ante mi nueva aventura.

Nicholas me observa con una expresión que no logro descifrar. Durante las últimas horas de vuelo ha estado más callado, como si a medida que nos acercamos a nuestro destino, algo en él se fuera replegando. Aun así, su sonrisa cuando nuestros ojos se encuentran hace que mi estómago dé un vuelco ridículo.

El aterrizaje es suave como una caricia. Mientras los demás pasajeros se apresuran a recoger sus pertenencias, Nicholas permanece sentado, mirando su teléfono con el ceño fruncido. Teclea algo rápidamente y luego lo guarda en el bolsillo interior de su chaqueta.

—¿Todo bien? —pregunto, mientras me pongo el abrigo.

—Perfectamente —responde, pero hay una tensión en su voz que no estaba ahí antes—. Solo estaba haciendo algunos arreglos de último momento.

El aeropuerto de Northbridge es sorprendentemente moderno para un reino que, según lo poco que he investigado, parece aferrarse a sus tradiciones centenarias. Techos altos de cristal dejan entrar la luz invernal, creando patrones plateados sobre el suelo de mármol. No es grande, pero está impecablemente mantenido.

Mientras recogemos nuestras maletas, noto algo curioso. La gente mira a Nicholas. No de la forma casual en que se observa a un extraño atractivo, sino con una mezcla de reconocimiento y respeto. Algunos incluso parecen apartarse ligeramente cuando pasamos, como si le cedieran espacio inconscientemente.

—¿Trabajas en algo importante en el palacio? —pregunto mientras nos dirigimos hacia la salida—. La gente te mira como si fueras... alguien.

Una sombra cruza su rostro, tan rápida que casi la pierdo.

—Tengo cierta responsabilidad, sí —responde vagamente—. Northbridge es un lugar pequeño, todos nos conocemos.

Antes de que pueda indagar más, mi atención se desvía hacia un hombre vestido con un uniforme formal que sostiene un cartel con mi nombre. El chófer que debía recogerme.

—Ah, ahí está mi transporte —digo, señalando al hombre.

Nicholas sigue mi mirada y frunce el ceño levemente.

—Sofía —dice, y hay algo en la forma en que pronuncia mi nombre que hace que me estremezca—. ¿Te importaría si vamos juntos al palacio? También voy hacia allá ahora.

Mi corazón da un vuelco. ¿Es posible tener tanta suerte?

—¡Eso sería genial! Pero tenemos que avisar al conductor.

Su sonrisa se amplía, aunque no llega completamente a sus ojos.

—Claro, yo me encargo —asegura.

Nicholas se excusa un momento y se dirige hacia un grupo de hombres vestidos con trajes oscuros que esperan cerca de la salida. Les habla en voz baja, haciendo gestos ocasionales en mi dirección. Los hombres asienten con expresiones serias, y uno de ellos habla discretamente por un dispositivo en su muñeca.

Definitivamente hay algo que Nicholas no me está contando. ¿Es guardaespaldas de alguien importante? ¿Un diplomático bajo protección?

Cuando regresa, hay una nueva determinación en sus ojos.

—Todo arreglado —dice—. ¿Necesitas usar el baño antes de irnos? Será un viaje de aproximadamente una hora.

Asiento, agradecida por la sugerencia. El nerviosismo siempre me afecta la vejiga. Cuando regreso, Nicholas está esperándome junto a

las puertas automáticas, el cuello de su abrigo de cachemira levantado contra el frío que se adivina al otro lado.

El aire de diciembre es cortante como un cuchillo bien afilado. Mi aliento forma pequeñas nubes frente a mí mientras sigo a Nicholas hacia un coche negro reluciente con cristales tintados.

Un chofer con guantes blancos nos abre la puerta. Nicholas me indica que entre primero, y el interior del coche me recibe con el suave aroma a cuero y una calidez que contrasta deliciosamente con el frío exterior.

—Vaya, esto sí que es viajar con estilo —comento mientras me acomodo en el asiento—. ¿Todos los empleados del palacio tienen estos privilegios?

Nicholas se sienta a mi lado, dejando una distancia respetuosa entre nosotros que, sin embargo, parece vibrar con una energía indefinible.

—No exactamente —responde—. Digamos que tengo algunos... beneficios adicionales.

El coche arranca suavemente. A través de los cristales tintados, veo que varios vehículos similares se incorporan al tráfico detrás de nosotros. Es como si fuéramos parte de una pequeña caravana.

Decido no presionar más. Todo el mundo tiene sus secretos, y si hay algo que he aprendido en los últimos días, es a respetar el espacio ajeno.

El viaje transcurre entre conversaciones ligeras sobre Northbridge: su clima (frío, pero no tan húmedo como Londres), sus tradiciones (muchas relacionadas con la monarquía) y su comida (sorprendentemente influenciada por la cocina escandinava). Nicholas parece relajarse gradualmente, volviendo a ser el hombre fascinante del avión.

—¿Cómo es el palacio? —pregunto mientras atravesamos un pueblo que parece congelado en el tiempo, con casas de piedra y techos empinados—. ¿Es intimidante?

—Es... imponente —admite Nicholas—. Pero también puede ser acogedor, a su manera. Hay salas llenas de historia, pasillos con secretos, y rincones donde puedes olvidar que estás en un edificio con siglos de antigüedad.

Habla del palacio con una familiaridad que va más allá de la de un simple empleado. Pero antes de que pueda señalarlo, el coche gira en una curva y ante nosotros se despliega una vista que me deja sin aliento.

El Palacio Real de Northbridge se alza majestuoso contra el cielo gris perla, sus torres y almenas recortándose como una silueta de cuento. Es más grande, más impresionante de lo que había imaginado. Las piedras color miel brillan con luz propia incluso aunque ya ha oscurecido, y los ventanales de cristal emplomado centellean como joyas engarzadas en la piedra.

—Madre mía —susurro, incapaz de apartar la mirada—. Es... es magnífico.

Nicholas observa mi reacción con una mezcla de orgullo y algo que parece casi... ¿melancolía?

—Espera a verlo por dentro —dice suavemente.

El coche avanza por un camino bordeado de árboles centenarios, sus ramas desnudas formando un dosel natural sobre nosotros. A ambos lados, jardines meticulosamente cuidados se extienden hasta donde alcanza la vista, con setos recortados en formas geométricas y estatuas que asoman entre la vegetación invernal.

A medida que nos acercamos, noto que Nicholas está cada vez más tenso. Lo veo en la manera en que sus dedos tamborilean contra su rodilla, en cómo su mandíbula se contrae cada pocos segundos. Está nervioso, y eso me pone nerviosa a mí.

—¿Todo bien? —pregunto mientras el coche reduce velocidad frente a una entrada lateral.

—Sí —responde demasiado rápido—. Es solo que... hay ciertas reglas aquí. Protocolos que deben seguirse.

—¿Como no comer con los dedos y hacer reverencias a los nobles? —bromeo, intentando aligerar el ambiente.

Su sonrisa es tensa.

—Algo así —murmura.

El coche se detiene frente a una entrada que, aunque no es la principal, sigue siendo impresionantemente ornamentada. Guardias con uniformes ceremoniales flanquean las puertas, inmóviles como estatuas.

Nicholas se gira hacia mí, y hay algo en sus ojos, una urgencia que no comprendo.

—Sofía, antes de entrar, hay algo que deberías saber —comienza, pero es interrumpido cuando la puerta del coche se abre desde fuera.

Un mayordomo con librea se inclina respetuosamente.

—Bienvenido, señor —dice, extendiendo una mano para ayudarnos a salir.

Nicholas suspira casi imperceptiblemente y sale del coche. Luego se gira para ofrecerme su mano. La agarro, sintiendo un hormigueo donde nuestras pieles se tocan.

Como hace tanto frío en el jardín entramos casi al instante en el edificio.

El aire dentro del palacio es cálido y huele a cera de abejas, madera pulida y algo indefinible que solo puede describirse como «antigüedad». El vestíbulo es enorme, con techos tan altos que tengo que echar la cabeza hacia atrás para verlos. Candelabros de cristal cuelgan como constelaciones congeladas, y retratos de personajes con ropajes de otra época nos observan desde las paredes.

Nicholas camina con una familiaridad sorprendente, como si conociera cada baldosa de mármol bajo sus pies. Me guía a través del vestíbulo hacia lo que parece ser un salón de recepción.

Y es entonces cuando la veo.

Una mujer de porte regio avanza hacia nosotros. Su cabello plateado está recogido en un moño impecable, y lleva un traje sastre de color azul marino que grita poder y dinero. Pero lo que me deja paralizada son sus ojos: del mismo azul imposible que los de Nicholas.

¿Qué está pasando aquí?

CAPÍTULO 8

SOFÍA

La mujer se detiene abruptamente cuando nos ve, sus ojos moviéndose entre Nicholas y yo con una expresión de sorpresa genuina que rápidamente se transforma en algo más calculador.

—Nicholas —dice, y su voz tiene esa cadencia cultivada que he oído en documentales sobre la aristocracia británica—. No esperaba verte hasta esta noche.

Su mirada se desliza hacia mí, evaluándome de arriba abajo con la precisión de un escáner de rayos X. Puedo sentir cómo nota cada detalle: mi abrigo de lana que, aunque bonito, claramente no es de diseñador; mis botas que compré en rebajas; mi coleta deshecha después del largo viaje.

—¿Y quién es tu... acompañante? —pregunta, y hay algo en la forma en que dice «acompañante» que hace que se me erice la piel.

Nicholas se tensa junto a mí de una manera tan visible que prácticamente puedo sentir su incomodidad emanando en ondas. Se aclara la garganta, y cuando habla, su voz suena extrañamente formal.

—Madre —dice, y esa única palabra me golpea como un puñetazo en el estómago—, permíteme presentarte a Sofía Acosta.

¿Madre? Mi cerebro trabaja frenéticamente intentando procesar esta información. Si esta mujer es su madre, y por la forma en que se mueve, habla y viste, claramente pertenece a la alta sociedad...

—Sofía —continúa Nicholas, su voz ahora cargada de tensión—, te presento a mi madre, Su Majestad la Reina Maribel de Northbridge.

El mundo se detiene.

Completamente.

Su. Majestad. La. Reina.

El aire se me queda atrapado en los pulmones como si alguien hubiera cerrado una válvula. Mi corazón empieza a golpear contra mis costillas con tal violencia que me sorprende que no se oiga en todo el vestíbulo. Un zumbido agudo se instala en mis oídos, ahogando todo lo demás.

Si ella es la Reina, entonces Nik es...

Oh, Dios mío. OH, DIOS MÍO.

Nicholas no es un ejecutivo. No es un empleado del palacio. No es un asesor de alto nivel.

Nicholas es el PRÍNCIPE. El puñetero PRÍNCIPE de Northbridge.

Las piernas se me vuelven de gelatina. El mármol bajo mis pies parece volverse líquido. La sangre se me agolpa en los oídos con un rugido ensordecedor que hace que todo suene como si viniera de muy lejos.

Yo... yo le conté mi patética historia de la chef cornuda del vídeo viral. Le hablé de mis fracasos sentimentales como si fuéramos dos personas normales. Me comporté con él como si perteneciéramos al mismo mundo.

Besé a un PRÍNCIPE en un aeropuerto.

Quiero morirme.

Pero no puedo en este instante porque ambos me miran.

Tengo que hacer una reverencia, ¿verdad? Mi educación en un pueblo valenciano no incluyó protocolo real. ¿Inclino la cabeza? ¿Doblo las rodillas? ¿Me postro?

Hago algo que espero sea una reverencia pero que probablemente parece como si me hubiera doblado por un calambre estomacal.

—Su Majestad —consigo decir, aunque mi voz suena como papel de lija—. Es... es un honor.

NICHOLAS

En el momento en que pronuncio «Su Majestad la Reina», veo como Sofía entiende toda la magnitud de la situación. Es como ver a alguien recibir una revelación devastadora en cámara lenta: primero la confusión, luego el reconocimiento, después el shock absoluto.

Su rostro pasa del rosa sonrojado al blanco cadavérico en segundos. Sus ojos, esos ojos color whisky que me han obsesionado desde el aeropuerto, se abren tanto que me preocupa que se desmaye aquí mismo.

Mi madre, por su parte, parece haberse quedado sin palabras por primera vez en décadas, intentando averiguar qué hago aquí con Sofía.

Y entonces, como un rayo de inspiración desesperada, veo la solución perfecta a todos mis problemas. Sofía puede ser mi escudo, mi acompañante. Mi salvación de las semanas de tortura matrimonial que mi madre tiene planeadas. Y al mismo tiempo, puedo mantenerla cerca, puedo evitar tener que despedirme de ella como si fuera solo una empleada más del palacio.

—Sofía es una noble, madre —digo de repente, las palabras saliendo con seguridad—. Y estamos saliendo.

El silencio que sigue es tan absoluto que podría cortarse con cuchillo. Sofía me mira como si acabara de anunciar que soy un extraterrestre, sus labios separándose en una expresión de shock total.

Mi madre parpadea lentamente, como si estuviera procesando información que no encaja en su ordenado mundo de candidatas preseleccionadas y matrimonios estratégicos.

—¿Una noble? —repite, su voz cargada de incredulidad—. ¿Y estáis... saliendo?

Sofía hace un sonido extraño, como si acabara de atragantarse con el aire. Puedo ver el pánico creciendo en sus ojos, mezclándose con algo que se parece peligrosamente a ganas de estrangularme.

Pero no puedo parar ahora. Esta es mi oportunidad. Mi escape de Lady Catherine Devonshire, Lady Amelia Blackwood y la Princesa Eleonora de Sajonia. Mi oportunidad de pasar unas Navidades reales con alguien real.

Con alguien con quien de verdad quiero estar.

Es mi oportunidad de no perder a Sofía antes de poder conocerla. Jamás había sentido una conexión así con nadie. Me encanta como me trata. Como si fuera una persona normal.

—Sí —confirmo, sintiendo una mezcla extraña de pánico y excitación—. La he traído para que conozca el reino. Para que pase las Navidades con nosotros.

Para mi absoluto alivio, Sofía asiente. Es un gesto pequeño, casi imperceptible, pero definitivo. Sus mejillas han pasado del pálido al rojo intenso de nuevo, y puedo ver cómo lucha por mantener la compostura.

Mi madre nos observa a ambos con esos ojos que han intimidado a diplomáticos y hecho temblar a primeros ministros. La expresión en su rostro es una mezcla fascinante de shock, curiosidad y algo que definitivamente no es aprobación.

—Entiendo —dice finalmente, aunque su tono sugiere todo lo contrario—. Qué... sorprendente. Especialmente considerando que cuando hablamos por teléfono hace apenas unas horas, no mencionaste absolutamente nada sobre estar saliendo con nadie, mucho menos con una mujer noble que planeabas traer para las fiestas navideñas.

Mierda. Por supuesto que se acordaría de nuestra conversación telefónica donde me quejé amargamente de sus planes matrimoniales.

—No es el momento ni el lugar para discutir esto, madre —respondo, manteniendo mi voz firme a pesar del sudor frío que me recorre la espalda—. No quería adelantarme a los acontecimientos. Quería que fuera una sorpresa.

Una sorpresa que me va a salvar de semanas de tortura social, añado mentalmente.

Sofía hace otro de esos sonidos extraños, y cuando la miro de reojo, veo que sus nudillos están blancos de la fuerza con que aprieta las manos.

—Una sorpresa —repite mi madre lentamente, como si estuviera saboreando las palabras y encontrándolas amargas—. Desde luego que lo es.

Sus ojos se clavan en Sofía con una intensidad que haría que generales experimentados se sintieran incómodos.

—Dime, querida Sofía —dice, su voz destilando una educación que no puede ocultar completamente la amenaza subyacente—, ¿de

qué familia noble provienes exactamente?

Sofía abre y cierra la boca como un pez fuera del agua. Puedo ver el pánico absoluto en sus ojos, y algo feroz y protector se despierta en mi pecho.

—Acosta —dice Sofía tan bajo que estoy seguro de que mi madre no ha podido escucharla.

—Los Acosta son una familia muy distinguida —intervengo rápidamente—. ¿Verdad, cariño?

El término cariñoso sale más natural de lo que esperaba. Sofía me mira con una expresión que mezcla gratitud desesperada con ganas evidentes de matarme.

—Sí —dice, su voz apenas un susurro—. Muy... distinguida.

Mi madre nos estudia a ambos con la precisión de un científico examinando especímenes raros. Puedo sentir cómo analiza cada microexpresión, cada gesto, buscando fisuras en nuestra historia improvisada.

—Por supuesto —dice finalmente, su sonrisa tan afilada que podría cortar cristal—. Tendremos mucho de qué hablar durante la cena de esta noche. Estoy segura de que tienes historias fascinantes sobre tu linaje, querida Sofía.

Es una amenaza elegantemente envuelta, y las tres personas en este vestíbulo lo sabemos.

—En realidad, madre —intervengo rápidamente—, Sofía está exhausta del viaje. Hemos decidido cenar en privado esta noche para que pueda descansar. Mañana estará más preparada para... conversaciones.

Mi madre arquea una ceja, pero asiente lentamente.

—Por supuesto. Qué considerado. ¿Y dónde se alojará durante su... estancia navideña?

—En el ala este —respondo, sintiendo cómo se acelera mi pulso —. En la suite azul. Está justo al lado de mis aposentos.

Sofía me mira con los ojos como platos.

Mi madre asiente muy lentamente.

—La suite azul. Qué... conveniente. Y muy apropiado para una invitada tan... especial.

Se acerca y me besa la mejilla, un gesto que lleva incorporada la promesa de una conversación privada muy intensa muy pronto.

—Encantada de conocerte, Sofía —dice, girándose hacia ella—. Que descanses bien. Mañana tendremos mucho tiempo para conocernos mejor.

Y con eso se marcha, dejando tras de sí el aroma a perfume caro y el peso aplastante de las expectativas reales.

Sofía y yo nos quedamos solos, y cuando ella se gira hacia mí, hay fuego en sus ojos. Fuego y ganas evidentes de cometer un asesinato.

Estoy jodido.

Pero por primera vez en años, la idea de pasar las Navidades no me parece una tortura. Al contrario, con Sofía a mi lado, fingiendo ser mi novia noble, librándome de las candidatas matrimoniales de mi madre...

Estas podrían ser las mejores Navidades de mi vida.

Si Sofía no me mata antes.

CAPÍTULO 9

NICHOLAS

Observo cómo las puertas del salón real se cierran tras la figura de mi madre, llevándose consigo el aroma a Chanel N°5 y la desaprobación aristocrática que siempre deja a su paso. El silencio que queda entre Sofía y yo es tan denso que casi podría cortarse con un cuchillo.

Me giro hacia Sofía, preparándome para el inevitable cambio. Es lo que siempre ocurre cuando la gente descubre quién soy realmente. Las miradas de admiración excesiva, el repentino respeto forzado, la incomodidad... He visto toda la gama de reacciones a lo largo de los años. Es como si, de repente, dejara de ser Nicholas para convertirme únicamente en Su Alteza Real, el Príncipe Heredero.

Pero lo que veo en el rostro de Sofía me deja completamente descolocado.

No hay admiración. No hay nerviosismo. No hay reverencia.

Lo que hay es furia. Una furia española pura y sin diluir que hace que sus ojos marrones brillen como brasas incandescentes.

—¿Se puede saber qué narices acaba de pasar? —sisea, y su acento español se acentúa con cada sílaba, convirtiendo sus palabras en pequeños latigazos verbales.

—Sofía, yo...

—¡No! —me corta, levantando un dedo índice que apunta directamente a mi rostro—. ¡Ni se te ocurra intentar excusarte, *Su Alteza*!

La forma en que escupe mi título, como si fuera algo tóxico en su boca, me provoca una reacción inesperada. En lugar de sentirme

ofendido, una especie de excitación me recorre la espina dorsal. Nadie me habla así. Nunca.

Sofía da un paso hacia mí, y a pesar de que tengo que bajar la cabeza para mirarla, de alguna manera logra hacerme sentir como si estuviera siendo confrontado por una fuerza de la naturaleza. Sus mejillas están encendidas, coloreadas por un rubor que se extiende hasta su cuello, y sus manos se mueven en el aire con gestos apasionados mientras habla.

—¿Te has estado riendo de mí todo este tiempo? —continúa, bajando la voz pero sin disminuir ni un ápice la intensidad—. ¿Era divertido ver cómo la chef idiota te contaba sus penas mientras tú fingías ser un tipo normal?

—No estaba fingiendo ser...

—¿No? ¿Y qué hacías entonces? —Su dedo encuentra mi pecho y lo clava con tanta fuerza que casi duele a través de la tela de mi suéter—. Porque estoy bastante segura de que omitir el pequeño detalle de que eres el príncipe de este reino cuenta como una mentira bastante gorda, ¿no crees?

Cada palabra viene acompañada de un golpecito de su dedo contra mi esternón. Debería sentirme indignado. Debería recordarle que está hablando con alguien que podría hacer que la deportaran con una sola palabra.

En cambio, lo único que puedo pensar es en lo increíblemente hermosa que se ve enfadada. En cómo sus ojos parecen contener galaxias enteras cuando se inflaman así. En cómo la vena de su cuello pulsa visiblemente con cada palabra apasionada.

—¿Y qué ha sido esa tontería de «estamos saliendo»? —continúa, dando un paso atrás y pasándose las manos por el pelo con exasperación, desarmando aún más su ya desordenada coleta—. ¿Estás loco? ¡Acabas de decirle a la REINA que estás saliendo conmigo! ¡Con una plebeya! ¡Con la chef del personal! ¿En qué universo eso tiene sentido?

La miro y, por primera vez en mucho tiempo, me permito sonreír sin filtros, sin la sonrisa medida y educada que he perfeccionado durante años. Es una sonrisa auténtica, casi salvaje, porque esta mujer es completamente fascinante.

—¿Te hace gracia? —Sofía entrecierra los ojos peligrosamente—. ¿TE HACE GRACIA?

Su voz se eleva lo suficiente como para que probablemente la escuchen hasta en las cocinas. No me importa. De hecho, me importa tan poco que empiezo a reír. No la risa educada y contenida del Príncipe Nicholas, sino la carcajada descontrolada de un hombre que acaba de encontrar algo precioso que no sabía que buscaba.

Cuanto más conozco a esta mujer más me gusta.

Sofía me mira como si me hubiera crecido una segunda cabeza.

—Estás como una cabra —declara, sacudiendo la cabeza—. Completamente loco.

—No estoy loco —respondo finalmente, recuperando el aliento—. Es solo que nadie me había gritado así en... bueno, nunca. Nadie me ha gritado nunca.

—¿Y eso te parece divertido? —pregunta, pero puedo ver que su furia comienza a mezclarse con confusión.

—Refrescante —corrijo—. Me parece refrescante.

Suspiro, sintiendo cómo la tensión de los últimos minutos empieza a abandonar mis hombros. Miro a mi alrededor para asegurarme de que estamos solos y bajo la voz.

—Sofía, créeme cuando te digo que no estaba riéndome de ti. Todo lo contrario. Eres la primera persona en años que me trataba como a un ser humano normal y no como a un título.

Ella cruza los brazos sobre el pecho, su lenguaje corporal claramente a la defensiva, pero al menos ha dejado de clavarme el dedo en el pecho.

—¿Y por eso decidiste mentirme?

—No mentí... exactamente —argumento, sabiendo que estoy en terreno pantanoso—. Simplemente no te dije toda la verdad.

—Esa es la definición literal de mentir por omisión —replica, poniendo los ojos en blanco con tanta fuerza que temo que se le queden mirando el interior de su cráneo.

—Vale, tienes razón. Lo siento.

Mi disculpa parece descolocarla momentáneamente. Probablemente no esperaba que cediera tan fácilmente.

—Y respecto a lo de decirle a mi madre que estamos saliendo... —continúo, pasándome una mano por el pelo en un gesto nervioso que mi institutriz pasó años intentando erradicar—. Fue un impulso.

—¿Un impulso? —repite ella con incredulidad—. ¿Decirle a la reina de un país que su hijo está saliendo con una plebeya fue «un impulso»?

—Mi madre está empeñada en casarme —explico, y de repente siento la necesidad de que ella me entienda—. Ha invitado a tres candidatas perfectamente adecuadas para pasar las Navidades con nosotros. Tres mujeres seleccionadas por su linaje, sus conexiones y su capacidad para producir herederos sanos. Como si fuera ganado de pura raza en una subasta.

Sofía me mira, y por un momento veo un destello de algo en sus ojos. ¿Comprensión? ¿Compasión?

—Así que decidiste usar a la primera mujer que viste como escudo humano —dice, pero su tono ha perdido algo de filo.

—No a la primera mujer que vi —corrijo—. A ti. A la mujer que me besó en un aeropuerto sin tener idea de quién era. A la mujer que me hizo sentir más vivo en diez minutos que cualquier otra persona en años.

Sus mejillas se colorean de nuevo, pero esta vez no es de ira. Veo cómo traga saliva, cómo su mirada vacila un momento antes de volver a endurecerse.

—Pues buscaste a la mujer equivocada —dice, dando un paso atrás—. No puedo hacer esto. No puedo fingir ser tu novia noble ante una reina. Es una locura.

SOFÍA

La realidad me golpea con todo su peso. La realidad de que estoy frente a un príncipe. Un príncipe que me ha engañado, que ha fingido ser alguien que no era, y que ahora espera que yo finja ser alguien que tampoco soy.

—No —digo finalmente, y la palabra sale de mi boca con una firmeza que no sabía que podía tener ante alguien de la realeza—. No voy a meterme en este lío. No soy una noble y no pienso jugar con un príncipe a engañar a su madre.

Nicholas da un paso hacia mí, y puedo ver la desesperación dibujarse en sus perfectas facciones aristocráticas.

—Sofía, por favor, solo escúchame...

—¿Que te escuche? —le corto, y mi voz suena más aguda de lo que pretendía—. ¿Es que no te das cuenta? ¡Tu madre es una reina! ¡Una reina de verdad! No una reina de carnaval o de una tarta de Roscón. Una monarca con poder para... no sé, ¿mandarme a la mazmorra? ¿Deportarme? ¿Hacer que mi cabeza acabe en una pica?

Él parece genuinamente confundido por un momento.

—No tenemos mazmorras desde el siglo XVIII, y lo de las picas dejó de practicarse hace siglos...

—¡Ese no es el punto! —exclamo, sintiendo cómo mi corazón late desbocado contra mis costillas—. El punto es que esto es una completa insensatez.

Mi mente trabaja a toda velocidad. Tengo que salir de aquí. Necesito aire, espacio, distancia de este hombre que hace que pierda la cabeza. De este hombre que, a pesar de haberme mentido, de haberme metido en un lío monumental, sigue provocándome sensaciones que no debería sentir.

—Me voy —anuncio, girándome bruscamente—. Voy a buscar a alguien que me indique dónde tengo que presentarme para mi trabajo. Mi trabajo real, el de chef, por el que me contrataron.

—Sofía, espera...

Pero ya estoy en movimiento, alejándome por el pasillo con pasos rápidos y decididos. El sonido de mis zapatos contra el mármol crea un ritmo acelerado que coincide con los latidos de mi corazón. No miro atrás, aunque puedo sentir sus ojos clavados en mi espalda.

¿Cómo ha podido pasar esto? ¿Cómo es posible que en menos de veinticuatro horas haya besado a un príncipe, le haya contado mis problemas más personales, y ahora esté huyendo de él por los pasillos de un palacio real?

Mi vida parece haberse convertido en una mala película romántica, de esas que veía con mis primas en Manhattan mientras nos reíamos de lo inverosímiles que eran.

No pienso permitir que, por muy guapo, por muy encantador, por mucho que tenga la sonrisa más preciosa y pícara del mundo,

juegue conmigo. ¡Es un príncipe! De los de verdad. Guapísimo, con título, seguro que una educación exquisita y dinero. Mientras yo soy... bueno, la chef cornuda del vídeo viral.

Lo peor de todo es que una parte de mí, una parte pequeña pero insistente, lamenta estar alejándome. Porque durante nuestro vuelo, durante esas horas suspendidas entre dos mundos, Nicholas —o Nik, como me pidió que le llamara— me hizo sentir algo que hacía mucho tiempo que no sentía: vista. Realmente vista.

Pero ya está bien de fantasías. La realidad es que él ha estado jugando conmigo, igual que Mateo, igual que todos los hombres que he conocido. Solo que este juega en una liga mucho más alta, una en la que yo ni siquiera debería estar permitida entrar.

Doblo una esquina, completamente perdida en este laberinto de lujo y antigüedad, pero decidida a mantener la barbilla alta y la dignidad intacta. Puedo sentir que viene tras de mí, sus pasos largos y decididos resonando en el pasillo.

No me voy a girar. No voy a mirar atrás. No voy a caer en sus ojos azules imposibles ni en sus promesas.

Algunas historias simplemente no están destinadas a ser escritas.

Y esta, definitivamente, es una de ellas.

NICHOLAS

La veo alejarse, su figura pequeña pero decidida recortándose contra la grandiosidad del palacio, y por primera vez en mi vida adulta, me quedo sin palabras. Sin plan. Sin la menor idea de qué hacer a continuación.

Sofía Acosta acaba de dejarme con la palabra en la boca. A mí. Al Príncipe Heredero. Al hombre que puede conseguir audiencia con cualquier líder mundial con una simple llamada.

Y lo peor de todo es que no puedo culparla.

Me ha dejado plantado en medio del pasillo, y lo único que puedo pensar es en cómo sus ojos ardían con furia genuina, en cómo su dedo se clavaba en mi pecho sin el menor atisbo de reverencia, en cómo me hace sentir más vivo en cinco minutos de confrontación que todos los eventos oficiales de los últimos cinco años juntos.

No se parece a nadie que haya conocido antes. Es una tormenta en forma de mujer, sin filtros, sin cálculos, sin la artificialidad que rodea cada interacción en mi mundo.

Y ahora se está alejando, perdiéndose en los pasillos de un palacio que no conoce, dirigiéndose hacia una vida que la mantendrá cerca pero inalcanzable.

Me quedo inmóvil, observando cómo dobla una esquina y desaparece de mi vista, y una certeza se asienta en mi interior con la fuerza de una revelación:

No puedo dejarla escapar.

CAPÍTULO 10

SOFÍA

El tacón de mis botas repiquetea contra el suelo de mármol como una declaración de guerra. Cada paso que doy me aleja de Nicholas y de su absurda proposición, pero no consigue apagar el fuego que arde en mi pecho. Estoy tan furiosa que prácticamente puedo sentir cómo el aire vibra a mi alrededor, caliente y denso.

¿Cómo he podido ser tan estúpida? Durante seis horas en ese avión, me permití disfrutar de la atención de un hombre atractivo. Peor aún, me permití creer que era alguien normal, alguien con quien podría tener una conexión real. Y todo el tiempo, él se estaba riendo de mí. El maldito príncipe de Northbridge.

Rebusco en el bolsillo de mi abrigo, intentando encontrar mi móvil. Necesito comprobar dónde demonios se supone que debo presentarme para mi trabajo real. El trabajo por el que vine, no esta farsa que Nicholas ha improvisado.

Mis dedos tiemblan ligeramente mientras desbloqueo la pantalla. La señal es débil —por supuesto, estoy en un palacio con paredes de piedra de un metro de grosor— pero consigo abrir el correo electrónico con mi contrato. «Preséntese en la entrada de servicio sur, donde será recibida por el jefe de personal de cocina.»

Genial. La entrada de servicio sur. Como si eso me dijera algo en este laberinto de corredores idénticos con cuadros de ancestros muertos mirándome con desaprobación.

Escucho pasos detrás de mí. Pasos largos, decididos, inequívocamente masculinos. Ni siquiera necesito girarme para saber quién es.

Acelero, doblando a la derecha en el siguiente pasillo sin tener la menor idea de hacia dónde voy. No es que tenga un plan,

simplemente no quiero que me alcance. No quiero volver a mirar esos ojos azules que hacen que mi sentido común se evapore.

—Sofía, por favor, espera.

Su voz resuena en el pasillo, más cerca de lo que esperaba. Camino aún más deprisa, tan rápido que casi estoy corriendo. Pero mis piernas son considerablemente más cortas que las suyas, y este palacio no es precisamente un lugar diseñado para esconderse.

—Si me ayudas te compensaré —dice cuando está a solo unos metros detrás de mí—. Te daré lo que quieras. Dinero, joyas, un coche...

Me detengo tan bruscamente que casi resbalo en el suelo pulido. Me giro lentamente, sintiendo cómo una nueva oleada de indignación me inunda. Es peor de lo que pensaba. No solo me ha engañado, sino que ahora cree que puede comprarme.

—¿Perdona? —Mi voz suena peligrosamente controlada—. ¿Acabas de intentar sobornarme?

Nicholas frena en seco, y por primera vez desde que lo conozco, parece genuinamente incómodo. Está ligeramente despeinado, con un mechón de pelo negro cayendo sobre su frente de una forma que le hace parecer casi humano, no la estatua perfecta de príncipe que es.

—No, yo no quería... —Se pasa una mano por el pelo, desordenándolo aún más—. No es un soborno, es una compensación por las molestias.

—¿Molestias? ¿Llamas «molestias» a mentirme, engañarme y luego meterme en una farsa delante de tu madre, la reina? —Sacudo la cabeza, incrédula—. Sigue intentándolo, *Su Alteza*.

Pronuncio su título con toda la ironía que puedo reunir. Nicholas hace una mueca, como si le hubiera abofeteado.

—No me llames así —dice en voz baja—. Por favor.

Hay algo en su tono, una vulnerabilidad que no esperaba, que hace que mi furia se tambalee ligeramente. Pero me recupero rápidamente. No voy a dejar que me manipule con su cara bonita y su voz profunda.

—¿Y cómo debería llamarte? ¿Mentiroso patológico? ¿Príncipe manipulador?

—Nik —responde con sencillez—. Como me llamaste en el avión.

El recuerdo de esas horas en el avión, riendo y hablando como si nos conociéramos de toda la vida, me golpea con fuerza. Había sido tan fácil, tan natural. Pero todo era una mentira.

—Ni lo sueñes —digo, cruzando los brazos sobre el pecho—. Solo dime cómo llegar a la entrada de servicio sur. Tengo trabajo que hacer, trabajo de verdad.

Nicholas da un paso hacia mí, y yo instintivamente doy uno atrás. Algo cruza su rostro cuando lo hago, una emoción que no consigo identificar.

—Te llevaré —ofrece—. Pero antes, escúchame. Solo un minuto. Por favor.

Hay algo en su mirada, una intensidad que hace que mi estómago dé un vuelco. Mi sentido común me grita que me dé la vuelta y siga andando, pero hay otra parte de mí, una parte estúpida y masoquista, que quiere escuchar lo que tiene que decir.

¿Por qué me afecta con tanta intensidad este hombre que acabo de conocer?

—Un minuto —concedo, mirando mi reloj—. Y contando.

Nicholas respira hondo, como si estuviera reuniendo fuerzas.

—Lo que dije sobre mi madre es cierto. Ha invitado a tres mujeres para que pase las Navidades con ellas, con la clara intención de que elija a una como mi futura esposa.

—¿Y eso es mi problema porque...?

Me niego a hacer caso de la punzada de angustia que siento al escucharle.

—Porque —continúa, y hay una nota de desesperación en su voz que me pilla desprevenida— no quiero pasar las próximas semanas siendo tratado como un semental de exposición. No quiero fingir interés en mujeres que solo ven mi título, no a mí. No quiero...

Se detiene, como si hubiera dicho demasiado. Puedo ver el conflicto en su rostro, la batalla entre la vulnerabilidad y el control que le han enseñado a mantener toda su vida.

—No quiero pasar otra Navidad sintiendo que mi vida no me pertenece —concluye en voz baja.

Algo en mi pecho se ablanda. No quiero que se ablande, me enfada que se ablande, pero ahí está. No es justo. No debería sentir compasión por un príncipe, por el amor de Dios. Su vida es privilegiada en todos los sentidos.

Pero hay una soledad en sus ojos que reconozco demasiado bien.

—Te quedan cincuenta y cinco segundos —digo, intentando mantener mi voz firme.

Él esboza una sonrisa torcida, tan brevemente que casi me la pierdo.

—No te estoy pidiendo que hagas esto por dinero o regalos —dice, y su voz ha cambiado. Ya no es la voz del príncipe acostumbrado a dar órdenes. Es la voz de un hombre pidiendo ayuda—. Te estoy pidiendo que, por favor, no me dejes pasar todas las Navidades con mi madre presentándome a mujeres que son tan interesantes como ver la pintura secarse en la pared.

La forma en que lo dice, con esa mezcla de frustración y humor resignado, hace que algo en mi interior se rompa. Le miro fijamente, intentando encontrar la manipulación en sus palabras, pero todo lo que veo es sinceridad desnuda.

—¿De verdad me estás pidiendo ayuda? —pregunto lentamente, necesitando asegurarme de que lo he entendido correctamente—. ¿Tú a mí? ¿Un príncipe a una plebeya?

Asiente, y hay algo casi vulnerable en el gesto.

—Sí. Y no me gusta que te llames así. Para mí eres solo Sofía. Y te pido esto porque te necesito para librarme de mi madre y de las pretendientas a las que me va a intentar vender como ganado —dice, y hay una honestidad en su voz que me desarma por completo —. Y a cambio, te prometo que haré que estas sean las mejores Navidades de tu vida.

Me quedo en silencio, procesando sus palabras. Una parte de mí, la parte sensata, me grita que salga corriendo en dirección contraria. Que esto es una locura. Que fingir ser la novia noble de un príncipe ante una reina es el tipo de plan que acaba muy mal.

—Esto es una locura —digo finalmente.

Nicholas asiente, deduciendo que me estoy negando y aceptando mi rechazo con dignidad. Pero hay una decepción que me hace

sentir inexplicablemente culpable.

—Lo entiendo —dice, y su voz ha recuperado ese tono formal, distante—. Te acompañaré a la entrada de servicio.

Se da la vuelta, y es ese gesto, esa aceptación silenciosa de la derrota, lo que inexplicablemente me hace cambiar de opinión.

—Espera —digo antes de poder arrepentirme—. Si realmente me estás pidiendo ayuda, si esto es una petición sincera y no un juego o una manipulación...

Se gira de nuevo hacia mí, y la esperanza que veo iluminar su rostro es casi dolorosa de contemplar.

—Lo es —afirma con vehemencia—. Te lo juro. Que me trates como a una persona normal ha sido como un soplo de aire fresco para mí.

—¿Y qué pasa con mi trabajo? —pregunto, necesitando tener todo claro—. He venido hasta aquí para ser chef, no para fingir ser una noble.

Nicholas parece considerarlo con seriedad.

—Enviaremos un mensaje comunicando que no has podido presentarte —dice tras un momento—. Me aseguraré de que recibas el sueldo completo, y encontraremos a otra persona para el puesto. Cuando termine todo esto, si quieres, puedo conseguirte cualquier trabajo que desees en cualquier restaurante del mundo.

Entrecierro los ojos, todavía buscando las trampas en su propuesta.

—¿Y qué pasa cuando se descubra la verdad? Porque se descubrirá, lo sabes.

Nicholas asiente, aceptando la realidad de lo que propone.

—Cuando eso ocurra, asumiré toda la responsabilidad —promete —. Diré que te obligué, que fue completamente idea mía. Lo cual es cierto.

Le estudio en silencio durante lo que parecen minutos enteros, aunque probablemente solo sean unos segundos. Su expresión es abierta, casi vulnerable. No hay arrogancia principesca, no hay la confianza absoluta del hombre acostumbrado a que todos cumplan sus deseos. Solo hay expectación, esperanza. Y eso hace que no me

pueda negar. Que una parte tonta de mí desee saber cómo sería pasar unas navidades a su lado. Todo esto es una completa locura.

—Estás loco —murmuro finalmente.

—Probablemente —admite con una sonrisa que me hace algo extraño en el estómago.

Suelto un suspiro que parece contener todo el sentido común que estoy a punto de abandonar.

—Vale —digo finalmente—. Pero solo como un favor hacia ti, ¿entendido? Solo porque tú me ayudaste primero en el aeropuerto. Y tenemos que poner límites claros.

La sonrisa que ilumina su rostro es tan genuina, tan cargada de alivio y alegría, que por un momento me quedo sin aliento. Casi puedo ver al niño que fue alguna vez, antes de que las responsabilidades y expectativas de la corona lo moldearan en este hombre perfectamente controlado.

—Gracias —dice, y hay tanta sinceridad en esa simple palabra que siento un nudo en la garganta—. No te arrepentirás, te lo prometo.

—Ya me estoy arrepintiendo —murmuro, pero sin verdadera convicción—. ¿Dónde voy a dormir? ¿Qué voy a hacer durante todo un mes?

—Te hospedarás en la suite azul, junto a mis aposentos —responde sin dudarlo—. Y en cuanto a qué harás, disfrutarás de la vida en palacio. Conocerás Northbridge como ningún turista podría soñar. Y si me lo permites, a cambio de tu ayuda con mi madre y las pretendientas, yo te ayudaré a pasar las Navidades más reales de la historia.

No puedo evitar que un resoplido se me escape ante su juego de palabras.

—¿Podrías mostrarme mi habitación? —pregunto, sintiendo de repente todo el peso del cansancio del viaje y el estrés del día—. Solo quiero dormir y rezar para despertarme y darme cuenta de que esto solo ha sido un sueño.

Nicholas asiente, y con una reverencia exagerada que me arranca una sonrisa reticente, me ofrece su brazo.

—Por aquí, milady. Permítame mostrarle sus aposentos reales.

Pongo los ojos en blanco, pero acepto su brazo. Su contacto es cálido incluso a través de las capas de ropa, y siento un hormigueo absurdo subiendo por mi brazo hasta mi pecho.

Mientras caminamos por los pasillos infinitos del palacio, con retratos de sus ancestros mirándonos con desaprobación desde las paredes, no puedo evitar preguntarme en qué lío me estoy metiendo exactamente.

Y por qué no estoy tan escandalizada como debería.

NICHOLAS

La observo mientras caminamos en silencio por los pasillos del palacio. Sofía mantiene la barbilla ligeramente alzada, con ese orgullo natural que parece emanar de cada poro de su piel. No sé cómo lo hace, cómo consigue parecer tan digna incluso con el pelo revuelto por el viaje y ropa claramente arrugada.

Casi no me puedo creer que haya aceptado. Estaba preparado para tener que suplicar, para tener que convencerla durante días. Pero aquí está, caminando a mi lado, habiendo aceptado mi descabellado plan con una condición: que fuera sincero, que realmente necesitara su ayuda.

Y lo hago. La necesito de una forma que ni siquiera yo comprendo completamente.

—¿Este sitio no acaba nunca? —pregunta, rompiendo el silencio mientras giramos por enésima vez en un corredor idéntico al anterior.

—Es grande, pero te acostumbrarás —respondo, disfrutando secretamente de su asombro ante el palacio—. La suite azul está en el ala este, es una de las mejores habitaciones para invitados.

—¿Y por qué está junto a la tuya? —pregunta con suspicacia—. ¿No levantará sospechas?

—Al contrario —explico—. Si supuestamente estamos saliendo, sería extraño que te alojara en el otro extremo del palacio. Mi madre sospecharía inmediatamente.

Sofía asiente, procesando la información.

—¿Y tu madre realmente va a creer que una noble española apareció de la nada y está saliendo con su hijo? —pregunta—. No

parece el tipo de mujer que se traga cualquier cosa.

—No lo es —admito—. Por eso tendremos que ser convincentes. Pero no te preocupes por eso ahora. Mañana hablaremos de los detalles.

Cuando finalmente llegamos a la puerta de roble tallado que marca la entrada a la suite azul, siento una extraña mezcla de anticipación y nerviosismo. Quiero que le guste. Quiero que se sienta cómoda aquí.

Abro la puerta con un gesto que intenta ser casual pero que probablemente revela más de mi ansiedad de lo que quisiera.

—Adelante —digo, haciendo un gesto para que entre primero.

Sofía da un paso tentativo en la habitación y se queda inmóvil. Puedo ver cómo sus ojos recorren el espacio, absorbiendo cada detalle: los techos altos con molduras elaboradas, las paredes pintadas en un suave tono azul que da nombre a la suite, los muebles antiguos pero impecablemente conservados, la cama con dosel que domina el centro de la habitación, tan grande que prácticamente podrían dormir cuatro personas en ella.

—Madre mía —susurra, y su voz suena pequeña en la grandiosidad de la habitación.

—¿Te gusta? —pregunto, incapaz de ocultar mi ansiedad por su aprobación.

Se gira hacia mí con una expresión de incredulidad.

—¿Que si me gusta? Esta habitación es más grande que todo mi apartamento en Manhattan. Es... —busca la palabra adecuada— abrumador.

No puedo evitar una punzada de decepción. Quería impresionarla, pero no abrumarla.

—Si prefieres otra habitación... —empiezo, pero ella me interrumpe.

—No, no —dice rápidamente—. Es perfecta. Solo necesito... acostumbrarme.

Se acerca a la ventana y aparta las pesadas cortinas de terciopelo. La vista desde aquí es una de mis favoritas: los jardines reales extendiéndose hacia el bosque, con las montañas de Northbridge recortándose contra el cielo. Ahora, en la penumbra del

atardecer, las luces del jardín comienzan a encenderse, creando un paisaje casi mágico.

—Es precioso —murmura, y hay suavidad en su voz.

—Sí, lo es —respondo, encantado. Aunque no estoy mirando el paisaje.

Estoy mirándola a ella, la forma en que la luz del atardecer baña su perfil, suavizando sus rasgos, encendiendo destellos dorados en su pelo castaño. Hay algo en ella, una belleza que no tiene nada que ver con los cánones tradicionales que siempre me han presentado. Es una belleza viva, vibrante, que parece emanar de dentro hacia fuera.

Sofía se gira, atrapándome mirándola. En lugar de sentirme avergonzado, sostengo su mirada. Hay un momento de tensión, un segundo en que algo indefinible pasa entre nosotros.

Luego, como si recordara quién soy y qué estamos haciendo, aparta la mirada.

—Me haré cargo de que traigan tu equipaje inmediatamente —digo, rompiendo el silencio—. Y mandaré que te preparen un baño si lo deseas.

—Gracias —responde, y parece genuinamente agradecida—. Un baño suena maravilloso.

Asiento, moviéndome hacia la puerta. Por alguna razón, no quiero irme. Quiero quedarme aquí, seguir hablando con ella, descubrir más sobre esta mujer fascinante que ha aceptado mi loca propuesta.

—Mañana nos vemos para el desayuno —digo en su lugar—. Vendré a buscarte a las ocho y media.

Sofía asiente, pasándose una mano por el pelo en un gesto que he notado que hace cuando está nerviosa.

—¿Y si lo estropeo todo? —pregunta—. ¿Y si tu madre se da cuenta inmediatamente de que soy una impostora?

Regreso a su lado, y sin pensarlo, tomo su mano entre las mías. Sus dedos son pequeños comparados con los míos, pero hay una fuerza en ellos, callosidades que hablan de años trabajando duro en la cocina.

—No pasará —le aseguro, y lo digo en serio—. Eres más fuerte y más capaz de lo que crees. Además, estaré a tu lado en todo

momento.

Veo cómo traga saliva, cómo su pecho se expande con una respiración profunda.

—Vale —dice finalmente, con determinación renovada—. Lo intentaré.

—Es todo lo que pido —respondo, soltando su mano a regañadientes—. Y Sofía...

—¿Sí?

—Gracias. De verdad.

Esboza una sonrisa torcida que hace que algo se agite en mi pecho.

—No me lo agradezcas todavía. Espera a ver el desastre que puedo causar mañana.

Río, y es una risa sincera, sin filtros. Es sorprendente lo fácil que resulta reír con ella.

—Si necesitas algo durante la noche, estoy justo al lado —digo, señalando la puerta a la derecha—. Solo tienes que llamar.

Asiente, y puedo ver que el cansancio del viaje y las emociones del día están empezando a pasarle factura.

—Buenas noches, Nicholas —dice, y hay una dulzura en la forma en que pronuncia mi nombre que me hace querer escucharlo de nuevo.

—Buenas noches, Sofía —respondo, permitiéndome una última mirada antes de salir y cerrar la puerta tras de mí.

Mientras camino hacia mi habitación, siento una ligereza en el pecho que no había experimentado en años. Es como si un peso invisible hubiera sido levantado, al menos temporalmente.

Estas Navidades serán diferentes. Con Sofía a mi lado, fingiendo ser mi novia, quizás por primera vez pueda disfrutar de las fiestas.

Y quizás, solo quizás, pueda mostrarle a esta chef española con carácter que no todos los príncipes somos iguales.

CAPÍTULO 11

SOFÍA

En cuanto la puerta se cierra tras Nicholas, me dejo caer sobre la cama como si mis piernas hubieran decidido renunciar a su trabajo. La colcha es tan suave que parece querer tragarme entera, y por un momento me planteo seriamente rendirme a ella y dejar que me engulla. Quizás así desaparecería de esta locura en la que acabo de meterme voluntariamente.

—¿En qué narices estaba pensando? —murmuro al techo ornamentado, donde querubines regordetes me observan con sonrisas burlonas desde un fresco que probablemente vale más que todos mis bienes.

He aceptado. He aceptado fingir ser la novia noble de un príncipe. Ante una reina. En un palacio real. Durante las navidades.

Si mi abuela estuviera aquí, me daría con la zapatilla en la cabeza por semejante insensatez.

Me incorporo sobre los codos y observo la habitación que será mi hogar durante las próximas semanas. Es ridículamente grande y lujosa, con ese tipo de opulencia que solo he visto en museos y películas de época. Las paredes están pintadas en un tono azul cielo que parece cambiar según la luz, y los muebles parecen sacados directamente del siglo XVIII: una cómoda de caoba con incrustaciones de nácar, un escritorio que parece haber sido testigo de la redacción de tratados internacionales, y un tocador con un espejo enmarcado en plata que refleja la imagen de una mujer que parece tan fuera de lugar como un pingüino en el desierto.

Esa mujer soy yo. Con mi coleta deshecha, mi camisa arrugada y la expresión de alguien que acaba de firmar un pacto con el diablo sin leer la letra pequeña.

Me levanto y camino hasta la ventana, sintiendo cómo la alfombra persa amortigua mis pasos. La vista es impresionante incluso en la penumbra creciente: jardines que se extienden hasta donde alcanza la vista, con setos perfectamente recortados, fuentes que brillan bajo la iluminación artificial, y más allá, el perfil oscuro de un bosque contra el cielo que va tornándose índigo.

Es como estar dentro de un cuento de hadas. Solo que, en este cuento, la protagonista es una chef española con un historial amoroso desastroso y tendencia a meterse en líos imposibles.

—Por todos los santos, Sofía, ¿cómo vas a sobrevivir a esto? —me pregunto en voz alta, apoyando la frente contra el cristal frío.

No tengo ni idea de protocolo real. No sé cómo hacer una reverencia sin parecer que me ha dado un calambre. Y esos son solo los problemas prácticos.

El verdadero problema es él. Nicholas. El hombre con ojos imposiblemente azules y sonrisa capaz de derretir glaciares. El hombre que me ha hecho sentir más deseo en unas horas que Mateo en tres años de relación. El hombre que resulta ser, oh casualidad, el príncipe de un país.

Cierro los ojos, intentando no recordar cómo se sentían sus labios contra los míos en el aeropuerto, cómo su mano rodeaba la mía hace apenas unos minutos, cómo su voz se volvía más grave cuando...

Unos golpes suaves en la puerta interrumpen mis pensamientos, y casi agradezco la distracción.

—Adelante —digo, apartándome rápidamente de la ventana como si me hubieran pillado haciendo algo indebido.

La puerta se abre para revelar a dos jóvenes que no pueden tener más de veinte años, vestidas con uniformes grises de corte sencillo pero elegante. Una es rubia, con el pelo recogido en un moño tan perfecto que parece imposible, y la otra es morena, con una trenza coronando su cabeza. Ambas hacen una pequeña reverencia al entrar, lo que me deja completamente descolocada.

—Buenas noches, milady —dice la rubia con un acento que suaviza las consonantes—. Soy Lily, su doncella personal durante su

estancia. Y esta es Emma —señala a la morena—, que se encargará de su guardarropa y asistencia adicional.

¿Doncella personal? ¿Guardarropa? ¿En qué siglo he caído?

—Eh... hola —respondo, sintiendo cómo el calor sube a mis mejillas—. Soy Sofía. Y por favor, no hace falta que me llaméis... eso.

—¿Milady? —pregunta Lily, con una expresión de confusión.

—Sí, eso —asiento—. Sofía está bien. Solo Sofía.

Las dos intercambian una mirada rápida, y veo cómo Emma contiene una sonrisa.

—Como desee, Lady Sofía —responde Lily, y sospecho que es lo máximo que va a ceder en términos de formalidad.

—Hemos traído su equipaje —dice Emma, señalando hacia la puerta donde, efectivamente, está mi maleta. Parece ridículamente pequeña y ordinaria contra el lujo que la rodea—. ¿Desea que desempaquemos sus pertenencias ahora?

—Oh, no, no es necesario —respondo rápidamente, horrorizada ante la idea de que vean mi ropa, que desde luego no pertenece a una noble—. Puedo hacerlo yo misma.

Otra mirada entre ellas, esta vez más alarmada.

—Pero Lady Sofía, es nuestro trabajo —insiste Lily con suavidad pero firmeza—. Además, debemos preparar su baño y su cena.

—De verdad, no quiero molestar...

—No es molestia —me interrumpe Emma con una sonrisa cálida —. De hecho, si nos permite servirla a usted, no tendremos que ir a atender a Lady Catherine.

—Emma —la reprende Lily entre dientes.

—¿Quién es Lady Catherine? —pregunto, intrigada.

Emma abre la boca, pero Lily le lanza una mirada que podría congelar el infierno.

—Una de las invitadas de Su Majestad para las festividades —responde Lily con tono neutro—. Llegó esta tarde.

Ah. Una de las pretendientas. Una de las mujeres perfectamente adecuadas que la reina ha seleccionado para su hijo. Un pinchazo de algo que se parece peligrosamente a los celos me atraviesa el pecho,

lo cual es ridículo porque Nicholas y yo no tenemos absolutamente nada, salvo un acuerdo descabellado.

Y posiblemente el inicio de una amistad.

—Es bastante... exigente —añade Emma, ignorando la advertencia silenciosa de su compañera.

—Emma —sisea Lily—. No corresponde hablar así de los huéspedes reales.

—Solo digo la verdad —murmura Emma—. Ha hecho llorar a Lucy por la temperatura del agua de su baño.

Mi indignación profesional se activa. Después de años en cocinas de alta presión, he visto a demasiados chefs maltratando al personal porque pueden. Siempre he odiado ese comportamiento.

—En ese caso —digo, cruzando los brazos—, insisto en que os quedéis conmigo. No permitiré que vayáis con alguien que os trate mal.

Las dos me miran con sorpresa, y luego Emma esboza una sonrisa radiante.

—Oh, gracias, Lady Sofía —dice con evidente alivio—. Prometo que no se arrepentirá. Prepararemos el baño más perfecto que haya tenido nunca.

Antes de que pueda protestar, ambas se ponen en movimiento con la eficiencia de quienes han hecho esto cientos de veces. Lily desaparece en lo que supongo que es el baño, y escucho el sonido del agua corriendo. Emma, mientras tanto, abre mi maleta y comienza a sacar mi ropa con tanto cuidado como si estuviera manejando prendas de alta costura en lugar de mis camisetas y vaqueros de H&M.

Me siento en el borde de la cama, completamente fuera de mi elemento. En mi vida normal, soy yo quien da las órdenes en la cocina, quien tiene el control. Aquí, me siento como una niña jugando a los disfraces.

—¿Puedo preguntaros algo? —digo, mientras Emma dobla meticulosamente una sudadera que normalmente arrugaría en un cajón.

—Por supuesto, milady —responde, y me rindo ante el título. Supongo que tendré que acostumbrarme si voy a interpretar este

papel.

—¿Cómo es... él? ¿El príncipe Nicholas? —Las preguntas salen de mi boca antes de que pueda pensarlas bien.

Emma se detiene, con una de mis camisetas en las manos, y mira hacia la puerta del baño como comprobando que Lily no puede oírla.

—Es... diferente a lo que la gente cree —dice en voz baja—. La mayoría piensa que es distante y frío, pero no es así. Es considerado. Nunca grita al personal, siempre da las gracias. Y a veces, cuando cree que nadie lo ve, parece... triste.

Sus palabras hacen que algo se contraiga en mi pecho. Pienso en Nicholas en el avión, riendo libremente, y luego en Nicholas el príncipe, con esa postura perfecta y expresión controlada. Como si fueran dos personas diferentes.

—El baño está listo, Lady Sofía —anuncia Lily, reapareciendo—. Y hemos pedido que le suban una cena ligera. ¿Quiere que la ayudemos a desvestirse?

—¡No! —exclamo, quizás demasiado rápido—. Es decir, puedo hacerlo sola. Pero gracias.

Lily asiente, aunque veo en su expresión que no aprueba mi independencia. Probablemente esté rompiendo docenas de reglas de etiqueta de las que ni siquiera soy consciente.

—Como desee. Volveremos en una hora para recoger la bandeja de la cena y preparar la habitación para la noche.

—Gracias. De verdad —digo, sintiéndome muy agradecida por su amabilidad—. Sois muy amables.

Emma me sonríe, y por un momento veo algo en su rostro, quizás curiosidad, quizás diversión.

—Es un placer servirla, Lady Sofía —responde.

Con una última reverencia, ambas se retiran, dejándome sola con mis pensamientos revueltos y una bañera humeante esperándome en la habitación contigua.

Me acerco al baño y me quedo sin palabras. Es más grande que toda mi cocina en Manhattan, con una bañera de mármol del tamaño de una pequeña piscina, grifos que parecen hechos de oro, y espejos que reflejan la imagen de una mujer que parece tan perdida como me siento.

El agua está perfumada con algo que huele a lavanda y cítricos, y pequeños pétalos flotan en la superficie. Es el tipo de lujo que jamás he experimentado, el tipo de lujo que siempre he asociado con personas completamente diferentes a mí.

Y sin embargo, aquí estoy, a punto de meterme en una bañera digna de una reina, en un palacio real, fingiendo ser la novia de un príncipe.

—Dios mío, Sofía —murmuro a mi reflejo mientras me desabrocho la camisa—. ¿En qué lío te has metido esta vez?

No tengo respuesta, pero mientras me sumerjo en el agua caliente y siento cómo mis músculos tensos comienzan a relajarse, no puedo evitar pensar que, sea cual sea el lío, una parte de mí está extrañamente emocionada por lo que vendrá.

Y esa parte es precisamente la que debería mantener bajo control.

CAPÍTULO 12

NICHOLAS

La puerta de mis aposentos se cierra tras de mí con un sonido sólido y reconfortante. Por fin solo, me permito exhalar profundamente, como si hubiera estado conteniendo la respiración durante horas. De alguna manera, así ha sido.

Me deshago de la chaqueta con un movimiento fluido y la lanzo sobre un sillón cercano, un gesto impensable si mi madre pudiera verme. «La realeza no arroja sus prendas como si fueran campesinos, Nicholas», me habría reprendido. Esta noche, sin embargo, no me importa.

Me acerco al mueble bar que descansa en la esquina de mi salón privado y me sirvo un whisky —Macallan de 25 años— en un vaso de cristal tallado. El líquido ámbar captura la luz de las lámparas, brillando como un tesoro líquido. Lo necesito. Después del día que he tenido, lo merezco.

Camino hasta la ventana panorámica que domina los jardines del palacio. A esta hora, con la oscuridad cubriéndolo todo, solo se distinguen las siluetas de los árboles centenarios recortadas contra un cielo salpicado de estrellas. Es una vista que he contemplado miles de veces, pero esta noche la percibo diferente. Como si yo mismo fuera diferente.

Y lo soy. Porque ella está aquí.

Sofía. Un torbellino español de pelo castaño y temperamento ardiente que ha puesto mi ordenada existencia patas arriba en cuestión de horas.

Doy un sorbo al whisky, saboreando el ardor inicial que da paso a notas de caramelo, madera y especias. Es complejo, intenso, inesperado. Como ella.

Me siento en el sofá de cuero junto a la chimenea encendida, aflojándome la corbata con movimientos perezosos. El fuego crepita suavemente, proyectando sombras danzantes en las paredes. Cojo mi iPad de la mesa auxiliar y, casi sin pensar, mis dedos buscan en el navegador: «Chef Sofía Acosta vídeo».

No debería. Es una invasión de su privacidad. Es inapropiado. Es...

Inevitable.

Los resultados aparecen instantáneamente. Docenas de titulares sensacionalistas, comentarios maliciosos, análisis de «expertos» sobre relaciones. Y ahí está, el vídeo. No el original —que parece haber sido eliminado de las plataformas principales— sino capturas, fragmentos, versiones editadas con música burlona de fondo.

Dudo un segundo, el pulgar suspendido sobre la pantalla. Esto no está bien. Pero necesito entender. Necesito saber qué clase de idiota podría traicionar a alguien como ella.

Pulso el botón de play.

La imagen es de mala calidad, tomada claramente sin consentimiento. Una cocina industrial, inmaculadamente limpia. Un hombre —supongo que Mateo— apoyado contra una encimera de acero inoxidable, con los pantalones de chef bajados hasta los tobillos. Frente a él, de rodillas, una mujer con uniforme.

Apago el vídeo casi inmediatamente, sintiendo una mezcla de náuseas y furia. No necesito ver más. Ya he visto suficiente.

Cierro la aplicación y dejo el iPad a un lado como si quemara. El whisky ya no me sabe tan bien, pero aun así doy otro trago, más largo esta vez.

¿Cómo ha podido ese imbécil hacerle algo así? ¿Cómo puede alguien, teniendo a Sofía a su lado, buscar a otra persona? Es incomprensible. Absurdo. Si ella fuera mía...

El pensamiento me sorprende por su intensidad. Si ella fuera mía, me dedicaría a adorarla. A mostrarle cada día lo extraordinaria que es. A hacerle olvidar cualquier inseguridad con mis manos, mis labios, mi cuerpo entero si fuera necesario.

Me paso la mano libre por el pelo, despeinándolo completamente. Estos pensamientos no son apropiados. Sofía no es «mía». Es mi...

¿qué exactamente? ¿Mi cómplice en esta farsa? ¿Mi salvación temporal de las candidatas matrimoniales de mi madre?

Sea lo que sea, merece más respeto que mis fantasías inapropiadas.

Y sin embargo, no puedo evitar recordar ese beso en el aeropuerto. La forma en que sus labios, suaves y dulces, se amoldaron perfectamente a los míos. Cómo su pequeño cuerpo se había tensado por la sorpresa para luego relajarse contra el mío. El sabor a café y vainilla que aún puedo evocar si cierro los ojos.

Un beso que fue una actuación para unas desconocidas, pero que despertó algo en mí que creía dormido. O quizás muerto.

Me levanto de un salto, incapaz de seguir quieto. La energía nerviosa recorre mi cuerpo como electricidad buscando una toma de tierra. Camino de un lado a otro frente a la chimenea, intentando ordenar mis pensamientos.

¿Qué me está pasando? Soy Nicholas de Northbridge. El Príncipe Heredero. El hombre que nunca pierde el control, que nunca actúa por impulso, que siempre considera las consecuencias de cada acción.

Y sin embargo, hoy he mentido a mi madre —a la Reina— sobre una relación inexistente. He instalado a una mujer que apenas conozco en la suite contigua a mis aposentos. He puesto en marcha un plan que podría acabar en desastre diplomático si se descubre.

Lo más sorprendente es que no me arrepiento en absoluto.

Por primera vez en años, siento que he tomado una decisión por mí mismo, no por la corona, no por el deber, no por las expectativas. Y se siente... liberador. Embriagador.

Me acerco a la pared que separa mis aposentos de la suite azul. Apoyo la palma contra el papel pintado de seda, como si pudiera sentir su presencia al otro lado. ¿Estará ya dormida? ¿Estará tan inquieta como yo?

Sacudo la cabeza, intentando despejarla. Esto es ridículo. Soy un hombre adulto, no un adolescente con su primer enamoramiento. A penas la conozco.

Solo sé que me ha fascinado.

Apuro el whisky de un trago y regreso a la ventana. La noche es clara, el aire frío presagia la proximidad de la Navidad. Las fechas que siempre he detestado por su falsedad, por las sonrisas forzadas y los rituales vacíos.

Pero este año será diferente. Con Sofía a mi lado, quizás pueda experimentar algo auténtico por primera vez en mucho tiempo.

Si tan solo pudiera mantener mis pensamientos —y mis manos— bajo control.

Me dirijo al dormitorio, desabrochándome la camisa mientras camino. Necesito dormir. Mañana será un día complicado: presentar a Sofía a la corte, mantener la farsa ante mi madre, esquivar a las pretendientas...

Y sobre todo, recordar que esto es solo un acuerdo temporal. Un contrato tácito entre dos personas con objetivos complementarios.

Nada más.

Por mucho que una parte de mí desee que fuera diferente.

CAPÍTULO 13

SOFÍA

El golpeteo en la puerta me arranca de un sueño profundo y desorientador. Durante unos segundos, contemplo el dosel azul sobre mi cabeza sin comprender dónde estoy. El colchón bajo mi cuerpo es tan mullido que parece estar hecho de nubes, y las sábanas de algodón se deslizan contra mi piel como una caricia líquida.

—Lady Sofía, ¿está despierta? —La voz de Lily, mi aparentemente inevitable doncella personal, atraviesa la puerta.

Los recuerdos me golpean con fuerza. Estoy en un palacio. En Northbridge. Fingiendo ser la novia noble de un príncipe. Dios mío.

—Sí —respondo, incorporándome y frotándome los ojos—. Adelante.

La puerta se abre y Lily entra con Emma siguiéndola de cerca. Ambas llevan bandejas que despiden un aroma tan delicioso que mi estómago gruñe sin disimulo.

—Buenos días, Lady Sofía —saluda Lily, depositando su bandeja sobre una mesita junto a la ventana—. Le hemos traído un té para que se despierte. El desayuno formal se servirá en el comedor azul en cuarenta y cinco minutos.

—¿Desayuno formal? —repito, y mi voz suena ronca por el sueño —. ¿A qué te refieres con «formal»?

Emma me dirige una sonrisa comprensiva mientras deposita su bandeja, que contiene lo que parece ser una selección de frutas frescas cortadas en formas geométricas perfectas.

—Con Su Majestad y los demás invitados, milady.

Mi corazón da un vuelco. Desayuno. Con la reina. Y las pretendientas. Maravilloso.

—¿Qué hora es? —pregunto, lanzando las sábanas a un lado y poniéndome en pie de un salto.

—Las ocho en punto, milady —responde Lily, dirigiéndose hacia el armario donde anoche colocaron meticulosamente mis escasas pertenencias—. Su Alteza vendrá a buscarla a las ocho y media para escoltarla al desayuno.

¿Treinta minutos? ¿Solo tengo treinta minutos para transformarme de plebeya despeinada a novia noble creíble?

—¿Qué me pongo? —pregunto, sintiendo cómo el pánico empieza a formarse en la boca de mi estómago.

Lily frunce ligeramente el ceño mientras examina mis opciones.

—Lady Sofía, si me permite la observación, su guardarropa parece... limitado para las actividades de la corte.

Vaya forma elegante de decir que mi ropa es una mierda comparada con lo que se espera de la novia de un príncipe.

—Sí, bueno... fue un viaje inesperado —improviso, recordando que se supone que soy una noble con un linaje impecable—. Mi equipaje principal debe haberse extraviado.

Las dos doncellas intercambian una mirada.

—En ese caso —dice Lily, adoptando un tono más decisivo—, sugiero que utilicemos este vestido para el desayuno —señala mi único vestido medianamente decente, un midi de color borgoña que compré en rebajas para la última Navidad—. Mientras tanto, informaré a la Sra. Winters para que coordine la llegada de un guardarropa apropiado.

Asiento, sin tener ni idea de quién es la Sra. Winters, pero agradecida por cualquier ayuda. Me dirijo hacia el baño para refrescarme, pero antes de llegar, Emma me detiene con una pregunta que me hiela la sangre.

—¿Prefiere el baño ahora o después del desayuno, Lady Sofía? Podemos prepararlo mientras usted come.

El recuerdo de anoche, con el baño ya preparado y el agua perfumada esperándome, me hace darme cuenta de que aquí nada es tan simple como abrir un grifo.

—Después estará bien, gracias —respondo, optando por una ducha rápida ahora.

Veinte minutos después, estoy sentada frente al tocador mientras Emma arregla mi pelo en un moño bajo que parece engañosamente sencillo pero que ha requerido al menos quince horquillas. El vestido borgoña, gracias a Dios, es suficientemente elegante con su corte clásico y tela fluida. Mis botines negros son lo único medianamente formal que tengo para calzar, y aunque no son lo ideal, Lily ha asegurado que «pasarán por ahora».

Mi reflejo me devuelve la mirada de una extraña. Con el pelo recogido y el maquillaje suave pero impecable que Emma ha aplicado, parezco casi... noble. O al menos, no parezco la chef que soy realmente.

Un golpe en la puerta hace que las tres nos sobresaltemos.

—Debe ser Su Alteza —dice Lily, apresurándose hacia la puerta.

Mi corazón empieza a latir como un tambor desbocado. Nicholas. Voy a ver a Nicholas de nuevo. ¿Por qué estoy tan nerviosa? Solo es un hombre. Un hombre increíblemente guapo, poderoso y que besa como si hubiera inventado el arte de besar, pero solo un hombre al fin y al cabo.

Lily abre la puerta y se inclina en una reverencia perfecta.

—Su Alteza —saluda con una deferencia que me resulta casi cómica después de haberlo visto vulnerable anoche.

—Buenos días, Lily —responde Nicholas, y su voz profunda envía un escalofrío por mi columna—. ¿Está Lady Sofía lista?

Me pongo en pie y me giro para enfrentarlo, y lo que veo hace que se me seque la boca.

Nicholas está impecable en un traje azul marino que parece haber sido pintado sobre su cuerpo. Lleva una camisa blanca inmaculada y una corbata de seda en un tono azul más claro que resalta el color imposible de sus ojos. Su pelo negro está perfectamente peinado, con ese estilo despreocupadamente perfecto que solo los hombres muy guapos pueden lograr. Parece recién salido de la portada de una revista de moda masculina.

—Buenos días —digo, sorprendida de que mi voz suene relativamente normal.

Nicholas me observa de pies a cabeza, y algo en su mirada, una apreciación cálida que va más allá de la cortesía, hace que mis

mejillas se enciendan.

—Estás preciosa —dice simplemente, pero hay tanta sinceridad en su voz que casi le creo.

—Tú tampoco estás mal —respondo, intentando sonar despreocupada—. Para ser un príncipe.

Una sonrisa asoma a sus labios, una de esas sonrisas genuinas que le transforman el rostro por completo.

—¿Lista para tu primer desayuno real? —pregunta, ofreciéndome su brazo.

—No —admito con franqueza, pero acepto su brazo de todos modos—. Pero supongo que no tengo elección.

Su brazo es sólido bajo mis dedos, y puedo sentir el calor de su cuerpo incluso a través de las capas de ropa. Un aroma sutil a sándalo, madera y algo indefiniblemente masculino emana de él, y tengo que resistir el impulso de inclinarme más cerca para respirarlo mejor.

Nos despedimos de Lily y Emma, que hacen otra reverencia, y salimos al pasillo. En cuanto la puerta se cierra tras nosotros, Nicholas se inclina hacia mí.

—¿Has dormido bien? —pregunta en voz baja, como si compartiera un secreto.

—Como un bebé —respondo—. Esa cama es ridículamente cómoda. Podría vivir en ella.

—Me alegro —asegura, y la forma en que lo dice me hace pensar que realmente le importa mi comodidad.

Caminamos en silencio durante unos momentos, sus pasos largos y seguros guiándome por el laberinto de pasillos. A la luz de la mañana, el palacio es aún más impresionante, con la luz del sol filtrándose a través de ventanales de cristal emplomado y creando patrones multicolores sobre el suelo de mármol.

—Vale, necesito que me des un curso intensivo de etiqueta en los próximos... —miro mi reloj— dos minutos. ¿Cómo saludo a tu madre? ¿Cuántas reverencias tengo que hacer?

Nicholas ríe suavemente, un sonido cálido que reverbera en mi interior.

—Respira, Sofía. No es tan complicado. Para mi madre, una leve inclinación de cabeza y «Su Majestad» la primera vez que la veas, «señora» después. Y sobre todo, sigue mi ejemplo.

—Te voy a matar por meterme en este lío —murmuro, sintiendo cómo la ansiedad se acumula en mi pecho—. Y todo para devolverte el favor de un simple beso.

Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas, y de inmediato me arrepiento. El beso. El maldito beso en el aeropuerto que empezó todo esto.

Nicholas se detiene abruptamente, haciéndome tropezar un poco. Me sostiene por el codo, estabilizándome, y cuando levanto la vista, su expresión ha cambiado. Hay una intensidad en sus ojos que no estaba ahí hace un momento.

—¿Simple? —repite, y su voz ha descendido media octava, volviéndose más ronca—. No recuerdo que hubiera nada simple en ese beso.

Mi respiración se entrecorta. No, no había sido simple en absoluto. Había sido electrizante. Transformador. La forma en que sus labios habían encajado con los míos, cómo su mano había encontrado mi cintura, cómo algo dentro de mí había cobrado vida de repente...

—Yo... —empiezo, pero las palabras se me atoran en la garganta.

Nicholas me mira fijamente, y por un momento, creo que va a besarme de nuevo. Una parte de mí, una parte imprudente y temeraria, lo desea con desesperación. Pero entonces él parpadea, como despertando de un trance, y da un paso atrás.

—Deberíamos continuar —dice, recuperando su compostura principesca—. No es bueno hacer esperar a mi madre.

Asiento, intentando ignorar la punzada de decepción que siento. Es mejor así. Esto es un acuerdo, un favor, nada más. Los sentimientos solo complicarían las cosas.

Reanudamos la marcha, y después de unos giros más, llegamos a unas puertas dobles custodiadas por dos hombres con librea. Al vernos, abren las puertas con un movimiento sincronizado perfecto.

—Respira —susurra Nicholas justo antes de entrar—. Estaré a tu lado todo el tiempo.

El comedor resulta ser una estancia elegante pero no excesivamente grande, con paredes pintadas en un tono azul pálido y molduras doradas. Un candelabro de cristal cuelga sobre una mesa rectangular donde ya hay varias personas sentadas.

Mi mirada encuentra inmediatamente a la reina, sentada a la cabecera. Lleva un traje de tweed en tono lavanda y joyas discretas pero claramente valiosísimas. Su pelo plateado está recogido en un moño impecable, y sus ojos —tan parecidos a los de Nicholas en color pero mucho más fríos— nos observan entrar con una expresión calculadora.

A su derecha hay una mujer rubia, increíblemente hermosa, con pómulos altos y una postura perfecta. A su izquierda, un hombre mayor con uniforme militar. Y hay dos mujeres más, una morena y otra pelirroja, ambas vestidas con una elegancia que hace que mi vestido de rebajas parezca un trapo.

Todos los ojos se vuelven hacia nosotros, y siento que mi estómago da un vuelco aterrorizado.

Nicholas aprieta suavemente mi mano sobre su brazo, un gesto de apoyo silencioso.

—Buenos días a todos —saluda con ese tono perfectamente modulado que debe haber practicado desde la cuna—. Permitidme presentaros formalmente a Lady Sofía Acosta, mi invitada especial para estas fiestas.

Hago lo que espero sea una inclinación de cabeza apropiada hacia la reina.

—Su Majestad —digo, agradeciendo que mi voz no tiemble—. Es un honor.

La reina me estudia como un científico estudiaría una bacteria desconocida bajo el microscopio.

—Lady Sofía —responde finalmente—. Qué... inesperado placer.

Nicholas me guía hacia dos asientos vacíos, ayudándome a sentarme antes de tomar su lugar a mi lado. Frente a mí, veo una disposición de cubiertos, platos y vasos que parece diseñada por un decorador sádico. Hay al menos tres tenedores diferentes, dos cuchillos, y una cantidad desconcertante de pequeñas cucharas.

La rubia hermosa me mira con una sonrisa que no alcanza sus ojos.

—Nicholas no nos había mencionado que tendríamos el placer de conocer a su... amiga española —dice, con un acento tan aristocrático que casi suena paródico—. Soy Lady Catherine Devonshire.

Ah. Una de las pretendientas. Una pretendienta despechada, para ser exactos.

—Encantada —respondo, esforzándome por sonar sincera.

Los sirvientes comienzan a entrar con bandejas, sirviendo té, café, zumos, y una variedad de platos que van desde huevos escalfados hasta pescado ahumado. ¿Quién demonios come pescado ahumado para desayunar?

Nicholas se inclina ligeramente hacia mí.

—La taza de té está a tu derecha, el platillo debajo —murmura—. Para el pan, utiliza el cuchillo más pequeño. Y no te preocupes por el pescado, nadie espera que comas todo.

Le lanzo una mirada de agradecimiento, mientras un mayordomo me sirve té de una tetera de plata. El aroma a bergamota inunda mis fosas nasales.

La reina aclara su garganta delicadamente, captando la atención de todos.

—Nicholas, no olvides que hoy tienes un día bastante ocupado —dice, con un tono que sugiere que está acostumbrada a gestionar su agenda—. La reunión con el embajador francés a las diez, la visita al hospital infantil al mediodía, y la recepción para los delegados escandinavos esta tarde.

Nicholas asiente, tomando un sorbo de su café.

—Lo tengo presente, madre.

—Y supongo que Lady Sofía te acompañará a la recepción —añade la reina, con una sonrisa que podría cortar diamantes—. Será una maravillosa oportunidad para que conozca a nuestros amigos del norte.

Siento cómo el pánico trepa por mi garganta. ¿Una recepción? ¿Con delegados internacionales? Yo, que ni siquiera sé qué tenedor usar para los huevos. ¿O será una cuchara?

—Sí, por supuesto —responde Nicholas con perfecta calma—. Sofía estará encantada de asistir, ¿verdad, querida?

Me mira con esos ojos imposiblemente azules, y veo en ellos una súplica silenciosa. «Sígueme la corriente», parece decir.

—Será un placer —logro articular, intentando sonar como si asistir a recepciones diplomáticas fuera algo que hago cada jueves.

La conversación continúa, girando hacia temas de política internacional que me superan por completo. Me concentro en comer mis huevos revueltos (usando el tenedor correcto, gracias a las indicaciones discretas de Nicholas) y en no derramar té sobre el mantel que probablemente cuesta más que mi apartamento en Manhattan.

—¿Y a qué se dedica exactamente, Lady Sofía? —pregunta la mujer pelirroja, interrumpiendo mis esfuerzos por parecer sofisticada.

Miro a Nicholas, momentáneamente en pánico. No habíamos preparado esta parte de la historia.

—Sofía es una apasionada de la gastronomía —interviene Nicholas con naturalidad—. De hecho, su familia posee algunos de los viñedos más exclusivos de España.

¿Viñedos? ¿En serio? Ni siquiera sé distinguir un Rioja de un Ribera.

—Qué fascinante —dice Lady Catherine, con un tono que sugiere que preferiría ver crecer el césped—. Supongo que eso explica por qué os conocisteis tan... recientemente.

Hay una insinuación venenosa en su voz que me hace querer clavarle el tenedor en su mano de manicura perfecta.

—En realidad —digo, encontrando mi voz—, Nicholas y yo nos conocimos hace tiempo, en un evento benéfico en Manhattan. Pero nuestros caminos no volvieron a cruzarse hasta hace poco.

Nicholas me mira con una mezcla de sorpresa y admiración. La mentira ha salido de mis labios con una naturalidad que me sorprende a mí misma.

—Exactamente —confirma, tomando mi mano sobre la mesa—. A veces el destino necesita más de un intento.

Sus dedos se entrelazan con los míos, cálidos y seguros, y por un momento, casi olvido que todo esto es una farsa. Que esa mirada que me dirige, llena de afecto y admiración, es solo parte de la actuación.

La reina observa nuestras manos unidas con expresión impenetrable.

—Qué romántico —comenta secamente—. Espero que Lady Sofía esté preparada para la intensidad de la vida en la corte. No todo son bailes y recepciones, ¿sabe? La posición de Nicholas conlleva grandes responsabilidades.

—Estoy segura de que Sofía es más que capaz de adaptarse —responde Nicholas con un tono que no admite discusión.

El mayordomo principal se acerca a Nicholas y se inclina para murmurarle algo al oído.

—El embajador ha llegado antes de lo previsto —me explica Nicholas cuando el hombre se retira—. Tendré que excusarme.

Se pone en pie, y todos en la mesa hacen ademán de levantarse, pero él los detiene con un gesto.

—Por favor, continuad. Sofía, ¿me acompañas un momento?

Agradecida por la oportunidad de escapar, me levanto y lo sigo fuera del comedor. Una vez en el pasillo, con las puertas cerradas tras nosotros, Nicholas suelta un suspiro que parece contener toda la tensión acumulada durante el desayuno.

—Lo siento —dice, pasándose una mano por el pelo—. No esperaba que te sometieran a un interrogatorio tan pronto.

—¿Interrogatorio? Eso ha sido prácticamente una inquisición española —respondo, intentando aligerar el ambiente—. ¿Y viñedos? ¿En serio? Apenas distingo un vino de mesa de uno de reserva.

Nicholas sonríe, y esa sonrisa hace que algo se derrita en mi interior.

—Improvisé. Parecía apropiado para tu personaje.

—Mi personaje necesita mucho trabajo —murmuro—. Y yo necesito un manual de etiqueta del tamaño de una enciclopedia.

—Lo has hecho perfectamente —me asegura, y hay tanta sinceridad en su voz que casi le creo—. De verdad. Elegante, ingeniosa, encantadora. Has estado brillante.

Siento cómo el calor sube a mis mejillas ante su elogio.

—¿De verdad tengo que ir a esa recepción? —pregunto, recordando la aterradora perspectiva de enfrentarme a diplomáticos internacionales.

—Me temo que sí —responde con expresión de disculpa—. Pero estaré a tu lado todo el tiempo. Y te prometo que te compensaré.

—¿Cómo? —pregunto, cruzando los brazos—. ¿Con más situaciones sociales mortificantes?

Nicholas se ríe, ese sonido cálido y genuino que hace que mi estómago dé un vuelco.

—Estaba pensando más bien en mostrarte algunos de los secretos del palacio —dice, inclinándose hacia mí conspiratoriamente—. Hay pasadizos que ni siquiera el personal conoce. Y vistas que merecen la pena.

La idea de explorar lugares secretos con él, lejos de miradas indiscretas y pretendientas resentidas, resulta sorprendentemente tentadora.

—Trato hecho —concedo—. Pero más te vale que esos pasadizos secretos incluyan una ruta de escape por si la recepción se vuelve insoportable.

Nicholas toma mi mano y, para mi sorpresa, la lleva a sus labios. El contacto, breve y casto, envía una corriente eléctrica por todo mi brazo.

—Te lo prometo —dice, con esos ojos azules fijos en los míos—. Y Nicholas de Northbridge siempre cumple sus promesas.

Con eso, se endereza y recupera su postura principesca.

—Debo irme. James vendrá a buscarte para llevarte de vuelta a tus aposentos. Nos veremos esta tarde para la recepción.

Y con una última sonrisa, se aleja por el pasillo, su figura alta y elegante perdiéndose en la distancia.

Me quedo quieta, sintiendo aún el fantasma de sus labios en mi mano, y me pregunto en qué momento esta farsa empezó a sentirse peligrosamente real.

CAPÍTULO 14

SOFÍA

Pasar una semana en un palacio real resulta ser mucho más agotadora de lo que jamás habría imaginado. A pesar de no tener ninguna responsabilidad oficial —más allá de fingir ser noble y novia de un príncipe, claro—, los días se deslizan uno tras otro en una nebulosa de protocolos, reuniones y eventos a los que debo asistir con una sonrisa perfecta y pretendiendo que sé de lo que hablan todos esos diplomáticos, nobles y dignatarios.

Y Nik... Nik apenas existe. O al menos, el Nik que conocí en el avión, el que reía despreocupadamente y me miraba como si fuera lo más fascinante del mundo. Ha sido reemplazado por Su Alteza Real, un hombre perpetuamente ocupado, siempre correcto, siempre puntual, siempre... ausente, incluso cuando está físicamente presente.

No es que me haya abandonado. Al contrario. Cada mañana se asegura de darme consejos precisos sobre el día, cada tarde me envía mensajes para confirmar que estoy bien, y cada noche se asoma brevemente a mi habitación para desearme buenas noches. Pero estos encuentros son tan fugaces, tan protocolarios, que a veces me pregunto si aquel beso en el aeropuerto fue real o lo imaginé.

Esta noche, sentada en mi habitación después de una extenuante reunión con la familia real de algún pequeño principado europeo cuyo nombre ni siquiera puedo pronunciar, me pregunto qué estará haciendo Nicholas. Hace horas que desapareció tras una llamada urgente, disculpándose con una de esas sonrisas que ha perfeccionado para las situaciones sociales: educada, encantadora y completamente vacía.

Lo sé, porque he visto cómo son sus sonrisas reales.

Me levanto del sofá junto a la ventana, donde he estado fingiendo leer un libro sobre la historia de Northbridge, y decido buscarlo.

—Lily —llamo, y mi doncella aparece casi instantáneamente, como si hubiera estado esperando tras la puerta—. ¿Sabes dónde puedo encontrar a Su Alteza?

Un brillo de curiosidad aparece en sus ojos, pero su expresión permanece profesionalmente neutra.

—A esta hora, es probable que esté en la sala de entrenamiento del ala oeste, milady. Su Alteza suele ejercitarse por las noches.

Por supuesto. El príncipe perfecto también mantiene un régimen de ejercicio perfecto.

—¿Podrías indicarme cómo llegar?

Lily parece dudar un momento, como si no estuviera segura de si debería facilitar un encuentro nocturno entre su príncipe y yo, pero finalmente asiente.

—Es un camino algo complicado, milady. Quizás debería acompañarla.

—No es necesario —respondo rápidamente, ansiosa por tener un momento a solas con Nicholas sin miradas indiscretas—. Solo dame indicaciones claras.

Cinco minutos y un croquis improvisado después, me aventuro por los pasillos del palacio. A esta hora de la noche, el lugar parece otro mundo: las lámparas están atenuadas, creando un juego de sombras entre las columnas, y el silencio es tan absoluto que mis pasos sobre el mármol suenan como tambores lejanos.

Doblo a la izquierda en el pasillo que Lily me ha indicado y me encuentro con una puerta de madera oscura, más sencilla que las ornamentadas entradas que dominan el resto del palacio. A través de ella, escucho un ritmo rítmico y sordo, como si alguien estuviera golpeando algo repetidamente.

Sin molestarme en llamar —¿quién llama a la puerta de un gimnasio?—, giro el pesado picaporte y entro.

Y me quedo paralizada en el umbral.

En el centro de una sala amplia y bien iluminada, con espejos cubriendo una pared y equipamiento deportivo de última generación

distribuido estratégicamente, está Nicholas. Pero no el Nicholas que conozco, siempre impecablemente vestido con trajes hechos a medida. Este es un Nicholas que nunca he visto: sin camisa, con unos pantalones deportivos negros que cuelgan peligrosamente bajos en sus caderas, y guantes de boxeo rojos con los que golpea un saco de entrenamiento.

Su piel está cubierta por una fina capa de sudor que hace que su torso brille bajo las luces, acentuando cada músculo perfectamente definido. Su pelo, normalmente tan cuidadosamente peinado, cae húmedo sobre su frente mientras se mueve con la gracia felina de un depredador. Cada golpe hace que los músculos de sus brazos, hombros y espalda se flexionen en una coreografía hipnótica que me deja literalmente sin aliento.

Este no es el príncipe diplomático y contenido. Este es un hombre primario, poderoso, tan intensamente masculino que el aire a su alrededor parece cargado de electricidad.

Debo haber hecho algún ruido, porque de repente Nik se detiene y se gira hacia la puerta. Nuestras miradas se encuentran, y veo cómo la sorpresa cruza su rostro antes de ser reemplazada por algo más cálido, más íntimo.

—Sofía —dice, y mi nombre en sus labios suena diferente, más ronco.

—Yo... —Me aclaro la garganta, buscando desesperadamente palabras que parezcan coherentes—. Lo siento. No quería interrumpir.

Nicholas sonríe, una sonrisa genuina que no tiene nada que ver con las que ha estado ofreciendo en público.

—No interrumpes —responde, caminando hacia un banco donde hay una toalla. Se la pasa por el rostro y el cuello, y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no seguir el recorrido de sus manos con mis ojos—. De hecho, estaba a punto de terminar.

Se quita los guantes y los deja caer al suelo, revelando unas manos fuertes con nudillos ligeramente enrojecidos. La imagen me provoca un escalofrío que no tiene nada que ver con la temperatura de la habitación.

—No sabía que boxeabas —digo, intentando mantener la conversación en terreno seguro.

—Es una forma de liberar tensiones —responde, acercándose a mí —. Y créeme, en este trabajo, se acumulan muchas.

Ahora que está más cerca, puedo oler su aroma: una mezcla de su perfume habitual y el olor más primario de su piel después del ejercicio. Es embriagador, casi adictivo, y tengo que resistir el impulso de inclinarme más cerca para respirarlo mejor.

—Pareces agotado —observo, notando las ligeras sombras bajo sus ojos.

Nicholas se encoge de hombros, un gesto sorprendentemente casual para alguien de su posición.

—Es temporada alta de obligaciones reales —dice con un amago de sonrisa—. Entre las visitas diplomáticas, las galas benéficas, las reuniones con ministros y los preparativos navideños, apenas tengo tiempo para respirar.

Le miro con más atención, percibiendo por primera vez lo que se esconde tras su fachada perfecta: un cansancio profundo, casi existencial, que va más allá del agotamiento físico.

—No me imaginaba que un príncipe trabajara tanto —confieso—. Quiero decir, siempre he pensado que la realeza básicamente asistía a fiestas y saludaba desde balcones.

Nicholas suelta una carcajada, el sonido resonando en las paredes de la sala.

—Ojalá —dice—. La verdad es que es un trabajo de veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Sin vacaciones, sin bajas por enfermedad, y definitivamente sin desconectar nunca.

—Da igual el dinero que te paguen, no es suficiente —bromeo, pero hay una verdad subyacente en mis palabras.

Nicholas me mira con una expresión curiosa, como si nunca hubiera considerado su posición desde esa perspectiva.

—En realidad, técnicamente no me «pagan» —dice—. Tengo una asignación como miembro de la familia real, pero el concepto de sueldo no aplica exactamente cuando el trabajo es... bueno, existir como representante de la monarquía.

Un gruñido suave interrumpe nuestra conversación, y Nicholas parece momentáneamente avergonzado.

—Lo siento —dice, llevándose una mano al estómago—. No he tenido tiempo de cenar apropiadamente.

—¿Has comido algo en toda la tarde?

Nicholas parece considerar la pregunta como si requiriera un esfuerzo mental significativo.

—Creo que alguien me trajo unos sándwiches durante la videoconferencia con el embajador australiano, pero no estoy seguro de si llegué a probarlos.

Pongo los ojos en blanco, sintiendo cómo mi instinto de chef protectora toma el control.

—Eso es inaceptable. Vamos, te voy a hacer algo de comer.

Nicholas alza las cejas, claramente sorprendido por mi tono imperativo.

—¿Ahora?

—Ahora —confirmo con decisión—. A menos que Su Alteza Real tenga alguna objeción a ser alimentado apropiadamente.

Una sonrisa lenta y genuina se dibuja en su rostro, iluminándolo de una manera que hace que mi corazón dé un vuelco traicionero.

—No me atrevería a contradecir a una chef española enfadada —responde, levantando las manos en señal de rendición—. Pero al menos permíteme ponerme algo encima.

Solo entonces me doy cuenta de que he estado manteniendo toda esta conversación mientras él permanece gloriosamente semidesnudo. El calor sube a mis mejillas.

—Sí, claro —murmuro, girándome rápidamente para darle privacidad—. Te espero fuera.

—No es necesario que te vayas —dice, y algo en su tono me hace mirarle de nuevo.

Está ahí, de pie, con la tenue luz de la sala creando sombras que acentúan cada plano y curva de su cuerpo escultural, mirándome con una intensidad que hace que se me seque la boca. Es ridículamente atractivo, como si una estatua griega hubiera cobrado vida, y por un momento me pregunto si todo esto —el palacio, la

realeza, él— no es más que un sueño febril que he inventado para escapar de mi vida en Manhattan.

Nicholas toma una camiseta negra de algodón de un banco cercano y se la pasa por la cabeza, el movimiento hace que los músculos de su abdomen se flexionen de una manera que debería ser ilegal. La tela cae sobre su torso, cubriendo esa piel dorada que he estado contemplando, pero de alguna manera, la camiseta ajustada que revela la amplitud de sus hombros y la estrechez de su cintura no es mucho mejor para mi cordura.

—¿Vamos? —dice, acercándose con esa gracia natural que parece emanar de él incluso en los momentos más cotidianos.

Asiento, incapaz de formar palabras coherentes, y le sigo fuera de la sala. Caminamos en un silencio cómodo por los pasillos del palacio, nuestros pasos sincronizados creando un ritmo suave contra el suelo de mármol.

—¿A dónde vamos exactamente? —pregunta después de un rato.

—A las cocinas, por supuesto —respondo, como si fuera obvio.

Nicholas se detiene, mirándome con una mezcla de asombro y diversión.

—¿Las cocinas? Podemos llamar al servicio para que nos traigan algo a mis aposentos o a los tuyos.

Sacudo la cabeza con determinación.

—Ni hablar. Si vas a comer algo a estas horas, será algo preparado por mí, no un triste sándwich recalentado. Además —añado, viendo su expresión dubitativa—, la cocina a esta hora estará prácticamente vacía. Solo el personal de guardia.

Parece considerar mis palabras, y finalmente asiente.

—Hacia las cocinas, entonces. Pero te advierto que no he estado allí en... bueno, posiblemente nunca.

—¿Nunca has estado en las cocinas de tu propio palacio? —pregunto, genuinamente sorprendida.

Nicholas se encoge de hombros, pareciendo casi avergonzado.

—No es exactamente un lugar al que se espera que vaya el príncipe heredero.

—Pues esta noche vas a recibir una educación culinaria —declaro con firmeza—. Empezando por cómo llegar a las cocinas.

Para mi sorpresa, Nicholas sonríe, una sonrisa amplia y genuina que transforma su rostro, haciéndole parecer años más joven y considerablemente menos principesco.

—Tus deseos son órdenes, chef.

NICHOLAS

Seguir a Sofía por los pasillos de mi propio palacio, en dirección a un área que nunca he visitado, es una experiencia surreal. Ella camina con determinación, como si hubiera nacido en este lugar en vez de haberse incorporado a él hace apenas una semana. Su confianza, su naturalidad, es refrescante en un entorno donde todo el mundo, incluido yo mismo, parece estar interpretando constantemente un papel asignado.

Es pasada la medianoche, y la mayoría del personal se ha retirado, dejando el palacio en un silencio inusual. Normalmente, a estas horas estaría revisando documentos en mi despacho o, más probablemente, tumbado en mi cama mirando al techo, demasiado agotado para dormir, demasiado inquieto para descansar.

En cambio, estoy siguiendo a una chef española hacia las cocinas, vestido con ropa de entrenamiento, sintiendo todavía la adrenalina del boxeo mezclándose con una nueva clase de excitación.

Sofía gira a la izquierda en un corredor que conduce a la zona de servicio, y me sorprende comprobar cuánto cambia la decoración. Los elaborados paneles de madera y las antigüedades dan paso a paredes más sencillas y funcionales, el mármol del suelo es reemplazado por baldosas prácticas, y los retratos de mis antepasados desaparecen por completo.

—Es como entrar en otro edificio —comento, observando las diferencias.

Sofía me mira por encima del hombro, una sonrisa juguetona en sus labios.

—Bienvenido al mundo real, Su Alteza —dice con un tono burlón —. Donde la gente normal hace funcionar este lugar.

Hay una verdad en sus palabras que me golpea con más fuerza de la que esperaba. Toda mi vida he estado en la parte visible del

palacio, la fachada, ignorando las arterias y venas que mantienen vivo este organismo complejo.

Sofía empuja una puerta doble de acero inoxidable y entramos en las cocinas principales. El espacio es enorme, mucho más grande de lo que habría imaginado, con islas de trabajo por todas partes, equipamiento industrial brillante, y un orden meticuloso que habla de la disciplina con la que se maneja este reino culinario.

A esta hora, como Sofía predijo, hay poco personal: un par de cocineros preparando masas para el pan del día siguiente, y un auxiliar limpiando algunas superficies. Todos se giran al vernos entrar, y sus expresiones de sorpresa serían cómicas si no fueran inmediatamente seguidas por reverencias apresuradas y un silencio tenso.

—Su Alteza —dice uno de ellos, un hombre mayor con uniforme de chef ejecutivo—. No esperábamos... es decir, ¿podemos ayudarle en algo?

Siento la incomodidad trepando por mi espalda. No estoy acostumbrado a irrumpir en espacios donde mi presencia causa disrupción. Normalmente, todos los lugares están preparados para recibirme, cuidadosamente orquestados para que mi llegada sea fluida y sin incidentes.

Sofía, sin embargo, parece perfectamente cómoda.

—Buenas noches —saluda con naturalidad—. Necesitamos usar un rincón de la cocina para preparar algo de comer. Su Alteza no ha cenado apropiadamente.

El chef ejecutivo parece momentáneamente desconcertado, dividido entre el protocolo y la situación sin precedentes.

—Por supuesto, Lady Sofía. Podemos preparar inmediatamente cualquier cosa que Su Alteza desee. Tenemos filetes de la mejor calidad, langosta fresca, foie...

—No será necesario —interrumpe Sofía con amabilidad, pero firmeza—. Solo necesitamos un espacio. Yo me encargaré de todo.

El hombre nos mira alternativamente, claramente inseguro sobre cómo proceder.

—Como deseen —dice finalmente, haciendo otra reverencia—. La isla del fondo está completamente libre y limpia. Si necesitan

cualquier cosa...

—Gracias —respondo, intentando aligerar su evidente incomodidad—. Y por favor, continúen con sus tareas. No queremos interrumpir.

Sofía me toma de la mano —un gesto que me pilla completamente desprevenido— y me guía hacia la isla indicada. Su mano es pequeña pero firme, con callosidades que hablan de años trabajando con cuchillos y fuego. Es una mano que sabe lo que hace, una mano real en el sentido más auténtico de la palabra.

—Siéntate ahí —ordena, señalando un taburete alto junto a la isla —. Y observa cómo se prepara un verdadero sándwich real.

Me siento obedientemente, fascinado por esta versión de Sofía. En los eventos oficiales de la última semana ha estado brillante: educada, elegante, encantadora. Pero esta Sofía, en su elemento, tiene una confianza y una vitalidad que resultan magnéticas.

La observo moverse por la cocina con la gracia eficiente de quien conoce exactamente lo que busca. Abre refrigeradores, examina productos, selecciona ingredientes con un ojo crítico que me recuerda a un general planificando una estrategia de batalla.

—¿Has probado alguna vez un auténtico bocadillo español? — pregunta mientras coloca pan, jamón, queso y otros ingredientes sobre la encimera.

—Me temo que no —respondo, incapaz de apartar los ojos de sus manos mientras trabaja—. Mi experiencia culinaria española se limita a la paella en recepciones oficiales.

Sofía pone los ojos en blanco de manera teatral.

—Eso no es comida española real. Eso es comida para turistas — declara, cortando rebanadas gruesas de lo que parece ser un pan rústico—. Esto, sin embargo, es el verdadero alma de España.

Con movimientos precisos, corta el pan longitudinalmente, lo unta generosamente con un aceite que huele intensamente a oliva, y comienza a poner capas de jamón serrano, queso manchego, tomate fresco y algo que reconozco como pimiento asado.

Hay algo hipnótico en verla trabajar. Sus dedos se mueven con destreza y seguridad, sus ojos concentrados en la tarea, la punta de

su lengua asomando ocasionalmente entre sus labios en un gesto inconsciente que encuentro inexplicablemente atractivo.

—La clave está en las proporciones —explica mientras trabaja—. Y en la calidad de los ingredientes, por supuesto. Este jamón es bastante decente, aunque nada comparado con el que hacía mi abuelo en su pequeño pueblo.

—¿Tu abuelo hacía jamón? —pregunto, genuinamente interesado.

Sofía asiente, una sonrisa nostálgica suavizando sus facciones.

—Toda mi familia está relacionada con la comida de alguna manera —dice—. Mi abuelo curaba jamones, mi abuela hacía el mejor pan de la comarca, mi madre es una cocinera extraordinaria, aunque nunca ha sido profesional... Supongo que lo llevo en la sangre.

—¿Es por eso por lo que te convertiste en chef?

—En parte —responde, presionando el bocadillo ligeramente para compactarlo—. También porque la cocina siempre fue el único lugar donde me sentía completamente en control. Donde podía crear algo hermoso y delicioso partiendo de ingredientes simples. Donde importaba lo que podía hacer, no quién era o de dónde venía.

Su confesión que me conmueve. Entiendo perfectamente esa sensación de encontrar refugio en una actividad, un espacio donde las expectativas ajenas se desvanecen y solo queda lo esencial.

—Entiendo eso —digo suavemente—. Para mí es el boxeo. O montar a caballo. Los únicos momentos donde soy solo Nicholas, no Su Alteza Real.

Sofía levanta la mirada del bocadillo, y nuestros ojos se encuentran. Por un instante, hay una conexión tan intensa, tan genuina, que me deja sin aliento. Como si, de alguna manera improbable, esta mujer maravillosa pudiera ver directamente a través de las capas de protocolo y educación real, hasta el hombre que hay debajo.

El momento se rompe cuando Sofía corta el bocadillo en diagonal y lo coloca frente a mí en un plato sencillo.

—Tu sándwich real, Su Alteza —anuncia con una pequeña reverencia burlona—. Bon appétit.

Tomo el bocadillo, sorprendido por su peso sustancial, y doy un mordisco generoso. Los sabores explotan en mi boca: el aceite de oliva rico y afrutado, el jamón salado y complejo, el queso cremoso y contundente, la acidez del tomate y la dulzura del pimiento asado. Es una sinfonía perfectamente orquestada, tan alejada de los refinados pero a menudo insípidos platos de las cenas de estado como es posible.

—Dios mío —murmuro con la boca todavía medio llena—. Esto es... extraordinario.

Sofía sonríe, una sonrisa genuina de satisfacción profesional.

—Lo sé —dice simplemente, sin falsa modestia—. Es lo que intentaba explicarte. La verdadera comida no necesita ser complicada. Solo honesta.

Continúo comiendo con un entusiasmo que probablemente horrorizaría a mi madre y a todos mis tutores de etiqueta. No puedo recordar la última vez que disfruté tanto de algo tan simple como un sándwich.

Sofía se prepara uno para ella y se sienta en el taburete a mi lado. Comemos en un silencio cómodo durante unos minutos, el único sonido nuestras ocasionales expresiones de apreciación y el suave murmullo de actividad del personal que, aunque pretende no prestarnos atención, claramente está fascinado por la escena inusual.

—Gracias —digo finalmente, cuando he devorado hasta la última miga—. No solo por la comida, que ha sido magnífica, sino por... esto. Por tratarme siempre como a una persona normal.

Sofía me mira con esos ojos expresivos que parecen cambiar de tonalidad según su estado de ánimo. Ahora son de un marrón cálido, casi ámbar bajo la luz de la cocina.

—Eres una persona normal —responde con sencillez—. Solo que con un trabajo muy raro y una familia complicada.

Su descripción me arranca una carcajada, el sonido resonando en la amplia cocina y provocando miradas sorprendidas del personal.

—Esa es posiblemente la descripción más acertada que he escuchado jamás de la realeza —digo, sintiendo cómo la tensión que

he llevado sobre los hombros toda la semana comienza a disiparse —. Un trabajo muy raro y una familia complicada.

Sofía sonríe, y hay algo en esa sonrisa, algo cálido y genuino, que hace que mi corazón dé un vuelco. Por un momento, olvido por completo quién soy, dónde estamos, y por qué ella está aquí. Solo somos un hombre y una mujer, compartiendo un bocadillo a medianoche en una cocina.

Y es el momento más real que he experimentado en años.

CAPÍTULO 15

SOFÍA

El salón de té de la Reina es exactamente como me lo habría imaginado: elegante, refinado y opresivamente formal. Las paredes de un verde pálido están adornadas con retratos de ancestros serios que parecen juzgarme con cada pincelada. La luz entra por ventanales altos, filtrándose a través de cortinas de encaje tan delicadas que parecen telarañas tejidas por arañas aristocráticas.

Me remuevo incómoda en mi sillón tapizado, intentando encontrar una posición que parezca a la vez digna y natural, algo que he descubierto que es prácticamente imposible en el mobiliario real. Todo está diseñado para mantenerte erguida, como si el mero acto de relajarse fuera una traición a la corona.

—¿Más té, Lady Sofía? —pregunta la Reina Maribel, sosteniendo una tetera de porcelana tan fina que casi puedo ver la silueta de sus dedos a través.

—Sí, gracias, Su Majestad —respondo automáticamente, aunque mi taza está todavía medio llena.

La Reina me sirve con movimientos precisos, elegantes. Cada gesto suyo parece calculado para transmitir siglos de refinamiento. A su lado, yo me siento como un elefante en una tienda de cristal, constantemente aterrorizada de romper algo irremplazable.

Nicholas está sentado frente a mí, impecable como siempre en un traje gris que realza el azul imposible de sus ojos. Durante la última semana hemos perfeccionado nuestra actuación de pareja: sonrisas cómplices, pequeños roces de manos, miradas que pretenden contener secretos compartidos. Pero ahora, bajo el escrutinio directo de su madre, siento que nuestra farsa es tan frágil como las tazas que sostenemos.

—El Baile de Invierno es la tradición más antigua de la corona de Northbridge —comenta la Reina, tomando un sorbo diminuto de su té—. Se ha celebrado durante más de trescientos años.

—Suena fascinante —respondo, porque parece lo apropiado, aunque la mera idea de otro evento formal me produce urticaria mental.

—Lo es, ciertamente —continúa ella, sus ojos azules, tan parecidos a los de Nicholas pero mucho más fríos, estudiándome sin parpadear—. Nicholas siempre ha brillado particularmente en el vals real que abre el baile.

Oh, Dios. Un vals. La palabra hace que mi estómago dé un vuelco de pánico. Mis habilidades de baile se limitan a moverme descoordinadamente en discotecas o a dar saltos en bodas después de varios gin-tonics.

Nicholas debe percibir mi incomodidad, porque interviene con voz tranquila:

—Este año será especial, madre. Sofía me acompañará, por supuesto.

¿QUÉ?

Mi té casi sale disparado por la nariz. ¿Acaba de decir...? No, no puede ser. Debe haber algún malentendido. No puede esperar que yo baile un vals ante la aristocracia europea.

La Reina arquea una ceja perfectamente depilada, y su mirada se desliza sobre mí como un escáner de alta precisión, detectando cada inseguridad.

—Naturalmente —dice, con una sonrisa que no llega a sus ojos—. Asumo que Lady Sofía es una bailarina consumada. El vals real requiere cierta... elegancia innata.

La forma en que pronuncia «elegancia innata» sugiere claramente que duda que yo posea tal cualidad. Y tiene toda la razón. La única vez que intenté bailar en pareja fue en las clases obligatorias del instituto, y mi pobre compañero acabó con los pies tan pisoteados que parecía haber participado en una vendimia tradicional.

—Sofía es extraordinariamente talentosa —responde Nicholas con una confianza que me deja atónita—. Tiene un sentido natural del ritmo.

¿Sentido natural del ritmo? ¿YO? Mis primas se partirían de risa si escucharan esto. La última vez que bailé en una boda, Valeria me dijo que parecía una jirafa teniendo un ataque epiléptico.

—Qué maravilla —murmura la Reina, con un tono que sugiere exactamente lo contrario—. Estaré ansiosa por verla en acción.

Me trago un «yo también» sarcástico junto con un sorbo de té, que de repente me sabe amargo. Nicholas me mira con una expresión tranquilizadora que solo consigue aumentar mi pánico. ¿Cómo puede estar tan calmado cuando acaba de lanzarme bajo las ruedas de un autobús real?

La Reina consulta un reloj de oro que lleva prendido a la solapa.

—Debo retirarme —anuncia, levantándose con la gracia de alguien que jamás ha conocido el dolor de espalda—. Tengo una videollamada con la primera ministra en diez minutos.

Nicholas y yo nos ponemos de pie al instante, como marionetas cuyos hilos han sido tirados simultáneamente.

—Lady Sofía —dice la Reina—. Ha sido... esclarecedor. Espero con interés ver sus habilidades de baile en el evento.

Y con eso, sale de la habitación, dejando tras de sí una estela de perfume caro y amenazas veladas.

En cuanto la puerta se cierra, me giro hacia Nicholas, la furia burbujeando bajo mi piel como agua hirviendo.

—¿Se puede saber qué narices ha sido eso? —siseo, acercándome a él con pasos rápidos y decididos.

Nicholas parece genuinamente desconcertado por mi reacción.

—¿A qué te refieres?

—¿A qué me refiero? —Mi voz sube una octava—. ¡Me acabas de comprometer a bailar un vals frente a la realeza europea! ¡Yo, que tengo la gracia de un pato con zapatos de hormigón!

Una sonrisa asoma a sus labios, lo que solo consigue enfurecerme más.

—No te preocupes por eso —dice, con una calma que encuentro insultante—. Hay tiempo de sobra para enseñarte.

—¿Enseñarme? —Suelto una risa histérica—. Nicholas, no sé si eres consciente, pero algunas personas nacemos sin el gen de la

coordinación. ¡No puedo aprender a bailar un vals en... en... ¿cuánto tiempo queda?

—Diez días —responde, y tiene la osadía de parecer divertido.

—¡Diez días! —exclamo, levantando las manos al cielo—. ¡Es imposible! ¿Sabes lo que pasará? Haré el ridículo, tu madre tendrá la confirmación de que soy una impostora, y acabaré en las mazmorras reales.

—Ya te dije que no tenemos mazmorras desde el siglo XVIII —apunta Nicholas, y juro que está conteniendo una carcajada.

—¡No es gracioso! —Me acerco más, pinchándole el pecho con mi dedo índice—. Esto supera nuestro acuerdo. Acepté fingir ser tu novia noble, no humillarme públicamente intentando bailar algo que requiere años de práctica.

Nicholas captura mi mano acusadora entre las suyas, deteniéndola contra su pecho. A través de la fina tela de su camisa, puedo sentir el latido firme de su corazón.

—Sofía —dice, y hay algo en la forma en que pronuncia mi nombre que hace que mi enfado vacile—. Confía en mí. No dejaré que hagas el ridículo.

—No es cuestión de confianza —replico, intentando ignorar el calor que se extiende desde donde nuestras manos se tocan—. Es física básica. Mis pies y la coordinación son como el agua y el aceite: simplemente no se mezclan.

Nicholas da un paso más hacia mí, reduciendo el espacio entre nosotros hasta que puedo sentir el calor que emana de su cuerpo. Su aroma —sándalo, bergamota y algo indefiniblemente masculino— me envuelve, haciendo que mi cerebro funcione más lento.

—Puedo enseñarte —insiste, su voz descendiendo a un tono más grave que envía escalofríos por mi columna—. Soy un excelente profesor.

—¿Y si te piso los pies? —pregunto, mi voz sonando más débil de lo que pretendía—. Llevo tacones bastante afilados.

Una sonrisa lenta, devastadora, se extiende por su rostro.

—Correré el riesgo.

Estamos tan cerca ahora que tengo que inclinar la cabeza hacia atrás para mantener el contacto visual. Sus ojos, de ese azul

imposible, tienen un brillo que no había visto antes: intenso, casi hambriento.

—Estás loco —murmuro, pero la acusación carece de convicción.

—Probablemente —admite, y su mirada desciende hasta mis labios.

Mi corazón empieza a latir tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo. El aire entre nosotros parece cargado de electricidad, denso y pesado con algo que no me atrevo a nombrar.

—Nicholas... —empiezo, aunque no tengo idea de qué voy a decir.

Nunca lo sabré, porque en ese momento, sus labios encuentran los míos.

No es como nuestro beso en el aeropuerto, que comenzó como una actuación. Este beso no tiene nada de fingido. Es real, crudo, casi desesperado. Sus labios, sorprendentemente suaves para un hombre tan fuerte, se mueven contra los míos con una urgencia que me deja sin aliento.

Una de sus manos se desliza hasta mi nuca, enredándose en mi pelo, mientras la otra encuentra mi cintura, atrayéndome más cerca. Respondo instintivamente, mis manos subiendo hasta sus hombros, aferrándome a él como si fuera un ancla en medio de una tormenta.

El beso se profundiza, su lengua rozando tentativamente mis labios hasta que los separo con un pequeño suspiro. El contacto envía ondas de calor líquido por todo mi cuerpo, haciendo que mis rodillas amenacen con ceder. Nicholas gruñe suavemente contra mi boca, un sonido primitivo que despierta algo igualmente salvaje dentro de mí.

Este hombre, este príncipe de cuento, me está besando como si yo fuera el aire que necesita para respirar, y Dios me ayude, yo le estoy devolviendo el beso con la misma intensidad.

El tiempo pierde significado. Podrían haber pasado segundos o siglos; no lo sabría. Lo único que existe es la sensación de sus labios contra los míos, el calor de su cuerpo, la firmeza de sus manos sosteniéndome como si temiera que fuera a desvanecerme.

Y entonces, un carraspeo discreto pero inconfundible nos separa como si nos hubieran lanzado agua helada.

Nos apartamos bruscamente, jadeando ligeramente. En la puerta hay un mayordomo de aspecto impasible, que mira fijamente un punto en la pared por encima de nuestras cabezas.

—Perdone la interrupción, Su Alteza —dice con voz neutra, como si no acabara de encontrar al príncipe heredero devorando la boca de su supuesta novia noble—. El Ministro de Asuntos Exteriores ha llegado para su reunión.

Nicholas parece momentáneamente desorientado, como si hubiera olvidado quién es o dónde está. Se pasa una mano por el pelo, un gesto que he llegado a reconocer como señal de nerviosismo.

—Gracias, Hastings —responde finalmente, su voz sonando extrañamente ronca—. Dile que estaré con él en un momento.

El mayordomo asiente, hace una reverencia perfecta, y se retira, cerrando la puerta tras de sí.

Un silencio tenso cae entre nosotros. No me atrevo a mirar a Nicholas directamente, temerosa de lo que pueda ver en sus ojos. ¿Arrepentimiento? ¿Confusión? ¿O algo más peligroso?

Mi mente trabaja a toda velocidad, intentando procesar lo que acaba de ocurrir. No formaba parte del acuerdo. No era una actuación para beneficio de terceros. Estábamos solos, y él me ha besado como si realmente me deseara. Como si yo fuera más que una solución temporal a su problema familiar.

Y yo le he devuelto el beso.

El pánico empieza a formarse en mi pecho, una bola apretada de miedo y confusión. Esto no puede estar pasando. No puedo estar desarrollando sentimientos por un príncipe. Es absurdo, es imposible, es...

—Tengo que irme —digo abruptamente, retrocediendo hacia la puerta—. Yo... acabo de recordar que tengo... algo.

Es la excusa más patética de la historia, pero mi cerebro se niega a colaborar con algo más elaborado.

Nicholas da un paso hacia mí, extendiendo una mano.

—Sofía, espera. Tenemos que hablar sobre lo que acaba de...

—¡No! —le interrumpo, quizás con demasiada vehemencia—. Es decir, no ahora. Tienes una reunión. Un ministro esperando. Cosas

importantes de príncipes. Yo... hablaremos luego.

Y antes de que pueda detenerme, abro la puerta y salgo prácticamente corriendo del salón, dejándolo allí plantado, con la mano todavía extendida hacia un espacio que ya no ocupo.

Mis tacones resuenan contra el mármol mientras me alejo a toda prisa, mi mente un torbellino de pensamientos contradictorios. Mis labios todavía hormiguean por su beso, mi cuerpo entero parece vibrar con una energía nueva y aterradora.

He besado a un príncipe. De nuevo. Y esta vez, no puedo culpar a ningún plan de emergencia ni a ninguna actuación.

Esta vez, ha sido real.

Y eso es lo que más me asusta.

NICHOLAS

Me quedo inmóvil, mirando la puerta por la que acaba de desaparecer Sofía. Mis labios todavía conservan su sabor —dulce y adictivo como el mejor vino—, y mi cuerpo entero parece tensado, como una cuerda de violín afinada al límite.

¿Qué demonios acaba de pasar?

El plan era simple: calmarla, tranquilizarla sobre el baile. En ningún momento había planeado besarla. Y sin embargo, viéndola allí, con sus mejillas encendidas por la indignación, sus ojos brillantes como estrellas furiosas, algo dentro de mí se había roto. Como una presa cediendo bajo demasiada presión.

No he podido resistirme. No he querido resistirme.

Y lo más sorprendente de todo: ella me devolvió el beso. Con una pasión que igualaba la mía, con un abandono que jamás habría esperado de alguien tan ferozmente independiente.

Paso una mano por mi rostro, intentando recuperar la compostura. El ministro de Asuntos Exteriores está esperando, y tengo que transformarme de nuevo en el Príncipe Nicholas, el heredero perfecto, el diplomático contenido. Pero ¿cómo hacerlo cuando todo mi ser todavía vibra con la sensación de tener a Sofía entre mis brazos?

Respiro hondo, ajusto mi corbata y me dirijo hacia la puerta. El deber me llama, como siempre. Pero por primera vez en mi vida, me

encuentro deseando que el deber espere.

Porque lo único que quiero hacer ahora mismo es ir tras ella, tomarla en mis brazos nuevamente, y terminar lo que hemos empezado.

Y eso, más que cualquier otra cosa, me dice que estoy en serios problemas.

CAPÍTULO 16

SOFÍA

Las luces navideñas titilan sobre nosotros como estrellas artificiales, bañando la plaza central de Northbridge en un resplandor dorado y plateado. A mi alrededor, cientos de personas contienen el aliento, esperando el momento en que Nicholas pulse el interruptor ceremonial que encenderá el gran árbol de Navidad de la plaza.

A pesar del frío que me muerde las mejillas y la punta de la nariz, siento un calor inexplicable extendiéndose por mi pecho. Hay algo mágico en esto: la anticipación colectiva, el vaho de los alientos formando pequeñas nubes en el aire frío, el aroma a chocolate caliente y pan de jengibre que flota desde los puestos cercanos.

O quizás lo mágico sea estar aquí, junto a Nicholas, fingiendo ser una pareja. Fingiendo. Me recuerdo a mí misma que todo esto es una actuación, aunque cada día se vuelve más difícil recordarlo.

Especialmente después de aquel beso en el salón de té. Un beso del que no hemos hablado en los tres días que han pasado. Un beso que, en teoría, nunca ocurrió, pero que mis labios recuerdan con dolorosa claridad.

—Estás muy callada —susurra Nicholas, inclinándose hacia mí.

Su aliento cálido acaricia mi oreja, provocando un escalofrío que nada tiene que ver con la temperatura. Lleva un abrigo negro de lana que resalta su altura y lo hace parecer aún más imponente. Hoy es todo príncipe, desde su postura perfecta hasta su sonrisa oficial. Y sin embargo, hay algo en sus ojos, una chispa juguetona cuando me mira, que me dice que el Nik real está ahí, escondido bajo capas de deber y protocolo.

—Solo estoy contemplando la escena —respondo, intentando mantener mi voz ligera—. Nunca había estado en un encendido

oficial de luces.

—¿Te gusta? —pregunta, y hay una vulnerabilidad en su tono que me sacude.

Le miro con más atención. Está genuinamente interesado en mi opinión, como si mi aprobación importara.

—Es hermoso, Nik —digo, el diminutivo deslizándose de mis labios sin pensarlo.

Su sonrisa se ensancha, volviéndose más auténtica. He notado que siempre reacciona así cuando le llamo Nik en lugar de Nicholas. Como si ese pequeño cambio marcara la diferencia entre el príncipe público y el hombre privado.

—Me alegro —responde, sus ojos azules brillando bajo las luces navideñas—. La tradición comenzó con mi bisabuelo, pero fue mi padre quien la expandió para incluir a toda la comunidad.

Hay un tono de orgullo y nostalgia en su voz que me hace querer saber más sobre el rey que nunca conocí, pero que claramente ha dejado una huella imborrable en su hijo.

Un oficial se acerca y susurra algo al oído de Nicholas. Él asiente, aprieta suavemente mi mano, y se dirige al pequeño estrado preparado para la ocasión.

Le observo mientras saluda a la multitud, que responde con vítores entusiastas. Este es su elemento: conectando con su pueblo, llevando el peso de siglos de tradición sobre sus hombros con una gracia que parece innata.

Nicholas pronuncia un breve discurso sobre la unidad, la esperanza y la luz en tiempos oscuros. Sus palabras son sencillas pero poderosas, y puedo ver cómo capturan a la audiencia. No es solo su título lo que hace que la gente le escuche; es algo más profundo, una autenticidad y humanidad que trasciende su posición.

Cuando llega el momento culminante, un niño pequeño es invitado al estrado. Nicholas se agacha para hablar con él a su nivel, mostrándole el interruptor ceremonial. Juntos, cuentan hacia atrás con la multitud.

Tres... Dos... Uno...

El enorme árbol, de más de quince metros de altura, se ilumina de golpe, desplegando miles de luces que parpadean en secuencias

hipnóticas. La plaza entera se transforma, bañada en un resplandor multicolor que arranca suspiros de asombro. Las campanas de la catedral cercana comienzan a repicar, sus notas cristalinas elevándose hacia el cielo estrellado.

Sin darme cuenta, estoy sonriendo tan ampliamente que me duelen las mejillas. Por un momento, me olvido de todo: de nuestra farsa, de mis preocupaciones, de mi vida en Manhattan. Solo existe este instante perfecto de belleza colectiva.

Cuando Nicholas regresa a mi lado, lleva al niño de la mano. El pequeño, de no más de cinco años, me mira con ojos enormes llenos de curiosidad.

—Sofía, te presento a David, que me ha ayudado con la importante misión de encender el árbol —dice Nicholas con una seriedad fingida que hace que el niño se hinche de orgullo—. David, ella es Lady Sofía.

—¿Eres una princesa? —pregunta el niño sin rodeos, mirándome con ilusión.

La pregunta me pilla desprevenida, y por un segundo no sé qué responder. La mentira se atora en mi garganta.

—No, cariño —digo finalmente, agachándome para estar a su altura—. Solo soy una chica normal a la que le gustan mucho las luces de Navidad. Como a ti.

David parece considerar mi respuesta, su pequeño ceño fruncido en concentración.

—Pero estás con el príncipe —señala con esa lógica inapelable de los niños.

Nicholas se agacha junto a mí, nuestros hombros tocándose ligeramente.

—Eso es porque Sofía es muy especial —explica con una voz suave que hace que algo se derrita dentro de mí—. A veces, los príncipes tenemos la suerte de encontrar personas que nos ven como realmente somos, no como lo que representamos.

Sus palabras, tan sinceras y directas, hacen que mi corazón dé un vuelco. Nos miramos por un instante que parece contener universos enteros.

El momento se rompe cuando los padres de David se acercan para reclamarlo. Nos ponemos de pie, y Nicholas retoma automáticamente su postura principesca, aunque noto que mantiene su mano firmemente entrelazada con la mía.

Estoy segura de que no voy a sobrevivir a estas navidades.

El resto del evento transcurre en un torbellino de saludos, fotos oficiales y conversaciones breves con ciudadanos emocionados por conocer a su príncipe y a su «misteriosa novia». Mantengo la sonrisa, respondo preguntas con una seguridad que no siento, y me dejo guiar por Nicholas a través del protocolo invisible que organiza estos eventos.

Para cuando regresamos al palacio, mis mejillas duelen de tanto sonreír y mis pies protestan dentro de los elegantes pero incómodos zapatos que Lily ha seleccionado para mí.

—Estás agotada —observa Nicholas mientras caminamos por los pasillos hacia nuestras habitaciones.

—¿Tanto se nota? —pregunto, permitiéndome un pequeño bostezo.

—Solo para alguien que te está observando —responde, con esa sinceridad directa que a veces me desarma completamente.

Nos detenemos frente a unas enormes puertas dobles que reconozco como la entrada al salón principal. Nicholas me mira con una expresión que no logro descifrar.

—Tengo una sorpresa para ti —dice, un tono juguetón coloreando su voz habitualmente controlada.

—¿Una sorpresa? —repito, la curiosidad venciendo momentáneamente a mi cansancio—. ¿Qué tipo de sorpresa?

—Del tipo que tienes que ver con tus propios ojos —responde, empujando las puertas para abrirlas.

El salón principal, normalmente tan formal y austero con sus antigüedades de valor incalculable y sus retratos dinásticos, ha sido transformado. En el centro se alza un árbol de Navidad monumental, pero completamente desnudo. A su alrededor, dispuestas en mesas y carros, hay docenas de cajas con adornos: bolas de cristal soplado, figurillas delicadas, guirnaldas resplandecientes.

—¿Vamos a decorar un árbol de Navidad? —pregunto, la sorpresa evidente en mi voz.

Nicholas asiente, una sonrisa genuina iluminando su rostro.

—Es una tradición familiar —explica—. Cada año decoramos personalmente uno de los árboles del palacio. Normalmente lo hacíamos mi padre, mi madre y yo. Después de que él muriera... bueno, mi madre delegó la tarea en el personal.

Hay una tristeza en su voz que hace que quiera abrazarlo, pero me contengo.

—¿Y este año lo harás tú?

—Lo haremos nosotros —corrige, mirándome expectante—. Si quieres, claro.

La petición es tan sencilla, tan normal, y al mismo tiempo tan íntima que me deja sin palabras por un momento. Este no es un acto oficial. No hay prensa, ni dignatarios, ni pueblo mirando. Solo nosotros, un árbol, y una tradición familiar que quiere compartir conmigo.

—Me encantaría —respondo finalmente, la emoción anudándose en mi garganta.

La sonrisa que ilumina su rostro bien vale cualquier cansancio.

NICHOLAS

Sofía se mueve alrededor del árbol con la gracia natural que parece aplicar en todo lo que hace. Sus manos, pequeñas pero fuertes, colocan cada adorno con un cuidado que me conmueve. Lleva el pelo recogido en una coleta suelta, con mechones rebeldes enmarcando su rostro, y se ha quitado los tacones para estar más cómoda. Nunca me ha parecido más hermosa que ahora, iluminada por las luces tenues del salón, concentrada en una tarea tan sencilla como decorar un árbol.

—¿Este va arriba o abajo? —pregunta, sosteniendo una estrella de cristal que captura y refracta la luz en patrones hipnóticos.

—Donde tú quieras —respondo, pasándole la escalera plegable—. No hay reglas para esto.

Sofía arquea una ceja, claramente escéptica.

—¿No hay reglas? ¿En un palacio real? ¿Estás seguro de que no hay un protocolo ancestral para la colocación estratégica de bolas de Navidad?

Su tono burlón me arranca una carcajada que reverbera en el salón casi vacío.

—Vale, me has pillado —confieso, acercándome para ayudarla a subir a la escalera—. Normalmente hay un comité de doce ancianos que se reúnen durante tres días para determinar la posición exacta de cada adorno según las constelaciones y la posición de Júpiter.

Sofía se ríe, el sonido es ligero y musical, como campanillas de viento.

—Lo sabía —dice, colocando la estrella en una rama alta—. Ningún aspecto de tu vida puede ser espontáneo, ¿verdad?

Hay algo en su pregunta, aunque formulada en tono de broma, que toca una verdad profunda. Durante un momento, me quedo callado, sosteniendo la escalera mientras ella desciende.

—Muy pocos —admito finalmente, con más honestidad de la que pretendía—. Casi todo en mi vida está planificado, organizado y aprobado por comités.

Sofía me mira, y hay una comprensión en sus ojos que me desarma.

—Excepto esto —dice suavemente, haciendo un gesto que abarca el árbol, las cajas de adornos, y nosotros dos—. Esto es espontáneo.

—Sí —confirmo, sintiendo cómo algo se afloja en mi pecho—. Esto es solo... nuestro.

Nos miramos por un instante que parece estirarse hasta el infinito. Hay tantas cosas que quiero decirle, tantas verdades atascadas en mi garganta. Que estos días con ella, a pesar de las circunstancias absurdas, han sido los más auténticos que he vivido en años. Que cuando me llama «Nik» en lugar de «Nicholas», siento que está viendo al hombre real bajo la corona.

Que no he podido dejar de pensar en aquel beso en el salón de té.

El momento se rompe cuando Sofía se gira, cogiendo una guirnalda plateada de una de las cajas.

—¿Cómo hacemos con esto? —pregunta, sosteniendo la larga tira brillante—. ¿Desde arriba hacia abajo o en espiral?

—En espiral —respondo, agradecido por el cambio de tema—. Siempre lo hacíamos en espiral.

Trabajamos juntos para enrollar la guirnalda alrededor del árbol, nuestras manos encontrándose ocasionalmente en el proceso. Cada contacto fugaz envía una corriente eléctrica por mi piel, haciendo que sea cada vez más difícil mantener la compostura.

Sofía empieza a tararear suavemente una melodía que no reconozco, probablemente algún villancico español. Su voz, ligeramente desafinada pero entusiasta, me hace sonreír.

—¿Qué? —pregunta, notando mi mirada.

—Nada —respondo, sintiendo cómo mi sonrisa se amplía—. Es solo que... me gusta verte así.

—¿Así cómo? —insiste, sus ojos estrechándose con sospecha juguetona.

—Feliz —digo simplemente—. Natural. Sin fingir ser quien no eres.

Un rubor suave tiñe sus mejillas, y por un momento parece casi vulnerable.

—Supongo que ambos estamos fingiendo menos en este momento —murmura, volviendo su atención al árbol.

Continuamos decorando en un silencio cómodo, roto ocasionalmente por comentarios sobre algún adorno particular o recuerdos de Navidades pasadas. Le cuento sobre la vez que, con cinco años, rompí accidentalmente un adorno de cristal que había pertenecido a mi tatarabuela. Sofía me habla de las Navidades en su pequeño pueblo español, donde toda la comunidad se reunía para cantar villancicos y comer turrón.

No sé en qué momento el ambiente cambia, pero de repente estamos riendo, Sofía intentando alcanzar la copa del árbol para colocar la estrella final, y yo sujetándola por la cintura para ayudarla. Su cuerpo es cálido y ligero entre mis manos, y cuando la deposito nuevamente en el suelo, permanecemos más cerca de lo que el decoro permitiría.

—Gracias, Nik —dice, sin apartarse, sus ojos brillantes fijos en los míos.

—¿Por qué? —pregunto, mi voz más ronca de lo que pretendía.

—Por esto —responde, haciendo un gesto hacia el árbol ahora completamente decorado—. Por darme una Navidad normal en medio de toda esta locura.

Hay tanta sinceridad en su voz, tanta calidez genuina, que siento cómo las paredes que he construido alrededor de mi corazón comienzan a agrietarse peligrosamente.

—Sofía, yo...

Las puertas del salón se abren de golpe, interrumpiéndome. Mi madre entra, seguida de cerca por Lady Catherine Devonshire y Lady Amelia Blackwood, dos de las candidatas matrimoniales que ha invitado para las fiestas, que ahora no están pudiendo actuar como tal, gracias al cielo. Bueno, gracias a Sofía.

—Nicholas —dice mi madre, su voz cortante como el hielo—. No sabía que estabas aquí.

Su mirada recorre la escena: el árbol a medio decorar, las cajas de adornos esparcidas por el suelo, Sofía y yo demasiado cerca el uno del otro, con expresiones que seguramente delatan más de lo que deberían.

—Madre —saludo, enderezándome automáticamente, sintiendo cómo la máscara del príncipe heredero vuelve a deslizarse sobre mi rostro—. Estábamos decorando el árbol familiar.

—Ya veo —responde, su tono dejando claro que ve mucho más que eso—. Lady Catherine y Lady Amelia expresaron interés en conocer las tradiciones navideñas de la familia real. No esperaba encontrarte... entretenido.

La forma en que pronuncia la última palabra hace que Sofía se tense visiblemente a mi lado. Puedo sentir su indignación irradiando en ondas casi físicas.

—Lady Sofía me estaba ayudando con la tradición que papá comenzó —explico, manteniendo mi tono neutro a pesar de la ira que comienza a burbujear bajo mi piel—. Pensé que sería agradable mantenerla viva.

Mi madre me mira fijamente, y veo un destello de algo —¿dolor? ¿culpa?— cruzar su rostro antes de que su expresión se endurezca nuevamente.

—Entiendo tu sentimentalismo, Nicholas, pero quizás sería más apropiado que compartieras esas tradiciones con invitadas que podrían... —hace una pausa calculada— formar parte permanente de nuestra familia en el futuro.

El insulto velado hacia Sofía es tan evidente que casi puedo sentir cómo el aire se carga de tensión. Lady Catherine y Lady Amelia intercambian miradas complacidas, como tiburones oliendo sangre en el agua.

—Sofía es mi invitada y mi pareja —respondo, mi voz más fría de lo que pretendía—. Y como tal, tiene todo el derecho a participar en cualquier tradición familiar que yo desee compartir.

—Por supuesto —concede mi madre con una sonrisa que no llega a sus ojos—. Sin embargo, debo decir que revolcarse por el suelo colocando adornos difícilmente parece una actividad digna de un futuro rey. ¿Qué pensaría tu padre?

Sus palabras me golpean como un puñetazo físico. Invocar a mi padre de esa manera, usar su memoria como arma, cruza una línea que rara vez se ha atrevido a cruzar.

Antes de que pueda responder, sin embargo, Sofía da un paso adelante. Su postura es erguida, casi desafiante, y hay un fuego en sus ojos que me hace contener la respiración.

—Con todo respeto, Su Majestad —dice, su acento español más marcado por la emoción—, creo que cualquier padre estaría orgulloso de ver a su hijo honrando las tradiciones familiares. Especialmente aquellas que crearon recuerdos felices.

El salón entero parece congelarse. Nadie, absolutamente nadie, contradice a la Reina Maribel de Northbridge. Y sin embargo, aquí está Sofía, una supuesta noble española de la que nadie había oído hablar hace dos semanas, defendiéndome frente a la monarca más intimidante de Europa.

Mi madre mira a Sofía con demasiado interés para mi gusto.

—Qué... refrescante franqueza, Lady Sofía —dice finalmente, cada palabra cuidadosamente medida—. Supongo que las costumbres

españolas son diferentes a las nuestras en cuanto al protocolo.

—Las costumbres humanas son universales en cuanto al respeto, señora —responde Sofía, su voz suave pero firme—. Y respetar la memoria de alguien a través de tradiciones compartidas me parece una forma hermosa de honrarle.

Por un instante, creo ver algo parecido a la sorpresa en el rostro de mi madre. No está acostumbrada a que le respondan, y ciertamente no con tanta elocuencia y convicción.

—Ya veo por qué mi hijo encuentra su compañía tan... estimulante —dice finalmente mi madre, con un tono que sugiere que «estimulante» no es precisamente un cumplido—. Nicholas, cuando hayas terminado con tus... actividades recreativas, te esperamos en el salón azul para discutir los detalles del baile de invierno.

Con eso, se gira y sale del salón, seguida por Lady Catherine y Lady Amelia, que no pueden evitar lanzar miradas venenosas hacia Sofía antes de desaparecer.

En cuanto las puertas se cierran, me giro hacia Sofía, sin saber si debo disculparme por el comportamiento de mi madre o agradecerle por defenderme.

—Sofía, yo...

—No —me interrumpe, levantando una mano—. No te disculpes por ella. No eres responsable de sus palabras.

Hay una dignidad en su postura, una fuerza tranquila que me deja sin aliento.

—Nadie había hecho eso antes —digo finalmente.

—¿El qué? —pregunta, comenzando a recoger algunos adornos dispersos.

—Defenderme frente a mi madre —respondo, ayudándola.

Sofía se detiene, mirándome con una expresión que no puedo descifrar completamente.

—Bueno, alguien tenía que hacerlo —dice simplemente—. No estaba siendo justa contigo.

Hay tanta sinceridad en su voz, tanta lealtad desinteresada, que siento cómo algo se rompe y reconstruye dentro de mi pecho en ese mismo instante.

Sin pensarlo, me acerco a ella. Sus ojos se abren con sorpresa, pero no se aparta.

—Gracias, Sofía —murmuro, mi voz ronca por la emoción—. Por ver al hombre detrás de la corona.

Estoy tan impactado por su manera de ser, que ni siquiera sé cómo reaccionar. Lo único que puedo pensar es en que no quiero alejarme de ella nunca más.

Estoy en serios problemas.

CAPÍTULO 17

SOFÍA

—Un-dos-tres, un-dos-tres, un-dos-tres... ¡Ay!

Nicholas se detiene, sus manos aún firmes en mi cintura y sosteniendo mi otra mano en el aire. Me mira con una mezcla de diversión y paciencia infinita que me hace querer meterme bajo una de las alfombras persas que cubren el suelo de mi suite.

—Lo siento —murmuro, mordiéndome el labio—. Te he vuelto a pisar.

—Apenas lo he notado —miente descaradamente, aunque estoy segura de que sus carísimos zapatos están sufriendo bajo mis torpes pisotones.

Llevamos una hora intentando que aprenda los pasos básicos del vals, y lo único que he conseguido dominar es cómo hacer que un príncipe heredero pierda momentáneamente su impecable compostura cada vez que mis pies encuentran los suyos.

—Esto es imposible —suspiro, dejando caer mis hombros—. Soy un caso perdido. Deberías buscar otra pareja para el baile. Alguien que no te deje cojo antes de la primera pieza.

Nicholas sonríe, una de esas sonrisas lentas que hacen que se le forme un hoyuelo en la mejilla izquierda y que mi estómago dé un vuelco absurdo.

—No voy a rendirme contigo tan fácilmente —dice, con esa voz profunda que parece acariciar el aire entre nosotros—. Y no quiero otra pareja.

El calor sube a mis mejillas, y maldigo internamente mi tendencia a sonrojarme por cualquier cosa que este hombre diga. Estamos solos en mi suite, con los muebles del salón apartados contra las paredes para crear un improvisado espacio de baile. La idea de

practicar aquí fue suya —«para que te sientas más cómoda», dijo—, aunque sospecho que también tenía que ver con evitar miradas indiscretas después del incidente con su madre y el árbol de Navidad.

—Vamos a intentarlo de nuevo —propone, colocando una mano en mi espalda baja. El contacto, incluso a través de la tela de mi vestido, envía pequeñas descargas eléctricas por mi columna—. Pero esta vez, no mires tus pies.

—Si no miro mis pies, te pisaré aún más —protesto.

—No, si confías en mí —responde, acercándome un poco más a su cuerpo—. Mírame a los ojos. Siente la música. Deja que te guíe.

Levanto la mirada para encontrarme con esos ojos azules que parecen océanos en los que podría ahogarme felizmente. Están tan cerca que puedo ver las pequeñas motas grises que rodean sus pupilas, como estrellas diminutas en un cielo imposiblemente claro.

—La clave del vals —murmura, su aliento acariciando mi frente— no está en los pies. Está en la conexión entre los bailarines.

Trago saliva, súbitamente consciente de cada punto donde nuestros cuerpos se tocan: su mano firme pero gentil contra mi espalda, nuestros dedos entrelazados en el aire, la proximidad de nuestros pechos que casi se rozan con cada respiración.

Nicholas comienza a tararear suavemente, una melodía que reconozco como el clásico «Vals de las Flores de Tchaikovsky». Y entonces, sin previo aviso, nos movemos.

Un paso atrás. Un paso lateral. Un paso juntos.

Me dejo llevar, olvidando momentáneamente mi terror a los pasos, concentrándome en su mirada, en el calor de su cuerpo, en la firmeza con la que me guía. Para mi sorpresa, mis pies parecen saber qué hacer por primera vez. No es que me haya convertido milagrosamente en una bailarina experta, pero al menos no estoy masacrando los dedos principescos.

—Lo estás haciendo —susurra Nicholas, hay una nota de triunfo en su voz.

—Tú lo estás haciendo —corrijo—. Yo solo... me dejo llevar.

—Ese es el secreto —dice, sonriendo—. Confiar en el otro.

La palabra queda suspendida entre nosotros, cargada de significados que van mucho más allá del baile. Confiar. ¿Confío en él? Una parte de mí quiere hacerlo desesperadamente. Pero otra parte, la que recuerda que esto es temporal, que somos de mundos completamente diferentes, me advierte del peligro.

Seguimos moviéndonos por el espacio improvisado, Nicholas guiándome con una seguridad que solo puede venir de años de práctica. La distancia entre nosotros se ha reducido, no sé si por la dinámica del baile o por una decisión mutua no verbalizada. Puedo sentir el calor emanando de su cuerpo, oler su aroma —sándalo y bergamota, con un toque de algo único que es puramente Nicholas — envolviendo mis sentidos como una niebla embriagadora.

—¿Ves? No es tan difícil —murmura contra mi sien, su voz más profunda, casi ronca.

No respondo. No puedo. Mi garganta se ha secado, y todas mis facultades mentales están concentradas en la sensación de estar en sus brazos, en el ritmo hipnótico de nuestros pasos, en la creciente tensión que parece electrificar el aire entre nosotros.

La mano de Nicholas en mi espalda desciende imperceptiblemente, apenas un centímetro, pero suficiente para que mi respiración se entrecorte. Su pulgar comienza a trazar pequeños círculos contra la tela de mi vestido, un gesto tan sutil que podría ser inconsciente.

No lo es.

Nuestros ojos permanecen fijos, una conversación silenciosa desarrollándose entre miradas. No hay música real, solo el suave tarareo que Nicholas ha dejado de emitir, pero seguimos moviéndonos, cada vez más lentamente, cada vez más cerca.

No sé en qué momento dejamos de hacer los pasos formales del vals y comenzamos a simplemente mecernos juntos, casi inmóviles en el centro de la habitación. La mano que sostenía la mía en el aire ahora se desliza por mi brazo, dejando un rastro de calor a su paso, hasta detenerse en mi cuello. Sus dedos acarician suavemente la línea de mi mandíbula, y tengo que contener un escalofrío de placer.

—Sofía... —susurra, y mi nombre en sus labios suena como una plegaria.

Sé lo que va a pasar. Lo veo en sus ojos, que ahora se han oscurecido con algo primitivo y hambriento. Lo siento en la tensión de su cuerpo, en cómo se inclina imperceptiblemente hacia mí. Va a besarme. Y Dios sabe que quiero que lo haga.

Su mirada desciende a mis labios, y por un momento, el tiempo parece detenerse. El mundo entero se reduce a este espacio entre nosotros, a la promesa silenciosa de lo que está por venir.

Y entonces, un golpe en la puerta rompe el hechizo con la brutalidad de un cristal haciéndose añicos.

Nos separamos como si nos hubieran electrocutado, ambos jadeando ligeramente, mirando hacia la puerta con expresiones que deben parecer culpables incluso para un observador casual.

—¿Lady Sofía? —La voz de Lily llega amortiguada a través de la madera—. ¿Puedo entrar? Traigo los vestidos que pidió la Sra. Winters para su aprobación.

Nicholas y yo nos miramos, y veo en sus ojos el mismo desconcierto que debe reflejar mi rostro. Es como despertar bruscamente de un sueño para encontrarse en un mundo completamente diferente.

—Un momento —respondo, mi voz sonando extrañamente aguda.

Me paso las manos por el pelo, intentando recomponerme, aunque sé que es inútil. Puedo sentir el calor en mis mejillas, el pulso acelerado en mi garganta, la persistente sensación de sus manos sobre mi cuerpo.

Nicholas también parece estar luchando por recuperar su compostura principesca. Se pasa una mano por el pelo, un gesto que he notado que hace cuando está nervioso, y respira profundamente varias veces.

—Debería irme —dice finalmente, su voz todavía teñida con algo oscuro y tentador—. Tengo una reunión con el ministro de Defensa en media hora.

Asiento, incapaz de formar palabras coherentes. Quiero que se quede. Quiero que termine lo que estábamos a punto de comenzar. Quiero olvidar que hay un mundo fuera de esta habitación, con sus protocolos y expectativas y diferencias irreconciliables.

—La lección de hoy ha ido bien —añade, intentando sonar ligero pero fallando miserablemente—. Eres una alumna excelente.

—Tengo un maestro excelente —respondo, encontrando finalmente mi voz.

Otro golpe en la puerta, más insistente esta vez.

—Adelante —digo, dando un paso más para alejarme de Nicholas, aunque cada célula de mi cuerpo protesta por la distancia.

Lily y Emma entran, cargadas con cajas y fundas de ropa. Se detienen momentáneamente al ver a Nicholas, y ambas hacen una reverencia perfectamente sincronizada.

—Su Alteza —saluda Lily, bajando la mirada con respeto—. No sabíamos que estaba aquí.

—Solo le estaba dando a Lady Sofía algunas lecciones de baile para el Baile de Invierno —explica Nicholas, recuperando milagrosamente su voz de príncipe sereno—. Pero ya me iba. Por favor, continúen con sus tareas.

Se gira hacia mí, y por un momento veo un destello del hombre que estuvo a punto de besarme hace unos instantes, oculto tras la máscara principesca.

—Continuaremos mañana, Lady Sofía —dice, con un tono formal que no coincide con la intensidad de su mirada—. A la misma hora, si te parece bien.

—Perfecto, Su Alteza —respondo, adoptando el mismo tono formal, aunque mi cuerpo entero vibra con recuerdos de sus manos sobre mí.

Nicholas asiente, hace una leve inclinación de cabeza, y sale de la habitación sin mirar atrás. La puerta se cierra tras él con un clic que suena definitivo, y de repente siento como si toda la energía me abandonara. Me dejo caer en el sofá más cercano, exhalando un suspiro que contiene toda la tensión acumulada.

Emma y Lily intercambian una mirada cómplice que no pasa desapercibida para mí.

—¿Lecciones de baile? —pregunta Emma, con un tono que sugiere que no me cree ni por un segundo.

—Para el Baile de Invierno —confirmo, intentando sonar casual—. Aparentemente tengo que abrir el baile con Su Alteza.

—Y por la forma en que os estabais mirando cuando entramos, asumo que las lecciones van... bien —añade, con una sonrisa pícara.

—¡Emma! —la reprende Lily, aunque puedo ver que ella también está luchando contra una sonrisa—. No es apropiado.

Siento cómo el calor vuelve a mis mejillas. ¿Tan obvio era? ¿Podían ver en mi rostro todo lo que Nicholas me hace sentir?

—No sé de qué hablas —murmuro, aunque mi sonrojo me delata —. Solo estábamos practicando los pasos básicos.

—Por supuesto, milady —dice Emma, con un tono que claramente indica que no me cree—. Está claro que es así.

A pesar de mi vergüenza, no puedo evitar soltar una carcajada. Es refrescante esta honestidad, este momento de normalidad en medio de la locura que se ha convertido mi vida.

—Vamos a ver esos vestidos —digo, intentando cambiar de tema —. Y tal vez, si sois discretas, podríais darme algunos consejos sobre el baile.

—Con mucho gusto —responde Lily, abriendo una de las cajas—. Aunque por lo que hemos visto, Su Alteza parece estar dándole excelentes... instrucciones.

El énfasis en la última palabra hace que las tres estallemos en risas, y por un momento, me permito disfrutar de esta complicidad femenina, de esta normalidad. Pero en el fondo de mi mente, donde la sensación de las manos de Nicholas todavía persiste como un fantasma cálido, sé que nada en esta situación es normal.

Y lo más aterrador de todo es que ya no me importa.

NICHOLAS

Mientras camino por los pasillos del palacio, intentando recuperar mi compostura de príncipe heredero, mi mente permanece en la suite azul, con Sofía. Con la sensación de su cuerpo pequeño pero firme entre mis manos, con la forma en que sus ojos se oscurecieron cuando nos acercamos, con el aroma a vainilla y especias que emana de su piel.

Estuve a punto de besarla. Otra vez. Y si no nos hubieran interrumpido, dudo que me hubiera detenido ahí.

Paso una mano por mi rostro, intentando ordenar mis pensamientos. ¿Qué me está pasando? He pasado toda mi vida adulta manteniendo un control férreo sobre mis emociones, mis deseos, mis impulsos. He salido con mujeres elegidas cuidadosamente, he mantenido relaciones diplomáticamente adecuadas, siempre consciente de mi posición y responsabilidades.

Y ahora, en cuestión de días, estoy dispuesto a cambiar todo por una chef española con temperamento de fuego y una sonrisa que hace que mi corazón se salte latidos.

Pero es más que su sonrisa, o sus curvas suaves, o la forma en que sus labios saben a posibilidad. Es la forma en que me mira —realmente me mira— como si viera al hombre bajo la corona. Es cómo no duda en decirme exactamente lo que piensa, sin filtros ni agendas ocultas. Es la manera en que enfrenta cada desafío con una mezcla de determinación y humor que encuentro irresistible.

Sofía me hace sentir vivo de una manera que no creía posible. Y eso la convierte en la mujer más peligrosa que he conocido jamás.

Porque esta farsa tiene fecha de caducidad. Sofía volverá a su vida en Nueva York, a sus restaurantes y su carrera. Y yo volveré a mis responsabilidades, a las expectativas, al deber que ha definido cada aspecto de mi existencia desde que tengo memoria.

Lo que estamos construyendo, sea lo que sea, está destinado a terminar antes de que pueda realmente comenzar.

Y sin embargo, mientras me dirijo a mi reunión, todo en lo que puedo pensar es en volver a sentir su cuerpo contra el mío, en terminar lo que empezamos, en explorar esta conexión que desafía toda lógica y prudencia.

Mañana. Volveré a verla mañana. Y tal vez entonces, si tenemos suerte, no habrá interrupciones.

Mientras tanto, tengo que encontrar la manera de concentrarme en asuntos de estado con la sensación persistente de sus manos en mis hombros y el fantasma de su respiración en mi piel.

Dios me ayude.

CAPÍTULO 18

SOFÍA

—Tienes muy mala cara.

Nik levanta la mirada de la pila de documentos que está revisando y me mira con una mezcla de sorpresa y diversión. Llevo casi diez minutos observándole desde el umbral de su despacho, y él acaba de percatarse de mi presencia. Eso, más que nada, me dice lo agotado que está.

—Siempre tan halagadora —responde, frotándose los ojos con el pulgar y el índice—. ¿Está todo bien?

Entro en la habitación sin esperar invitación. El despacho es como él: elegante, ordenado y con un aire de autoridad innata. Estanterías de madera oscura llenas de libros encuadernados en piel, una chimenea de mármol donde crepita un fuego reconfortante, y un escritorio enorme que parece haber presenciado la firma de tratados internacionales.

—Necesitas un descanso —digo, plantándome frente a él con los brazos cruzados—. Llevas dos días seguidos encerrado aquí. Solo sales para las reuniones oficiales y los eventos protocolarios. A este paso, te convertirás en un mueble más del palacio.

Nicholas suspira, y es un sonido tan cargado de cansancio que me hace querer sacudirle.

—Tengo trabajo pendiente —responde, señalando los documentos que cubren su escritorio como un manto de nieve burocrática—. La visita del embajador japonés, el discurso para la inauguración del hospital infantil, los preparativos para la recepción navideña...

—Y todo eso seguirá aquí mañana —le interrumpo, arrebatándole la estilográfica de la mano—. Pero tú, amigo mío, necesitas una noche fuera.

—¿Una noche fuera? —repite, como si le hubiera propuesto una expedición a Marte—. No puedo simplemente...

—Sí puedes —insisto—. De hecho, tienes que hacerlo. Mírate: tienes ojeras que casi llegan a la barbilla, tus hombros están tan tensos que podrías romper nueces con ellos, y llevas la misma corbata que ayer.

Se lleva la mano automáticamente a la corbata, comprobando si tengo razón.

—La camisa es diferente —murmura, en una pobre defensa.

—Vamos —digo, rodeando el escritorio y tirando ligeramente de su brazo—. Nos vamos.

—¿Adónde? —pregunta, resistiéndose débilmente, pero puedo notar que la idea de escapar, aunque sea por unas horas, está abriéndose paso en su mente agotada.

—Al pueblo. A ver las luces de Navidad como personas normales. A tomar algo en un bar donde nadie lama tu real trasero.

Nicholas suelta una carcajada sorprendida, sus ojos azules iluminándose por primera vez en días.

—No sé si eso existe en Northbridge —dice, pero ya se está poniendo de pie.

—Solo hay una forma de averiguarlo —respondo con una sonrisa triunfal—. Pero antes, necesitamos un plan.

NICHOLAS

—Me siento ridículo —murmuro, tirando del cuello del jersey de lana que Sofía ha insistido en que me ponga.

—Te ves perfectamente normal —responde ella, ajustándome la gorra de tweed que ha encontrado quién sabe dónde—. Ese es el punto. Nada de trajes a medida, nada de gemelos de platino, nada de «soy tan importante que mi postura tiene postura».

Estamos en mi vestidor, un espacio más grande que muchos apartamentos, lleno de trajes, camisas y zapatos organizados con precisión militar. Sofía ha revuelto todo el contenido hasta encontrar las pocas prendas informales que poseo, relegadas a un rincón casi olvidado.

Ahora llevo unos vaqueros oscuros que no recordaba tener, un jersey de cachemir gris, una chaqueta de cuero que algún diseñador me regaló años atrás, y esta ridícula gorra que supuestamente me hará invisible.

—Nadie va a creerse que soy una persona corriente —protesto, mirándome en el espejo. La imagen que me devuelve es la de un extraño. Un extraño sorprendentemente... normal.

—Esa es tu inseguridad hablando —dice Sofía, quien ha cambiado su habitual vestido formal por unos vaqueros ajustados, un suéter rojo festivo y una chaqueta de lana. Se ve adorable, cómoda en su piel de una manera que nunca he experimentado—. La gente ve lo que espera ver. Y nadie espera encontrarse al príncipe heredero en un pub local, bebiendo cerveza como un mortal cualquiera.

Hay una lógica en sus palabras que no puedo rebatir. Aun así...

—James va a tener un infarto cuando se entere de esto —murmuro, pensando en mi asistente y en el equipo de seguridad que me sigue a todas partes.

—James no tiene por qué enterarse —responde Sofía con una sonrisa traviesa—. Al menos no hasta que hayamos vuelto.

—¿Y cómo propones que salgamos del palacio sin que nadie nos vea? ¿Tenemos un helicóptero invisible?

Sofía pone los ojos en blanco, un gesto que me fascina por su completa falta de deferencia.

—Llévame al garaje real —dice con decisión—. Cogeremos el coche menos glamuroso que tengas y saldremos por la puerta trasera. Seguro que hay alguna que solo usan los jardineros o el personal de servicio.

La miro con una mezcla de asombro y diversión.

—¿Sabes conducir?

—Por supuesto —responde, como si fuera la pregunta más absurda del mundo—. ¿Tú no?

—Mi formación de conducción se limitó a vehículos militares durante mi servicio obligatorio —admito—. Nunca he conducido por placer.

Sofía me mira como si acabara de confesarle que nunca he probado el chocolate.

—Pues esta noche vas a experimentar el placer de ir de copiloto con una española al volante —anuncia, tirando de mi brazo hacia la puerta—. Vamos, enséñame el camino al garaje y yo me encargo del resto.

Diez minutos después, estamos en el garaje subterráneo del palacio, un espacio inmenso que alberga la colección de vehículos reales. Rolls-Royces, Bentleys y Jaguares perfectamente pulidos se alinean como soldados en formación. Sofía camina entre ellos con expresión crítica.

—Todos son demasiado ostentosos —dice, sacudiendo la cabeza —. ¿No hay nada más... discreto?

Sonrío, pensando en un vehículo en particular.

—Sígueme.

La guío hacia el fondo del garaje, donde, cubierto por una funda protectora, descansa un coche que apenas utilizo.

—Este podría servir —digo, retirando la funda para revelar un Range Rover negro sin distintivos reales—. Lo uso ocasionalmente para escapadas de caza, cuando quiero pasar desapercibido.

Sofía lo examina con ojo crítico y finalmente asiente con aprobación.

—Perfecto. Es lo suficientemente anónimo.

Compruebo que las llaves están en su lugar habitual, dentro de la guantera, y se las entrego. Sofía las toma con una sonrisa de niña que acaba de recibir el regalo que pidió para Navidad.

—¿Confías en mis habilidades de conducción? —pregunta con una ceja alzada.

—En absoluto —respondo con una sonrisa—. Pero estoy demasiado intrigado para negarme.

Sofía ríe, un sonido cristalino que resuena en el garaje cavernoso, y se desliza en el asiento del conductor. Yo ocupo el del copiloto, una experiencia tan extraña como ponerse los zapatos en las manos.

—Abróchate el cinturón, príncipe —advierte, ajustando el asiento y los espejos—. Será un viaje inolvidable.

Y vaya si lo es. Sofía conduce como vive: con pasión, determinación y un completo desprecio por las convenciones. Cantando a todo pulmón canciones navideñas en español,

cambiando de marcha con una precisión que me sorprende, y riéndose cada vez que me agarro instintivamente al asidero de la puerta cuando toma una curva demasiado rápido.

Es una experiencia inolvidable que me encanta estar viviendo con ella.

El pueblo de Northbridge aparece ante nosotros después de veinte minutos de carretera. Es una vista que conozco bien, pero siempre desde la distancia ceremonial de un vehículo oficial, con la población alineada para saludar, y yo respondiendo con la sonrisa medida que he perfeccionado a lo largo de los años.

Esta noche, sin embargo, es como si lo viera por primera vez.

Las calles estrechas de adoquines están decoradas con guirnaldas de luces que cruzan de un lado a otro, creando un techo de estrellas artificiales. Los escaparates de las tiendas rebosan de adornos navideños, desde los tradicionales abetos y coronas de acebo hasta figuras de renos y Papá Noel. El aire huele a castañas asadas, a ponche de especias y a la promesa de nieve.

Y lo más extraordinario: nadie nos mira. Nadie se detiene, nadie hace reverencias, nadie contiene el aliento esperando que yo hable primero. Somos simplemente dos personas más disfrutando de la noche.

—¿Dónde aparcamos? —pregunta Sofía, aminorando la velocidad mientras recorremos la calle principal.

—No tengo ni idea —confieso—. Nunca me he tenido que preocupar por ese detalle.

Sofía niega con la cabeza, pero hay una sonrisa en sus labios.

—Privilegios reales —murmura—. Ahí hay un sitio.

Maniobra el coche con habilidad en un espacio que me parece imposiblemente pequeño, y unos minutos después estamos caminando por las calles empedradas del pueblo que, técnicamente, me pertenece.

La sensación es surreal. Liberadora. Aterradora.

—¿Y ahora qué? —pregunto, metiendo las manos en los bolsillos de la chaqueta. El frío de diciembre pinta nuestros alientos en el aire como pequeñas nubes fantasmales.

Sofía me mira con una sonrisa que iluminaría la noche más oscura.

—Ahora, Su Alteza, vamos a hacer lo que hace la gente normal en Navidad: beber algo caliente, mirar escaparates, quizás comprar alguna tontería, y simplemente... existir sin expectativas.

Y eso es exactamente lo que hacemos.

SOFÍA

Lo primero que noto es cómo cambia su postura. Poco a poco, paso a paso, los hombros de Nicholas se relajan, su espalda pierde esa rigidez que parece tallada en piedra, y sus manos dejan de estar perpetuamente preparadas para un apretón diplomático.

Caminamos sin rumbo fijo, dejándonos guiar por las luces, los sonidos y los olores de la Navidad. En la plaza principal, un enorme árbol resplandece con miles de luces blancas y doradas, y a su alrededor hay puestos de madera que venden desde adornos artesanales hasta dulces tradicionales.

—Quiero probarlo todo —declara Nicholas con un entusiasmo casi infantil, señalando un puesto donde un hombre de mejillas sonrosadas sirve ponche caliente en tazas de cerámica.

—Pues adelante —le animo—. Pero tú invitas. Esta rebelde escapada ya ha agotado mi presupuesto mensual de travesuras.

Nicholas ríe, un sonido tan genuino y libre que me hace sentir cálida por dentro a pesar del frío que nos rodea. Se acerca al puesto, y por un momento contengo el aliento, temiendo que su acento aristocrático, su postura natural o algún gesto inconsciente lo delate.

Pero no. El vendedor apenas le mira mientras le sirve dos tazas humeantes, tomando el dinero que Nicholas le tiende con manos ligeramente torpes, sin duda poco acostumbradas a manejar efectivo.

—Nadie me ha reconocido —susurra Nicholas cuando regresa a mi lado, con una expresión de asombro absoluto.

—Te lo dije —respondo, aceptando la taza que me ofrece. El aroma a canela, clavo y naranja se eleva en una nube de vapor—. No eres tan especial sin tu corona, príncipe —bromeo.

Me da un ligero codazo en las costillas, un gesto tan normal, tan humano, que me hace sonreír. Seguimos caminando, bebiendo nuestro ponche, deteniéndonos ante escaparates que capturan nuestra atención. Nicholas parece fascinado por las cosas más mundanas: una panadería donde decoran galletas navideñas a la vista del público, un grupo de niños cantando villancicos con más entusiasmo que técnica, una pareja de ancianos que baila lentamente al ritmo de la música que flota en el aire.

—Nunca había visto mi reino así —confiesa en voz baja, mientras nos detenemos junto a una fuente decorada con luces azules que simulan cascadas de hielo—. Siempre hay tanta... preparación cuando vengo oficialmente. Calles acordonadas, discursos preparados, gente seleccionada para hablar conmigo. Es como si viera una versión filtrada de la realidad.

Hay una tristeza en su voz que me aprieta el corazón. Impulsivamente, tomo su mano enguantada entre las mías.

—Pues esta noche verás la versión sin filtros —prometo—. Con todas sus imperfecciones y su belleza caótica.

Sus ojos, de ese azul imposible, brillan bajo las luces navideñas.

—Gracias, Sofía —dice, y hay tanta intensidad en su voz que tengo que apartar la mirada.

—No me lo agradezcas todavía —respondo, tirando de su mano—. La noche acaba de empezar.

Nuestro siguiente destino es un mercadillo artesanal instalado en una calle lateral. Puestos de madera alineados que venden de todo, desde cerámicas pintadas a mano hasta bufandas tejidas con lana de las ovejas locales. Nicholas se detiene ante cada uno, haciendo preguntas a los vendedores con genuino interés.

—Nunca había visto esta técnica de grabado —comenta, examinando un set de posavasos con escenas invernales de Northbridge—. Es fascinante.

El artesano, un hombre con barba canosa y manos encallecidas, sonríe con orgullo.

—Es una técnica tradicional de estas montañas —explica—. Mi abuelo me la enseñó, y su abuelo a él.

—Son preciosos —dice Nicholas, y puedo ver que lo dice en serio —. Me llevaré un juego.

Observo cómo paga, esta vez con más soltura, y cómo rechaza la bolsa, prefiriendo guardar su compra en el bolsillo de su chaqueta. Un gesto tan pequeño, pero que habla muy alto de su deseo de mezclarse, de ser uno más.

Continuamos nuestro paseo, y el cielo sobre nosotros se ha oscurecido por completo, convirtiendo el pueblo en un escenario mágico de luces y sombras. La temperatura ha descendido, y mi nariz está tan fría que probablemente parece la de Rudolph.

—Necesitamos algo más caliente que el ponche —declaro, frotándome las manos enguantadas—. ¿Qué te parece si probamos ese pub?

Señalo hacia un edificio de piedra con ventanas de vidrio emplomado que emite un resplandor acogedor. Un cartel tallado en madera se balancea sobre la puerta: «The Crown & Anchor».

Nicholas mira el pub con una mezcla de curiosidad y nerviosismo.

—¿Y si alguien me reconoce ahí dentro?

—Entonces diremos que eres un doble oficial contratado para eventos —improviso—. Venga, ¿dónde está tu sentido de la aventura?

Con una sonrisa resignada, me sigue hacia el interior del pub. Nos recibe una oleada de calor, el aroma a cerveza y comida reconfortante, y el murmullo animado de conversaciones superpuestas. Está lleno, pero no abarrotado; el ambiente perfecto para pasar desapercibidos.

Encontramos una mesa en un rincón, parcialmente oculta por un pequeño árbol de Navidad decorado con miniaturas de barcos, anclas y otros motivos marineros que hacen honor al nombre del local.

—¿Qué pedimos? —pregunta Nicholas, observando fascinado el ir y venir de los camareros, la naturalidad con que la gente ríe y habla, sin la constante autoconsciencia que domina los eventos a los que él asiste.

—Cerveza local para empezar —respondo—. Y algo de comer. Me muero de hambre.

Un camarero se acerca, y Nicholas me deja hacer el pedido, observando atentamente como si estuviera estudiando un ritual extranjero. Cuando el hombre se aleja, Nicholas se inclina hacia mí.

—Esto es increíble —susurra, sus ojos recorriendo el local—. Toda esta gente, viviendo sus vidas, sin saber que estoy aquí.

—Bienvenido al anonimato —digo, quitándome los guantes y disfrutando del calor que emana de la chimenea cercana—. La mayoría vivimos toda nuestra vida así, ¿sabes? Sin que nadie nos reconozca ni se incline cuando entramos a una habitación.

—Debe ser liberador —comenta, y hay una añoranza en su voz que me hace querer abrazarle.

—Tiene sus ventajas —admito—. Aunque a veces, ser invisible también puede ser solitario.

Algo cambia en su mirada, una comprensión que cruza entre nosotros como un relámpago silencioso. Soledad. Quizás eso es lo que tenemos en común, a pesar de nuestras vidas tan diferentes. Él, perpetuamente observado pero raramente visto. Yo, habitualmente ignorada pero anhelando ser notada.

El camarero regresa con nuestras bebidas y dos platos de pastel de carne humeante que huelen tan bien que mi estómago gruñe en anticipación.

—Por las noches de incógnito —brinda Nicholas, levantando su jarra.

—Por ser normales, aunque sea por unas horas —respondo, chocando mi jarra contra la suya.

La cerveza es oscura y rica, con notas de caramelo y un amargor que se equilibra perfectamente con la dulzura. Nicholas da un largo trago y sus ojos se abren con sorpresa.

—Esto es mucho mejor que el champán que servimos en palacio —declara.

—Por supuesto que lo es —respondo, cortando un trozo de pastel —. No tiene que impresionar a nadie. Solo tiene que saber bien.

Comemos con un apetito que sorprende incluso a Nicholas, quien confiesa que no recuerda la última vez que sintió verdadera hambre. La conversación fluye tan fácilmente como la cerveza, saltando de

tema en tema sin la constante vigilancia de asistentes, consejeros o cortesanos.

Me habla de su niñez, de los pocos momentos robados de normalidad que atesora: un guardia que le enseñó a hacer barcos de papel, una cocinera que le dejaba lamer la cuchara cuando preparaba galletas, un jardinero que le mostró cómo las abejas polinizan las flores.

Yo le hablo sobre mi familia en España, sobre los domingos ruidosos llenos de primos, tíos y abuelos, todos opinando sobre todo, desde la política hasta la mejor manera de hacer una tortilla de patatas. Le describo las fiestas de mi pueblo, con sus tradiciones a veces incomprensibles pero siempre sentidas, y cómo la comida es el lenguaje con el que mi familia expresa amor.

El tiempo pasa volando, y cuando miro mi reloj, descubro con sorpresa que llevamos más de dos horas en el pub.

—Deberíamos irnos —digo con reticencia—. No queremos que tu asistente envíe a la Guardia Real a buscarte.

Nicholas asiente, aunque puedo ver que está tan reacio como yo a terminar la noche. Pagamos la cuenta y salimos al aire frío de la noche.

El pueblo parece aún más mágico ahora, con menos gente en las calles y la neblina suave que comienza a formarse, envolviendo las luces en halos difusos de color.

—Gracias —dice Nicholas de repente, deteniéndose en medio de la plaza—. Por esto. Por mostrarme... la vida.

Hay tanta sinceridad en su voz, tanta emoción contenida, que siento un nudo en la garganta.

—De nada, Nik —respondo, usando deliberadamente el diminutivo que sé que le gusta—. Todos necesitamos escapar de nuestras jaulas de vez en cuando. Incluso si la tuya está hecha de oro.

Nos miramos en silencio por un momento, y hay tanto que quiero decir, tanto que no me atrevo a expresar. En lugar de eso, simplemente extiendo mi mano, y él la toma sin dudarlo.

Caminamos así, agarrados de la mano, hacia el coche, dos figuras anónimas bajo las luces navideñas, compartiendo un momento de

normalidad que para cualquier otra persona sería mundano, pero que para nosotros es el regalo más precioso.

Y mientras conduzco de regreso al palacio, con Nicholas tarareando suavemente una de las canciones que escuchamos en el pub, no puedo evitar pensar que esta noche, bajo el manto del anonimato, he visto al hombre real detrás de la corona.

Y lo más peligroso de todo: me gusta mucho más de lo que debería.

CAPÍTULO 19

SOFÍA

El grito agudo y cruel resuena contra las paredes del pasillo este, rebotando entre los retratos de antepasados reales que parecen mirarme con desaprobación pintada en óleo. Me detengo en seco, mis zapatos de tacón bajo chirriando contra el suelo de mármol. El sonido proviene de la habitación de Lady Catherine, esa candidata perfecta que la reina ha traído para su hijo y que me mira como si yo fuera un insecto que se ha colado en su sopa.

—¡Eres completamente inútil! —La voz de Catherine atraviesa la madera de la puerta entreabierta—. ¿Cómo te puede costar tanto planchar correctamente un simple vestido de seda?

Algo en mi interior se tensa. Una alarma ancestral, la misma que se activaba en las cocinas cuando veía a un chef abusando de sus subordinados. Antes de poder pensarlo dos veces, me acerco a la puerta y la empujo, abriéndola por completo.

La escena que encuentro hace que la sangre me hierva: Emma, mi dulce doncella de ojos amables, está de pie con la cabeza gacha, sosteniendo un vestido de seda color champán. Frente a ella, Lady Catherine, perfectamente maquillada y vestida a pesar de ser tan pronto, la fulmina con una mirada que podría congelar el infierno.

—Hay una arruga aquí —está diciendo Catherine, señalando un punto del vestido con un dedo de uña perfectamente pintada—. Y otra aquí. ¿Acaso eres ciega además de incompetente?

Las mejillas de Emma están sonrojadas por la humillación, y puedo ver cómo sus manos tiemblan ligeramente mientras sostiene la prenda. No hay nadie más en la habitación. Nadie que la defienda.

Excepto yo.

—Disculpa —digo, entrando en la habitación como si me perteneciera—. Creo que hay un malentendido aquí.

Catherine se gira hacia mí, la sorpresa momentáneamente reemplazando la ira en su rostro perfecto.

—¿Lady Sofía? —Su voz gotea falsa cortesía—. No recuerdo haberte invitado a entrar.

Emma me mira con los ojos muy abiertos, una mezcla de alarma y alivio danzando en su expresión.

—Pasaba por el pasillo y escuché... —hago un gesto vago con la mano— algo sobre un problema con la plancha. Y resulta que soy toda una experta en seda.

Es una mentira flagrante. La única vez que intenté planchar seda quemé un caro pañuelo de mi madre y casi provocó un incendio. Pero Catherine no tiene por qué saberlo.

Me acerco a Emma y cojo el vestido de sus manos, fingiendo examinarlo con ojo crítico.

—Mmm, ya veo —murmuro, deslizando mis dedos por la tela como si supiera lo que estoy haciendo—. Es seda italiana, ¿verdad? Temperamental. Requiere una técnica específica.

Catherine entrecierra los ojos, claramente debatiéndose entre echarme o mantener las apariencias.

—Por supuesto que es italiana —dice finalmente—. De la casa Valentino.

—Ya —respondo, como si eso lo explicara todo—. Emma, ¿podrías traernos un poco de té? Estoy segura de que Lady Catherine agradecerá un momento de tranquilidad mientras soluciono este pequeño contratiempo.

Los ojos de Emma brillan con gratitud. Hace una pequeña reverencia y sale rápidamente de la habitación, escapando de las garras de Catherine.

—No es necesario que te molestes —dice Catherine una vez que estamos solas—. Puedo pedir que me venga otra doncella. Una competente.

La furia hierve en mi estómago como una olla a presión, pero mantengo mi expresión serena. Años sirviendo platos a comensales desagradecidos me han dado una cara de póker envidiable.

—¿Sabes? —digo, doblando cuidadosamente el vestido—. En mi país tenemos un dicho: «Dime cómo tratas a los que te sirven y te diré quién eres».

Catherine arquea una ceja perfectamente depilada.

—¿Disculpa?

—Es bastante sencillo —continúo, sosteniendo su mirada—. El verdadero carácter de una persona no se revela en cómo trata a sus iguales, sino a quienes considera inferiores.

El silencio que cae entre nosotras es tan tenso que casi se puede cortar. Los ojos de Catherine se entrecierran peligrosamente.

—¿Estás insinuando algo, Lady Sofía? —Su voz es suave como terciopelo, pero afilada como un cuchillo.

—En absoluto —respondo con una sonrisa que no llega a mis ojos —. Simplemente comparto sabiduría popular. Somos muy dados a los refranes.

Dejo el vestido cuidadosamente sobre la cama.

—Le diré a Emma que envíe a Lucy para ayudarte con el vestido. Tiene manos de ángel para la seda —otra mentira; no tengo ni idea de las habilidades de Lucy con la plancha, pero necesito sacar a Emma de las garras de esta mujer y su compañera es mucho más dura.

—No es necesario que gestiones a mi personal —dice Catherine, su tono ahora abiertamente hostil.

—No es tu personal —respondo, mi sonrisa congelándose—. Es personal del palacio. Y como invitada de Su Alteza, me siento responsable de asegurar que la estancia de todos sea... agradable.

Catherine da un paso hacia mí, y por un momento pienso que va a abofetearme. Pero entonces, una voz grave y autoritaria nos interrumpe desde la puerta.

—Parece que he llegado en un momento interesante.

Ambas nos giramos para encontrar a la Reina Maribel de pie en el umbral, elegante como siempre en un traje sastre color malva. Su expresión es indescifrable, pero sus ojos, tan parecidos a los de Nicholas, se mueven de Catherine a mí como un juez evaluando a dos contrincantes.

—Su Majestad —dice Catherine, haciendo una reverencia perfecta, su rostro transformándose instantáneamente en una máscara de dulzura—. Lady Sofía amablemente se ofrecía a ayudarme con un pequeño problema doméstico.

Hago mi propia reverencia, menos elegante pero sincera.

—Señora —saludo simplemente.

La reina entra en la habitación, sus tacones bajos haciendo un sonido rítmico contra el suelo. El aroma de su perfume —algo caro y exclusivo, con notas de gardenia— llena el espacio.

—Lady Catherine, Lady Amelia te está buscando para el paseo por los jardines que habéis planeado —dice la reina, su tono no admitiendo réplica.

Catherine asiente, lanzándome una última mirada venenosa antes de hacer otra reverencia a la reina.

—Por supuesto, Su Majestad. Con su permiso.

Y con eso, sale de la habitación, dejándome a solas con la mujer más intimidante que he conocido.

El silencio se extiende entre nosotras como una capa de hielo fino. Puedo sentir sus ojos azules estudiándome, evaluándome como si fuera un animal molesto.

—Ha sido noble por tu parte, intervenir así —dice finalmente, su voz medida y precisa—. El personal no suele tener quién lo defienda.

Me sorprende su comentario. No esperaba reconocimiento, y mucho menos aprobación.

—Solo he hecho lo que me parecía correcto, señora —respondo con honestidad—. No soporto a los abusones, especialmente cuando la otra persona no puede defenderse.

La reina se acerca a la ventana, mirando los jardines nevados. Su perfil es sorprendentemente similar al de Nicholas: la misma línea de mandíbula fuerte, la misma nariz recta, la misma postura que parece grabada en su ADN.

—Quizás sea eso lo que mi hijo ve en ti —dice, su voz tan suave que casi parece estar hablando consigo misma—. Esa... honestidad directa. Esa disposición a defender a los demás sin importar las consecuencias.

Algo cálido florece en mi pecho ante la idea de que Nicholas vea esas cualidades en mí. Pero el momento de esperanza se evapora con sus siguientes palabras.

—Sin embargo, no creo que sea suficiente para mantener su interés a largo plazo.

El golpe es tan inesperado que casi me tambaleo físicamente. La reina se gira para mirarme directamente, sus ojos azules fríos como un lago helado.

—Nicholas ha sido educado para reinar, Lady Sofía. Necesita a su lado a alguien que entienda las complejidades de esa posición. Alguien con el linaje, la educación y las conexiones adecuadas.

Cada palabra es como una pequeña daga, precisa y metódicamente clavada.

—Alguien como Lady Catherine —digo, encontrando mi voz a pesar del nudo que se ha formado en mi garganta.

La reina ni lo confirma ni lo niega, pero su silencio es respuesta suficiente.

—Mi hijo tiene cierta... tendencia a querer ser… normal —continúa, y aunque su tono es suave, cada sílaba corta como cristal —. Un rasgo que heredó de su padre. Pero siempre vuelve a su sentido del deber.

Y ahí está. La verdad desnuda. Para la reina, no soy más que una distracción. Un capricho pasajero. Un juguete con el que Nicholas se entretiene antes de volver al camino trazado para él.

Lo peor es que una parte de mí sabe que tiene razón. ¿Qué futuro podría haber entre un príncipe heredero y una chef española con más temperamento que modales? Nuestra farsa tiene fecha de caducidad, y cuando termine, cada uno volverá a su mundo.

—Entiendo, señora —digo, manteniendo mi voz firme a pesar del dolor sordo que se extiende por mi pecho.

La reina me mira un momento más, y por un instante, creo ver algo parecido a la compasión en sus ojos. Pero desaparece tan rápido que podría haberlo imaginado.

—Bien —dice simplemente—. Disfruta de tu estancia en Northbridge, Lady Sofía. Es un lugar encantador en Navidad.

Con esa despedida, la reina se dirige hacia la puerta. Pero antes de salir, se detiene y añade:

—Le diré a la Sra. Winters que reasigne a Emma exclusivamente a tu servicio. Pareces... apreciarla.

Y con eso, desaparece, dejando tras de sí el eco de sus tacones contra el mármol y el peso aplastante de una verdad que no quería enfrentar:

La reina no quiere que esté con su hijo. Y lo peor de todo es que tiene todas las razones del mundo para sentirse así.

Porque, ¿qué soy yo sino una impostora jugando a ser noble, destinada a volver a las cocinas cuando el cuento de hadas termine?

CAPÍTULO 20

NICHOLAS

El día ha sido interminable, una sucesión de reuniones, audiencias y llamadas diplomáticas que han drenado hasta la última gota de mi energía. La disputa con el ministro de finanzas sobre el presupuesto para la recepción de Año Nuevo, seguida por la tensa videoconferencia con los embajadores nórdicos, ha dejado mi cabeza palpitando y mis hombros tan tensos que parecen hechos de piedra.

Cuando por fin cierro la puerta de mis aposentos tras de mí, el silencio me envuelve como un bálsamo. Me deshago de la corbata con un movimiento brusco, casi violento, y desabrocho los primeros botones de mi camisa, buscando desesperadamente algo de aire.

El reloj marca las once y cuarto de la noche. Demasiado tarde para boxear, demasiado temprano para dormir con esta inquietud recorriéndome el cuerpo. Me sirvo un whisky doble y lo apuro de un trago, sintiendo cómo el líquido ámbar quema un camino hasta mi estómago. No ayuda. Nada parece ayudar últimamente.

Estoy a punto de servirme otro cuando unos golpes suaves pero decididos suenan en mi puerta. No en la principal, sino en la puerta lateral que comunica con la suite azul. Con la suite de Sofía.

Mi pulso se acelera instantáneamente, como un adolescente ante su primer beso. Ridículo. Soy un hombre adulto, el heredero de un reino, no un chico con las hormonas revolucionadas. Y sin embargo, aquí estoy, pasándome una mano por el pelo para arreglarlo antes de dirigirme a la puerta.

—¿Sí? —pregunto, manteniendo mi voz deliberadamente neutra mientras abro.

Y ahí está ella, con una sonrisa traviesa, una botella de Dom Pérignon, dos copas de cristal y un iPad. Lleva un pijama de seda

burdeos —probablemente suministrado por la Sra. Winters— que se adhiere a sus curvas de una manera que debería ser ilegal. Su pelo cae suelto sobre sus hombros, más salvaje y libre de lo que se permite durante el día.

—Buenas noches, Su Alteza —dice, con un tono burlón que hace que algo se agite en mi interior—. ¿Acepta visitas a estas horas?

Debería decir que no porque deseo su compañía demasiado. Debería inventar alguna excusa, alguna reunión temprana, algún deber real impostergable. Pero en lugar de eso, me encuentro apartándome de la puerta, invitándola a entrar a mi espacio más privado.

—Depende de la visita —respondo, intentando que mi voz suene ligera a pesar de la repentina sequedad en mi garganta.

Sofía entra como si fuera la dueña del lugar, sus pies descalzos deslizándose silenciosamente sobre la alfombra persa. El aroma a vainilla y especias que siempre la acompaña inunda mis sentidos, mezclándose peligrosamente con el whisky que acabo de beber.

—Te he escuchado llegar y he pensado que necesitabas relajarte —dice, colocando la botella y las copas sobre la mesa baja frente a la chimenea—. Te he visto hoy en esa reunión con el ministro. Parecías a punto de estrangularlo con tu corbata de seda italiana.

Sonrío a mi pesar. Observadora como siempre.

—Es una idea tentadora —admito, siguiéndola hasta los sofás—. Pero demasiado diplomáticamente problemática.

Sofía ríe, y el sonido es como campanillas en el silencio de la noche. Se deja caer en uno de los sofás de cuero, completamente relajada, como si hubiera estado aquí mil veces antes.

—He traído entretenimiento —anuncia, moviendo el iPad—. Series, películas, cualquier cosa que no tenga que ver con políticas de estado o protocolos reales.

La miro, genuinamente sorprendido por su iniciativa. Nadie, absolutamente nadie, se ha preocupado antes por mi estado mental después de un día difícil. Para el resto del mundo, soy el Príncipe Nicholas, siempre sereno, siempre en control, siempre perfecto. Incapaz de cansarse, incapaz de estresarse, incapaz de necesitar un respiro.

Sofía, sin embargo, parece ver a través de esa fachada con una facilidad desconcertante.

—¿De dónde has sacado el champán? —pregunto, sentándome en el sofá, manteniendo una distancia prudente entre nosotros.

—Lo he birlado de la bodega —responde con un guiño travieso—. Según Emma, este es el favorito de tu madre, así que debe ser bueno.

—¿Has robado el champán favorito de la Reina de Northbridge? —No puedo evitar que una risa incrédula escape de mis labios—. Eres consciente de que hay países donde eso se considera alta traición, ¿verdad?

Sofía se encoge de hombros, despreocupada, mientras lucha con el corcho de la botella.

—Añádelo a mi lista de crímenes contra la corona —dice—. Justo después de hacerme pasar por noble y antes de obligar al príncipe heredero a ver series americanas de dudosa calidad.

Le quito la botella de las manos antes de que la catástrofe sea inevitable. Con un movimiento experto, libero el corcho con un *pop* satisfactorio. El champán burbujea alegre mientras lo sirvo en las copas de cristal.

—Por los pequeños actos de rebelión —brinda Sofía, levantando su copa.

—Por las visitas inesperadas —respondo, tocando mi copa con la suya.

El champán es exquisito, frío y seco, con notas de frutas blancas y ese frescor mineral que solo las mejores cosechas poseen. Observo a Sofía mientras bebe, cómo sus labios se curvan ligeramente ante el sabor, cómo su garganta se mueve cuando traga. Es un gesto tan simple y al mismo tiempo tan íntimo que tengo que apartar la mirada.

—¿Qué vamos a ver? —pregunto, intentando dirigir mis pensamientos hacia territorios menos peligrosos.

Sofía se recuesta en el sofá, subiendo las piernas y cruzándolas bajo ella en una posición relajada que ninguna dama de la corte adoptaría jamás.

Me fascina.

—Tenemos muchas opciones —dice, pasando el dedo por la pantalla del iPad—. Comedia, drama, thriller... aunque he descartado cualquier cosa que tenga que ver con la realeza. Supongo que tienes suficiente de eso en tu vida real.

Sonrío ante su consideración.

—Una comedia estaría bien —sugiero—. Algo que no requiera demasiado pensamiento.

Sofía selecciona una serie que no reconozco, algo sobre una familia disfuncional en un pueblo pequeño. A los pocos minutos, nos encontramos riendo juntos, la tensión del día diluyéndose poco a poco entre risas y sorbos de champán.

Nuestros hombros casi se tocan mientras compartimos la pantalla. La botella de champán se vacía con alarmante rapidez, y una agradable calidez se extiende por mi cuerpo.

—¿Quieres que abra otra? —pregunto, notando que mi voz suena ligeramente más grave de lo normal.

Sofía me mira, sus ojos brillantes por el alcohol y la risa.

—¿Tienes aquí?

—Sí, tengo toda una colección —respondo, levantándome con un movimiento que intenta ser elegante pero que revela mi estado ligeramente ebrio—. Ventajas de ser príncipe.

Regreso con una botella de Moët & Chandon rosé, que abro con menos ceremonia que la anterior. Para cuando vuelvo al sofá, Sofía ha pausado la serie y está recostada contra los cojines, con una expresión pensativa en su rostro.

—¿En qué piensas? —pregunto, rellenando nuestras copas.

Ella mira el líquido rosado burbujeante, como si en él pudiera encontrar las respuestas a alguna pregunta profunda.

—En lo raro que es todo esto —dice finalmente—. Hace nada estaba en Manhattan, escondiéndome del mundo después de que mi novio me pusiera los cuernos de la manera más espectacular posible. Y ahora estoy bebiendo champán robado con un príncipe, en un palacio real.

Hay algo en su tono, una vulnerabilidad que raramente deja ver, que me hace querer protegerla de todo y de todos.

—La vida tiene giros inesperados —comento, intentando mantener la conversación ligera.

Sofía toma un largo sorbo de su champán, y cuando habla de nuevo, su voz tiene ese tinte ligeramente arrastrado que indica que el alcohol está haciendo efecto.

—¿Sabes qué es lo peor de todo? —dice, mirándome directamente—. Que ni siquiera lo echo de menos. A Mateo. Ni un poco. Tres años juntos y no siento absolutamente nada. ¿Eso me hace una persona horrible?

—Te hace una persona que nunca estuvo realmente enamorada de él —respondo con honestidad—. Y eso está bien.

Sofía asiente lentamente, procesando mis palabras.

—Tienes razón —admite—. Nunca lo estuve. Era... cómodo. Seguro. Predecible.

—¿Y eso es malo?

—No —dice, encogiéndose de hombros—. Pero tampoco es suficiente, ¿verdad? Quiero decir, debería haber algo más. Algo que te haga sentir... viva.

Nuestras miradas se encuentran, y por un momento, el aire entre nosotros parece cargarse de electricidad.

—Mateo decía que yo era frígida —suelta de repente, y la confesión me pilla tan desprevenido que casi me atraganto con el champán—. Que era demasiado controladora, demasiado exigente. Que por eso él tuvo que buscar... ya sabes. Fuera.

La indignación arde en mi pecho como fuego líquido.

—Ese hombre es un imbécil —digo, y la vehemencia en mi voz parece sorprenderla.

Sofía ríe, pero es una risa sin humor.

—Quizás tenía razón —murmura, pasando un dedo por el borde de su copa—. Nunca me... ya sabes. Nunca llegué al final con él. Ni una vez en tres años.

Mi cerebro cortocircuita momentáneamente ante esta información. La imagen mental de Sofía en pleno éxtasis invade mis pensamientos sin permiso, y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no dejar que mi cuerpo reaccione de manera obvia.

—Eso no tiene nada que ver con ser frígida —digo, intentando mantener mi voz estable—. Tiene que ver con un hombre que claramente no sabía cómo complacerte.

Sofía me mira, sus ojos ligeramente desenfocados por el alcohol, pero aun así intensos.

—¿Tú sabrías? —pregunta, y la pregunta está cargada de algo peligroso y tentador.

El calor que recorre mi cuerpo no tiene nada que ver con el champán y todo que ver con la mujer sentada a mi lado, con su pijama de seda y su mirada desafiante.

—Sofía... —Mi voz suena como una advertencia, incluso para mis propios oídos.

—Lo siento —dice rápidamente, pasándose una mano por el pelo —. El alcohol me está haciendo decir tonterías. Olvida lo que he dicho.

Pero no puedo olvidarlo. No puedo borrar de mi mente la imagen de Sofía retorciéndose bajo mis manos, bajo mi boca. No puedo dejar de pensar en todas las formas en que podría demostrarle lo absolutamente equivocado que estaba su ex, lo completamente opuesta a frígida que es.

Porque Sofía Acosta es fuego puro, pasión apenas contenida, sensualidad en cada gesto. Lo veo en la forma en que sus ojos brillan cuando algo la emociona, en cómo todo su cuerpo participa cuando habla de algo que le apasiona, en la gracia inconsciente de sus movimientos. El hombre que no pudo despertar eso en ella no merecía tocarla.

—No son tonterías —digo finalmente, manteniendo mi voz baja, controlada—. Y para responder a tu pregunta: sí, sabría exactamente cómo complacerte.

Sus ojos se abren un poco más, sus labios se separan ligeramente, y puedo ver cómo su respiración se acelera.

—Nik... —susurra, y mi nombre en sus labios suena como una plegaria.

Debería levantarme. Debería poner distancia entre nosotros. Debería recordar que está ligeramente ebria, que esto es peligroso, que hay líneas que no deberíamos cruzar.

Pero no lo hago.

En lugar de eso, me inclino hacia ella, reduciendo el espacio entre nosotros hasta que puedo sentir su aliento cálido contra mi rostro.

—Tu exnovio —digo, mi voz más grave de lo que la he escuchado jamás—, no tenía ni idea de lo que tenía delante. De lo jodidamente sexy que eres, Sofía.

Un rubor intenso cubre sus mejillas, y veo cómo traga saliva, sus ojos fijos en los míos.

—No digas eso si no lo piensas de verdad —murmura.

—Nunca he dicho nada más cierto en mi vida.

Estamos tan cerca que podría contar cada una de sus pestañas, ver cada mota dorada en sus iris marrones, sentir el calor que emana de su piel.

La tensión entre nosotros es casi insoportable, una cuerda estirada al límite que amenaza con romperse en cualquier momento.

Y entonces, el iPad cae al suelo con un ruido sordo, rompiendo el hechizo.

Ambos nos sobresaltamos, separándonos como si el contacto quemara. Sofía se inclina para recoger el dispositivo, sus mejillas todavía encendidas, sus manos ligeramente temblorosas.

—Es tarde —dice, sin mirarme directamente—. Debería irme.

Cada fibra de mi ser quiere detenerla, quiere pedirle que se quede, quiere terminar lo que hemos empezado. Pero hay una parte de mí, la parte racional, la parte principesca, que sabe que esto es lo mejor. Ella ha bebido. Yo he bebido. No es el momento.

—Claro —respondo, mi voz todavía ronca—. Gracias por la noche de películas y champán robado.

Sofía se pone de pie, y por un momento parece vacilar, como si estuviera librando la misma batalla interna que yo.

—Ha sido divertido —dice finalmente, con una sonrisa que no llega a sus ojos—. Buenas noches, Nik.

—Buenas noches, Sofía.

La veo caminar hacia la puerta lateral, su silueta recortada contra la luz tenue de la habitación. Antes de que pueda desaparecer, se detiene y se gira hacia mí.

—Por cierto —dice, su voz sorprendentemente firme—. No soy frígida. Solo estaba con el hombre equivocado.

Y con eso, se va, dejándome solo con una botella de champán medio vacía, pensamientos peligrosos, y un deseo tan intenso que duele físicamente.

SOFÍA

Cierro la puerta tras de mí y me apoyo contra ella, mi corazón latiendo tan fuerte que estoy segura de que Nicholas puede oírlo a través de la madera. Mis piernas tiemblan, mi piel arde, y hay un palpitar insistente entre mis muslos que hace que sea difícil concentrarme.

¿Qué acaba de pasar?

El champán nubla mis pensamientos, pero no lo suficiente como para no darme cuenta de la magnitud de lo que casi hemos hecho. De lo que yo casi le he suplicado que hiciera.

«Sí, sabría exactamente cómo complacerte», dijo, y su voz... Dios, su voz era puro pecado, grave y áspera, prometiendo cosas que hacen que mi cuerpo se estremezca solo de pensarlas.

Me dejo caer en la cama, hundiendo la cara en las almohadas de plumón. El aroma a lavanda de las sábanas recién cambiadas no consigue calmar el fuego que recorre mi piel.

Nicholas no es como ningún hombre que haya conocido antes. No es solo su título, su riqueza, o su ridícula belleza de estatua griega. Es la intensidad con la que me mira, como si pudiera ver hasta el fondo de mi alma. Es la forma en que me escucha, realmente me escucha, cuando hablo. Es cómo me hace sentir vista, valorada, deseada.

Y ahora sé que me desea. Lo vi en sus ojos, lo escuché en su voz, lo sentí en la tensión de su cuerpo cuando estábamos tan cerca que un suspiro habría bastado para que nuestros labios se encontraran.

Me giro sobre mi espalda, mirando el dosel de la cama sin realmente verlo. ¿Qué habría pasado si el iPad no se hubiera caído? ¿Si hubiera tenido el valor de quedarme, de agarrarlo por el cuello de esa camisa negra y atraerlo hacia mí?

Cierro los ojos, y la imagen es tan vívida que casi puedo sentirlo: sus manos fuertes recorriendo mi cuerpo, sus labios explorando cada centímetro de mi piel, su peso sobre mí, dentro de mí...

Un gemido escapa de mis labios antes de que pueda contenerlo, y llevo una mano a mi boca, mortificada. Las paredes del palacio son gruesas, pero ¿y si pudiera oírme? ¿Y si supiera el efecto que tiene sobre mí, incluso ahora que estamos separados?

Me levanto de la cama de un salto, necesitando alejarme de estos pensamientos, de estas sensaciones. Me dirijo al baño y abro el grifo de agua fría, salpicando mi rostro enrojecido.

El reflejo que me devuelve el espejo es el de una mujer que apenas reconozco: mejillas sonrojadas, ojos brillantes, labios ligeramente hinchados de mordérmelos mientras imaginaba cosas que no deberían estar en mi mente.

«No soy frígida. Solo estaba con el hombre equivocado», le dije antes de irme.

Y mientras el agua fría gotea por mi rostro, una certeza se asienta en mi interior con la fuerza de una revelación:

Nicholas de Northbridge definitivamente no es el hombre equivocado.

Y eso me aterra hasta lo más profundo.

CAPÍTULO 21

SOFÍA

El vestido que me han proporcionado para el Baile de Invierno es una obra de arte. Un sueño de seda color zafiro que se desliza sobre mi piel como agua fresca, con un escote que revela justo lo suficiente para ser elegante sin resultar escandaloso y una espalda que desciende en una curva suave hasta la mitad de mi columna. La falda cae en ondas fluidas que parecen flotar a mi alrededor con cada movimiento, como si estuviera caminando entre nubes.

Mientras Emma da los últimos toques a mi peinado —un recogido sofisticado con mechones sueltos que enmarcan mi rostro— me miro en el espejo y apenas reconozco a la mujer que me devuelve la mirada. Sus ojos, intensificados por un maquillaje sutil pero efectivo, brillan con una mezcla de nerviosismo y anticipación. Sus labios, pintados en un tono rosa profundo, parecen más llenos de lo habitual.

Esta mujer parece una noble de verdad, no una chef que ha pasado la mayor parte de su vida oliendo a cebolla y ajo.

—Está preciosa, Lady Sofía —dice Emma, colocando una última horquilla con diamantes prestados—. Su Alteza se quedará sin aliento.

Siento el calor trepando por mis mejillas ante la insinuación. Desde aquella noche con el champán robado, hace apenas tres días, algo ha cambiado entre Nicholas y yo. Las miradas duran un segundo más de lo necesario. Los roces casuales parecen cargados de electricidad. Las conversaciones contienen dobles sentidos que hacen que mi pulso se acelere.

—Gracias, Emma —respondo, intentando que mi voz suene firme —. Espero no decepcionarle. Ni destrozarle los pies durante el vals.

Emma ríe suavemente mientras recoge los cepillos y productos de maquillaje.

—Después de todas esas lecciones, dudo que eso ocurra. Además... —se interrumpe, mordiéndose el labio como si hubiera estado a punto de decir algo inapropiado.

—¿Además qué? —la animo, genuinamente curiosa.

—Además, Su Alteza parece tan pendiente de usted que probablemente ni se daría cuenta si le pisara. Solo tiene ojos para...

Un golpe en la puerta interrumpe sus palabras. Ambas sabemos quién es antes incluso de que hable.

—Sofía, ¿estás lista? —La voz de Nicholas atraviesa la madera, enviando un escalofrío por mi columna.

Emma me guiña un ojo antes de apresurarse hacia la puerta. La abre con una reverencia perfecta.

—Su Alteza —saluda—. Lady Sofía está lista.

Me pongo de pie, sintiendo cómo mis rodillas tiemblan ligeramente dentro del océano de tela. Doy un paso hacia la puerta y entonces lo veo.

Nicholas está absolutamente arrebatador con su uniforme de gala. La chaqueta azul marino, adornada con medallas y cordones dorados, resalta sus hombros anchos y su postura perfecta. El pantalón negro con franja lateral dorada enfatiza sus piernas largas y fuertes. Lleva una banda cruzada sobre el pecho —alguna insignia real cuyo significado desconozco— y guantes blancos que sostiene en una mano mientras espera.

Pero es su expresión la que me deja sin aliento. Cuando sus ojos me encuentran, algo en ellos se transforma. Se dilatan visiblemente, el azul convirtiéndose en un anillo fino alrededor de un negro profundo. Sus labios se separan ligeramente, como si estuviera a punto de hablar, pero hubiera olvidado las palabras.

Por un momento, ambos permanecemos inmóviles, mirándonos como si fuera la primera vez.

—Estás... —comienza, su voz más ronca de lo habitual—. No tengo palabras.

El calor que había empezado en mis mejillas ahora parece extenderse por todo mi cuerpo, como si sus ojos fueran llamas

físicas lamiéndome la piel.

—Tú tampoco estás mal —respondo, intentando ocultar mi nerviosismo con humor—. Aunque cualquiera diría que vas a una guerra en lugar de a un baile.

Una sonrisa lenta se extiende por su rostro, transformándolo por completo. De repente no es el Príncipe Heredero de Northbridge, sino simplemente Nik. Mi Nik.

El pensamiento me golpea con una fuerza inesperada. ¿Cuándo empecé a pensar en él como «mío»?

—Es una guerra a su manera —dice, ofreciéndome su brazo—. Solo que las armas son palabras y las municiones son rumores y chismes.

Acepto su brazo, sintiendo la firmeza de su bíceps incluso a través de las capas de tela que nos separan. Huele a sándalo, a bergamota y a algo exclusivamente suyo que hace que mi corazón se acelere.

—Menos mal que tengo al comandante en jefe como mi escolta —bromeo, aunque mi voz suena extrañamente temblorosa.

Nicholas cubre mi mano sobre su brazo con la suya, el contacto es cálido y reconfortante.

—Esta noche soy yo quien te sigue a ti —responde, su voz bajando a un tono íntimo que envía escalofríos por mi espalda—. Solo recuerda lo que practicamos y todo saldrá perfectamente.

Asiento, aunque mi estómago es un nido de mariposas nerviosas. Hemos practicado el vals hasta el agotamiento durante días, y aunque ya no me tropiezo con mis propios pies, la idea de bailar frente a toda la aristocracia europea sigue siendo aterradora.

Mientras caminamos por los pasillos iluminados por candelabros, siento las miradas de cada sirviente, cada guardia, cada cortesano que pasamos. Algunos muestran curiosidad, otros admiración, y unos pocos resentimiento apenas disimulado.

A medida que nos acercamos al gran salón de baile, el sonido de una orquesta y el murmullo de cientos de conversaciones llenan el aire. Los nervios se intensifican, haciendo que mi mano se aferre con más fuerza al brazo de Nicholas.

Él se detiene justo antes de llegar a las enormes puertas doradas, girándose para mirarme directamente.

—Estás absolutamente deslumbrante —dice, con una intensidad que hace que me falte el aire—. Y voy a tener que pasar toda la noche viendo cómo otros hombres intentan no quedarse boquiabiertos cuando te miran.

Hay algo en su tono, una nota posesiva que nunca he escuchado antes, que hace que un calor líquido se extienda por mi vientre.

—Solo me importa cómo me mires tú —respondo, sorprendiéndome a mí misma con mi audacia.

Sus ojos se oscurecen aún más, y por un segundo parece que va a besarme allí mismo, ante las puertas del salón de baile. Pero entonces se recompone, aunque la intensidad permanece en su mirada.

—Vamos a darles algo de qué hablar —dice, y con un gesto de su mano, las puertas comienzan a abrirse.

El maestro de ceremonias anuncia nuestros nombres —bueno, el de Nicholas con todos sus títulos y el mío con mi falsa nobleza española— mientras entramos al salón. El espacio es impresionante: techos abovedados con frescos mitológicos, candelabros de cristal que derraman luz dorada, y una orquesta en un extremo tocando suavemente hasta el momento del baile inaugural.

Pero lo que me deja sin aliento es la cantidad de personas que nos observan. Cientos de ojos se giran hacia nosotros mientras avanzamos por el centro del salón. Dignatarios, nobles, diplomáticos y miembros de la realeza europea, todos vestidos con sus mejores galas, forman un pasillo humano por el que caminamos.

La Reina Maribel nos espera al final, sentada en algo parecido a un trono, aunque más sutil, flanqueada por Lady Catherine y Lady Amelia, que nos miran con sonrisas que no llegan a sus ojos.

Nicholas me guía con seguridad hasta su madre. Hago la reverencia que he estado practicando durante días, concentrándome en no tambalearme con los tacones.

—Su Majestad —saludo, manteniendo la voz firme a pesar de los nervios.

—Lady Sofía —responde la reina, su mirada evaluándome de pies a cabeza—. Qué espléndida se ve esta noche. El color de su

vestido... es casi como si estuviera haciendo juego con los ojos de mi hijo.

Hay una insinuación en su tono que no logro descifrar. ¿Es una aprobación o una crítica velada? Con la reina, nunca estoy segura.

—Gracias, señora —respondo simplemente—. Es un honor estar aquí.

La reina asiente, y luego se dirige a Nicholas con instrucciones sobre algún diplomático con quien debe hablar. Aprovecho ese momento para respirar profundamente, intentando calmar mis nervios.

NICHOLAS

Estoy acostumbrado a ser el centro de atención. He pasado mi vida entera bajo el escrutinio público, cada gesto analizado, cada palabra interpretada. Pero esta noche, por primera vez, me alegro de que todas las miradas estén sobre mí —sobre nosotros—, porque significa que puedo mantener mi brazo firmemente alrededor de la cintura de Sofía sin levantar sospechas.

Y necesito ese contacto para recordarme que es real, que está aquí, a mi lado. Porque el vestido que lleva debería ser declarado un arma de destrucción masiva. La forma en que abraza sus curvas, cómo el color resalta el tono miel de su piel y hace que sus ojos brillen como ámbar líquido... me está costando mantener mis pensamientos en un terreno apropiado.

Especialmente cuando cada hombre en la sala parece incapaz de apartar sus ojos de ella.

Lo noto mientras nos movemos entre los invitados. Las miradas apreciativas, los cuchicheos tras las manos enguantadas, la forma en que las conversaciones se detienen momentáneamente cuando pasamos. Soy dolorosamente consciente de cada mirada masculina que se desliza por la curva de su espalda expuesta, por la delicada línea de su cuello, por la forma en que su falda se mueve con cada paso.

Un sentimiento primitivo y posesivo se agita en mi interior, tan intenso que me sorprende. Nunca he sido un hombre celoso. Nunca

he sentido esta necesidad visceral de marcar territorio, de dejar claro que esta mujer está conmigo.

Pero Sofía no es como ninguna otra mujer que haya conocido. Y lo que siento por ella se está volviendo peligrosamente parecido al amor.

—El embajador francés no deja de mirarte —murmuro en su oído mientras nos detenemos junto a una mesa con copas de champán—. Si sus ojos pudieran desnudarte, ya estarías sin ese vestido.

Sofía me mira con sorpresa, y luego una sonrisa traviesa curva sus labios.

—¿Eso que detecto son celos, Su Alteza? —pregunta, tomando una copa que le ofrezco.

—Simplemente señalo un hecho —respondo, aunque mi tono me delata—. Así como el hecho de que el hijo del duque de Wellington parece haberse olvidado de que su propia esposa está a su lado, de lo absorto que está mirándote.

Sofía toma un sorbo de champán, sus ojos brillando con diversión sobre el borde de la copa.

—¿Y debería preocuparme por todas esas miradas? —pregunta, inclinándose ligeramente hacia mí—. ¿O por la tuya?

Su cercanía, el calor de su cuerpo, el aroma sutil a vainilla y flores que emana de su piel... todo se combina para hacerme olvidar que estamos en medio de un salón lleno de gente.

—La diferencia —digo, bajando la voz hasta que es poco más que un susurro contra su oído— es que mis miradas son solo el preludio de lo que quiero hacerte.

Siento cómo se estremece ligeramente, cómo su respiración se entrecorta. Cuando se aparta para mirarme, sus pupilas están dilatadas, haciendo que sus ojos parezcan casi negros.

—Nicholas... —comienza, pero en ese momento la orquesta cambia su melodía suave por un redoble de tambores que anuncia el comienzo oficial del baile.

El maestro de ceremonias solicita que se despeje la pista de baile para el vals inaugural. Por tradición, soy yo quien debe abrirlo, normalmente acompañado por alguna noble elegida cuidadosamente

para la ocasión. Este año, esa noble es Sofía, aunque nadie sabe la verdad sobre su identidad.

—¿Lista? —pregunto, ofreciéndole mi mano.

Veo un destello de pánico en sus ojos, rápidamente reemplazado por determinación.

—Lista —responde, colocando su mano en la mía.

Caminamos juntos hasta el centro de la pista, donde nos esperan otras seis parejas que bailarán con nosotros: miembros de la nobleza y dignatarios extranjeros seleccionados para este honor. Me coloco frente a Sofía, hago una reverencia formal mientras ella responde con una cortesía perfecta, y entonces coloco mi mano derecha en su cintura, tomando su mano derecha con mi izquierda.

La orquesta comienza los primeros acordes de «El Danubio Azul» de Strauss, y comenzamos a movernos.

Todos nuestros ensayos dan fruto. Sofía se desliza conmigo por la pista como si hubiéramos bailado juntos toda la vida. Sus pasos son ligeros, seguros, perfectamente sincronizados con los míos. Su cuerpo responde a la más mínima presión de mi mano, anticipando cada giro, cada cambio de dirección.

Es embriagador, esta conexión física, esta comunicación silenciosa. Siento cada centímetro donde nuestros cuerpos se tocan: mi mano en su cintura, nuestras palmas presionadas, ocasionalmente nuestros muslos rozándose con los movimientos del vals.

—Lo estás haciendo de maravilla —susurro, solo para ella.

—Tengo un buen maestro —responde, y la sonrisa que me dedica hace que mi corazón dé un vuelco absurdo.

Giramos y giramos por la pista, y gradualmente otras parejas comienzan a unirse al baile. Pronto el salón está lleno de parejas elegantes moviéndose al compás de la música, pero para mí, solo existimos Sofía y yo.

Hasta que noto cómo las miradas masculinas siguen cada uno de sus movimientos. El conde italiano que parece hipnotizado por el vaivén de su falda. El príncipe sueco cuyos ojos no se apartan de la curva de su escote.

La posesividad vuelve a surgir, más fuerte que antes. Sin pensarlo, acerco a Sofía más a mi cuerpo, mi mano en su cintura deslizándose ligeramente hacia su espalda baja en un gesto claramente íntimo.

Ella me mira, sorprendida por el cambio, una pregunta silenciosa en sus ojos.

—No soporto cómo te miran —confieso, mi voz un gruñido bajo—. Como si fueras un premio que podrían reclamar.

Sofía parpadea, y luego una sonrisa lenta, casi depredadora, curva sus labios.

—¿Y eso te molesta? —pregunta, su voz es un susurro provocador.

—Me vuelve loco —admito, acercando mi boca a su oído mientras ejecutamos un giro particularmente elaborado—. Porque todos ellos están imaginando cómo sería darte placer, cuando el único que va a hacerlo soy yo.

Siento cómo se estremece en mis brazos, cómo su mano se tensa sobre mi hombro. Cuando me mira, sus ojos están llenos de un fuego que refleja el que arde en mi interior.

—Eso suena a una promesa, Su Alteza —dice, y hay un desafío en su voz que enciende algo primitivo dentro de mí.

—Es más que eso —respondo, mientras la música llega a su clímax—. Es una garantía.

SOFÍA

Sus palabras reverberan a través de mi cuerpo como ondas de choque, enviando oleadas de calor a lugares que hacen difícil mantener los pasos del baile. «El único que va a darte placer soy yo». La frase se repite en mi mente una y otra vez, cada repetición más intensa que la anterior.

El vals continúa, pero apenas soy consciente de los pasos. Mi cuerpo se mueve en piloto automático, guiado por la mano firme de Nicholas y por las horas de práctica. Toda mi concentración está en el fuego que veo en sus ojos, en la tensión de su mandíbula, en cómo su mano en mi cintura parece quemar a través de la tela de mi vestido.

Nunca me han mirado así. Como si fuera algo precioso y salvaje a la vez. Como si fuera un festín y él llevara días hambriento.

La música finalmente termina, y nos detenemos en el centro de la pista. Hacemos las reverencias finales, pero Nicholas no suelta mi mano. En lugar de eso, la coloca en el hueco de su brazo y me guía fuera de la pista mientras la orquesta comienza otra pieza y más parejas se unen al baile.

—Has estado magnífica —dice, su voz todavía teñida con esa nota posesiva que hace que mi pulso se acelere—. No has dado un solo paso en falso.

—Eso es porque no podía concentrarme en mis pies —confieso—. Estaba demasiado distraída por otras... sensaciones.

Sus ojos se oscurecen aún más, si es posible, y por un momento creo que va a llevarme fuera del salón, lejos de las miradas, a algún lugar donde podamos estar solos. Pero entonces su madre aparece a nuestro lado, escoltada por el embajador francés.

—Nicholas, querido —dice la reina, con esa sonrisa social que nunca llega a sus ojos—. Monsieur Dubois estaba comentando lo impresionado que está con tu pareja de baile. Parece que Lady Sofía ha causado una impresión notable.

La mirada que el embajador me dirige es apreciativa de una manera que me hace sentir como un postre en un menú. Nicholas debe sentirlo también, porque su brazo se tensa bajo mi mano.

—Lady Sofía siempre causa impresión allá donde va —responde Nicholas, su tono cordial, pero con un filo apenas perceptible—. Es parte de su encanto.

—En efecto —asiente el embajador, sus ojos todavía fijos en mí—. ¿Quizás me concedería el honor del siguiente baile, Lady Sofía?

Antes de que pueda responder, Nicholas interviene con una sonrisa que no llega a sus ojos.

—Me temo que tendré que declinar en su nombre, Monsieur Dubois. Lady Sofía se está recuperando de un ligero esguince en el tobillo. El vals inaugural era una obligación que no podíamos eludir, pero me temo que sería imprudente que bailara más esta noche.

El embajador parece momentáneamente desconcertado, pero se recupera rápidamente.

—Por supuesto, entiendo. Quizás en otra ocasión.

Cuando se retira, seguido poco después por la reina que nos mira con curiosidad, no puedo evitar mirar a Nicholas con una ceja alzada.

—¿Un esguince en el tobillo? —pregunto, intentando no sonreír—. Esa es nueva.

—Una mentira piadosa —responde, guiándome hacia una de las terrazas—. Para salvarte de tener que soportar las manos sudorosas de Dubois en tu cintura.

—Qué considerado —digo, sin poder ocultar mi diversión—. ¿Y planeas usar esa misma excusa con todos los hombres que quieran bailar conmigo esta noche?

Nicholas me mira, y hay algo tan intensamente posesivo en su expresión que mi diversión se evapora, reemplazada por un calor que nada tiene que ver con la temperatura del salón.

—Con todos y cada uno de ellos —confirma, su voz grave y firme —. Porque lo único en lo que puedo pensar cuando te veo con ese vestido, cuando veo cómo te miran, es en sacarte de aquí y llevarte a algún lugar donde podamos estar solos.

Mi respiración se entrecorta, y siento cómo un rubor intenso sube por mi cuello hasta mis mejillas. Las imágenes que sus palabras evocan son tan vívidas que casi puedo sentir sus manos sobre mi piel, sus labios recorriendo mi cuerpo.

—Nicholas... —comienzo, mi voz apenas un susurro.

—He sido paciente —continúa, acercándose hasta que estamos a solo centímetros de distancia—. He intentado ser un caballero. Pero verte así, sabiendo lo que ese imbécil de tu ex te hizo creer sobre ti misma... —Su mandíbula se tensa visiblemente—. Quiero borrarlo todo. Quiero que olvides que existía.

Sus palabras me golpean como olas contra un acantilado, erosionando cualquier resistencia que pudiera quedar. No sé si es el champán, la música, el ambiente del baile o simplemente la culminación de semanas de tensión acumulada, pero de repente no hay nada que desee más que estar a solas con él, lejos de todas estas miradas y protocolos.

—¿Tienes algún plan? —pregunto, mi voz apenas audible sobre el latido desenfrenado de mi corazón.

Nicholas se inclina hasta que sus labios rozan mi oído, su aliento cálido enviando escalofríos por mi columna.

—Mañana —susurra—. Mañana te llevaré a un lugar donde nadie nos molestará. Donde podamos ser simplemente Nik y Sofía, sin corona ni pretensiones.

La promesa en su voz hace que mi cuerpo entero se estremezca con anticipación.

—¿Y esta noche? —pregunto, sorprendiéndome a mí misma con mi audacia.

—Esta noche... —comienza, pero es interrumpido por un carraspeo discreto.

James, su asistente personal, está de pie a unos metros, su expresión una mezcla de disculpa y determinación.

—Su Alteza, perdone la interrupción —dice, manteniendo la voz baja—. Su Majestad requiere su presencia inmediata. El embajador de Japón acaba de llegar y ha expresado su deseo de saludarlo personalmente.

Veo cómo la máscara del príncipe desciende sobre el rostro de Nicholas, borrando momentáneamente al hombre que estaba a punto de prometerme una escapada.

—Por supuesto —responde, su voz volviendo a ese tono perfectamente modulado que usa para asuntos oficiales—. Estaré allí enseguida.

James asiente y se retira discretamente, dejándonos solos de nuevo, aunque la magia del momento anterior se ha roto.

Nicholas me mira, y la frustración es evidente en sus ojos.

—El deber llama —dice, con una sonrisa que no oculta su decepción—. Pero la promesa sigue en pie. Mañana, tú y yo. Solos. Sin interrupciones.

Toma mi mano y la lleva a sus labios, un gesto que parece inocente para cualquier observador, pero que siento como una marca ardiente en mi piel.

—Te lo prometo —añade, y hay tal intensidad en sus palabras que no puedo dudar de ellas.

—Te tomo la palabra, príncipe —respondo, intentando sonar ligera a pesar del fuego que siento arder bajo mi piel.

Y mientras lo veo alejarse, cumpliendo con sus deberes reales, no puedo evitar pensar en lo que nos espera mañana. En lo que significa esta nueva línea que estamos a punto de cruzar.

Porque ya no hay vuelta atrás. Y por primera vez en mi vida, no quiero que la haya.

CAPÍTULO 22

SOFÍA

Dos días.

Han pasado dos días desde el Baile de Invierno. Dos días desde que Nicholas me prometió, con esa voz ronca cargada de promesas, que me llevaría a un lugar donde podríamos estar solos. Dos días durante los cuales apenas le he visto, siempre rodeado de consejeros, diplomáticos o su madre.

Y con cada hora que pasa, la duda crece en mi interior como una enredadera venenosa.

¿Se habrá arrepentido? ¿Habrá sido solo un momento de locura provocado por el ambiente del baile, por el champán, por verme vestida como una noble de cuento de hadas? Quizás al día siguiente, a la fría luz del amanecer, se dio cuenta de lo inadecuado que sería involucrarse con alguien como yo: una plebeya fingiendo ser quien no es.

Suspiro, apoyando la frente contra el cristal frío de la ventana de mi habitación. Afuera, el cielo invernal de Northbridge amenaza nieve, nubes grises cargadas que se arrastran perezosamente por encima de los jardines del palacio.

Un golpe en la puerta interrumpe mis cavilaciones.

—Adelante —digo, esperando encontrarme con Lily o Emma con algún mensaje sobre la agenda del día.

Pero es James, el asistente personal de Nicholas, quien aparece en el umbral. Siempre impecable en su traje oscuro, con esa expresión neutral que parece haber perfeccionado a lo largo de años sirviendo a la familia real.

—Lady Sofía —saluda con una leve inclinación de cabeza—. Su Alteza Real solicita su presencia en los establos reales dentro de

media hora. Me ha pedido que le transmita que vaya vestida para montar.

Mi corazón da un vuelco, y luego comienza a latir como un tambor desbocado.

—¿Los establos? —repito, intentando que mi voz suene calmada, cuando por dentro estoy experimentando una mezcla caótica de emoción, nerviosismo y, sí, alivio—. ¿Ha mencionado el propósito?

Los labios de James se curvan ligeramente, el más mínimo atisbo de sonrisa rompiendo su compostura profesional.

—Su Alteza dijo, y cito textualmente: «Dile a Sofía que tenemos una cita pendiente con la libertad».

El calor sube a mis mejillas. Entonces no lo ha olvidado. Ha estado esperando, planeando, buscando el momento adecuado.

—Gracias, James —respondo, y mi voz suena extrañamente suave, incluso para mis propios oídos—. Por favor, dile a Su Alteza que estaré allí.

James asiente y se retira, cerrando la puerta silenciosamente tras de sí.

Me quedo inmóvil durante unos segundos, procesando lo que acaba de suceder. Y entonces, como si alguien hubiera pulsado un interruptor, me pongo en movimiento frenético.

—¡Emma! ¡Necesito tu ayuda! —llamo, dirigiéndome hacia el armario—. ¡Necesito ropa para montar a caballo!

Media hora después, estoy atravesando los jardines hacia los establos reales, intentando controlar los nervios que hacen que mi estómago se retuerza como si hubiera tragado mariposas vivas. Emma ha encontrado para mí un conjunto de equitación que parece sacado de una revista de moda: pantalones ajustados de un tono beige claro, botas altas de cuero negro brillante, y una chaqueta azul marino con botones dorados que me hace parecer mucho más elegante de lo que me siento.

El frío de diciembre pellizca mis mejillas mientras camino, y mi aliento forma pequeñas nubes frente a mí. El olor a tierra húmeda y pino se intensifica a medida que me acerco a los establos, mezclándose gradualmente con el aroma característico a heno fresco y caballos.

Y allí está él.

Nicholas está de pie junto a dos caballos ensillados, acariciando distraídamente el cuello de uno de ellos mientras habla en voz baja con el mozo de cuadra. Lleva unos pantalones de montar que se ajustan a sus piernas largas y musculosas, y una chaqueta de tweed que enfatiza la anchura de sus hombros. Con botas altas y el pelo ligeramente despeinado por la brisa, parece sacado de una novela romántica histórica.

Como si sintiera mi presencia, levanta la mirada. El cambio en su expresión cuando me ve es inmediato y electrizante: sus ojos se iluminan, su postura se relaja, y una sonrisa lenta y genuina se extiende por su rostro.

Mi corazón responde con un vuelco traicionero.

—Has venido —dice cuando me acerco, como si hubiera dudado de que lo haría.

—Has mandado a buscarme —respondo, intentando sonar despreocupada, aunque mi pulso se ha acelerado solo con estar cerca de él—. Y me dijeron que era una convocatoria real.

Nicholas ríe, un sonido cálido y profundo que parece derretir el frío a nuestro alrededor.

—Debo disculparme por la demora —dice, acercándose hasta que solo nos separan unos centímetros—. Estos dos días han sido un infierno de reuniones diplomáticas, llamadas de emergencia y mi madre constantemente a mi lado.

La sinceridad en su voz disipa parte de mis dudas. No se ha olvidado. No se ha arrepentido. Solo ha estado atrapado en las obligaciones que definen su vida.

—¿Y cómo has conseguido escapar hoy? —pregunto, genuinamente curiosa.

Nicholas sonríe, y hay algo travieso, casi infantil, en su expresión.

—Dije que tenía que inspeccionar personalmente una propiedad en los límites del bosque real antes de que llegue la nevada —explica—. No es exactamente una mentira. Pienso inspeccionarla muy a fondo... contigo.

El énfasis en esas dos últimas palabras envía un escalofrío por mi espalda que nada tiene que ver con la temperatura.

—¿Sabes montar? —pregunta, señalando hacia los caballos.

—No desde que era niña —admito—. Y nunca en un caballo que pareciera tan... imponente.

El animal que está junto a Nicholas es enorme, negro como la medianoche, con un porte orgulloso que hace honor a su dueño real. El segundo caballo, aunque más pequeño, sigue siendo considerablemente más grande que los ponis en los que monté durante mis vacaciones infantiles.

—No te preocupes —dice, tomando mi mano—. Dulzura es la yegua más dócil de los establos. No haría daño ni a una mosca.

Miro escépticamente al animal que llama «Dulzura», una yegua de color castaño claro con una mancha blanca en forma de estrella en la frente. Me devuelve la mirada con grandes ojos marrones que parecen casi... amigables.

—Si tú lo dices —respondo, acercándome tentativamente y permitiendo que el animal olfatee mi mano extendida.

Para mi sorpresa, la yegua resopla suavemente y presiona su nariz aterciopelada contra mi palma en un gesto que parece casi afectuoso.

—Le gustas —observa Nicholas, con una sonrisa que sugiere que él comparte la opinión de su caballo.

Con la ayuda del mozo de cuadra, me subo a la silla. La sensación de estar tan alto del suelo es inicialmente aterradora, pero a medida que encuentro mi equilibrio, una emoción inesperada comienza a burbujear en mi pecho. Nicholas monta su propio caballo con la gracia natural de alguien que ha pasado media vida en la silla, y la imagen que presenta —alto, orgulloso, completamente en control del animal poderoso bajo él— hace que se me seque la boca.

—¿Lista para la aventura? —pregunta, inclinándose ligeramente hacia mí.

—Contigo, siempre —respondo, y las palabras salen con más sinceridad de la que pretendía.

Algo cambia en su mirada, un destello de intensidad que hace que mi corazón salte. Pero es solo un momento, y entonces está guiando a su caballo hacia un sendero que se adentra en los vastos terrenos del palacio, con Dulzura siguiéndole obedientemente.

A medida que nos alejamos del palacio, siento cómo la tensión abandona mis hombros. El aire frío y limpio, el ritmo hipnótico del trote de los caballos, la belleza serena del paisaje invernal... todo conspira para crear una sensación de libertad que no había experimentado desde que llegué a Northbridge.

Nicholas parece sentirlo también. Su postura es menos rígida, su sonrisa más frecuente, sus comentarios más espontáneos. Me muestra los lugares de su infancia: el roble donde construyeron su primera casa en el árbol, el pequeño arroyo donde aprendió a pescar con su padre, la colina desde donde se puede ver todo el valle en los días claros.

Es como conocer a un Nicholas diferente. Y me encuentro fascinada por este hombre que emerge cuando nadie más está mirando.

Después de aproximadamente una hora de cabalgata, el paisaje comienza a cambiar. Los jardines meticulosamente cuidados dan paso a un bosque más salvaje, con árboles centenarios que se elevan majestuosos hacia el cielo. El sendero se estrecha, obligándonos a cabalgar más cerca uno del otro.

—¿Cuánto falta? —pregunto, notando cómo las nubes se han oscurecido amenazadoramente.

—No mucho —responde Nicholas, mirando también hacia el cielo —. Y parece que hemos elegido el momento justo. Esas nubes no van a contener la nieve mucho más tiempo.

Como si sus palabras fueran una señal, los primeros copos comienzan a caer, pequeños y delicados, danzando en el aire frío antes de posarse silenciosamente sobre el suelo.

—Es precioso —murmuro, extendiendo una mano para capturar algunos copos que se derriten instantáneamente contra mi guante.

Nicholas me mira, y hay algo en su expresión que hace que mi corazón dé un vuelco.

—Sí, lo es —dice, aunque sus ojos no se han apartado de mí.

El sendero gira bruscamente, y de repente, aparece ante nosotros una pequeña cabaña de madera, como salida de un cuento de hadas invernal. Está construida con troncos oscuros y tiene un techo a dos aguas cubierto parcialmente de musgo. Una chimenea de piedra se

eleva en un lateral, aunque no hay humo saliendo de ella. Ventanas pequeñas con contraventanas de madera salpican las paredes, y una puerta robusta con herrajes de hierro forjado completa la imagen rústica pero acogedora.

—¿Qué es este lugar? —pregunto mientras desmontamos.

—Mi refugio secreto —responde Nicholas, ayudándome a bajar de la yegua con un movimiento fluido que me deja momentáneamente en sus brazos—. O al menos, tan secreto como puede ser algo cuando eres el príncipe heredero. Oficialmente es una cabaña de caza real, pero rara vez se utiliza para ese propósito. Mi padre la mandó construir cuando yo era niño, como un lugar donde escapar del protocolo.

Ata los caballos bajo un pequeño cobertizo adyacente a la cabaña, asegurándose de que estén protegidos de la nieve que cae cada vez con más intensidad.

La puerta de la cabaña se abre con un crujido nostálgico, revelando un interior sorprendentemente acogedor. Es un espacio único, con una gran chimenea de piedra en un extremo, una pequeña cocina rústica en otro, y en el centro, una zona de estar con sofás de aspecto cómodo frente al fuego. Una escalera de madera en un rincón lleva a lo que parece ser un altillo.

—Bienvenida a mi escondite —dice Nicholas, encendiendo unas lámparas de aceite que proyectan un resplandor dorado por toda la habitación.

—Es encantador —respondo sinceramente, quitándome los guantes para sentir la textura de la madera pulida de la mesa central —. No es lo que esperaba de una propiedad real.

Nicholas sonríe, quitándose la chaqueta y colgándola en un perchero junto a la puerta.

—Esa es exactamente la idea —dice—. Nada de oro, ni candelabros de cristal, ni retratos de antepasados severos. Solo... simplicidad.

Se arrodilla junto a la chimenea y comienza a preparar un fuego con una habilidad que me sorprende. Sus manos, normalmente ocupadas firmando documentos o estrechando las de dignatarios, trabajan con destreza colocando leña y encendiendo las llamas.

—Entonces... ¿este es tu plan? —pregunto, apoyándome contra la mesa y observándole—. ¿Secuestrarme en medio de una tormenta de nieve?

Nicholas me mira por encima del hombro, y hay un destello peligroso en sus ojos azules.

—¿Te estás quejando? —Su voz es más grave, más ronca de lo habitual.

—En absoluto —respondo, sosteniéndole la mirada—. Solo me pregunto si es digno de un príncipe escabullirse así, en secreto.

—No he venido como príncipe —dice, poniéndose de pie una vez que el fuego comienza a arder con fuerza—. He venido como Nicholas. Solo Nicholas.

Da un paso hacia mí, y luego otro, reduciendo la distancia entre nosotros hasta que puedo sentir el calor que emana de su cuerpo. Está tan cerca que tendría que inclinar la cabeza hacia atrás para mantener el contacto visual.

—Y tú no estás aquí como Lady Sofía, la noble española —continúa, su voz apenas un susurro—. Estás aquí como Sofía. La mujer que me vuelve loco.

Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo. Todos mis sentidos están hiperfocalizados en él: en el aroma a sándalo y cuero que emana de su piel, en el calor de su cuerpo, en el azul intenso de sus ojos que parece haberse oscurecido con algo primario y hambriento.

—Nik... —comienzo, pero las palabras se me atoran en la garganta.

—Durante dos días no he pensado en otra cosa que no seas tú —dice, levantando una mano para acariciar mi mejilla con una ternura que contrasta con la intensidad de su mirada—. En cómo te veías en ese vestido azul. En cómo se sentía tenerte en mis brazos durante el vals. En todas las formas en que quiero demostrarte lo equivocado que estaba ese imbécil de tu ex.

Sus palabras envían una corriente eléctrica por mi columna, despertando sensaciones que creía dormidas o que quizás nunca había experimentado.

—Pensé que te habías olvidado —confieso, mi voz apenas un susurro—. Que quizás fue solo el momento, el baile, verme vestida como...

—No —me interrumpe, y hay una firmeza en su voz que no admite dudas—. No fue el vestido, ni el baile, ni nada de eso. Eres tú, Sofía. Toda tú. Tu risa, tu temperamento, tu forma de ver a través de todas mis máscaras. Te deseo desde el momento en que me besaste en ese aeropuerto, y cada día que pasa es peor.

Sus palabras me desarman completamente. No hay artificio en ellas, ninguna línea ensayada. Solo la cruda honestidad de un hombre que ha pasado su vida midiendo cada palabra y que ahora, por fin, está diciendo exactamente lo que siente.

—Yo también te deseo —admito, y las palabras salen como una liberación—. Y me aterra lo mucho que te deseo.

Sus ojos se oscurecen aún más, y veo cómo su pecho se expande con una respiración profunda, como si estuviera intentando mantener el control.

—Dime que me detenga ahora, Sofía —dice, su voz es apenas un gruñido bajo—. Porque si no lo haces, voy a besarte. Y si te beso, no creo que pueda parar ahí.

La bola de calor que se ha estado formando en mi vientre explota en llamas ante sus palabras. No hay decisión que tomar. No hay dilema. Solo existe este momento, este hombre, y el fuego que arde entre nosotros.

—No quiero que te detengas —respondo, y mi voz suena más firme de lo que esperaba—. No te atrevas a detenerte.

Y con eso, el último hilo de su control parece romperse. Su boca encuentra la mía en un beso que no tiene nada de gentil, nada de tentativo. Es hambriento, desesperado, casi salvaje. Sus manos se deslizan hasta mi cintura, atrayéndome contra su cuerpo con una urgencia que hace que mi cabeza dé vueltas.

Respondo con igual fervor, mis brazos rodeando su cuello, mis dedos enredándose en su pelo, atrayéndolo más cerca, más profundo. Su lengua acaricia la línea de mis labios, exigiendo entrada, y yo se la concedo con un pequeño suspiro de rendición.

El beso se intensifica, convirtiéndose en algo primitivo y abrasador. Sus manos recorren mi espalda, mi cintura, mis caderas, como si quisiera memorizar cada curva, cada contorno de mi cuerpo. Puedo sentir su deseo, duro y evidente contra mi vientre, y esa sensación enciende algo salvaje dentro de mí.

Fuera, la nieve cae con intensidad creciente, aislándonos del mundo exterior, creando un refugio donde solo existimos nosotros dos. Y mientras Nicholas me levanta en brazos y se dirige hacia la escalera que lleva al altillo, solo puedo pensar en una cosa:

Esta noche, por fin, voy a descubrir qué se siente al ser verdaderamente deseada.

NICHOLAS

El peso de Sofía en mis brazos es a la vez ligero y embriagador. Subo la escalera hacia el altillo, donde sé que hay una cama cubierta con una colcha de piel, sintiendo cómo sus labios exploran mi mandíbula, mi cuello, el punto sensible justo debajo de mi oreja.

Cada paso es una prueba de autocontrol. Quiero devorarla aquí mismo, en estos escalones, pero ella merece más. Merece todo lo que puedo darle. Y esta noche, planeo dárselo.

La nieve golpea suavemente contra las ventanas, el fuego crepita en la chimenea de abajo, y afuera, el mundo entero parece haberse detenido. En este momento, no soy un príncipe, y ella no es una chef fingiendo ser noble.

Somos solo un hombre y una mujer, a punto de descubrir qué se siente al rendirse completamente el uno al otro.

Y nada, absolutamente nada, podría detenerme ahora.

CAPÍTULO 23

SOFÍA

El altillo de la cabaña es un espacio íntimo y acogedor, con el techo inclinado creando una sensación de refugio. Una cama grande con estructura de madera oscura domina el centro, cubierta con una gruesa colcha de pieles que parece invitar a hundirse en ella. La luz de la luna se filtra a través de una ventana circular, mezclándose con el resplandor anaranjado que sube desde la chimenea de abajo, bañando todo en un fulgor dorado y azulado.

Nicholas me deposita con suavidad sobre la colcha, como si fuera algo infinitamente precioso.

Se queda de pie junto a la cama, mirándome con una intensidad que hace que mi corazón martillee contra mis costillas.

—Eres tan hermosa —murmura, su voz ronca y profunda en la penumbra—. Tan jodidamente hermosa que duele mirarte.

Un escalofrío recorre mi columna. Nadie me ha mirado jamás así, como si estuviera contemplando una obra maestra, algo milagroso y extraordinario.

Nicholas se arrodilla lentamente junto a la cama, colocándose a mi altura. Con dedos ligeramente temblorosos, desabrocha mi chaqueta de montar, deslizándola por mis hombros con una reverencia que me deja sin aliento. Debajo llevo una simple blusa de algodón blanco, nada especial, pero por la forma en que sus ojos recorren la tela, podría estar vistiendo la seda más fina.

—¿Estás segura? —pregunta, su mirada buscando la mía en la semi-oscuridad.

Una sonrisa temblorosa se dibuja en mis labios.

—Sí. De hecho, si te detienes ahora, Nik, creo que podría morir —confieso, sorprendiéndome a mí misma con mi honestidad.

Algo salvaje cruza su mirada, algo primitivo y hambriento. Se inclina hacia mí, y esta vez cuando sus labios encuentran los míos, el beso es diferente. Menos urgente pero más profundo, como si estuviera saboreándome, memorizándome.

Sus manos encuentran el dobladillo de mi blusa, tirando suavemente hasta que asiento, levantando los brazos para permitirle quitármela. El aire fresco del altillo acaricia mi piel recién expuesta, haciendo que se erice. Llevo un sujetador sencillo de encaje blanco, nada preparado para seducir a un príncipe, pero el gruñido bajo que escapa de su garganta me dice que le gusta lo que ve.

—Dios, Sofía —murmura, sus dedos trazando el contorno de mi clavícula con una delicadeza que contrasta con el hambre en sus ojos—. He soñado con esto. Con verte así.

Sus palabras encienden un fuego en mi vientre que se extiende hasta mis mejillas. Alcanzo su camisa, mis dedos trabajando torpemente en los botones.

—No es justo —digo, con una sonrisa juguetona—. Estoy en desventaja.

Nicholas sonríe, esa sonrisa torcida que hace que se le forme un hoyuelo en la mejilla izquierda, y me ayuda, desabrochando su camisa y dejándola caer al suelo junto a mi blusa.

Oh. Dios. Mío.

Ya le había visto sin camisa antes, boxeando en el gimnasio real, pero esto es diferente. La luz dorada acentúa cada músculo, cada plano y curva de su torso. Es como una estatua clásica, todo líneas perfectas y fuerza contenida. Un rastro fino de vello oscuro desciende desde su pecho hasta perderse bajo la cintura de sus pantalones, y tengo que contener el impulso de seguirlo con mis dedos.

Como si leyera mis pensamientos, toma mi mano y la coloca sobre su pecho, justo encima de su corazón. Puedo sentirlo latir, fuerte y rápido, contra mi palma.

—Esto es lo que me haces —dice, su voz apenas un susurro—. Siempre.

Trago saliva, abrumada por la intimidad del momento. Mi mano se desliza por su pecho, explorando, maravillándose con la calidez de

su piel, con la forma en que sus músculos se tensan bajo mi toque.

Nicholas cierra los ojos brevemente, como si mi contacto fuera demasiado intenso para soportarlo. Cuando los abre de nuevo, hay una determinación renovada en ellos.

—Recuéstate —ordena suavemente, y hay algo en su tono que no admite discusión.

Obedezco, sintiendo cómo las pieles suaves se amoldan a mi espalda. Nicholas se inclina sobre mí, sus manos a ambos lados de mi cabeza, su cuerpo a centímetros del mío, creando un delicioso anticipo.

—Voy a borrar cada recuerdo —murmura, bajando para dejar un beso en mi mandíbula—. Cada inseguridad —otro beso en mi cuello —. Cada duda que ese imbécil plantó en tu mente.

Sus labios trazan un camino descendente por mi clavícula, dejando pequeños incendios a su paso. Cuando llega al borde de mi sujetador, se detiene, mirándome con una pregunta silenciosa en sus ojos.

Asiento, incapaz de formar palabras coherentes. Con movimientos precisos, desliza sus manos bajo mi espalda y desabrocha el cierre. La prenda cae a un lado, y de repente estoy expuesta ante él, vulnerable y expectante.

Por un momento, Nicholas simplemente me mira, sus ojos recorriendo cada centímetro de piel recién revelada con una adoración que hace que me ruborice desde las mejillas hasta el pecho.

—Perfecta —dice finalmente, su voz apenas audible—. Absolutamente perfecta.

Y entonces su boca está sobre mí, besando, lamiendo, adorando cada centímetro de piel que encuentra. Gimo cuando sus labios se cierran alrededor de un pezón, la sensación tan intensa que arqueo la espalda instintivamente, buscando más contacto.

Nicholas se toma su tiempo, alternando entre ambos pechos, usando sus labios, su lengua, ocasionalmente sus dientes en un roce suave que envía ondas de placer a través de mi cuerpo. Sus manos no están ociosas, recorriendo mis costados, mi vientre, el borde de mis pantalones de montar.

El placer se acumula en mi vientre, una presión creciente que busca liberación. Mis caderas se mueven involuntariamente, buscando fricción contra su cuerpo.

—Paciencia —murmura contra mi piel, y puedo sentir su sonrisa —. Tenemos toda la noche.

Sus manos encuentran el cierre de mis pantalones, abriéndolo con una destreza que me hace preguntarme fugazmente cuántas mujeres habrán estado en mi lugar. Pero el pensamiento se desvanece cuando comienza a deslizar la prenda por mis piernas, sus dedos dejando rastros de fuego a su paso.

Me quedo solo con unas braguitas de encaje que hacen juego con el sujetador, sintiéndome extrañamente poderosa bajo su mirada hambrienta. Nicholas se pone de pie, desabrochando sus propios pantalones y dejándolos caer, quedando en unos bóxers negros que no hacen nada por ocultar su evidente excitación.

Contengo el aliento ante la visión completa de su cuerpo. Es magnífico, cada músculo definido pero no exagerado, cada línea fluyendo armoniosamente hacia la siguiente. Una cicatriz fina cruza su costado izquierdo, y sin pensar, extiendo mi mano para trazarla con la punta de mis dedos.

—¿Cómo...?

—Entrenamiento militar —responde, su voz tensa por el esfuerzo de mantenerse controlado—. Una herida de práctica. Nada grave.

Asiento, continuando mi exploración, maravillándome con la forma en que su piel se eriza bajo mi toque. Cuando mis dedos rozan el elástico de sus bóxers, siento cómo contiene la respiración.

—Sofía... —advierte, su voz un gruñido bajo.

—¿Qué pasa, Alteza? —pregunto, intentando sonar inocente pero traicionada por el temblor en mi voz—. ¿Demasiado para ti?

Un destello peligroso cruza su mirada.

—Estás jugando con fuego, chef —dice, empujándome suavemente hasta que estoy completamente recostada—. Y podrías quemarte.

—Quizás quiero arder —respondo, sorprendiéndome a mí misma con mi audacia.

Es todo lo que necesita oír. En un movimiento fluido, Nicholas se coloca sobre mí, su peso apoyado en sus antebrazos para no aplastarme. La sensación de su cuerpo presionado contra el mío, solo separados por dos finas capas de tela, es tan intensa que tengo que morderme el labio para no gemir.

Sus labios encuentran los míos en un beso que contiene toda la pasión que ha estado conteniendo. Su lengua explora mi boca con una urgencia que refleja la mía propia. Una de sus manos se desliza por mi costado, acariciando la curva de mi cadera antes de aventurarse bajo el borde de mis braguitas.

—Quiero tocarte —susurra contra mis labios—. Quiero sentirte. Quiero saber qué te gusta, qué te hace perder el control.

—Sí —es todo lo que puedo decir, mi voz apenas un suspiro.

Sus dedos encuentran mi centro, y ambos gemimos ante el contacto. Estoy tan húmeda, tan preparada para él, que me sentiría avergonzada si no fuera por la mirada de pura adoración en sus ojos.

—Tan perfecta —murmura, mientras sus dedos comienzan a moverse, explorando, descubriendo los puntos que me hacen jadear —. Tan receptiva.

Mis caderas se mueven al ritmo que marcan sus dedos, buscando más presión, más fricción, más de todo. Nicholas observa cada reacción, cada gemido, cada temblor, adaptando sus movimientos a lo que ve que me da más placer.

Cuando desliza un dedo dentro de mí, creo que podría desmayarme por la intensidad de la sensación. Un segundo dedo se une al primero, y comienza un ritmo lento pero implacable que hace que me agarre a sus hombros, mis uñas clavándose ligeramente en su piel.

—Eso es —alienta, su voz teñida de deseo—. Déjate llevar, Sofía. Quiero verte.

Su pulgar encuentra el punto exacto donde más lo necesito, y es como si un cable de alta tensión conectara ese punto con cada terminación nerviosa de mi cuerpo. El placer se acumula, se intensifica, se vuelve casi insoportable.

—Nik... —jadeo, sintiendo cómo me acerco al borde—. Yo... no puedo...

—Sí puedes —insiste, aumentando el ritmo de sus dedos—. Déjate ir. Estoy aquí para atraparte.

Y entonces sucede. El placer explota dentro de mí como una supernova, expandiéndose en oleadas que me recorren desde el centro hasta las puntas de los dedos. Mi cuerpo se tensa, mi espalda se arquea, y un grito que no reconozco como mío escapa de mis labios.

Nicholas me sostiene a través de cada ola, ralentizando sus movimientos gradualmente, prolongando el placer hasta que finalmente colapso sobre la cama, jadeando y temblorosa.

Cuando abro los ojos, me encuentro con su mirada llena de una mezcla de satisfacción masculina y algo más profundo, algo que hace que mi corazón dé un vuelco.

—Eso —dice, inclinándose para dejar un beso suave en mis labios —, fue lo más hermoso que he visto jamás.

Una risa temblorosa escapa de mi garganta.

—Si llamas a eso hermoso, necesitas revisar tus estándares —bromeo, intentando recuperar el aliento.

Nicholas sacude la cabeza, su expresión repentinamente seria.

—No tengo palabras para describir lo que eres para mí, Sofía —dice, su voz cargada de emoción—. No existe vocabulario suficiente.

Algo dentro de mí se derrite ante sus palabras. Extiendo mi mano para acariciar su mejilla, sintiendo la ligera aspereza de su barba incipiente contra mi palma.

—Demuéstramelo —susurro.

No necesita más invitación. Con movimientos deliberados, Nicholas se deshace de mis braguitas, deslizándolas por mis piernas y dejándolas caer junto al resto de nuestra ropa. Luego, se quita sus propios bóxers, quedando completamente desnudo ante mí.

Mi respiración se entrecorta ante la visión de su cuerpo en toda su gloria. Es magnífico, poderoso y evidentemente listo para mí. Por un momento, un destello de nerviosismo cruza mi mente.

Como si sintiera mi momentánea vacilación, Nicholas se inclina para besarme tiernamente.

—Podemos parar en cualquier momento —asegura, sus ojos buscando los míos—. Solo dilo.

Sacudo la cabeza, sorprendida por su consideración incluso en este momento de obvia necesidad.

—No quiero parar —respondo con firmeza—. Te quiero a ti. Todo de ti.

Una sonrisa lenta se extiende por su rostro.

—Entonces me tendrás —promete.

Se estira hacia el suelo, recogiendo su chaqueta y sacando algo del bolsillo. Un preservativo. Siempre preparado, incluso para esto.

Mientras se lo coloca, no puedo evitar pensar en lo surrealista que es todo esto. Yo, Sofía Acosta, chef española con el corazón recién roto, a punto de hacer el amor con un príncipe heredero en una cabaña en medio del bosque durante una tormenta de nieve. Si alguien me lo hubiera contado hace un mes, me habría reído en su cara.

Y sin embargo, cuando Nicholas vuelve a colocarse sobre mí, cuando siento el calor de su cuerpo contra el mío, cuando sus ojos, oscurecidos por el deseo, pero brillantes de algo que podría ser ternura, se fijan en los míos... nada me ha parecido jamás tan correcto.

—Dime si te hago daño —murmura, posicionándose entre mis piernas.

—No lo harás —respondo con una confianza que me sorprende.

Y entonces, lentamente, comienza a entrar en mí. La sensación es abrumadora, una plenitud que va más allá de lo físico. Nicholas va despacio, permitiendo que mi cuerpo se ajuste a él, sus ojos nunca abandonan los míos, buscando cualquier señal de incomodidad.

Pero no hay incomodidad. Solo una perfección que me roba el aliento.

Cuando está completamente dentro, ambos nos quedamos inmóviles por un momento, asimilando la sensación de estar finalmente unidos de la forma más íntima posible.

—Sofía... —susurra, y mi nombre en sus labios suena como una plegaria.

—Estoy aquí —respondo, levantando mis caderas ligeramente, instándole a moverse.

Nicholas comienza un ritmo lento y controlado, cada empuje cuidadosamente medido. Sus brazos tiemblan ligeramente por el esfuerzo de contenerse, y me doy cuenta de que está siendo deliberadamente gentil, temiendo lastimarme.

Envuelvo mis piernas alrededor de su cintura, cambiando el ángulo y permitiéndole llegar más profundo. El gemido gutural que escapa de su garganta es la cosa más erótica que he escuchado jamás.

—No te contengas —susurro contra su oído—. No soy de cristal.

Algo se rompe en su control. Sus embestidas se vuelven más profundas, más rítmicas, más instintivas. Una de sus manos encuentra la mía sobre las pieles, entrelazando nuestros dedos en un gesto sorprendentemente íntimo dado lo que estamos haciendo.

El placer comienza a construirse nuevamente, una espiral ascendente que me lleva cada vez más alto. Nicholas debe sentirlo también, porque su ritmo cambia, volviéndose más urgente.

—Quiero sentirte —dice, su voz entrecortada por el esfuerzo—. Quiero que llegues conmigo.

Su mano libre se desliza entre nuestros cuerpos, encontrando ese punto sensible que me hace ver estrellas. La combinación de sensaciones es demasiado: sus dedos, su cuerpo dentro del mío, sus ojos fijos en los míos, el peso delicioso de su cuerpo sobre el mío.

El orgasmo me toma por sorpresa, más intenso que el anterior, sacudiendo mi cuerpo con espasmos de placer que parecen no tener fin. Nicholas me sigue segundos después, su cuerpo tensándose, mi nombre escapando de sus labios en un gruñido ronco que reverbera a través de mí.

Colapsamos juntos, jadeantes y temblorosos, nuestros cuerpos entrelazados como si hubieran sido hechos para encajar perfectamente. Nicholas rueda a un lado para no aplastarme, pero me mantiene cerca, mi cabeza descansando sobre su pecho, donde puedo escuchar el martilleo desenfrenado de su corazón.

Durante varios minutos, ninguno habla. No hay necesidad. El silencio entre nosotros es cómodo, lleno de todo lo que acabamos de

compartir. Afuera, la nieve continúa cayendo, aislándonos del mundo, creando nuestro propio universo dentro de estas paredes de madera.

Finalmente, Nicholas rompe el silencio, sus dedos trazando patrones perezosos sobre mi espalda desnuda.

—¿Estás bien? —pregunta, su voz suave en la penumbra.

Me incorporo ligeramente para mirarlo, encontrando en sus ojos una vulnerabilidad que nunca había visto antes.

—Mejor que bien —respondo honestamente—. Estoy... no tengo palabras.

Una sonrisa lenta se extiende por su rostro, iluminándolo de una manera que hace que mi corazón dé un vuelco.

—Ha sido… —comienza, aparentemente también luchando por encontrar las palabras adecuadas.

—¿Extraordinario? —sugiero.

—Revolucionario —corrige, atrayéndome para un beso que es pura ternura—. Absolutamente revolucionario.

Y mientras me acurruco contra él, envuelta en su calor y en el aroma a madera, especias y nosotros, no puedo evitar pensar que tiene razón.

Porque lo que acaba de suceder entre nosotros ha cambiado algo fundamental. Ha redibujado los límites de lo que creía posible sentir. Ha transformado lo que pensaba que era el deseo, el placer, la conexión.

Y aunque una parte de mí sabe que esto lo complica todo —que hace que la farsa sea menos farsa, que hace que la inevitable separación sea más dolorosa— no puedo arrepentirme.

Porque por primera vez en mi vida, me siento completamente vista. Completamente deseada. Completamente... amada.

NICHOLAS

Sofía duerme en mis brazos, su respiración suave y regular contra mi pecho, su cuerpo cálido y confiado contra el mío. La observo en la penumbra, maravillándome con la forma en que la luz del fuego que sube desde abajo baila sobre su piel dorada, creando patrones de luz y sombra que quisiera memorizar para siempre.

Nunca he experimentado nada como lo que acaba de suceder entre nosotros. He estado con mujeres antes, por supuesto. Relaciones cuidadosamente seleccionadas, discretas, apropiadas para mi posición. Pero nunca ha sido así. Nunca ha sido tan... trascendental.

Con Sofía, cada toque, cada beso, cada momento de intimidad compartida se sintió como una revelación. Como si cada experiencia anterior hubiera sido simplemente un ensayo para este momento, para esta mujer.

Acaricio suavemente su pelo, enrollando un mechón rebelde alrededor de mi dedo. Ella suspira en sueños, acurrucándose más contra mí, y mi corazón se expande de una manera que debería asustarme pero que, extrañamente, se siente como regresar a casa después de un largo viaje.

Me pregunto qué pensaría mi madre si pudiera vernos ahora. El príncipe heredero y la chef que se hace pasar por noble, desnudos y saciados en una cabaña en medio del bosque. Su desaprobación sería épica, su decepción palpable.

Y sin embargo, por primera vez en mi vida, no me importa.

Porque aquí, en este momento, con esta mujer, soy simplemente Nik. No el Príncipe Nicholas James de Northbridge, heredero al trono, sino solo un hombre abrazando a la mujer que ha revolucionado su mundo.

La mujer que, me doy cuenta con una claridad que debería aterrorizarme pero que sin embargo me emociona, estoy empezando a amar.

Sofía se mueve en mis brazos, sus ojos abriéndose lentamente, encontrando los míos en la semi-oscuridad. Una sonrisa somnolienta se dibuja en sus labios, y es tan hermosa que me deja sin aliento.

—Hola —murmura, su voz ronca por el sueño.

—Hola —respondo, inclinándome para dejar un beso suave en su frente—. ¿Has dormido bien?

Asiente, estirándose como una gata satisfecha, su cuerpo desnudo rozando el mío de una manera que inmediatamente despierta mi deseo nuevamente.

—Mejor que nunca —confiesa, y hay una dulzura en su voz que hace que algo se derrita dentro de mí—. Aunque no estoy segura de haber dormido mucho.

Sonrío, recordando cómo, después de nuestra primera vez, nos tomamos un descanso solo para comenzar de nuevo, esta vez más lento, más exploratorio, descubriendo cada rincón y secreto de nuestros cuerpos.

—La noche es joven —comento, notando que afuera todavía está oscuro, la nieve aun cayendo suavemente contra las ventanas.

Sofía se incorpora ligeramente, apoyándose en un codo para mirarme. La colcha de pieles se desliza, revelando la curva de su pecho, y tengo que hacer un esfuerzo consciente para mantener mis ojos en los suyos.

—¿Qué estás pensando? —pregunta, su mano trazando patrones abstractos sobre mi pecho—. Pareces... contemplativo.

Considero mentirle, ofrecer alguna respuesta ligera y sin consecuencias. Pero después de lo que hemos compartido, se merece mi honestidad.

—Estaba pensando en lo extraordinaria que eres —respondo, tomando su mano y llevándola a mis labios—. En cómo has entrado en mi vida y has puesto todo patas arriba. En cómo, por primera vez desde que tengo memoria, no estoy siguiendo un guion predeterminado.

Sus ojos se suavizan, la emoción brillando en sus profundidades.

—¿Y eso te asusta? —pregunta suavemente.

—Debería —admito—. Toda mi vida ha sido planificada meticulosamente, cada paso cuidadosamente considerado. Y entonces apareces tú, con tu risa contagiosa y tu temperamento español, y de repente estoy haciendo cosas que nunca imaginé. Escapándome a pubs locales. Decorando árboles de Navidad. Haciendo el amor en una cabaña durante una tormenta de nieve.

Sofía sonríe, pero hay una sombra de preocupación en sus ojos.

—¿Te arrepientes? —pregunta, y puedo detectar el miedo subyacente en su voz.

—Ni por un segundo —respondo sin vacilar, atrayéndola para un beso que intenta transmitir toda la certeza que siento—. Eres lo

mejor que me ha pasado, Sofía Acosta. Lo único que lamento es que nos hayamos conocido bajo estas circunstancias.

—¿Te refieres a mí fingiendo ser noble? —pregunta, una nota de amargura colándose en su voz.

—Me refiero a ambos fingiendo ser quienes no somos —aclaro—. Yo pretendiendo que esto es solo un acuerdo conveniente, cuando en realidad es mucho más.

Sus ojos se abren un poco más, la vulnerabilidad en ellos tan cruda que hace que mi corazón se contraiga.

—¿Qué es, entonces? —pregunta, su voz apenas un susurro.

Debería ser cauteloso. Debería medir mis palabras. Debería recordar que eventualmente ella volverá a Nueva York, a su vida, a sus sueños de ser chef. Que yo tengo responsabilidades, expectativas, un destino que no puedo simplemente ignorar.

Pero en este momento, envuelto en su calor, mirando a esos ojos que parecen ver directamente a través de todas mis defensas, solo puedo ofrecerle la verdad.

—Es el principio de algo que no esperaba encontrar jamás —respondo, acariciando su mejilla con reverencia—. Algo que me asusta y me emociona a partes iguales.

Sofía inhala bruscamente, sus ojos brillando con lágrimas no derramadas.

—Nik... —comienza, pero la silencio con un beso suave.

—No necesitamos definirlo ahora —digo, acariciando su pelo—. No necesitamos planificar o analizar o preocuparnos por el futuro. Por ahora, solo quiero estar aquí, contigo, sin el mundo exterior interfiriendo.

Asiente, una pequeña sonrisa curvando sus labios.

—Eso puedo hacerlo —responde, acurrucándose más cerca—. Vivir el momento.

La abrazo contra mí, sintiendo cómo nuestros corazones laten al unísono, nuestras respiraciones sincronizándose naturalmente. Afuera, la tormenta continúa, aislándonos del mundo, creando un paréntesis en el tiempo donde solo existimos nosotros dos.

Y mientras Sofía vuelve a quedarse dormida en mis brazos, me permito imaginar, solo por un momento, un futuro donde esto no es

una excepción sino la regla. Donde despertamos juntos cada mañana, donde su risa llena los pasillos del palacio, donde el deber y el deseo no son fuerzas opuestas sino complementarias.

Es un sueño peligroso, quizás imposible. Pero aquí, en esta noche que parece existir fuera del tiempo, me permito soñarlo de todas formas.

Porque Sofía Acosta ha cambiado las reglas de mi juego. Y por primera vez en mi vida, no quiero jugar según el guion predeterminado.

Quiero escribir mi propia historia. Nuestra propia historia.

Y que el mundo se adapte a nosotros, no al revés.

CAPÍTULO 24

NICHOLAS

El regreso al palacio es como despertar de un sueño. Con cada kilómetro que recorremos, siento cómo la realidad se cierra sobre nosotros como una jaula invisible. La nieve ha dejado de caer, pero el cielo sigue cargado y gris, reflejando el peso que comienza a asentarse sobre mis hombros.

Sofía cabalga a mi lado, su rostro radiante a pesar del frío que pellizca sus mejillas, volviéndolas de un tono rosado que me recuerda dolorosamente a cómo se veían anoche, iluminadas por el fuego mientras se movía sobre mí, su cuerpo tomando lo que yo le ofrecía.

Intercambiamos miradas cómplices, pequeñas sonrisas cargadas de secretos compartidos. No hemos hablado mucho durante el viaje de regreso, no con palabras al menos. No ha sido necesario. Hay una nueva intimidad entre nosotros que trasciende el lenguaje, un entendimiento silencioso que hace que las palabras parezcan superfluas.

Sin embargo, a medida que los jardines meticulosamente cuidados del palacio comienzan a aparecer ante nosotros, siento cómo Sofía también se tensa ligeramente, enderezando su postura, preparándose para volver a interpretar su papel.

—¿Todo bien? —pregunto, acercando mi caballo al suyo.

Ella me mira, y hay una vulnerabilidad en sus ojos que hace que quiera dar media vuelta y llevarla de regreso a nuestra burbuja en el bosque.

—Sí —responde, aunque su sonrisa no llega del todo a sus ojos—. Solo estoy... adaptándome.

Entiendo exactamente a qué se refiere. En la cabaña éramos simplemente Nik y Sofía, un hombre y una mujer descubriéndose mutuamente. Aquí somos el príncipe heredero y su supuesta novia noble, atrapados en una red de expectativas y apariencias.

—Nada ha cambiado —digo, extendiendo mi mano para tomar la suya brevemente—. No entre nosotros.

Su expresión se suaviza, y esta vez su sonrisa es genuina.

—Lo sé —responde, apretando mis dedos antes de soltarlos—. Pero ahí está el problema, ¿no? Deberíamos seguir fingiendo que no ha cambiado nada.

Tiene razón, por supuesto. Lo que hemos compartido ha alterado el equilibrio de nuestro acuerdo original de formas que ni siquiera he comenzado a procesar completamente. Pero no tenemos tiempo para esta conversación ahora. Ya estamos cruzando los jardines traseros, y puedo ver a varios miembros del personal observándonos desde las ventanas.

La fachada debe mantenerse. Al menos por ahora.

Cuando llegamos a los establos, los mozos de cuadra se apresuran a recibir nuestros caballos. Sofía desmonta con una gracia que me sorprende, considerando que hasta hace poco aseguraba no tener experiencia montando. Quizás soy un mejor maestro de lo que pensaba. O quizás ella simplemente tiene un talento natural para adaptarse a nuevas situaciones.

James aparece como si se hubiera materializado del aire, su expresión tan perfectamente neutra como siempre, aunque noto un ligero tic en su mandíbula que delata su tensión.

—Su Alteza —saluda con una reverencia precisa—. Lady Sofía. Su Majestad ha solicitado su presencia inmediata en el salón dorado.

Un escalofrío que nada tiene que ver con el clima recorre mi espalda. El salón dorado es donde mi madre suele recibir a los dignatarios extranjeros. No es un espacio para reuniones familiares informales.

—¿Mi madre mencionó el propósito? —pregunto, quitándome los guantes de montar.

—No explícitamente, señor —responde James, y ese tic en su mandíbula se intensifica—. Pero ha estado... preocupada por su

ausencia ayer.

Por supuesto que lo ha estado. Cancelé todas mis obligaciones oficiales sin previo aviso, algo sin precedentes en mi historial. Un día entero sin audiencias, sin llamadas, sin estar disponible para los asuntos de estado. Prácticamente un acto de rebelión según los estándares de la monarquía.

—Entiendo —digo, intercambiando una mirada con Sofía, que ha palidecido ligeramente—. Dile a Su Majestad que nos cambiaremos y acudiremos de inmediato.

James parece incómodo, evitando mi mirada.

—Su Majestad ha especificado que su presencia es requerida... ahora mismo, señor. Tal y como están.

La implicación es clara. Mi madre está lo suficientemente molesta como para ignorar las normas de etiqueta que ella misma ha reforzado durante décadas.

—Muy bien —respondo, enderezando mi postura instintivamente —. Guíanos, James.

Mientras caminamos por los pasillos del palacio, siento cómo la tensión va creciendo entre nosotros. Sofía está inusualmente silenciosa, su mirada fija en el suelo de mármol. Le ofrezco mi brazo, y ella lo toma con una sonrisa débil.

—Todo irá bien —murmuro, solo para sus oídos—. No has hecho nada malo.

—Excepto seducir al príncipe heredero y alejarlo de sus deberes reales —responde en un susurro, pero hay un destello de humor en sus ojos que me tranquiliza.

—Creo que fuimos mutuamente seducidos —contesto, y el rubor que sube a sus mejillas es tan encantador que tengo que contenerme para no besarla allí mismo, frente a James y cualquier miembro del personal que pudiera estar observando.

Finalmente llegamos a las imponentes puertas del salón dorado. Dos guardias con uniformes ceremoniales se encuentran a cada lado, sus expresiones tan impasibles como si fueran parte de la arquitectura. James anuncia nuestra llegada, y las puertas se abren con un movimiento fluido que delata el aceite perfecto en sus bisagras centenarias.

El salón dorado hace honor a su nombre. Todo en él parece brillar: desde los paneles de las paredes cubiertos de pan de oro, hasta los elaborados marcos de los espejos y retratos, pasando por los detalles dorados en el mobiliario de estilo rococó. La luz del día, aunque tenue debido a las nubes, se multiplica y rebota en cada superficie reflectante, creando un efecto casi cegador.

Y en el centro de toda esta opulencia, sentada en un sillón que bien podría pasar por un trono, está mi madre.

La Reina Maribel de Northbridge lleva un traje sastre de un azul tan profundo que parece negro hasta que la luz lo golpea en el ángulo correcto. Su pelo plateado está recogido en su característico moño impecable, y su postura es tan perfecta que haría llorar de emoción a cualquier profesor de etiqueta. Pero es su expresión lo que me hace detenerme en seco: una mezcla de desaprobación y preocupación que no ha dirigido hacia mí desde mis años de adolescencia rebelde.

No está sola. Lord Chamberlain, el jefe de protocolo de la casa real, está de pie a su derecha. Lady Catherine y Lady Amelia se encuentran sentadas en un sofá lateral, sus expresiones oscilando entre la curiosidad mal disimulada y la satisfacción apenas contenida.

Este no es un simple regaño maternal. Es una intervención oficial.

—Nicholas —dice mi madre, sin molestarse en usar mi título, lo que indica que esto es, al menos en parte, personal—. Lady Sofía. Qué amable por tu parte unirte a nosotros.

El tono de su voz podría congelar el infierno. A mi lado, siento cómo Sofía se tensa, pero mantiene la compostura, haciendo una reverencia perfecta.

—Su Majestad —saluda, su voz sorprendentemente firme—. Es un honor.

Mi madre apenas la mira, concentrando toda su atención en mí.

—Cancelaste todas tus obligaciones oficiales ayer —dice, sin preámbulos—. El embajador japonés esperó dos horas antes de que James le informara que no acudirías. La delegación nórdica tuvo que reprogramar su visita. Y la videoconferencia con el Consejo de Seguridad simplemente... no ocurrió.

Cada frase es un latigazo, cada palabra cuidadosamente elegida para maximizar la culpa. Es una técnica que ha perfeccionado a lo largo de los años.

—Tenía asuntos urgentes que atender —respondo, manteniéndome firme—. James debería haberte informado.

—Oh, James me informó, ciertamente —dice, con una sonrisa que no llega a sus ojos—. Me dijo que estabas «inspeccionando una propiedad en los límites del bosque real». Una tarea que, curiosamente, no figuraba en tu agenda y que aparentemente requería la compañía de Lady Sofía.

Los ojos de todos en la sala se mueven hacia Sofía, que, para su crédito, no se encoge ante el escrutinio.

—Lo que me preocupa, Nicholas —continúa mi madre, su voz bajando a un tono más íntimo, pero no menos acusatorio—, no es solo tu falta de responsabilidad ayer, sino lo distraído que has estado durante todas estas fiestas. Es como si no estuvieras realmente presente en las reuniones, como si tu mente estuviera constantemente en otro lugar. Esto no es propio de ti.

La implicación es clara, y la veo mirar a Sofía de reojo. La ira comienza a burbujear en mi interior, un calor que sube por mi pecho hasta mi garganta.

—Madre —digo, intentando mantener mi voz controlada—. Si deseas discutir mis decisiones, podemos hacerlo en privado.

—¿Por qué? —pregunta, arqueando una ceja perfectamente depilada—. ¿Hay algo que no quieres que escuchen nuestros invitados?

La provocación es tan evidente que casi puedo sentir cómo Sofía se tensa a mi lado, preparándose para la confrontación.

—No se trata de secretos —respondo, midiendo cada palabra—. Se trata de respeto. El mismo que espero recibir como adulto y como heredero al trono. Al igual que para la mujer que está conmigo.

Algo dentro de mí se rompe. Una presa que ha estado conteniendo años de resentimiento silencioso, de conformidad forzada, de anhelos reprimidos.

—¿Y qué si he cambiado? —pregunto, mi voz más alta de lo que pretendía—. ¿Y si, por primera vez en mi vida adulta, estoy tomando decisiones basadas en lo que yo quiero, y no en lo que se espera de mí?

El silencio que sigue a mis palabras es tan denso que casi podría cortarse. Veo cómo Lord Chamberlain palidece visiblemente, cómo Lady Catherine y Lady Amelia intercambian miradas de asombro mal disimulado.

Mi madre me mira como si me hubiera crecido una segunda cabeza.

—Nicholas —dice, con un tono de advertencia—. Este no es el momento ni el lugar.

—¿No querías que esto fuese público? —pregunto, dando un paso hacia ella—. Por una vez en mi vida, soy feliz, realmente feliz. ¿Es tan difícil de entender? ¿Es tan imposible de respetar?

Un jadeo colectivo recorre la sala. Nadie, absolutamente nadie, le habla así a la Reina de Northbridge, ni siquiera su hijo. Sofía desliza su mano en la mía, un gesto silencioso pero poderoso que no pasa desapercibido para nadie en la sala.

Mi madre se pone de pie, y aunque mantiene su compostura, puedo ver la tormenta desatándose tras sus ojos.

—Esta conversación ha terminado —declara, su voz cortante como el hielo—. Todos, fuera. Ahora.

La autoridad en su tono es tal que nadie se atreve a desobedecer. Lord Chamberlain, Lady Catherine y Lady Amelia se levantan y se dirigen hacia la puerta, lanzándonos miradas que van entre la curiosidad y la conmoción.

Cuando estamos a punto de seguirlos, mi madre añade:

—Nicholas, espero que recuerdes que tienes una reunión con el Consejo Privado en una hora. No toleraré otra ausencia.

No es solo una instrucción. Es una advertencia. Un recordatorio de que, por muy rebelde que me sienta en este momento, sigo siendo el príncipe heredero, y tengo responsabilidades que no puedo simplemente ignorar.

—Estaré allí —respondo, mi voz más calmada pero no menos firme—. Como siempre lo he estado. Como siempre lo estaré. Pero

eso no significa que renunciaré a mi felicidad en el proceso.

Y con esas palabras, salgo del salón dorado con Sofía aún tomada de mi mano, dejando a mi madre sola en medio de todo ese oro resplandeciente que de repente parece frío y sin vida.

LA REINA MARIBEL

Cuando la puerta se cierra tras ellos, permito que mi fachada se desmorone, solo por un momento. Mis hombros caen, mi respiración se vuelve irregular, y una sensación de profunda inquietud se asienta en mi pecho como un peso físico.

Mi hijo. Mi único hijo. El futuro de la corona, el legado de siglos de historia, mirándome con los ojos llenos de un fervor que no he visto nunca.

«Por una vez en mi vida, soy feliz, realmente feliz.»

Sus palabras resuenan en mi mente, un eco acusatorio que me perseguirá durante días, estoy segura. ¿Es cierto? ¿Ha sido tan infeliz todos estos años, cumpliendo con el destino para el que nació? ¿He estado tan ciega, tan centrada en prepararlo para el trono, que no he visto su sufrimiento silencioso?

No. Me niego a creer eso.

Lo que está experimentando ahora no es felicidad real. Es la embriaguez temporal de la novedad, la emoción de la rebelión. Esta... mujer. Esta extraña que ha aparecido de la nada y en semanas ha ejercido más influencia sobre él que décadas de educación real.

Hay algo que no cuadra. Algo que se me escapa.

Camino hasta mi escritorio y presiono el botón del intercomunicador.

—Vaya a buscar a Sir Malcolm y hágalo pasar, por favor —digo a mi secretaria personal.

Mientras espero, me sirvo una copa pequeña de jerez. No suelo beber durante el día, pero esta situación requiere algo para calmar mis nervios.

Sir Malcolm Blackwood, jefe de inteligencia de la corona, entra con su discreción habitual. Alto, delgado, con el pelo canoso perfectamente peinado y gafas de montura fina, parece más un

bibliotecario que un hombre que dirige una de las redes de inteligencia más efectivas de Europa.

—Su Majestad —saluda con una reverencia precisa—. ¿Deseaba verme?

—Siéntese, Sir Malcolm —indico, volviendo a mi posición tras el escritorio—. Tengo una tarea para usted. De máxima prioridad y absoluta discreción.

Sus ojos brillan con interés profesional. En los treinta años que lleva sirviendo a la corona, nunca ha fallado en una misión, por complicada que fuera.

—Por supuesto, señora.

—Quiero todo sobre Lady Sofía Acosta —digo, sin preámbulos—. Su linaje, su historia familiar, sus conexiones en España, sus finanzas, sus relaciones pasadas. Todo. Hasta el más mínimo detalle que pueda encontrar.

Sir Malcolm asiente, sin mostrar sorpresa.

—¿Hay algo específico que deba buscar, Su Majestad? —pregunta, sacando una pequeña libreta donde toma notas en una caligrafía que solo él puede descifrar.

Considero la pregunta, recordando la forma en que Sofía sostuvo la mirada de mi hijo, la manera en que se mantuvo firme incluso bajo mi escrutinio más severo.

—Irregularidades —respondo finalmente—. Algo que no encaje. Ha aparecido de la nada, nadie en los círculos habituales parecía conocerla antes de su llegada a Northbridge. Y sin embargo, se mueve con una... adaptabilidad que me resulta sospechosa.

Sir Malcolm asiente nuevamente, comprendiendo la implicación.

—¿Cuándo necesita esta información, señora?

—Ayer —respondo, dejando clara la urgencia—. Mi hijo está... emocionalmente comprometido. No puedo permitir que esa situación continúe sin saber exactamente con quién estoy tratando.

—Entendido, Su Majestad —dice, poniéndose de pie—. Me pondré con ello de inmediato.

Cuando la puerta se cierra tras él, vuelvo a mirar por la ventana. La nieve ha comenzado a caer nuevamente, pequeños copos que

danzan en el viento antes de posarse sobre el manto blanco que ya cubre los jardines.

«Lo siento, Nicholas,» pienso, aunque nunca lo diría en voz alta. «Pero una madre debe proteger a su hijo. Incluso de sí mismo.»

Y con esa certeza fría asentándose en mi corazón, me preparo para lo que vendrá. Porque algo me dice que Lady Sofía Acosta guarda más secretos de los que ha revelado.

Y yo los descubriré. Todos ellos.

CAPÍTULO 25

SOFÍA

El crepitar del fuego en la chimenea de mi suite es el único sonido que rompe el silencio mientras ordeno mis pensamientos. Nicholas ha salido temprano esta mañana para la inauguración de un hospital infantil, un compromiso que lo mantendrá ocupado todo el día. Antes de irse, me besó con una ternura que aún hace que mi piel hormiguee, prometiendo regresar lo antes posible.

Han pasado tres días desde nuestra confrontación con la reina en el salón dorado. Tres días de paraíso robado, de besos a escondidas y noches donde hemos aprendido los secretos de nuestros cuerpos como si el tiempo fuera un lujo que nos perteneciera.

Pero el tiempo nunca ha sido nuestro aliado.

Cuando se acaben las navidades me tendré que ir. Tendré que regresar a mi casa. A mi vida real, donde un príncipe heredero no tiene cabida.

O mejor dicho: soy yo la que no tiene cabida en la vida de un príncipe heredero.

Un golpe firme en la puerta interrumpe mis pensamientos.

—Adelante —digo, enderezándome instintivamente en el sillón.

La puerta se abre para revelar a la última persona que esperaba: la Reina Maribel, que cierra la puerta tras ella. La soberana avanza hacia el centro de la habitación con la elegancia de un depredador, cada paso medido y deliberado. Viste un traje sastre gris perla que acentúa la frialdad de su mirada, y lleva un sobre manila bajo el brazo.

—Su Majestad —saludo, poniéndome de pie y haciendo una reverencia—. No esperaba el honor de su visita.

Su mirada recorre la habitación, deteniéndose brevemente en la cama deshecha (donde Nicholas y yo pasamos buena parte de la noche dándonos amor), antes de volver a mí con una intensidad que hace que se me seque la garganta.

—Siéntese, señorita Acosta —dice, enfatizando el «señorita» de una manera que me indica inmediatamente que algo va terriblemente mal.

Obedezco, sintiendo cómo el latido de mi corazón se acelera. La reina permanece de pie, dominando el espacio con su presencia.

—He tenido una noticia interesante hoy —comienza, su voz engañosamente suave—. Sir Malcolm Blackwood, nuestro jefe de inteligencia, me ha presentado un informe muy detallado sobre usted.

Dios mío, no.

El corazón se me sube a la garganta.

Abre el sobre y extrae varias fotografías y documentos que coloca sobre la mesa de café entre nosotras. Reconozco inmediatamente mi rostro en las imágenes: yo en la cocina del restaurante Lumière, yo recibiendo un premio de gastronomía hace dos años, yo junto a Mateo en algún evento.

—Imagínese mi sorpresa —continúa la reina, cada palabra es un cuchillo afilado— al descubrir que Lady Sofía Acosta, supuesta noble española, es en realidad una simple chef de Manhattan. Sin título, sin linaje, sin conexión alguna con la aristocracia.

El aire abandona mis pulmones como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. Lo sabe. Por supuesto que lo sabe. ¿Cómo pudimos pensar que mantendríamos esta farsa indefinidamente?

—Su Majestad, puedo explicarlo —comienzo, pero ella levanta una mano, silenciándome con un gesto autoritario que ha perfeccionado a lo largo de décadas.

—Oh, estoy segura de que puede —responde, su voz ahora cargada de desprecio—. Seguro que quiere contarme una historia conmovedora sobre cómo necesitaba escapar de un escándalo. Cómo mi hijo, siempre tan galante, decidió ayudarla. Cómo todo comenzó como un simple acuerdo y se convirtió en algo más. Pero yo ya sé todo eso y no me importa.

Se sienta finalmente en el sillón frente a mí, sus ojos azules —tan parecidos a los de Nicholas y a la vez tan diferentes— atravesándome como dagas de hielo.

—Lo que me interesa saber —continúa, inclinándose ligeramente hacia adelante— es cómo alguien de su... posición creyó que podría salirse con la suya. ¿Realmente pensó que con sus argucias de plebeya podría cazar a un príncipe heredero? Si es así, me temo que no tiene ni idea de quién soy yo, ni de lo que estoy dispuesta a hacer para proteger a mi hijo y a la corona.

Cada palabra es como ácido corroyendo mi piel. La humillación y la rabia se mezclan en mi interior, haciendo que mis mejillas ardan y mis manos tiemblen.

—No estoy intentando «cazar» a nadie —respondo, mi voz más firme de lo que esperaba—. Todo esto comenzó como un favor para Nicholas, para evitarle las maniobras matrimoniales que usted estaba orquestando. Y sí, las cosas cambiaron entre nosotros, pero nunca fue mi intención...

—Sus intenciones me son completamente indiferentes —me interrumpe la reina—. Los resultados, sin embargo, me preocupan enormemente. Mi hijo ha descuidado sus deberes, ha desafiado mi autoridad públicamente, y ha puesto en riesgo alianzas estratégicas que llevamos años cultivando. Todo por una... aventura pasajera con una cocinera.

La forma en que pronuncia «cocinera» hace que suene como el insulto más grave posible. Mi orgullo profesional, junto con mi dignidad, se retuerce bajo su desprecio.

—Nicholas es un hombre adulto capaz de tomar sus propias decisiones —replico, sintiendo cómo mi temperamento empieza a hervir—. Y ser chef es una profesión honorable. No tengo por qué avergonzarme de ello.

Una sonrisa fría curva los labios de la reina.

—Honorable para alguien de su clase, sin duda —concede con falsa generosidad—. Pero completamente inadecuada para alguien que aspira a estar junto al futuro rey de Northbridge.

Se levanta con movimientos fluidos y camina hacia la ventana, observando los jardines nevados con las manos cruzadas a la

espalda.

—Voy a ser clara, señorita Acosta —dice sin volverse—. Debe abandonar el palacio hoy mismo. Si desea que Nicholas no sufra las consecuencias de este... desliz, se irá discretamente mientras él está ausente. Sin despedidas dramáticas, sin promesas de amor eterno. Simplemente desaparecerá de su vida.

El pánico me atraviesa como una corriente eléctrica. La idea de irme sin despedirme, sin explicarle, sin ver sus ojos una última vez, es insoportable.

—No puede obligarme a irme así —protesto, poniéndome de pie —. Nicholas merece al menos una explicación.

La reina se gira para enfrentarme, y hay algo en su mirada que me hiela la sangre.

—¿Realmente quiere someterlo a ese tormento? —pregunta suavemente—. ¿Obligarlo a elegir entre su deber y usted? Porque esa es la elección que enfrentará. Y por mucho que crea conocerlo, no tiene idea del peso que soporta, de las responsabilidades que definen cada aspecto de su vida.

Sus palabras golpean algo profundo dentro de mí, porque sé que tiene razón. He visto los momentos en que Nicholas se debate entre lo que desea y lo que debe hacer. He sentido su conflicto, incluso en nuestros momentos más íntimos.

—Si se queda —continúa implacable—, haré público su engaño. Cada periódico, cada canal de televisión, cada portal de internet hablará de cómo el príncipe heredero fue seducido por una impostora. Su reputación quedará manchada, su juicio será cuestionado, su capacidad para reinar puesta en duda. ¿Es eso lo que desea para él?

El aire parece espesarse en mis pulmones, haciéndome difícil respirar. La imagen que pinta es devastadora, no por lo que significaría para mí, sino por lo que haría a Nicholas.

La reina camina hacia su bolso, que ha dejado sobre una silla, y extrae un sobre blanco.

—Para facilitar su partida —dice, extendiendo el sobre hacia mí—. Una compensación adecuada por las... molestias.

Miro el sobre con incredulidad, sintiendo cómo la ira reemplaza al miedo y a la confusión. ¿Realmente cree que puede comprarme? ¿Que todo esto ha sido por dinero?

En un arranque de furia, tomo el sobre y lo lanzo de vuelta hacia ella. Los billetes se esparcen por el suelo como confeti obsceno.

—No quiero su dinero —digo, mi voz temblando de indignación—. No soy una oportunista. No estoy con Nicholas por su título o su fortuna. Si me voy, es porque lo amo lo suficiente como para no querer causarle daño. No porque usted me haya comprado.

La reina arquea una ceja, aparentemente imperturbable ante mi arrebato.

—Amor —repite, como si la palabra fuera un concepto extraño y distante—. Qué conveniente. Si realmente lo ama, como dice, entonces sabrá que lo mejor para él es que desaparezca de su vida. Sin drama, sin escándalo, sin tener que elegir entre su corazón y su corona.

Se inclina para recoger algunos de los billetes caídos, colocándolos ordenadamente sobre la mesa.

—El dinero estará aquí si cambia de opinión —dice—. Considérelo una... inversión en el futuro de mi hijo.

Camina hacia la puerta, pero antes de salir, se detiene y me mira una última vez.

—Tiene hasta las cuatro de la tarde para abandonar el palacio. Un coche la llevará al aeropuerto. Su vuelo a Nueva York sale a las seis. Si no está en ese avión, entenderé que ha elegido el camino difícil, y actuaré en consecuencia.

La puerta se cierra tras ella con un clic suave que suena como una sentencia.

Me derrumbo en el sillón, mis piernas incapaces de sostenerme por más tiempo. Las lágrimas que he contenido durante toda la conversación finalmente rompen la presa, rodando por mis mejillas en ríos calientes que contrastan con el frío que se ha instalado en mi pecho.

Un sonido me sobresalta: la puerta lateral abriéndose lentamente. Emma emerge con expresión horrorizada, una pila de toallas olvidadas en sus brazos.

—Oh, Lady Sofía —susurra, dejando caer las toallas y apresurándose a mi lado—. Lo siento tanto. Estaba... yo no quería... pero escuché todo.

Su rostro refleja tal consternación que, a pesar de mi propio dolor, siento el impulso de consolarla.

—No es tu culpa, Emma —digo, secándome las lágrimas con el dorso de la mano—. Estas cosas... pasan.

Emma se arrodilla frente a mí, tomando mis manos entre las suyas.

—No puede irse así —dice con fervor—. Su Alteza estará devastado. Nunca lo he visto así con nadie. Nunca.

Su sinceridad solo hace que el dolor sea más agudo. Porque puedo ver la verdad en sus palabras, puedo sentirla en mi propio corazón. Lo que Nicholas y yo hemos compartido es real. Profundo. Transformador.

Y por eso mismo, tengo que irme.

Lo único que puedo hacer ahora es irme con dignidad, preservando tanto su reputación como mi orgullo. Y tal vez, algún día, cuando el dolor no sea tan agudo, podré recordar estos días de navidad en Northbridge no como un sueño roto, sino como un regalo inesperado que tuve la fortuna de vivir, aunque fuera brevemente.

Un amor imposible, pero real. Tan real como las lágrimas que caen sobre el papel mientras le escribo mi adiós.

CAPÍTULO 26

NICHOLAS

La inauguración del hospital infantil ha sido agotadora. Horas de discursos, visitas guiadas, conversaciones con médicos, enfermeras y pequeños pacientes. He cortado cintas, descubierto placas conmemorativas y sonreído para más fotografías de las que puedo contar. Todo el tiempo, mi mente ha estado dividida: una parte centrada en cumplir con mi deber, la otra anhelando regresar al palacio. Regresar a Sofía.

Es asombroso cómo, en tan poco tiempo, se ha convertido en el eje alrededor del cual gira mi mundo. Su sonrisa, el aroma a vainilla y especias que impregna su piel, la manera en que sus ojos se iluminan cuando ríe... cada detalle de ella ha quedado grabado en mi memoria como si siempre hubiera estado allí, como si la hubiera estado esperando toda mi vida.

La limusina real avanza por el camino nevado que conduce al palacio, y siento cómo la anticipación crece en mi pecho. Casi puedo visualizarla esperándome, quizás leyendo junto a la ventana de su habitación, o hablando animadamente con Emma sobre alguna anécdota del día. La idea de verla de nuevo hace que el cansancio de la jornada se desvanezca como niebla bajo el sol.

—Hemos tenido un día productivo, Su Alteza —comenta James desde el asiento frente a mí, repasando notas en su tableta—. La prensa ha reaccionado muy favorablemente a su discurso sobre la importancia de la atención pediátrica especializada. Y el director del hospital ha quedado impresionado con sus conocimientos sobre los últimos avances médicos.

Asiento distraídamente. En otro momento, me habría interesado profundamente en estos detalles. Ahora, solo puedo pensar en

cuánto falta para llegar, en cuánto tiempo pasará hasta que pueda tenerla entre mis brazos.

—¿Hay algún otro compromiso pendiente para hoy? —pregunto, mirando por la ventana hacia el cielo que comienza a teñirse con los primeros colores del anochecer.

James consulta su agenda, aunque probablemente ya sabe la respuesta de memoria.

—Su Majestad ha solicitado una reunión privada en cuanto regresemos —responde, y algo en su tono me pone en alerta—. En sus aposentos privados.

Frunzo el ceño. Mi madre rara vez me convoca a sus aposentos privados. Nuestras reuniones suelen tener lugar en despachos oficiales, incluso cuando tratan temas personales. Es su manera de mantener la línea entre la monarca y la madre siempre claramente definida.

—¿Mencionó el motivo? —pregunto, sintiendo una inquietud inexplicable instalándose en mi estómago.

—No, señor —responde James, evitando mi mirada de una manera que intensifica mi desasosiego—. Solo especificó que era urgente.

El resto del trayecto transcurre en silencio. Intento convencerme de que no hay razón para preocuparse, que seguramente se trata de algún asunto de estado que ha surgido durante mi ausencia. Pero no puedo sacudirme la sensación de que algo va mal. Terriblemente mal.

Cuando la limusina finalmente se detiene frente al palacio, apenas espero a que el chófer abra mi puerta. Desciendo rápidamente, agradeciendo con un gesto automático al personal que me recibe, y me dirijo hacia el interior a paso acelerado.

Normalmente, mi primer instinto sería ir directamente a ver a Sofía. Pero la urgencia en la convocatoria de mi madre me obliga a dirigirme primero a sus aposentos. Cuanto antes termine esta reunión, antes podré estar con ella.

Los pasillos del palacio me parecen inusualmente largos, cada paso una prueba de paciencia. Cuando finalmente llego a las puertas

ornamentadas que conducen a los aposentos privados de la reina, respiro hondo, ajusto mi postura y llamo.

—Adelante —llega la voz de mi madre desde el interior.

El salón privado de la reina es un espacio que pocos tienen el privilegio de conocer. A diferencia de los opulentos salones oficiales, aquí el lujo es más sutil, más personal. Tonos azules y plateados dominan la decoración, muebles de líneas clásicas pero cómodas, y fotografías familiares enmarcadas en plata —una rareza en un palacio donde la imagen pública siempre prima sobre la intimidad.

Mi madre está sentada en su sillón favorito junto a la ventana, desde donde puede ver los jardines. Viste de manera informal, para sus estándares: un conjunto de cashmere gris perla y una sola hilera de perlas alrededor del cuello. No hay pose oficial. Solo está Maribel, la mujer detrás de la reina.

Esta imagen debería tranquilizarme, pero solo incrementa mi inquietud. Mi madre rara vez baja sus defensas, incluso conmigo.

—Nicholas —dice, indicándome que me siente frente a ella—. ¿Cómo ha ido la inauguración?

—Bien —respondo brevemente, tomando asiento, pero manteniéndome alerta—. Todo ha salido según lo planeado. James te dará el informe completo.

Mi madre asiente, estudiándome con esos ojos azules que parecen ver a través de cualquier fachada. Hay algo en su expresión, una mezcla de determinación y lo que podría ser... ¿compasión? que hace que la inquietud en mi estómago se intensifique hasta convertirse en alarma.

—Imagino que querrás ver a Lady Sofía después de un día tan largo —dice, y aunque su tono es casual, cada palabra parece cuidadosamente calibrada.

—Sí —respondo cautelosamente—. De hecho, estaba a punto de ir a buscarla cuando recibí tu petición de reunión.

Mi madre suspira, un sonido tan humano, tan poco elegante, que me sobresalta.

—Me temo que eso no será posible, Nicholas —dice, y hay un tono en su voz que no logro descifrar—. Lady Sofía ya no está en el palacio.

El mundo parece detenerse por un instante. Las palabras flotan en el aire entre nosotros, imposibles, incomprensibles.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, mi voz extrañamente calmada a pesar del repentino vacío que siento en el pecho.

—Esta mañana, poco después de que te fueras, Lady Sofía vino a verme —dice, y cada palabra cae como una piedra pesada—. Me explicó que, aunque aprecia enormemente la hospitalidad que le hemos brindado, sentía que era momento de regresar a su vida en Nueva York.

Sacudo la cabeza instintivamente. Esto no tiene sentido. Sofía no se iría sin despedirse, sin explicarme. No después de lo que hemos compartido.

—No —digo simplemente—. Eso no es posible. Debe haber algún error.

—No hay error, Nicholas —responde mi madre, su voz firme pero no carente de compasión—. Ella misma lo solicitó. De hecho...

Duda un momento, como si estuviera reconsiderando sus palabras, y ese segundo de vacilación hace que mi corazón se acelere con aprensión.

—¿De hecho, qué? —presiono, inclinándome hacia adelante.

Mi madre sostiene mi mirada, y por un momento, veo una lucha interna reflejada en sus ojos. Finalmente, suspira nuevamente.

—De hecho, solicitó una compensación económica por el tiempo que ha pasado aquí. Por las «molestias» y el «costo de oportunidad» de haber estado ausente de su trabajo.

La náusea sube por mi garganta mientras las implicaciones se asientan. Sofía se ha ido. Ha pedido dinero. Ha tratado directamente con mi madre, a mis espaldas.

—Esto no puede ser verdad —murmuro, más para mí mismo que para ella—. Sofía no haría esto.

—Lo siento, hijo —dice mi madre, y por primera vez en años, veo verdadera preocupación maternal en sus ojos—. Sé que parecía sincera. Que parecía... diferente. Pero al final, resultó ser exactamente lo que temíamos.

Algo dentro de mí se niega a aceptarlo. Necesito verlo por mí mismo, necesito confirmarlo con mis propios ojos.

Me levanto abruptamente.

—Tengo que hablar con ella —digo, dirigiéndome ya hacia la puerta.

—Nicholas —la voz de mi madre me detiene—. Ya se ha ido. Su vuelo a Nueva York despegó hace una hora.

Me giro para mirarla, buscando alguna señal de manipulación, algún indicio de que esto es parte de un plan para separarnos. Pero solo veo a una madre preocupada por su hijo.

—¿Dejó algún mensaje? —pregunto, mi voz apenas un susurro.

Mi madre vacila, y luego asiente lentamente.

—Una carta —dice, tendiéndome un sobre blanco—. La dejó para ti.

Tomo el sobre con dedos que de repente parecen torpes y rígidos. Mi nombre está escrito en el frente con la caligrafía distintiva de Sofía, ligeramente inclinada hacia la derecha, con trazos firmes y decididos.

—¿Puedo...? —comienzo, pero no necesito terminar la pregunta.

—Por supuesto —responde mi madre, poniéndose de pie—. Te dejaré solo para que la leas.

Cuando la puerta se cierra tras ella, abro el sobre con un cuidado casi reverencial, como si temiera que el contenido pudiera desvanecerse al contacto con el aire.

La carta es breve, escrita en papel de la suite azul. Reconozco de inmediato la esencia de Sofía en cada línea, en la forma directa de expresarse, en la ausencia de florituras innecesarias.

«Nicholas,

Cuando leas esto, ya habré regresado a Nueva York. Estos días contigo han sido como un sueño, uno del que inevitablemente tenía que despertar. Hemos estado viviendo en una burbuja, alejados de la realidad, pero ambos sabemos que esta fantasía no podía durar.

Tú tienes un destino que cumplir, responsabilidades que no pueden ignorarse. Yo tengo una vida a la que debo regresar, una carrera que reconstruir. Nuestros mundos son demasiado diferentes, y pretender que podríamos encontrar un lugar común sería engañarnos a nosotros mismos.

Lo que compartimos ha sido real. Intenso. Inolvidable. Pero también imposible a largo plazo. Es mejor terminar ahora, con recuerdos hermosos, que esperar a que la realidad nos obligue a enfrentar verdades dolorosas.

Te deseo toda la felicidad que mereces. Encuentra a alguien digna de ser tu reina, alguien que pueda estar a tu lado sin comprometer quien eres o lo que representas.

Tuya siempre, Sofía»

Algo se rompe dentro de mí mientras leo sus palabras una y otra vez, buscando entre líneas alguna explicación, alguna pista de que hay más en esta historia de lo que parece a simple vista. Pero todo lo que encuentro es una despedida clara, definitiva. Un adiós sin promesas de reencuentro.

Con movimientos mecánicos, saco mi teléfono y busco su número. Debe haber un error. Debe haber una explicación. Necesito escuchar su voz, necesito que me diga directamente por qué se ha ido así, sin despedirse, sin darme la oportunidad de responder.

El teléfono suena una, dos, tres veces antes de ir directamente al buzón de voz. Lo intento de nuevo. Y otra vez. Siempre con el mismo resultado.

Finalmente, derrotado, me dejo caer en el sillón que acaba de abandonar mi madre. El vacío en mi pecho se ha expandido hasta consumirlo todo, dejando solo un dolor sordo donde antes latía mi corazón.

Sofía se ha ido. Y con ella, la versión de mí mismo que apenas comenzaba a descubrir.

La habitación de repente parece demasiado grande, demasiado silenciosa. Fuera, el sol finalmente se ha puesto, sumiendo los jardines en sombras azuladas. En algún lugar del palacio, la vida continúa: sirvientes preparan la cena, guardias cambian de turno, asistentes organizan agendas. El mundo sigue girando, ajeno al hecho de que el mío acaba de detenerse.

Con un último esfuerzo, me levanto y salgo de los aposentos de mi madre. Mis pasos me llevan automáticamente hacia la suite azul, aunque sé que encontraré solo una habitación vacía. Necesito verlo

por mí mismo. Necesito respirar su aroma una última vez antes de que los sirvientes limpien todo rastro de su presencia.

Cuando abro la puerta, la realidad me golpea con más fuerza que cualquier golpe físico. La habitación está impecable, como si nunca hubiera sido habitada. Las sábanas perfectamente estiradas, ninguna prenda olvidada, ningún libro abierto sobre la mesilla. Es como si Sofía nunca hubiera existido, como si estos últimos días hubieran sido solo un elaborado sueño del que acabo de despertar de golpe.

Y entonces, por primera vez desde que tengo memoria, yo, el Príncipe Heredero de Northbridge, educado para mantener siempre el control, siempre la compostura, me derrumbo.

No hay sollozos, no hay ruidos desgarradores. Solo un llanto silencioso, contenido, como toda una vida de emociones reprimidas finalmente encontrando una vía de escape.

Sofía se ha ido.

Y con ella, se ha llevado la única parte de mí que comenzaba a sentirse realmente viva.

Se ha llevado mi corazón.

CAPÍTULO 27

SOFÍA

El frío de Manhattan es diferente al de Northbridge. Más cortante, más agresivo, sin la magia silenciosa de aquellos bosques nevados. Me envuelvo más estrechamente en la manta que Valeria ha insistido en ponerme sobre los hombros, aunque el apartamento está perfectamente climatizado. El calor que me falta no tiene nada que ver con la temperatura.

Han pasado dos días desde que aterricé en Nueva York, dos días en los que he existido más que vivido, moviéndome por inercia en una especie de niebla que distorsiona los colores y amortigua los sonidos. Dos días y el dolor en mi pecho sigue siendo tan agudo como el momento en que escribí aquella carta de despedida.

—Tienes que comer algo —dice Elena, colocando frente a mí un plato de pasta humeante—. No has probado bocado en todo el día.

Su voz es suave, cuidadosa, como si temiera que pudiera romperme si habla demasiado alto. No está equivocada. Me siento frágil, como si estuviera hecha de un cristal tan fino que cualquier vibración podría hacerme añicos.

—No tengo hambre —respondo, pero cojo el tenedor de todas formas, más para complacerla que por apetito real.

Elena intercambia una mirada preocupada con Valeria, que está acunando a su bebé Edward mientras observa la escena desde el sofá.

El ático de Valeria, donde me estoy quedando temporalmente, es amplio y luminoso, con grandes ventanales que ofrecen una vista impresionante del Central Park cubierto de nieve. En cualquier otro momento, apreciaría la elegancia del lugar, la forma en que cada elemento ha sido cuidadosamente seleccionado para crear un

ambiente sofisticado pero acogedor. Ahora, sin embargo, apenas registro mi entorno.

—Sofía —Valeria rompe el silencio, su tono más directo que el de Elena—. Necesitas hablar de lo que pasó. No puedes seguir así, viviendo como un fantasma.

Levanto la mirada del plato donde he estado moviendo la pasta sin realmente comerla. La preocupación en los ojos de mis primas es tan evidente, tan genuina, que siento una punzada de culpabilidad por causarles esta angustia.

—No hay mucho que decir —respondo, intentando que mi voz suene más firme de lo que me siento—. La reina averiguó quién soy realmente. Me dio a elegir entre irme por las buenas o causar un escándalo que perjudicaría a Nicholas. Elegí lo primero.

Es la versión simplificada que les he dado desde que llegué, omitiendo los detalles más dolorosos: la forma en que la reina me miró como si fuera algo pegado a su zapato, el sobre con dinero que rechacé, la carta de despedida que escribí con manos temblorosas mientras mi corazón se hacía pedazos.

—¿Y él no ha intentado contactarte? —pregunta Elena, sentándose a mi lado—. ¿Ni una llamada, ni un mensaje?

El dolor se intensifica. He revisado mi teléfono obsesivamente estos dos días, esperando ver su nombre en la pantalla, sabiendo que es inútil. Lo he bloqueado. Para hacer el corte limpio. Para evitarme la tentación de contestar.

Lo amo demasiado como para ser capaz de resistirme.

—No —miento—. Supongo que su madre le dio la carta y él... lo entendió.

Valeria frunce el ceño, meciendo suavemente a Edward que comienza a dormirse en sus brazos.

—No me lo creo —dice con firmeza—. Por lo que nos has contado, por cómo brillaban tus ojos cuando hablabas de él... No me creo que simplemente haya aceptado tu partida sin luchar.

—Los príncipes no luchan por chefs españolas sin linaje —respondo, y la amargura en mi voz me sorprende incluso a mí—. Tienen responsabilidades, deberes, expectativas que cumplir. Y yo... yo solo fui un paréntesis.

—Tonterías —interviene Elena, su habitual optimismo dando paso a una determinación férrea—. Alexander era CEO de un imperio empresarial y yo una niñera, y mírame ahora.

—No es lo mismo —replico, dejando finalmente el tenedor—. Nicholas será rey algún día. No puede simplemente... elegir con el corazón.

Un silencio pesado cae sobre nosotras. Sé que mis primas no están convencidas, que piensan que estoy rindiéndome demasiado fácilmente. No entienden que mi rendición no es por cobardía, sino por amor. Porque lo amo demasiado para ser la causa de su ruina.

—Mañana es Nochebuena —dice Valeria finalmente, cambiando de tema—. Dominic y yo organizaremos la cena en casa. Alexander y Elena vendrán con los niños. Deberías acompañarnos.

La idea de una celebración navideña, de sonrisas forzadas y conversación ligera cuando por dentro me estoy desangrando, me resulta insoportable.

—Gracias, pero no —respondo, intentando suavizar mi negativa con una sonrisa que no llega a mis ojos—. Hoy voy a regresar a mi casa. Necesito tiempo a solas.

—Sofía... —comienza Elena, pero Valeria la interrumpe con una mirada.

—Lo entendemos —dice—. Pero queremos que, si lo necesitas, vengas a buscar nuestro apoyo. Vamos a estar siempre para ti.

Valeria coloca suavemente a Edward, ahora profundamente dormido, en su moisés portátil, y se acerca para sentarse al otro lado mío. Me encuentro flanqueada por mis primas, su presencia a la vez reconfortante y abrumadora.

—Vas a superar esto —dice Valeria, agarrando mi mano—. Eres la persona más fuerte que conozco, Sofía. Siempre lo has sido.

—Y mientras tanto, nosotras estamos aquí —añade Elena, apoyando su cabeza en mi hombro—. Para lo que necesites. Incluso si solo es alguien que te escuche llorar.

Las lágrimas que he estado conteniendo durante horas comienzan a formarse en mis ojos. Es la primera vez que lloro abiertamente desde que llegué a Nueva York. He estado demasiado entumecida, demasiado bloqueada para permitirme ese desahogo.

—Lo echo tanto de menos —confieso finalmente, mi voz quebrándose—. Es como si me hubieran arrancado algo vital. Como si hubiera dejado una parte de mí en Northbridge.

Valeria me abraza por un lado, Elena por el otro, y me permito derrumbarme entre ellas, mis hombros sacudiéndose con sollozos que vienen de lo más profundo de mi ser. No hay palabras de consuelo que puedan aliviar este tipo de dolor, y mis primas lo saben. Simplemente están ahí, sosteniéndome mientras me deshago en pedazos.

No sé cuánto tiempo permanecemos así, este extraño trío de mujeres Acosta unidas por el amor y el dolor. Cuando finalmente las lágrimas comienzan a ceder, me siento extrañamente hueca, como un recipiente que ha sido vaciado hasta la última gota.

—Necesito estar sola —digo suavemente, separándome de su abrazo—. De verdad. Necesito... procesar todo esto a mi manera.

Puedo ver la reticencia en sus rostros, el instinto protector luchando contra el respeto por mi petición. Finalmente, asienten.

—De acuerdo —dice Valeria, poniéndose de pie—. Pero estaremos a una llamada de distancia. A cualquier hora. ¿Entendido?

Asiento, agradecida por su comprensión.

Pero nada va a poder reparar este corazón roto por un príncipe que, por un breve y mágico momento, fue mío.

CAPÍTULO 28

NICHOLAS

El mundo está en blanco y negro desde que Sofía se fue. Los colores se han desvanecido, los sonidos se han apagado, hasta los sabores parecen insípidos. Me muevo por el palacio como un autómata, cumpliendo con mis obligaciones mínimas, pero sin estar realmente presente.

Es Nochebuena, y el palacio bulle con los preparativos para la tradicional cena real. Guirnaldas de abeto adornan cada repisa, candelabros con velas rojas brillan en cada mesa, y el aroma a especias navideñas impregna el aire. Todo está perfectamente orquestado para proyectar la imagen de festividad perfecta que se espera de la familia real.

Y sin embargo, me siento más solo que nunca.

Me encuentro en mi estudio privado, contemplando el fuego que crepita en la chimenea sin realmente verlo. El whisky en mi vaso —el tercero de la mañana, aunque apenas son las nueve— no consigue adormecer el dolor que se ha instalado permanentemente en mi pecho.

No puedo dejar de pensar ni un segundo en Sofía.

Un golpe suave en la puerta interrumpe mis cavilaciones.

—Adelante —digo, mi voz ronca por la falta de uso y el whisky.

Para mi sorpresa, es Emma quien entra, la doncella personal de Sofía durante su estancia. Lleva una bandeja con té y lo que parecen ser sándwiches, y hay una expresión de profunda preocupación en su rostro juvenil.

—Su Alteza —saluda con una reverencia perfecta—. Pensé que quizás necesitaría algo de comer.

Estoy a punto de despedirla con un gesto, pero algo en su mirada me detiene. Hay una determinación, una urgencia que parece fuera de lugar en la habitualmente tímida Emma.

—Gracias, Emma —respondo, señalando la mesa auxiliar junto al sofá—. Puedes dejarlo ahí.

Ella coloca la bandeja donde le indico, pero en lugar de retirarse inmediatamente como dictaría el protocolo, permanece de pie, retorciéndose las manos nerviosamente.

—¿Hay algo más? —pregunto, súbitamente alerta.

Emma traga saliva visiblemente, como reuniendo valor.

—Su Alteza, yo... —comienza, su tiembla—. He estado debatiendo conmigo misma si debía hablar o no. Lady Sofía me hizo prometer que...

Se interrumpe, mordiéndose el labio inferior.

Me pongo de pie tan bruscamente que casi derramo el whisky. En dos zancadas estoy frente a ella, mirándola intensamente.

—¿Sofía te hizo prometer qué? —pregunto, incapaz de ocultar la urgencia en mi voz.

Emma parece asustada por un momento, pero luego su expresión se endurece con resolución.

—Me hizo prometer que no le diría la verdad sobre su partida —dice finalmente—. Pero no puedo seguir viendo cómo sufre, señor. No está bien.

El aire se espesa en mis pulmones. Cada latido de mi corazón parece retumbar en mis oídos mientras intento procesar sus palabras.

—¿Qué verdad, Emma? —pregunto, mi voz apenas audible—. ¿Qué sabes?

La joven doncella inspira profundamente, como preparándose para saltar a aguas desconocidas.

—Estaba a punto de entrar en la suite de Lady Sofía cuando Su Majestad entró —confiesa—. Lo escuché todo. La reina... ella descubrió quién era realmente Lady Sofía. Le dijo que debía irse inmediatamente o enfrentaría un escándalo público que lo perjudicaría a usted.

Cada palabra es como un puñetazo en el estómago. La habitación parece girar a mi alrededor mientras las piezas comienzan a encajar.

—¿La amenazó? —consigo preguntar, aunque ya conozco la respuesta.

Emma asiente, las lágrimas asomando a sus ojos.

—Le ofreció dinero para marcharse —continúa—. Lady Sofía se negó. Le dijo a la reina que no era una oportunista, que si se iba era solo porque lo amaba lo suficiente como para no querer causarle daño.

¿Sofía dijo que me ama?

La revelación me golpea con la fuerza de una avalancha.

Sofía no se fue por dinero. No me traicionó. Se sacrificó por mí, porque creía que era lo mejor para mí.

Y mi madre me mintió descaradamente. Lo manipuló todo.

Una furia fría, más intensa que cualquier cosa que haya sentido antes, comienza a crecer en mi interior. Pero junto a ella, algo más florece: esperanza. Una esperanza salvaje, desesperada, que se aferra a la posibilidad de que no todo esté perdido.

—¿Estás absolutamente segura de lo que escuchaste? —pregunto, necesitando confirmar que no es solo lo que deseo oír.

—Lo juro por mi vida, Su Alteza —responde Emma con convicción —. Lady Sofía estaba destrozada. Dijo que lo amaba demasiado como para perjudicarlo. Que prefería irse con el corazón roto que ver cómo su reputación se arruinaba por su culpa.

La habitación parece demasiado pequeña de repente. Necesito aire, necesito espacio, necesito acción. Dejo el vaso de whisky y comienzo a caminar de un lado a otro, mi mente trabajando a toda velocidad.

Tomo mi teléfono y llamo a James, mi asistente personal.

—Necesito que preparen el jet real inmediatamente —ordeno sin preámbulo cuando responde—. Salgo para Nueva York lo antes posible.

—¿Nueva York? —La sorpresa en su voz es evidente—. Su Alteza, la cena real de Nochebuena es esta noche. Toda la familia estará presente, los dignatarios extranjeros ya han confirmado su asistencia, la prensa...

—Me importa una mierda la cena —le interrumpo, usando un lenguaje que jamás emplearía normalmente—. Esto es más importante.

Un silencio atónito me responde desde el otro lado de la línea.

—Como desee, señor —dice finalmente James—. Me pondré con ello inmediatamente.

Cuelgo y me giro hacia Emma, que me mira con una mezcla de asombro y aprobación.

—Gracias —digo con sinceridad—. No sabes lo que has hecho por mí hoy.

Una sonrisa tímida ilumina su rostro.

—Lady Sofía merece ser feliz —responde simplemente—. Y usted también, Su Alteza.

Asiento, sintiendo cómo una determinación férrea reemplaza la desesperación que me ha consumido estos días.

—Puedes retirarte, Emma —digo—. Y por favor, ni una palabra de esto a nadie. Especialmente a mi madre.

Aunque sé que muy pronto se va a enterar.

—Por supuesto, señor —responde, haciendo una reverencia antes de dirigirse a la puerta. Antes de salir, se detiene y añade—: Buena suerte.

Cuando la puerta se cierra tras ella, me quedo inmóvil por un momento, asimilando la enormidad de lo que estoy a punto de hacer. Voy a desafiar abiertamente a mi madre. Voy a saltarme uno de los eventos más importantes del calendario real. Voy a volar al otro lado del océano en Nochebuena por la mujer que amo y que no sabe que estoy yendo a buscarla.

Y no me importa. No me importa el escándalo, ni las consecuencias, ni las explicaciones que tendré que dar. Solo me importa Sofía, encontrarla.

Me dirijo a mi dormitorio para preparar lo mínimo necesario para el viaje. Mi mente ya está en Nueva York, calculando qué haré cuando llegue, cómo la encontraré, qué le diré. Tantas preguntas, tantas incertidumbres.

Pero de una cosa estoy seguro: no regresaré sin ella.

Mientras guardo unas pocas pertenencias en una maleta pequeña, siento una determinación que no había experimentado jamás. Como si toda mi vida hubiera estado siguiendo un guion escrito por otros, y por primera vez, estuviera escribiendo mi propia historia.

Y en esa historia, Sofía no es un capítulo cerrado. Es el principio de todo lo que importa.

CAPÍTULO 29

SOFÍA

La Nochebuena en Manhattan es un espectáculo de luces y color. Desde la ventana de mi pequeño apartamento, puedo ver cómo la nieve cae suavemente sobre la ciudad, transformando las calles en postales navideñas. Pero toda esa belleza se siente como una burla cruel a mi estado de ánimo.

He rechazado tres invitaciones hoy: la cena familiar en casa de Valeria, una fiesta en el restaurante de mi antiguo jefe, y hasta una videollamada con mis padres en España. No tengo fuerzas para fingir alegría, para responder preguntas incómodas, para existir en espacios donde la felicidad es obligatoria.

Mi apartamento, que había estado vacío durante semanas, tiene ese peculiar olor a cerrado que ni siquiera los intentos de limpieza de esta mañana han conseguido eliminar. Es pequeño pero acogedor, con una decoración que refleja mi personalidad: colores cálidos, libros de cocina apilados en cada superficie disponible, y utensilios de chef colgados en la pared como si fueran obras de arte.

Enciendo unas velas con aroma a canela, intentando crear algo parecido al ambiente navideño, aunque sea solo para mí. La televisión murmura en segundo plano, alguna película festiva que ni siquiera estoy viendo.

Me acurruco más profundamente en el sofá, envuelta en una manta tejida con los colores del arcoíris, regalo de mi abuela. Llevo puesto un pijama desgastado de franela, el pelo recogido en un moño desordenado, y ni una pizca de maquillaje. Nadie me verá esta noche, así que ¿para qué molestarse?

Mi teléfono suena por enésima vez. Es Elena, probablemente insistiendo una vez más en que vaya a su casa. Dejo que pase al

buzón de voz. No puedo hablar ahora, no cuando cada palabra amable amenaza con romper la frágil contención que he construido alrededor de mis emociones.

Cierro los ojos, permitiéndome soñar, solo por un momento, cómo habría sido esta noche si las cosas hubieran sido diferentes. Nicholas y yo en el palacio, quizás escapándonos de las formalidades para tener nuestro propio momento privado. Sus manos fuertes sosteniendo las mías, sus ojos azules brillando con ese calor especial que reservaba solo para mí...

Un golpe en la puerta interrumpe mi dolorosa ensoñación.

Frunzo el ceño, confundida. No he pedido comida a domicilio, y mis primas saben que quiero estar sola. Probablemente sea algún vecino con villancicos o galletas, aunque en mi edificio apenas conozco a nadie.

Me levanto a regañadientes, arrastrando la manta conmigo como un escudo. A través de la mirilla, solo veo una figura oscura, parcialmente oculta. Maldita sea la iluminación deficiente del pasillo.

—¿Quién es? —pregunto, manteniendo la cadena de seguridad puesta.

—Sofía.

Una sola palabra. Mi nombre. Pero esa voz... esa voz que reconocería en cualquier parte, que he escuchado en mis sueños cada noche desde que dejé Northbridge.

Es imposible.

Con dedos temblorosos, quito la cadena y abro la puerta, convencida de que mi mente me está jugando una cruel pasada.

Pero allí está, tan real como la madera bajo mis pies descalzos: Nicholas. Su cabello oscuro ligeramente húmedo por la nieve, su rostro más pálido de lo habitual, con sombras bajo esos ojos azules que me miran con una intensidad que me deja sin aliento. Viste un abrigo negro que jamás he visto, jeans oscuros y una bufanda gris. Tan diferente del príncipe impecablemente vestido, pero innegablemente él.

—¿Cómo...? —Es todo lo que consigo articular, mi voz apenas es un susurro ahogado.

—¿Puedo entrar? —pregunta, y hay vulnerabilidad en su pregunta.

Me hago a un lado automáticamente, incapaz de negarle nada, incluso ahora. Nicholas entra, trayendo consigo el frío del exterior y un aroma a invierno, a cuero y a ese perfume que tantas veces respiré contra su piel.

Cierro la puerta, apoyándome contra ella porque mis piernas parecen incapaces de sostenerme. El tiempo se estira entre nosotros, cargado de palabras no dichas.

—No deberías estar aquí —consigo decir finalmente—. Deberías estar en el palacio, en la cena real de Nochebuena.

Una sonrisa triste curva sus labios mientras se quita el abrigo, revelando un suéter negro que se ajusta perfectamente a los contornos de su torso.

—Hay muchos lugares donde debería estar según el protocolo —responde, dejando el abrigo sobre el respaldo de una silla—. Pero solo hay un lugar donde necesito estar.

Su mirada recorre mi apartamento, deteniéndose en los pequeños detalles: la estantería llena de libros de cocina, las especias organizadas por color en la cocina abierta, las fotos familiares sobre el mueble de la televisión. Está memorizando cada rincón, absorbiendo esta parte de mí que nunca había visto.

—Es... acogedor —dice, y puedo sentir que lo dice en serio.

—¿Cómo me has encontrado? —pregunto, todavía incapaz de procesar que esté realmente aquí, en mi pequeño apartamento en Manhattan, en Nochebuena.

Nicholas se gira para mirarme directamente, y algo en su expresión hace que mi corazón dé un vuelco doloroso.

—Tengo recursos —responde simplemente—. Y te habría buscado en cada rincón de esta ciudad si hubiera sido necesario.

Da un paso hacia mí, reduciendo la distancia que nos separa.

—Pero eso no es lo importante ahora —continúa, su voz bajando a un tono más íntimo—. Lo importante es que sé la verdad, Sofía.

El pánico se extiende por mi pecho como escarcha.

—¿Qué verdad?

—Sé que no te fuiste por dinero —dice, cada palabra cargada de emoción contenida—. Sé que mi madre te amenazó. Sé que te sacrificaste para protegerme.

El aire abandona mis pulmones como si me hubieran golpeado. Me tambaleo hasta el sofá y me dejo caer, la manta aún envuelta alrededor de mis hombros como una capa protectora.

—Emma —murmuro, conectando las piezas—. Te lo contó Emma.

Nicholas asiente, acercándose para arrodillarse frente a mí, sus ojos al nivel de los míos. Está tan cerca que puedo ver las motas más claras en el azul profundo de su iris, puedo sentir el calor que emana de su cuerpo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunta, y hay dolor en su voz—. ¿Por qué no confiaste en mí?

Las lágrimas que he estado conteniendo todo el día amenazan con desbordarse.

—Porque te conozco —respondo, mi voz quebrándose—. Porque sabía que habrías luchado, que te habrías enfrentado a tu madre, que habrías puesto en riesgo todo por lo que has trabajado toda tu vida. Eres demasiado noble.

—Y habría hecho bien —dice con vehemencia, tomando mis manos entre las suyas—. Algunas cosas valen demasiado como para no luchar por ellas. Algunas personas lo valen.

Sus manos son cálidas alrededor de las mías, anclándome a este momento que parece irreal. Parte de mí quiere aferrarse a él y no soltarlo jamás, mientras otra parte sabe que esto solo hará más dolorosa la inevitable separación.

—Nicholas, no puede funcionar —digo, aunque cada palabra es una daga en mi propio corazón—. Somos de mundos diferentes. Tienes responsabilidades, un destino que cumplir...

—Al diablo con el destino —me interrumpe, y la fiereza en su voz me sobresalta—. He pasado mi vida entera siguiendo un camino trazado por otros. Haciendo lo que se esperaba de mí. Siendo quien todos necesitaban que fuera. Y entonces llegaste tú...

Se detiene, buscando las palabras adecuadas, sus ojos clavados en los míos.

—Y por primera vez, me sentí realmente vivo. Feliz —continúa, su voz más suave pero no menos intensa—. Por primera vez, no era el príncipe heredero, ni el futuro rey, ni el símbolo de una nación. Era simplemente Nicholas. Un hombre enamorándose de una mujer extraordinaria.

Mi corazón se detiene por un segundo ante esa palabra: «enamorándose». La esperanza, esa traidora persistente, florece en mi pecho a pesar de todos mis esfuerzos por suprimirla.

—Estoy dispuesto a renunciar a todo —dice, y la resolución en su voz no deja lugar a dudas—. Al trono, a la corona, a todo. Si eso significa poder estar contigo.

El shock me deja sin palabras. Esto es exactamente lo que temía, lo que intenté evitar con mi partida.

—No puedes hacer eso —protesto, retirando mis manos de las suyas—. Es tu herencia, tu responsabilidad con tu país, con tu gente...

—Mi responsabilidad conmigo mismo es ser feliz —responde con firmeza—. Y sé, con una certeza que nunca antes había sentido antes, que no puedo ser feliz sin ti.

Se pone de pie y comienza a caminar por la pequeña sala, la energía emanando de él en ondas casi palpables.

—He pasado estos días en un infierno —confiesa, pasándose una mano por el pelo en un gesto que reconozco como señal de su agitación—. Cuando creí que te habías ido por dinero, que todo había sido una farsa... fue como si algo se hubiera roto dentro de mí. Y cuando Emma me contó la verdad...

Se detiene, girándose para mirarme con tal vulnerabilidad que me deja sin aliento.

—Solo necesito saber una cosa —dice, su voz apenas es un susurro—. ¿Sientes algo por mí? ¿Crees que podrías, algún día, sentir aunque sea una mínima parte de lo que yo siento por ti?

La pregunta queda suspendida entre nosotros, cargada de esperanza y miedo a partes iguales. Y en ese momento, todas mis defensas se desmoronan. Porque ¿cómo puedo seguir mintiéndonos a ambos?

—Nicholas —respondo, poniéndome de pie, dejando que la manta caiga al suelo—. No tengo que imaginar si podría amarte algún día.

Doy un paso hacia él, y luego otro, hasta que estamos tan cerca que puedo sentir su respiración en mi rostro.

—Ya te amo —confieso, las palabras saliendo como una liberación —. Te he amado desde aquella noche en la cabaña, tal vez incluso antes. Te amo tanto que me fui para no arruinar tu vida. Te amo tanto que he pasado cada minuto desde entonces con un dolor físico en el pecho, como si me hubieran arrancado una parte vital de mí.

Sus ojos se iluminan con una emoción tan pura, tan intensa, que me deja sin aliento. Y entonces, sus manos están en mi rostro, acunando mis mejillas con una ternura infinita, y sus labios encuentran los míos en un beso que contiene todo lo que hemos estado guardando, todo lo que hemos sufrido separados.

El beso comienza suave, casi reverente, pero rápidamente se transforma en algo más profundo, más desesperado. Sus manos se deslizan desde mi rostro hasta mi cintura, atrayéndome contra él como si quisiera fusionar nuestros cuerpos. Mis brazos se enredan alrededor de su cuello, mis dedos hundiéndose en su pelo, aferrándome a él como si temiera que pudiera desvanecerse.

Cuando finalmente nos separamos, ambos estamos jadeando. Su frente descansa contra la mía, nuestras respiraciones mezclándose en el pequeño espacio entre nosotros.

—Te amo, Sofía Acosta —susurra, y mi nombre en sus labios suena como una plegaria—. Te amo de una manera que no creía posible. Y no voy a perderte de nuevo.

Sus palabras desatan algo dentro de mí, una necesidad que va más allá de lo físico. Necesito sentirlo, todo él, confirmar que esto es real, que no es solo otro sueño cruel del que despertaré sola.

Tomo su mano y, sin palabras, lo guío hacia mi dormitorio. No hay necesidad de explicaciones, de preguntas. Los dos sabemos lo que necesitamos en este momento.

Mi habitación está sumida en la penumbra, iluminada solo por la luz de la ciudad que se filtra a través de las cortinas. La cama está deshecha, las sábanas arrugadas testimonio de la noche inquieta que he pasado. Pero nada de eso importa cuando Nicholas cierra la

puerta tras nosotros y me mira con un hambre que hace que mi piel se erice.

Nos encontramos en el centro de la habitación, nuestros cuerpos gravitando naturalmente el uno hacia el otro. Sus manos encuentran el dobladillo de mi camiseta de pijama, y con un movimiento fluido, la levanta sobre mi cabeza, dejándome expuesta ante él. Sus ojos recorren mi cuerpo con una adoración que me hace sentir hermosa a pesar de mi estado desaliñado.

—Eres perfecta —murmura, inclinándose para besar mi hombro, mi clavícula, el punto donde mi pulso late frenéticamente en mi cuello.

Mis manos tiemblan ligeramente mientras le quito el suéter, revelando el torso que tantas veces he recorrido con mis dedos, con mis labios. Su piel es cálida bajo mis palmas, los músculos tensándose en respuesta a mi toque.

No hay prisa en nuestros movimientos, a pesar de la urgencia que sentimos. Cada caricia es deliberada, cada beso una reafirmación de lo que nos hemos dicho. Poco a poco, el resto de nuestra ropa encuentra su camino al suelo, hasta que no hay nada entre nosotros, ni secretos, ni mentiras, ni tela.

Nicholas me levanta con facilidad, y envuelvo mis piernas alrededor de su cintura mientras me lleva a la cama. Me deposita con suavidad sobre las sábanas, como si fuera algo infinitamente precioso, y se coloca sobre mí, su peso una presión bienvenida que me ancla a la realidad.

—Te he echado tanto de menos —susurra contra mi piel mientras sus labios trazan un camino descendente por mi cuerpo—. Cada minuto, cada segundo sin ti ha sido una tortura.

Sus palabras envían escalofríos por mi columna, y mis manos se aferran a sus hombros, necesitando algo a lo que agarrarme mientras el placer comienza a construirse con cada caricia experta.

Cuando finalmente nos unimos, es como volver a casa después de un largo y doloroso exilio. Nuestros cuerpos se reconocen, se adaptan perfectamente el uno al otro como si hubieran sido creados con ese único propósito. Nos movemos juntos en una danza

sincronizada, nuestras miradas nunca separándose, comunicando sin palabras todo lo que sentimos.

No es solo deseo físico lo que nos impulsa, sino algo más profundo, más trascendental. Es la reunión de dos almas que nunca debieron separarse, el reencuentro de dos mitades de un todo.

El clímax nos alcanza casi simultáneamente, una explosión de sensaciones que nos deja temblando y jadeantes. Nicholas colapsa junto a mí, atrayéndome contra su pecho, nuestros corazones latiendo frenéticamente uno contra el otro.

Durante un largo momento, solo existe el sonido de nuestras respiraciones entrelazadas y, a lo lejos, villancicos que flotan desde algún apartamento vecino. La realidad parece suspendida, como si el mundo exterior hubiera dejado de existir, dejándonos en nuestra propia burbuja de tiempo y espacio.

Pero gradualmente, a medida que nuestros cuerpos se calman y nuestras mentes comienzan a aclararse, la realidad se filtra de nuevo en mi conciencia.

—No puedes renunciar a la corona —digo finalmente, mi voz suave pero firme contra su pecho—. No puedo permitir que lo hagas.

Siento cómo se tensa bajo mi mejilla, su mano deteniéndose en medio de una caricia a mi espalda.

—Sofía... —comienza, pero lo interrumpo, incorporándome sobre un codo para mirarlo directamente.

—Te amo demasiado para ser la razón por la que abandones tu deber —digo, y cada palabra es sincera a pesar del dolor que me causa pronunciarlas—. Eres un príncipe extraordinario, Nicholas. Serás un rey aún mejor. Tu pueblo te necesita.

Sus ojos se oscurecen, una tormenta formándose en sus profundidades azules.

—¿Y qué hay de lo que yo necesito? —pregunta, su voz cargada de emoción—. ¿Qué hay de nosotros?

Trago el nudo que se ha formado en mi garganta.

—Tiene que haber otra solución —respondo, aunque no tengo idea de cuál podría ser—. Algo que no implique que renuncies a todo por lo que has trabajado.

Nicholas se sienta, apoyándose contra el cabecero de la cama, su expresión intensamente pensativa. La sábana se desliza hasta su cintura, revelando su torso marcado por años de entrenamiento. A pesar de la seriedad del momento, no puedo evitar admirar su belleza masculina.

—Mi madre tendrá que aceptarlo —dice finalmente, su voz adquiriendo ese tono firme que reconozco de cuando toma decisiones irrevocables—. No eres negociable, Sofía. Si la elección es entre tú y la corona, te elijo a ti. Siempre.

Sus palabras hacen que mi corazón se hinche de amor y miedo a partes iguales.

—Pero debe haber una manera... —insisto, mi mente trabajando frenéticamente para encontrar una solución que nos permita estar juntos sin que él tenga que sacrificarlo todo.

Nicholas toma mi mano, entrelazando nuestros dedos con una seguridad que transmite su determinación.

—La encontraremos —asegura, llevando nuestras manos unidas a sus labios para besar mis nudillos—. Juntos. No voy a perderte de nuevo, Sofía. No lo soportaría.

Y aunque sé que los obstáculos que enfrentamos son monumentales, aunque sé que el camino que nos espera está lleno de dificultades, en este momento, envuelta en su calor, mirando esos ojos que contienen todo un universo de amor por mí, le creo.

Nos besamos nuevamente, un beso que sella una promesa silenciosa: pase lo que pase, enfrentaremos lo que venga juntos.

El sonido del timbre nos sobresalta a ambos, rompiendo la burbuja íntima que habíamos creado. Nos miramos, confundidos.

—¿Esperas a alguien? —pregunta Nicholas, tensándose instantáneamente, su instinto protector aflorando.

Sacudo la cabeza, igualmente desconcertada.

—No, todos saben que quiero estar sola esta noche.

El timbre suena nuevamente, más insistente esta vez, seguido de golpes firmes en la puerta.

—Será mejor que vaya a ver —digo, deslizándome fuera de la cama y poniéndome rápidamente mi pijama y una bata.

Nicholas se levanta también, poniéndose los pantalones con movimientos eficientes.

—Voy contigo —dice, y no hay discusión posible en su tono.

Mientras nos dirigimos juntos hacia la puerta, una extraña sensación de déjà vu me invade. Hace apenas unas horas, abrí esa misma puerta para encontrar al amor de mi vida cuando menos lo esperaba.

¿Quién podría estar llamando ahora, en Nochebuena, interrumpiendo el reencuentro más importante de nuestras vidas?

Con el corazón latiéndome rápidamente en el pecho, alcanzo el pomo de la puerta, sintiendo la presencia sólida y reconfortante de Nicholas justo detrás de mí.

CAPÍTULO 30

SOFÍA

Abro la puerta con Nicholas a mi espalda, su presencia sólida y protectora detrás de mí. El corazón me late con tanta fuerza que puedo sentir cada pulsación en mis oídos.

Lo que encuentro al otro lado me deja momentáneamente sin palabras.

La Reina Maribel de Northbridge está de pie en el pasillo de mi modesto edificio de apartamentos en Manhattan, tan fuera de lugar como un pavo real en una perrera. Viste un abrigo de cachemir color crema que debe costar más que todo mi guardarropa junto, y a pesar de las horas de vuelo que debe llevar encima, su pelo plateado está impecablemente peinado y su maquillaje es perfecto. Dos hombres con trajes oscuros y auriculares —claramente seguridad real— permanecen discretamente a unos metros de distancia.

El aire se congela en mis pulmones. La última persona que esperaba ver esta noche, la mujer que me amenazó y me obligó a abandonar a Nicholas, está aquí, en mi puerta, en Nochebuena.

—Su Majestad —consigo articular.

Sus ojos, tan parecidos a los de Nicholas pero mucho más fríos, se clavan en mí por un instante antes de desviarse hacia algún punto detrás de mi hombro. Su expresión se endurece.

—Nicholas —dice, y hay tantas emociones contenidas en esa única palabra: decepción, y quizás, un atisbo de alivio.

Siento a Nicholas tensarse detrás de mí, su mano encontrando la mía en un gesto instintivo de protección y unión. Da un paso adelante, colocándose a mi lado, nuestros hombros tocándose en un frente unido.

—Madre —responde, su voz controlada pero con un filo que nunca antes le había escuchado usar con ella—. ¿Cómo nos has encontrado?

Una sonrisa sin humor curva los labios de la reina.

—Como bien sabes, no eres el único con recursos para localizar personas —dice.

Hay un momento de tenso silencio. La situación es tan surrealista que casi quiero pellizcarme para comprobar que no estoy soñando: la Reina de Northbridge, el Príncipe Heredero y una chef española, todos reunidos en el pasillo de un edificio de apartamentos en Manhattan en Nochebuena.

—¿Puedo pasar? —pregunta finalmente la reina, y aunque lo formula como una pregunta, suena como la orden real que realmente es—. Lo que tenemos que discutir no debería hacerse en un pasillo.

Miro a Nicholas, insegura. Es mi apartamento, pero de alguna manera, siento que esta decisión le pertenece a él.

Nicholas asiente casi imperceptiblemente, su mandíbula tensa pero resuelta.

—Por supuesto —digo, haciéndome a un lado para permitirle el paso.

La reina entra con esa gracia elegante que parece definirla, sus ojos recorriendo rápidamente mi pequeño apartamento, absorbiendo cada detalle. Me pregunto qué estará pensando, qué verá en este espacio tan diferente a los salones dorados de su palacio.

—Es... acogedor —comenta, usando exactamente la misma palabra que Nicholas ha empleado antes, aunque en sus labios suena menos como un cumplido y más como una concesión.

—Gracias —respondo automáticamente, cerrando la puerta tras ella.

La tensión en el aire es tan densa que casi podría cortarse con un cuchillo. Nicholas permanece de pie, su postura rígida, claramente a la defensiva. La reina, por su parte, mantiene su compostura perfecta, aunque puedo notar un ligero temblor en sus manos que traiciona su aparente calma.

—Quizás deberíamos sentarnos —sugiero, intentando inyectar algo de normalidad en esta situación completamente anormal.

Nos acomodamos incómodamente en la sala: la reina en el sillón individual, Nicholas y yo en el sofá, nuestras manos todavía entrelazadas como si soltarnos fuera impensable.

—Supongo que sabes por qué estoy aquí —dice la reina, dirigiéndose a Nicholas.

—Para llevarme de vuelta —responde él—. Para recordarme mis deberes, mis responsabilidades, mi destino.

La reina suspira, un sonido sorprendentemente humano viniendo de ella.

—Sí, esa era mi intención cuando subí al avión —admite—. Pero las seis horas de vuelo dan mucho tiempo para pensar.

Algo cambia en su expresión, una suavización casi imperceptible alrededor de sus ojos.

—Nunca en treinta y dos años te había visto desobedecer una orden directa —continúa—. Nunca te había visto abandonar tus responsabilidades, faltar a un evento oficial, y mucho menos a la cena de Nochebuena.

Nicholas se tensa aún más a mi lado, y aprieto su mano, intentando transmitirle mi apoyo silencioso.

—Y sin embargo —prosigue la reina—, aquí estás. Has cruzado un océano, te has arriesgado a un escándalo internacional, has puesto en riesgo tu reputación... todo por esta mujer.

Sus ojos se posan en mí, evaluándome de una manera nueva, como si estuviera viendo algo que había pasado por alto antes.

—Madre —la voz de Nicholas corta el aire como un látigo—. Sofía me hace feliz. No feliz momentáneamente, no satisfecho, no contento. Feliz. Realmente feliz. De una manera que nunca creí posible. La amo.

Se inclina ligeramente hacia adelante, su mirada intensa fija en su madre.

—Desde que la conocí, los colores son más brillantes. La comida tiene más sabor. La música tiene más profundidad. Es como si hubiera estado viviendo en una versión en blanco y negro del mundo, y de repente todo está en tecnicolor.

El fervor en su voz me estremece hasta el alma. Nunca lo había escuchado hablar así, con tanta pasión, con tanta convicción.

—Si quieres que regrese, si quieres que reine algún día —continúa, su voz bajando a un tono más controlado, pero no menos intenso—, tendrás que aceptar que Sofía es parte de mi vida. No es negociable. No es opcional. Es esencial.

La reina parece genuinamente sorprendida por la vehemencia de su hijo. Durante un largo momento, permanece en silencio, estudiándonos a ambos con una mirada que parece atravesar capas y capas de defensas.

—¿La amas tanto? —pregunta finalmente, y hay una vulnerabilidad en su voz que nunca antes había mostrado, al menos no frente a mí.

—Más de lo que creía posible amar a alguien —responde Nicholas sin vacilar—. Más que al deber, más que a la corona, más que a todo lo que me has enseñado a valorar.

Sus palabras hacen que mi corazón se hinche de emoción. Quiero hablar, quiero decirle que no tiene que elegir, que encontraremos una manera, pero antes de que pueda hacerlo, la reina se dirige a mí directamente.

—¿Y usted, señorita Acosta? —pregunta, y noto que ha abandonado el «Lady Sofía» que usaba antes—. ¿Ama a mi hijo lo suficiente como para soportar lo que significa ser parte de su vida? ¿El escrutinio, las críticas, las expectativas imposibles?

La pregunta me toma por sorpresa, no porque no conozca la respuesta, sino porque nunca esperé que la reina la planteara de esa manera, como si estuviera considerando realmente la posibilidad de que estemos juntos.

—Amo a Nicholas —respondo con una firmeza que me sorprende incluso a mí—. No al príncipe, no al heredero, sino al hombre. El que boxea cuando está frustrado, el que disfruta del silencio por las mañanas, el que se toma tan en serio su responsabilidad con cada persona que depende de él.

Siento los ojos de Nicholas sobre mí, pero mantengo mi mirada fija en la reina.

—Y porque lo amo, estaba dispuesta a alejarme de él para no complicar su vida —continúo—. No quería ser la causa de un conflicto entre vosotros, o peor, de que tuviera que elegir entre su deber y sus sentimientos.

La reina asiente lentamente, como si estuviera procesando cada una de mis palabras.

—Y sin embargo, aquí está —dice—. Habiendo elegido.

—No debería tener que elegir —respondo, y hay un fervor en mi voz que refleja el de Nicholas—. Debería poder cumplir con su destino y también ser feliz. Uno no excluye al otro.

Un silencio pesado cae sobre nosotros. La reina mira por la ventana, hacia la ciudad iluminada por decoraciones navideñas. Por un momento, parece mucho mayor, el peso de la corona finalmente visible en la ligera inclinación de sus hombros.

—Mi matrimonio fue arreglado —dice de repente, su voz tan baja que tenemos que inclinarnos para escucharla—. Como la mayoría de los matrimonios reales de mi generación. Conocí a tu padre tres veces antes de nuestro compromiso, Nicholas.

Nicholas parece sorprendido. Es evidente que esta es una historia que nunca ha escuchado antes.

—Tuve suerte —continúa la reina, una sonrisa nostálgica suavizando su rostro—. Con el tiempo, llegué a amarlo profundamente. Pero nunca experimenté... esto.

Hace un gesto vago entre Nicholas y yo, como abarcando la conexión casi palpable que nos une.

—Nunca sentí que el mundo se volviera más brillante —admite—. Nunca sentí que valdría la pena arriesgarlo todo.

Se vuelve hacia Nicholas, y por primera vez, veo lágrimas brillando en sus ojos.

—Quizás por eso no reconocí lo que estaba pasando —dice—. No creía que fuera real. Pensé que era un capricho, una rebelión tardía, una distracción pasajera.

Nicholas suelta mi mano para inclinarse hacia adelante, y por un momento pienso que va a tomar las manos de su madre, pero se detiene, como si no estuviera seguro de ser bienvenido.

—Es real, madre —dice suavemente—. Tan real como la corona, tan real como el deber, tan real como todo lo que me has enseñado a valorar.

La reina asiente, y luego, para mi completa sorpresa, se gira hacia mí.

—Le debo una disculpa, señorita Acosta —dice, y las palabras parecen costarle un esfuerzo considerable—. Mi comportamiento hacia usted fue... inexcusable. La juzgué no por quién es, sino por lo que creí que representaba: una amenaza para el futuro de mi hijo, para la estabilidad de la corona.

Contengo la respiración, incapaz de creer lo que estoy escuchando.

—Lo que debería haber valorado desde el principio —continúa— es la felicidad de mi hijo. Porque antes que reina, soy madre. Y no hay nada más importante para una madre que el bienestar de su hijo.

Se levanta entonces, alisando arrugas invisibles en su impecable abrigo.

—No voy a fingir que esto será fácil —dice, mirando a Nicholas—. Habrá oposición, críticas, ajustes difíciles. Pero si esto es lo que realmente quieres, lo que realmente necesitas para ser feliz... entonces tendrás mi apoyo.

Nicholas se pone de pie tan rápidamente que me sobresalta. En dos pasos está frente a su madre, y por un momento se miran, décadas de expectativas, decepciones y amor no expresado pasando entre ellos en silencio.

Y entonces, Nicholas hace algo que nunca le había visto hacer: abraza a su madre. La abraza como un hijo abraza a su madre, no como un príncipe muestra respeto a su reina.

La sorpresa en el rostro de la reina es evidente, pero después de un momento de rigidez, sus brazos se levantan para rodear a su hijo, y por un instante, solo son una madre y su hijo, reunidos en Nochebuena.

Siento lágrimas calientes deslizándose por mis mejillas mientras observo la escena. Es como si estuviera presenciando la curación de

una herida antigua, profunda, que ha estado sangrando silenciosamente durante años.

Cuando finalmente se separan, ambos parecen diferentes: Nicholas más ligero, como si se hubiera quitado un peso de los hombros, y la reina más humana, menos inalcanzable.

—Es tarde —dice la reina, recuperando parte de su compostura habitual—. Y ha sido un día... intenso para todos.

—¿Dónde te vas a quedar? —pregunta Nicholas.

—El consulado me ha preparado un alojamiento —responde—. No te preocupes por mí.

Se gira hacia mí, y hay una nueva cualidad en su mirada, algo que se parece casi al respeto.

—Señorita Acosta... Sofía —dice, y el uso de mi nombre de pila me sorprende—. Espero que podamos comenzar de nuevo, bajo circunstancias diferentes.

—Me gustaría mucho, Su Majestad —respondo sinceramente.

Una sonrisa tenue, apenas perceptible, curva sus labios.

—Maribel —dice—. Cuando estemos en privado, creo que podría ser Maribel.

Y con eso, se dirige hacia la puerta. Nicholas la acompaña, intercambiando algunas palabras en voz baja que no alcanzo a oír. Cuando la puerta se cierra tras ella, se queda allí un momento, como si necesitara procesar todo lo que acaba de ocurrir.

Finalmente, se gira hacia mí, y la expresión en su rostro es de pura maravilla.

—¿Acaba mi madre de darnos su bendición? —pregunta, incrédulo.

Una risa burbujeante escapa de mi garganta, mitad alivio, mitad asombro.

—Creo que sí —respondo—. O al menos, no su oposición activa, lo que en términos reales es prácticamente lo mismo.

Nicholas cruza la habitación en tres zancadas y me levanta en sus brazos, girándome en un círculo que me hace chillar de sorpresa. Cuando me baja, sus manos enmarcan mi rostro, sus ojos brillantes con una alegría que nunca le había visto.

—Te amo, Sofía Acosta —dice, su voz ronca de emoción—. Y vamos a encontrar la manera de hacer que esto funcione. Te lo prometo.

—Te amo, Nicholas de Northbridge —respondo, alzándome sobre las puntas de mis pies para besar su mandíbula—. Y creo en nosotros.

Su boca encuentra la mía en un beso que sabe a promesas, a esperanza, a un futuro que de repente parece posible.

Y mientras la nieve cae suavemente fuera de la ventana, envolviendo a Manhattan en un manto blanco, siento cómo algo se asienta en mi corazón: la certeza de que, de alguna manera, contra todo pronóstico, hemos encontrado nuestro camino el uno hacia el otro.

Un camino que, aunque lleno de desafíos, recorreremos juntos.

NICHOLAS

Sofía duerme en mis brazos, su respiración suave y regular contra mi pecho, su cuerpo cálido y confiado contra el mío. La observo en la penumbra, maravillándome con la forma en que la luz de la ciudad que se filtra a través de las cortinas baila sobre su piel dorada, creando patrones de luz y sombra que quisiera memorizar para siempre.

Las últimas veinticuatro horas han sido una montaña rusa emocional como nunca antes había experimentado. Desde la devastación de creerla perdida, hasta la esperanza renacida con la revelación de Emma, el viaje desesperado a Nueva York, nuestro reencuentro, y finalmente, la inesperada aparición y transformación de mi madre.

Es como si el universo entero hubiera estado conteniendo el aliento, esperando a que todos los elementos se alinearan para que Sofía y yo pudiéramos estar juntos.

Acaricio suavemente su pelo. Ella suspira en sueños, acurrucándose más contra mí.

Mi madre tenía razón en una cosa: el camino por delante no será fácil. Habrá oposición de los tradicionalistas, escrutinio mediático, comentarios maliciosos sobre la «plebeya» que capturó al príncipe.

Sofía tendrá que aprender protocolos, tradiciones, la complejidad de la vida pública.

Pero también sé, con una certeza que nunca antes había sentido, que vale la pena. Que ella vale cada obstáculo, cada desafío, cada batalla que tendremos que librar.

Porque con Sofía, finalmente soy simplemente Nicholas. No un título, no un símbolo, no una institución, sino un hombre. Un hombre que, por primera vez en su vida, sabe lo que significa amar sin reservas y ser amado de la misma manera.

Sofía se mueve en mis brazos, sus ojos abriéndose lentamente, encontrando los míos en la semi-oscuridad. Una sonrisa somnolienta se dibuja en sus labios, y es tan hermosa que me deja sin aliento.

—¿Ha sido real? —pregunta, parpadeando para despejarse—. ¿Tu madre realmente nos ha dado su bendición?

Sonrío, recordando la expresión de mi madre cuando finalmente comprendió la profundidad de lo que siento por Sofía.

—Tan real como nosotros —confirmo, besando la punta de su nariz—. Aunque estoy seguro de que tiene un plan para integrarte a la vida real sin causar demasiado revuelo.

Sofía ríe, un sonido claro y brillante que hace que mi corazón dé un vuelco.

—Probablemente ya está organizando mis clases de protocolo y mi guardarropa real —dice, con un fingido horror que me hace reír también.

—Probablemente —concedo—. Pero también creo que, a su manera, realmente quiere que sea feliz. Y finalmente ha entendido que mi felicidad eres tú.

Sus ojos se suavizan, el ámbar de sus iris brillando con emoción contenida.

—¿Realmente crees que podemos hacer que funcione? —pregunta, y hay una vulnerabilidad en su voz que hace que quiera protegerla de todo daño—. ¿Una chef española y un príncipe heredero?

Tomo su mano y la coloco sobre mi corazón, donde puede sentir su latido constante bajo su palma.

—Creo que ya hemos superado lo imposible —respondo, recordando todo lo que hemos atravesado para estar aquí, en este momento—. Lo demás son solo detalles.

Sonríe, y hay una confianza renovada en su expresión que refleja la que siento crecer dentro de mí.

—Entonces, Alteza —dice, con ese tono ligeramente burlón que siempre me hace sonreír—, ¿cuál es el plan?

—El plan —respondo, girando para colocarme sobre ella, mis brazos a ambos lados de su cabeza— es amarte. Hoy, mañana, y todos los días que vengan después. El resto lo iremos resolviendo sobre la marcha.

Su sonrisa se ensancha, sus manos deslizándose por mis brazos hasta enlazarse detrás de mi cuello.

—Me gusta ese plan —murmura contra mis labios.

Y mientras la beso, sintiendo cómo responde con igual fervor, sé que estamos sellando un pacto, una promesa, un futuro.

Un futuro que, contra todo pronóstico, construiremos juntos.

EPÍLOGO

SOFÍA

La cocina real a medianoche es un santuario. Sin el bullicio del personal, sin el ritmo frenético de las comidas oficiales, solo queda un espacio imponente de acero inoxidable y mármol que, de alguna manera, he llegado a considerar mi territorio. Me muevo con confianza entre las encimeras, disfrutando del silencio únicamente interrumpido por el suave siseo de la mantequilla derritiéndose en la sartén.

Han pasado seis meses desde aquella Nochebuena en Manhattan. Seis meses de ajustes, de aprendizaje, de construir una vida juntos que nadie creía posible. El anillo de compromiso en mi dedo izquierdo —un zafiro rodeado de pequeños diamantes que perteneció a la abuela de Nicholas— brilla bajo las luces tenues de la cocina, recordándome que esto es real. Que en tres meses me convertiré oficialmente en parte de la familia real de Northbridge.

La prensa aún no se ha cansado de llamarme «la Cenicienta española» o «la chef que conquistó a un príncipe». Los tradicionalistas de la corte todavía me miran con una mezcla de curiosidad y recelo. Pero cada día que pasa, cada prueba que superamos juntos, el escepticismo va dando paso a una aceptación reticente.

Esta noche ha sido especialmente agotadora. Una reunión con embajadores de toda Europa, seguida de un concierto benéfico donde Nicholas y yo tuvimos que mantener sonrisas perfectas durante horas. Luego, apenas pusimos un pie en sus aposentos privados, la tensión acumulada estalló en una pasión que nos dejó a ambos saciados y hambrientos a la vez.

Sonrío para mí misma, sintiendo el delicioso dolor en músculos que ni sabía que tenía. Llevo puesta solo su camisa blanca de vestir, que me llega a medio muslo y huele a su perfume mezclado con el aroma inconfundible de nuestros cuerpos entrelazados. Mis piernas desnudas sienten el frío del suelo de mármol, pero el calor que emana de la cocina —y de los recuerdos recientes— mantiene a raya el frío de esta noche primaveral.

Con movimientos precisos, corto una barra de pan artesanal en rebanadas finas, las coloco en la sartén donde la mantequilla ya burbujea, y añado ajo picado que inmediatamente perfuma el aire. El sonido del pan friéndose es como una pequeña sinfonía casera, reconfortante y familiar en medio de este mundo de protocolo y formalidad que aún estoy aprendiendo a navegar.

—Eso huele a gloria.

La voz de Nicholas me sobresalta ligeramente. Me giro para encontrarlo apoyado en el marco de la puerta, vistiendo solo unos pantalones de pijama de seda negra que cuelgan peligrosamente bajos en sus caderas. Su pelo está revuelto, sus ojos tienen ese brillo satisfecho post-coital, y una sonrisa perezosa curva sus labios. Parece más joven así, menos príncipe y más el hombre que gritó mi nombre contra mi cuello hace apenas una hora.

—Pensé que estabas dormido —digo, regresando mi atención al pan para que no se queme.

—Me desperté y no estabas —responde, acercándose hasta quedar justo detrás de mí—. La cama se siente vacía sin ti.

Sus brazos me rodean, sus manos deslizándose bajo la camisa para posarse en mi vientre desnudo. Su pecho contra mi espalda es cálido y sólido, y apoyo mi cabeza en su hombro, permitiéndome este momento de intimidad doméstica que todavía parece un milagro cotidiano.

—Tenía hambre —explico—. Y pensé que unas tostadas con ajo y queso fundido serían perfectas a esta hora.

Nicholas se ríe suavemente, el sonido reverberando a través de su pecho contra mi espalda.

—Solo tú podrías convertir un tentempié de medianoche en algo digno de una estrella Michelin —murmura, dejando un beso en el

punto sensible detrás de mi oreja.

Sonrío, dando la vuelta a las tostadas que ya están doradas por un lado. El aroma a mantequilla, ajo y pan tostado llena la cocina, creando una burbuja sensorial que nos envuelve.

—¿Quién te ha dicho que son para ti? —bromeo, sintiendo cómo sus dedos trazan círculos perezosos sobre mi piel.

—Mmm, tendré que persuadirte entonces —responde, su voz bajando a ese tono grave que hace que se me erice la piel.

Sus labios descienden por mi cuello en una serie de besos lentos y deliberados, mientras sus manos ascienden bajo la camisa hasta rozar la parte inferior de mis pechos. Mi respiración se entrecorta, y por un momento, considero apagar el fuego y dejar que la cocina se convierta en el escenario de otra ronda de pasión.

Pero mi estómago protesta ruidosamente, rompiendo el hechizo y haciéndonos reír a ambos.

—Alimentación primero, Su Alteza —digo, apartando su mano juguetona—. Después podrás persuadirme todo lo que quieras.

Nicholas suspira dramáticamente, pero se aparta lo suficiente para permitirme terminar de preparar las tostadas. Observo cómo se sienta en uno de los taburetes altos, su postura relajada pero siempre con ese aire de dignidad natural que ni siquiera la informalidad puede borrar completamente.

Coloco las tostadas en un plato, rallo un poco de queso manchego por encima para que se derrita con el calor residual, y añado unas hojas de tomillo fresco. Sencillo pero delicioso, el tipo de comida que prefiero cuando estamos solos, lejos de los elaborados menús oficiales.

—Voilà —anuncio, colocando el plato entre nosotros y sentándome en el taburete frente a él.

Nicholas toma una tostada, la muerde, y cierra los ojos con una expresión de placer casi obscena.

—Dios, Sofía —dice después de tragar—. Esto es ridículamente bueno para ser tan simple.

—Es la belleza de la buena cocina —respondo, tomando una tostada para mí—. No siempre tiene que ser complicado para ser extraordinario.

Comemos en un silencio cómodo durante unos minutos, disfrutando de la comida y de la quietud de la noche. A través de las ventanas altas de la cocina, puedo ver la luna llena derramando su luz plateada sobre los jardines del palacio. Es un panorama que todavía me quita el aliento, esta vista que ahora, de alguna manera, es parte de mi vida cotidiana.

—¿En qué piensas? —pregunta Nicholas, interrumpiendo mis reflexiones—. Tienes esa mirada.

—¿Qué mirada? —pregunto, limpiándome una miga de la comisura de los labios.

—Esa que pones cuando estás procesando lo surrealista que es todo esto —responde, señalando vagamente a nuestro alrededor—. Como si no pudieras creer que estás aquí.

Me sorprende, como siempre, lo bien que ha aprendido a leerme en estos meses.

—Es que a veces no puedo creerlo —admito, sonriendo—. Una parte de mí sigue esperando despertar en mi apartamento de Manhattan, descubriendo que todo fue un sueño elaborado inducido por demasiadas películas de Netflix.

Nicholas estira su mano sobre la encimera, entrelazando sus dedos con los míos. Su pulgar acaricia suavemente el anillo de compromiso, como para recordarme su solidez, su realidad.

—Si esto es un sueño —dice, su voz suave pero intensa—, entonces estamos soñando juntos. Y no tengo ninguna intención de despertar.

El calor que se extiende por mi pecho no tiene nada que ver con la comida caliente. Es esa sensación que solo Nicholas puede provocar, esa mezcla de seguridad y vértigo que define nuestro amor.

—¿Sabes? —continúa, sus ojos fijos en nuestras manos unidas—. Desde el primer momento en que te vi en ese aeropuerto, supe que eras la mujer más fascinante que había conocido jamás.

—¿Incluso cuando te bese sin conocerte? —pregunto con una sonrisa traviesa.

—Especialmente entonces —ríe suavemente—. Eras tan auténtica, tan vibrante, tan completamente tú misma. Nadie me había hablado

así en años, tal vez nunca.

Su mirada se vuelve más intensa, más profunda, enviando un escalofrío por mi columna.

—Pero ni en mis sueños más salvajes habría imaginado que tendría la suerte de tenerte en mi cama —dice, su voz bajando a ese tono íntimo que reserva solo para mí—. Mucho menos la fortuna de poder pasar el resto de mi vida a tu lado.

Siento el calor subiendo a mis mejillas. Después de todo este tiempo, todavía tiene el poder de hacerme sonrojar como una adolescente.

—¿Incluso con todo el caos que he traído a tu vida perfectamente ordenada? —pregunto, medio en broma, medio en serio—. ¿Con los titulares escandalosos y los cortesanos escandalizados?

Nicholas se levanta de su taburete y rodea la encimera hasta quedar frente a mí. Toma mi rostro entre sus manos, obligándome suavemente a mirarlo directamente.

—Sofía —dice, y mi nombre en sus labios suena como una caricia —. Teniéndote a mi lado, incluso ser el futuro rey parece una vida que podría disfrutar. Has traído color, y risas, y una honestidad brutal que este lugar desesperadamente necesitaba. No cambiaría nada. Ni un solo titular, ni un solo cortesano escandalizado, ni un solo momento de caos.

Sus pulgares acarician suavemente mis pómulos, y veo en sus ojos azules esa vulnerabilidad que muestra solo conmigo, cuando estamos completamente solos.

—Te amo —dice simplemente—. Con una profundidad que ni siquiera sabía que era capaz de sentir. Y cada mañana, cuando despierto y te veo a mi lado, me pregunto qué he hecho para merecer esta felicidad.

Las palabras se atascan en mi garganta, ahogadas por la emoción. En su lugar, me levanto, eliminando la distancia entre nosotros, y presiono mis labios contra los suyos en un beso que intenta transmitir todo lo que no puedo expresar con palabras.

Sus brazos me rodean, levantándome como si no pesara nada. Envuelvo mis piernas alrededor de su cintura, sintiendo cómo su cuerpo responde instantáneamente al mío. Sin romper el beso,

Nicholas nos lleva hacia la enorme isla central de la cocina, depositándome suavemente sobre el mármol frío que contrasta deliciosamente con el calor de nuestros cuerpos.

—Deberíamos volver a la habitación —murmuro contra sus labios, aunque mis manos ya están explorando la extensión de su espalda desnuda.

—¿Por qué? —pregunta, sus labios trazando un camino ardiente por mi cuello—. El personal no vendrá hasta dentro de horas. Y siempre he fantaseado con hacerte el amor en esta cocina.

Un escalofrío de anticipación recorre mi cuerpo. Seis meses juntos, y todavía me sorprende con nuevas confesiones, nuevos deseos.

—¿En serio? —pregunto, arqueando una ceja—. ¿El príncipe perfecto tiene fantasías sobre profanar la cocina real?

Nicholas ríe contra mi piel, el sonido enviando vibraciones que encienden mi deseo.

—El príncipe perfecto tiene muchas fantasías —admite, sus manos deslizándose bajo la camisa, recorriendo mis muslos—. Todas ellas protagonizadas por cierta chef española con una lengua afilada y un cuerpo que debería ser declarado patrimonio de la humanidad.

Sus palabras me arrancan una risa que rápidamente se transforma en un gemido cuando sus dedos encuentran el punto exacto dónde lo necesito. La cocina, el palacio, el mundo entero se desvanece, dejando solo a Nik y a mí, y la conexión eléctrica entre nosotros.

Y mientras nos perdemos nuevamente el uno en el otro, pienso en lo extraordinario de nuestro camino. De aquel encuentro fortuito en un aeropuerto, a este momento en la cocina real. De la farsa a la realidad más profunda que he conocido jamás.

Un viaje improbable, imposible, pero innegablemente nuestro.

Y no hay ningún otro lugar donde preferiría estar.

FIN

¡Gracias por leer esta novela!

Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla
dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este código QR con tu móvil puedes acceder directamente a la valoración.

O pulsando AQUI



¿CONOCES YA A LAS PRIMAS DE SOFÍA?

¿Y si tu jefe temporal se convierte en tu tentación permanente?

Elena Acosta necesitaba poner tierra de por medio tras pillar a su novio con otra. Manhattan y su hermana parecían el refugio perfecto... hasta que se cruza en su camino **Alexander Sterling**, un guapísimo y autoritario CEO con dos gemelas traviesas que necesita una niñera ¡ya!

Lo que empieza como un trabajo temporal para salvar las navidades se convierte en una montaña rusa de emociones. Entre desastres culinarios, normas rotas y dos pequeñas diablillas decididas a hacer de Cupido, Elena descubrirá que bajo la fachada

de hierro de su nuevo jefe late un corazón que pide a gritos ser derretido.

Con dos niñas de seis años expertas en crear caos, una hermana y un cuñado que no paran de darse el lote, y una química abrasadora que amenaza con mandar su cordura de vacaciones, estas navidades en Manhattan prometen ser inolvidables.

***«Tentadora Navidad (bajo contrato)»* es una comedia romántica chispeante que te hará suspirar, reír y creer que, a veces, el mejor regalo de Navidad llega envuelto en un traje de ejecutivo. Porque cuando el amor llama a tu puerta... ¡mejor que te pille preparada!**

CONSÍGUELO AQUÍ



SOBRE LA AUTORA

¡Hola! Me llamo Olivia Darcy y soy autora de novela románica con hombres posesivos y peligrosos que harían lo que fuese por la mujer de la que están enamorados. Me encanta escribir como sus duros corazones se derriten por ellas.
Mis historias están llenas de amor y giros inesperados, y siempre tienen un final feliz.

Me encanta saber cosas sobre mis lectoras, así que no dudes en ponerte en contacto conmigo:

Página de autor de Amazon: www.amazon.es/Olivia-Darcy

Página web: https://oliviadarcyautora.com/